NOW A MAJOR MOTION PICTURE FROM TWENTIETH CENTURY FOX

SIGOURNEY WEAVER WINONA RYDER

ALIEN™ RESURRECTION

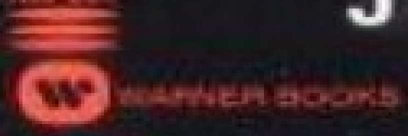
novelization by

A. C. CRISPIN

BESTSELLING AUTHOR OF *V*

based on the motion picture written by

JOSS WHEDON



A.C. CRISPIN

ALIEN RESURRECCIÓN

PRIMERA PARTE

EL DISPARO SONÓ ENORME EN EL ESPACIO CERRADO

Algo en el techo gritó, un sonido increíblemente agudo e inhumano. Vriess lo podía escuchar alejándose con ondeante movimiento, permitiéndole saber que apenas lo había adelantado. Lo que quiera que fuese. Los ojos de Vriess intentaron seguir la pista del avance de la criatura apresurándose sobre el techo.

Su atención estaba fija, no vio la gota de sangre alienígena suspendida del techo justo por sobre su pierna.

No se percató de ella, hasta que olió su humeante piel y ropas, y bajó la vista para ver que parte de su pierna se derretía. Confundido, horrorizado, Vriess le dio una palmada. Algo de la sustancia que devoraba su pierna se embadurnó en sus dedos y comenzaban a arder como el infierno. Agitó su mano, entonces casi la puso en su boca antes de darse cuenta de lo que ocurriría. Durante todo ese tiempo, luchó contra el dolor.

Entonces volvió; lo podía oír —¿o sería uno diferente? Este era más agresivo, no sólo revolviéndose por el techo, sino intentando atravesarlo. Súbitamente, pudo romper un borde del entarimado y asomó su cabeza.

Y era *todo* cabeza...

PROLOGO

¡Es un Alien!

Vincent Distephano saltó hacia atrás involuntariamente ante la visión. ¿Cómo diablos llegó hasta aquí abajo a la cápsula de comando de popa? Se forzó a sí mismo a dejarse de mover, mientras veía, sorprendido, la grotesca apariencia de la criatura.

Los ojos del Alien parecían enormes, totalmente desproporcionados con el resto de su alargada, deforme cabeza. El angosto y elíptico iris parecía curvarse sobre las lentes, describiéndolo como algo ultraterreno, de otro mundo. Parpadeó, sus traslúcidos párpados se movían tan rápidamente, que Vinnie no podía asegurar si la mirada iniciaba en el borde superior, en el inferior, o incluso en ambos bordes. De hecho, cuando no estaban en movimiento, los párpados no podían verse en absoluto. Parpadeó de nuevo, rápidamente, dos, tres veces, entonces volvió la cabeza.

¿Lo habría descubierto?

¡Oh, mierda!

Las mandíbulas de la criatura se abrieron amenazadoramente, pequeños hilos de saliva clara y espesa se formaban entre los delgados labios, goteando lentamente hacia unos dientes peligrosamente afilados. ¡Tantos dientes! Los labios se retrajeron en un feroz pero silente gruñido y la criatura siguió su camino lentamente.

Vinnie continuó forzándose a permanecer quieto mientras la boca de la criatura se abría y cerraba lentamente, dejando rastros de espesa y pegajosa saliva.

Si una de esas cosas llegó hasta aquí, pensó, *podría haber más. ¡Quizá un maldito enjambre completo! ¿Dé dónde habían venido en cualquier caso? ¿Cómo habían abordado?*

¿Acaso importaba? Este estaba aquí, justo ahora, con él, y aquello era en el fondo. El Alien avanzó a pasos cortos y se detuvo, su movimiento rápido, insectil, su cola oscilando como un sensor. ¿Podría verlo? ¿Lo habría detectado en esta cápsula de comando? ¿Serían funcionales esos enormes ojos, o habrían evolucionado para detectar alimento o presa mediante algún mecanismo de movimiento sutil, u otra sensación indetectable para los humanos? ¿Podría, quizá, ser más receptivo al movimiento o al olor que a la vista?

La grotesca y alargada cabeza del Alien giró como si la criatura intentara evaluar la escena entera. Todas las luces parpadeantes y activas, las pantallas multicolor de la consola de comando debían estarlo distrayendo. Quizá toda la actividad de la consola de comando lo distrajera de hallar a Vinnie. Él sinceramente lo esperaba. Tragó saliva.

Justo en ese momento, una de las pantallas de observación titiló, cambiando las imágenes tan

rápidamente que el Alien volvió súbitamente la cabeza hacia ella. El planeta Plutón, que se asentaba en silencio en medio de la nave, de pronto destacó en un acercamiento, cuando uno de sus pocos y pequeños géisers eructó, arrojando nitrógeno líquido hacia el espacio. El brillo de los aros congelados de Plutón, aún con aleatorias áreas rojo oscuro, era un contraste impactante con la negrura total del espacio a su alrededor. La criatura movió su cabeza de lado a lado, observando la actividad planetaria. La cresta activa del géiser, la silente expulsión llegando a su cenit.

La pantalla trajo la actividad a un foco más claro, agrandándola. En respuesta, el Alien se volvió completamente de Vinnie y repentinamente se dirigió a la pantalla, tan móvil como una araña.

¡Ahora! ¡Rápido! ¡Mientras no está mirando! ¡Muévete! Con los agudos reflejos del soldado entrenado que era, la mano de Vinnie desenfundó, su dedo extendiéndose hacia el gatillo, flexionándose-

¡WHAM!

¡Te tengo, maldito!

Levantó su mano, examinando los retorcidos restos del insecto Alien muerto que se pegaron a la punta de su dedo. ¿Me pregunto qué rayos era? Meneó la cabeza, disgustado. El General Pérez se cabrearía muchísimo si llegara a enterarse que había un bicho Alien a bordo de la prístina perfección de su nave, el *Auriga*, sin importar que fuera en la cápsula de comando. ¿Sería este el único o habría otros? Solo hacían falta dos para hacer un millar. Demonios, con algunas especies de Alien, solo hacía falta uno.

Aún examinando al bicho aplastado, el joven soldado tomó un último sorbo de su batido de leche, tragando los sedimentos. *El viejo se cabrearía muchísimo si sabe que has estado comiendo en horas de trabajo, chico*. Vinnie sonrió. Sí, el General Pérez era de los que seguían las reglas al pie de la letra, pero Vinnie se había saltado el desayuno, y no llegaría bien al almuerzo si no hubiese tomado algo para mantenerse en pie. Estar sentado en la cápsula de comando era la tarea más aburrida en la nave. Lo único que podía ser peor era permanecer ahí con el estómago gruñendo.

Estrujó el vaso de papel y lo embutió en un bolsillo, después quitó la pajilla de su bebida y pinchó los restos del bicho con ella. Aún podía ver la alargada cabeza, los pequeños pero viciosos dientes.

¡Ugh! Eres un cabrón horrible. Y bien, ¿cómo es que reptaste a bordo? Tú debes ser una de las entregas "no oficiales" del general que viene de alguna oscura colonia más allá de los límites de la frontera. ¡No es que me interese o que quiera saber! Cuando eres un soldado que trabaja en una instalación ultra secreta, orbitando alrededor del centro gravitacional de Plutón y Caronte — ¡*en otras palabras, a mitad del culo de ninguna parte!* — aprendes que no hay que preguntar, ni que decir nada.

Lo único que Vinnie había aprendido en esta gira de un año, aparentemente interminable, de labores a bordo del *Auriga*, era que una asignatura en una instalación ultra secreta tenía que ser el trabajo más aburrido con el que algún soldado podía ser maldecido. Nunca pasaba nada ahí, ¡nada! Y el General Pérez se aseguraba que así fuera, con sus constantes inspecciones, su rutina de escupir y pulir. Cada pieza de equipo, cada chip de computadora, cada instalación a bordo del

Auriga era máxima prioridad, nueva, brillante, pulida y mantenida a la perfección. Ni siquiera había ninguna crisis mecánica para aliviar el aburrimiento.

Bien, en tres meses, Vinnie podría salir de ahí. Y habiendo completado exitosamente una gira ultra secreta, le serían dadas sus nuevas asignaturas.

Más vale que la próxima tenga algo más de acción que esta. Quizá la base extranjera en Rigel. Ahí pasan cosas. Ahí es el filo de la navaja. No como en esta fiesta de fantasmas.

Inspeccionó al insecto nuevamente, dispersando los restos con su pajilla. La batalla perdida con los insectos en el *Auriga* era cuando menos hilarante, de alguna ridícula forma. Vinnie no estaba acostumbrado a ver insectos en el espacio. Desde luego, los militares eran conocidos por transportar alimañas donde quiera que viajaban, desde ratas y pulgas en los compartimentos de carga y los alimentos a bordo de antiquísimas naves, hasta la introducción de la serpiente parda arbórea alrededor de las Islas del Pacífico Sur en la carga; alimentos y cajas de armamento que causaron la extinción total de especies de aves en el siglo veinte; también la escasamente débil infestación de cucarachas comunes en los supuestamente esterilizados, sellados y deshidratados alimentos que se entregaron a la primera colonia en Marte, en los lejanos días de la colonización del espacio. Pero las condiciones de la mayoría de los contenedores de carga usualmente eliminaban a los pequeños bastardos, por lo tanto, en estos días, el problema era minimizado.

Excepto en el *Auriga*. ¡Entre los mosquitos que habían escapado de un primer experimento de laboratorio, y que continuaban apareciendo en los sitios más extraños, a las arañas que súbitamente habían aparecido tras una de las entregas "no oficiales" de Pérez, hasta el ocasional bicho Alien como el que acababa de aplastar, la enorme nave espacial parecía un gigantesco recolector de insectos! Era como si las formas de vida inferiores de la galaxia hubiesen hecho su parte para demostrar al General Pérez que no importaba cuán importante fuese él en la milicia, que no importaba cuán críticas fueran sus operaciones ‘chitón chitón’, aquí, en el límite del Sistema Solar, él todavía no podía controlar a la Madre Naturaleza. Vinnie sonrió.

Raspando los restos del bicho, que aún goteaban sangre y baba, dentro de la pajilla plástica, Vinnie consideró reportar el "avistamiento." Esa era la regla del general. Volvía loco al Viejo el tener invitados no deseados a bordo de su prístina nave. Siempre quería tener a los bichos capturados, vivos de ser posible, para su "clasificación" de modo que pudiesen rastrear sus orígenes. Vinnie pensó en el papeleo que eso involucraba, la investigación, pensó en toda esa trifulca a causa de un bicho. Miró el extremo de la pajilla.

¡A la mierda!

Apuntando la pajilla hacia la inmaculada mirilla de la cápsula de comando, sopló fuerte dentro de ella, expulsando al insecto aplastado. Este se impactó contra la limpia ventana, salpicándola, pegándose al material transparente justo como lo haría un insecto en el parabrisas de un velocípedo terrestre. Vinnie rió.

¡Y de este modo, hijo, culmina el punto álgido de este interminable turno!

Miró por sobre la consola de comando y de las múltiples pantallas. Todo estaba en calma. Tranquilo. Aburrido a morir. Incluso el géiser había dejado de eructar. El soldado suspiró, se rascó su cabeza casi totalmente afeitada, e intentó no mirar el reloj que contaba los segundos restantes para terminar su turno.

Quizá apareciera otro bicho para distraerlo. Siempre podía esperar que eso ocurriera.

1

El doctor Mason Wren avanzaba vigorosamente por los corredores de color neutro hacia su laboratorio central. El General Pérez lo había requerido para una inesperada sesión informativa mientras se encontraba en mitad del desayuno, y los veintitrés minutos que había perdido en esa reunión ahora hacían estragos el horario del científico. Afortunadamente, Wren podía confiar en que su personal estuviese a tiempo para comenzar todos los programas matutinos, verificar todos los resultados del trabajo del turno nocturno, y estar listo para informarle sobre el estátus actual del experimento. Siguió avanzando a grandes zancadas, verificando su localizador de solapa que estaba fuera de lo normal. Ningún mensaje. *Padre* —o mejor dicho, la voz masculina artificial de aquel sistema de cómputo de avanzada tecnología, que mantenía el estátus de vida, la investigación de funciones, y todos los otros sistemas críticos del gigantesco *Auriga* — le diría si había algún mensaje.

Sin novedad son buenas noticias.

Al principio, cuando Pérez lo había llamado, él había anticipado problemas, algún problema en la nueva construcción, pero no.

Solo se trataba de algunos detalles laborales que el Viejo quería que tomara en cuenta, a fin de asegurarse que su científico en jefe tenía información actualizada. Habían pasado dos semanas sin ningún requerimiento en mitad de la noche, y Wren agradecía la súbita explosión de progreso que habían obtenido. Quizá, al fin, habían dado la vuelta a la esquina.

El espigado, y calvo científico llegó a las puertas hasta su libreta de registro, apenas consciente de los dos soldados fuertemente armados que montaban guardia. Eran invisibles para él, parte del escenario, como mobiliario o como los ribetes de las puertas neumáticas. Estaba consciente, en algún nivel, que los soldados se cambiaban cada cuatro horas, pero para Wren todos parecían idénticos —de mandíbulas cuadradas, ojos fijos al frente, indumentaria color oliva, armamento masivo cargado y listo, siempre alertas. Negros, blancos, morenos, hombres, mujeres — todos parecían iguales a Wren. Eran soldados. Gilipollas y ególatras.

Él y su personal eran *doctores*. Ellos eran *científicos*. Desde el técnico menos experimentado hasta él mismo, su personal servía a un mayor propósito; la expansión del conocimiento, el desarrollo de la humanidad, la mejora de la condición humana. Los soldados tenían para Wren un solo propósito, asegurarse que él y su personal pudieran lograr sus metas. Todos eran —tanto soldados como científicos— militares, pero la demarcación del valor estaba muy clara en la mente

de Wren.

Mientras continuaba su avance, las puertas se abrieron sin emitir sonido alguno, permitiéndole el acceso al laboratorio central. Al pasar por entre los dos guardias, notó de manera distante, con cierto asombro, que no sólo parecían idénticos, incluso mascaban sus chicles al mismo ritmo. Como robots. No, no como robots. Los robots de hecho, habían resultado ser muy individualistas ... cuando aún existían.

Tras él, las puertas se cerraron tan silenciosamente como se habían abierto, y ahora los soldados quedaban olvidados. Como lo había esperado, su personal estaba todo ahí, cada uno completamente concentrado, haciendo sus labores, el trabajo de la ciencia. Y este laboratorio era el sitio perfecto para ese trabajo. Cada pieza de equipo, cada programa, cada persona en este lugar era la mejor. Y sus resultados probaban su valía.

Wren llegó hasta la primera estación de trabajo, mirando las numerosas pantallas que había ahí. Notó el rápido cambio en los patrones de los datos, grabando en su mente el progreso que indicaban. Miró de costado a la Doctora Carlyn Williamson, y ella le ofreció una breve sonrisa.

—Aún vamos tras el dinero, Dr. Wren,— le dijo, complacida.

Él le devolvió la sonrisa. —Bonita manera de empezar el día, Carlyn.

Avanzó hacia la siguiente estación, inclinando la cabeza a los doctores Mat Kinloch, Yoshi Watanabe, Brian Clauss, Dan Sprague, y su estudiante graduada, Trish Fontaine. Kinloch le hizo un gesto con los pulgares arriba, que Wren sabía que significaban una referencia positiva en relación con la serie de pruebas que habían comenzado la noche anterior. Wren le devolvió el gesto y siguió avanzando. Una parte de su mente notó la similitud en el garbo de sí mismo y su personal —novatos o militares monótonos cubiertos por ubicuas batas de laboratorio — y se preguntó si Pérez tendría el mismo problema en identificar a su gente como lo tenía él con los soldados del general.

Tras haber recorrido el área una vez, y satisfecho de que todo iba exactamente como él quería —una situación que casi parecía demasiado bella para ser cierta— el Dr. Wren finalmente se permitió acercarse a la incubadora.

El Dr. Jonathan Gediman, su joven y vehemente socio de cabello oscuro, lo estaba esperando, su cuerpo estaba tan tenso por la premura, que Wren casi esperaba que comenzara a brincar de un pie al otro. Wren realmente no podía culpar a su protegido. Todo lo que había visto esta mañana le decía que las cosas estaban progresando maravillosamente. Pero tras los fracasos que habían enfrentado hasta entonces, Wren quería posponer cualquier sensación de satisfacción. Todavía había muchas cosas que podían salir mal.

—Me has esperado,— dijo Wren a su socio. —Te lo agradezco.

Gediman asintió. —Tuve suficiente trabajo para mantenerme ocupado. ¿Estás listo para verla ahora?

Wren reprimió un gruñido. No le gustaba la tendencia que mostraba Gediman a personalizar al espécimen. No se veía profesional. Pero Gediman era tan buen trabajador, tan comprometido con el experimento, y tan creativo, que Wren intentaba pasar por alto tales manías.

—Seguro,— dijo Wren a Gediman, —Echemos un vistazo al espécimen.

Gediman pulsó los controles en la secuencia apropiada, y ambos observaron la columna de

datos a través de la pequeña pantalla en el extremo de la incubadora. El alto cilindro metálico ajustaba su propia temperatura, mientras los vapores fríos eran enviados al exterior. Lentamente, mecánicamente, el metal externo del contenedor giró, luego se elevó, izándose hasta tocar el techo, donde se detuvo. El contenedor metálico se abrió automáticamente, revelando un tubo criogénico algo más pequeño de aproximadamente un metro de largo y medio metro de diámetro.

Wren miró atentamente los datos. La altura y el progreso de la incubación, los componentes del medio químico del crecimiento, la estimulación eléctrica de las células y demás, se movían constantemente en un patrón de actualización constante.

—¡Ahí la tienes!— Murmuró suavemente Gediman.

Su tono hizo que Wren lo volteara a ver. Los ojos de Gediman estaban muy abiertos, su expresión era tan esperanzada como la de un padre viendo a su recién nacido por primera vez. Eso complacía a Wren. En muchos aspectos éste era el vástago de Gediman. Gediman, Wren, Kinloch, Clauss, Williamson — y cada persona en este laboratorio era pariente del espécimen, y Wren los alentaba a sentirlo de su propiedad. Esa clase de orgullo posesivo los animaba a hacer un mayor esfuerzo, a un pensamiento más creativo, a una devoción a la causa que ningún salario podía compensar. Wren tuvo que sonreír.

—¡Mira su rostro!— Dijo Gediman con el mismo ferviente orgullo.

Wren miró, mientras el espécimen flotaba a la vista en el opaco gel que lo rodeaba, lo nutría, lo urgía a desarrollarse. Al principio el espécimen parecía solo algo más que una vaga masa. Curvada en la clásica posición fetal —y solo eso marcaba el milagro del logro científico— flotó acercándose al cristal, permitiéndole a Wren ver lo que Gediman había notado.

Era la cara de un infante, una adorable niña humana, y Wren se llenó de la misma excitación que abrumaba a Gediman. Las facciones se habían desarrollado al punto de hacerse reconocibles, no solo humanas, sino *individuales*. Pequeños vestigios de fino cabello de bebé flotaban alrededor de la perfectamente formada cabeza, dando al espécimen una apariencia etérea, como de un niño puro. Wren parpadeó, sacando a su mente de esta fantasía. Su ojo entrenado examinó los diferentes tubos, cables y lecturas de los sensores adheridos al pequeño espécimen. Todo estaba justo como debía ser, cumpliendo su función, alimentando al espécimen, nutriéndole, estimulándole a crecer y desarrollarse mucho más rápidamente de lo que la naturaleza podía permitir.

Por entonces, Wren no le tenía paciencia a la naturaleza —no por su lentitud, ni por sus errores, y ciertamente no por sus furtivas sorpresas. No estaba interesado en lo más mínimo en las sorpresas de la naturaleza. Su trabajo era anticiparse a ella y moldearla de acuerdo a sus necesidades. Al parecer, estaba comenzando a lograrlo. Sonrió, sus dedos rozando los costados de la incubadora casi acariciándola.

—Es hermosa ¿verdad?— Dijo Gediman suavemente.

Wren abrió la boca y la volvió a cerrar, solamente asintiendo. *Ciertamente se está desarrollando mucho mejor de lo que cabía esperar*. Mientras el espécimen flotaba alejándose de él, pensó que había visto los ojos girar bajo sus párpados. Se preguntó si podría ya detectar las diferencias entre la luz y la oscuridad. Se preguntaba, si acaso, podría sentir algo.

Súbitamente, hubo luz y ella respingó. Podías ser visto en la luz. Era más difícil esconderse en

la luz. Su cuerpo se curvó sobre sí mismo. La tibia humedad que la rodeaba le daba seguridad, pero el brillo de la luz la atemorizaba. Imágenes de caóticos sueños fluctuaron a través de su titubeante consciencia.

El frío confort del crio-sueño.

La creciente necesidad de proteger a sus pequeños.

La fuerza y el compañerismo de su propia especie.

El poder de su propia rabia.

La tibieza y seguridad del humeante nido.

Las imágenes eran absurdas y significativas a la vez. Las reconoció en un nivel más allá de la consciencia, más allá del entendimiento. Eran parte de ella, parte de quien había sido, parte de lo que había sido. Y ahora eran parte de aquello en que se estaba convirtiendo.

Flotó en la tibia humedad gelatinosa, reconfortante, intentando esconderse de la luz. Y de los sonidos. Sonidos distantes, murmurando, que se hallaban fuera de ella. Dentro de ella. Iban y venían, los sonidos, no significaban nada, significaban todo.

Escuchó los sonidos internos otra vez, uno mucho más fuerte que los demás. Aquel al que ella siempre prestaba atención. Aquel que intentaba intensamente recordar. Había oído murmurar—

Mi mami siempre decía que no existen los monstruos — los monstruos verdaderos. Pero sí existen.

Si tan solo supiera lo que significaba aquello. Quizá algún día ...

Sólo por un momento, Wren se permitió esperar, se permitió anticipar. Habría papeles. Libros. Publicaciones. Premios. Esto era sólo el principio.

El feto flotó, volteándose en la incubadora llena de gel, y Wren tuvo que admitir que Gediman tenía razón. Era hermosa. El espécimen perfecto ...

El feto le daba ahora la espalda y su curvada espina golpeó el cristal. Entonces lo vio, algo que no había estado ahí antes.

—¿Lo has notado?— Preguntó a Gediman manteniendo un tono neutral.

—¿Qué...?— Murmuró Gediman, espiando sobre la espalda del espécimen.

—Ahí.— Wren señaló a los cuatro brotes a cada lado de la espina. —Esos. Son cuatro. Justo donde deben estar los tubos dorsales.

Gediman frunció el entrecejo, mirándolos. —¿Crees que comenzará a desarrollar anormalidades?

Wren negó con la cabeza. —Los observaremos. Podrían significar el inicio de un fallo embrionario.

—¡No...!— suspiró Gediman.

—No anticipemos problemas. Si tenemos suerte, puede solo tratarse de vestigios residuales. En tal caso, podremos removerlos.

Gediman parecía preocupado, disipando algo de su anterior júbilo.

Wren palmeó su espalda. —Aún así, es muy superior a los especímenes que hemos desarrollado hasta la fecha. Estoy esperanzado. Tú también deberías estarlo.

Su socio sonrió de nuevo. —Hemos llegado tan lejos, y ella va tan bien. Espero que tengas razón Dr. Wren.

Yo también lo espero, pensó Wren, observando al espécimen. Esperaba que esta no fuera una broma más de la naturaleza gastada a sus expensas.

Un mes después, Wren y Gediman volvieron a pararse ante la incubadora. Esta unidad era mucho más larga de lo que había sido la primera, casi de tres metros de altura y un metro de ancho. El espécimen de tamaño infantil que había flotado como un pequeño corcho en aquella otra incubadora, había crecido y florecido hasta casi llenar su actual contenedor.

La atmósfera en el laboratorio era una de las anticipaciones primordiales. Wren no podía evitar notar cuán a menudo los miembros de su personal se aventuraban cerca de la incubadora sólo para mirarla, maravillados ante lo que habían logrado.

Tanto de tan poco. Antiguas muestras de sangre. Pequeñas partes de tejido de la médula espinal, del bazo, del fluido espinal. ADN esparcido y fragmentado. Células infectadas. De todo aquello, esto.

El espécimen se volvió, su cabello castaño ondulado hasta el hombro, flotaba libremente alrededor de su cara, oscureciendo ocasionalmente los atractivos y reconocibles rasgos humanos. Su mano se curvó en un puño, luego se relajó. Los ojos bajo los párpados cerrados se movían de un lado al otro.

¿Soñando? ¿Qué clase de sueños tendría? ¿De quién serían esos sueños?

Wren miró a la lectura de la incubadora. La primer pantalla mostraba los signos vitales del espécimen —su ritmo cardíaco estable, constante, su respiración agitada completamente normal. Bien. Muy bien.

Se volvió hacia la siguiente pantalla. Donde la primera estaba marcada para identificar al espécimen hembra de talla adulta — la connotación —HUESPED— aparecía en prominentes letras — la segunda pantalla estaba marcada como —SUJETO.— A través de ella se registraba un segundo registro de signos vitales. Este latido era mucho más rápido que el del huésped, con un patrón ondeante que era taquicardia. Estable, era justo tan fuerte como el huésped. Era sonido.

Wren sonrió. Miró nuevamente al rostro del espécimen huésped. Estaba ceñudo. Si hubiese sido algo más romántico, como Gediman, hubiera pensado que parecía infeliz.

¿A quién pertenecen tus sueños? ¿A ti misma? ¿O son aquellos de tu simbionte? Me encantaría saberlo ...

El Dr. Johnathan Gediman no podía creer su suerte. El Dr. Wren realmente *le* iba a permitir practicar la operación. De pie en el frío salón esterilizado, con ropa esterilizada, con su cuerpo completamente tallado y listo, tanteó con el visor quirúrgico mientras lo manipulaba hacia su posición. A su lado, el Dr. Wren estaba listo, vestido, expectante, ansioso. El Dr. Dan Sprague estaba ahí también. Dan lo había felicitado cuando Wren había hecho el anuncio, sus sinceros buenos deseos ayudaban a Gediman a calmar sus nervios. Un poco, en cualquier caso.

El visor enfocó ampliamente, y tocó los controles. El aparato le permitiría disfrutar de cualquier rango de visión que desease, desde la visión bifocal de unos binoculares, a la habilidad microscópica que necesitaba para poder examinar el tejido justo por debajo del nivel celular. Respirando profundamente, intentó estabilizar sus nervios. Casi brincó cuando Sgrague le frotó la frente con una gasa esterilizada.

Tranquilo Gediman, se dijo a sí mismo. *¡Esta no es tu primera cirugía! Es un procedimiento sencillo. Has hecho procedimientos similares un millón de veces*.

Sí, pero no aquí. No en éste espécimen.

Espécimen era la palabra de Wren, pero Gediman había dejado de verla de ese modo cuando ella apenas era una microscópica partícula de ocho células perfectamente formadas.

Volvió su cabeza y se permitió mirarla, realmente mirarla. Tras la gruesa transparencia de la cámara quirúrgica que la separaba a ella del personal médico, estaba respirando normalmente, lentamente, en un sueño anestesiado. Se la veía relajada sobre el quirófano, sus ojos inmóviles, su fuerte mandíbula relajada por el sueño, sus labios ligeramente abiertos. A excepción de los múltiples catéteres y sensores que decoraban su cuerpo bajo las diáfanas mantas de cirugía, se veía tan atractiva como la Bella Durmiente esperando el beso de su príncipe. Gediman se humedeció los labios.

Se ve normal. Una mujer alta joven y atractiva.

Incluso el líquido amniótico que se pegaba y daba a su piel un tinte azulado no cambiaba eso.

Estaba tan orgulloso de ella.

Había pasado por tanto, logrado tanto. Y este sería su momento de mayor orgullo —si él no metía la pata.

Se dirigió hacia el panel de instrumentos, deslizando sus manos enguantadas dentro de los controles quirúrgicos hasta los codos. Wren y Sprague lo flanqueaban, observando.

Alrededor del encapsulado teatro quirúrgico, detrás de la transparente protección, estaba el resto del equipo. Cada uno de ellos tenía una inversión aquí.

Deslizó los dedos dentro de los sensibles controles en forma de guante, los sintió amoldarse a sus manos y brazos, y suavemente se adhirieron a él. Cuidadosamente, manipuló los controles, observando los diversos brazos robóticos volver a la vida en respuesta.

—Estoy listo,— dijo a la habitación, mirando sus lecturas. Todo se veía bien. Actividad cerebral. Respiración. Ritmo cardíaco.

Movió el láser a su posición sobre el esternón.

—Recuerda,— dijo suavemente Wren, cerca de su oído, —con calma. Un paso a la vez. Estoy a tu lado.— Con aquello pretendía darle confianza a Gediman pero surtió justo el efecto contrario.

Inició el contacto con el láser, dibujando una brillante y recta línea a fin de proceder con la incisión desde el exterior de mitad del esternón hasta justo arriba del ombligo. Miró las lecturas de Ripley. No estaba demasiado dormida y él quería asegurarse que no podía sentir aquello.

—Lo tienes,— dijo Sprague quedamente a su lado, enjugando su frente una vez más. Era labor de Dan el verificar la anestesia. Gediman confiaba en él, pero...

La incisión inicial estaba hecha. Manipuló las abrazaderas mecánicas, las fijó en la piel, las retraía sólo lo necesario. Entonces usaba el láser nuevamente, para cortar cuidadosamente entre los músculos de la aponeurosis, justo sobre la *Linia alba*. Una vez hecho esto, el peritoneo. En unos momentos, había atravesado. El sangrado se minimizaba cuando el láser cauterizaba mientras cortaba. La incisión se veía bien.

—Excelente,— suspiró Wren. —Bien, ahora, pongan el tanque en posición. Con cuidado ... Listos con ese amnio...

Gediman le adelantaba. Ya había señalado que se entregara la pequeña incubadora llena de líquido amniótico. Observó mientras ésta se colocaba en posición a un costado del cuerpo supino de Ripley, colocándose cerca de sus costillas y cadera. El cirujano podía sentir la ansiedad crecer en la habitación mientras el pequeño receptáculo viajaba silenciosamente a su destino, se detenía, y finalmente abría su cubierta.

—Bien,— dijo Wren. —Bien, estamos listos.

Gediman se mordió el labio. Su mano derecha flexionada dentro del guante de control.

Una prensa mecánica especialmente acolchada se colocó en posición a su disposición, y cuidadosamente se insertó en la zona de la incisión, desapareciendo en el interior de Ripley. Gediman volteó hacia la pantalla de lectura, siguiendo el progreso de la prensa en el interior de su paciente. Manipuló la prensa cuidadosamente, hábilmente.

Una banda de sudor se escurrió por su frente, deslizándose hacia el visor, pero Sprague estaba ahí, enjugándole, intentando controlar el profuso sudor inducido por los nervios que acometía al cirujano, a pesar de la fría habitación.

Miró la prensa y las imágenes de incrementado color del interior del paciente que proveían los biosensores. Sonrió.

—Ahí está,— murmuró deleitado.

El premio. El fruto de todo su trabajo.

Presionó cuidadosamente la prensa, incluso cuando Wren le murmuraba innecesariamente, —¡Con cuidado! ¡Con cuidado!

—La tengo,— ronroneó Gediman, mientras extraía lentamente la prensa del cuerpo de Ripley.

Todos los ojos estaban fijos en la incisión mientras la prensa salía del abdomen de Ripley.

Curvada en el acolchado, se acurrucaba una pequeña criatura de apariencia embrionaria manchada de rojo, sus facciones se confundían por la sangre y el tejido que la conectaba a su madre.

—Las lecturas están bien,— le dijo Wren, estudiando el bio rastreo del parásito.

—Lo mismo aquí,— concordó Dan, reportando las de Ripley.

Vagamente, Gediman tomó consciencia de que el resto del grupo se acercaba al cristal, mirando fijamente para verlo por sí mismos. Nadie hablaba. Todos los ojos se centraban en aquel pequeño bulto...

—Voy a cortar las conexiones,— anunció Gediman.

—Adelante,— concordó Wren.

Movió otro aparato alrededor de la criatura, uno que cortaría y cauterizaría cada uno de los seis delgados cordones aparentemente umbilicales que adherían al pequeño Alien a su huésped. Movió la prensa cortante rápidamente, experimentadamente, decisivamente ... Cuatro, cinco, ¡seis! Estaba libre.

Súbitamente, la criatura se retorció y se desenrollo, como si el ser separada de su madre le anunciara que era tiempo de iniciar su vida independiente. Tiempo de respirar. Tiempo de crecer. Tiempo de moverse.

Se retorció y giró en la prensa acolchada, agitando su cola, y finalmente abrió su pequeña mandíbula en un grito silencioso.

—¡Diablos!— Maldijo Sprague ante la protesta iracunda del pequeño bulto.

—¡Con cuidado!— ordenó Wren a todos. —No la suelte. Métala en el tanque.

Gediman asintió mansamente. Sabía que la cosa aquella estaba bien sujeta incluso si batallaba y se retorcía impotente ante el apretón de la prensa. La deslizó hacia el tanque de amnio, sin soltarla hasta que la cubierta estuvo casi asegurada. Soltó a la criatura y extrajo la prensa en un movimiento que dejó al pequeño Alien encapsulado a salvo en la protectora incubadora.

—¡Hermoso!— exclamó Wren —Un trabajo hermoso, Gediman.— Tomó a Gediman por el hombro, felicitándole.

El cirujano dejó escapar el aliento que había estado conteniendo, cuando Sprague lo enjugaba nuevamente. Sintió que se relajaba todo su cuerpo y sólo entonces, se dio cuenta de lo tenso que había estado.

—Gracias, Dr. Wren.

Todos observaron el pequeño tanque incubadora —ahora con la diminuta criatura que nadaba fieramente buscando una salida — que desaparecía de la sala de operaciones de la misma forma en que había llegado. Kinloch y Fontaine lo llevarían a su sitio en la sala de crecimiento, y lo vigilarían hasta que estuviera fuera de peligro.

Gediman miró a través de la sala de observación, vio al resto del equipo sonreírle poniendo los pulgares arriba. Él devolvió la sonrisa. Entonces, se volvió finalmente hacia Ripley.

Quitándose el visor, miró dubitativamente a Wren.

—¿Y bien...?— Se refería a Ripley, aún dormida en la sala.

—¿El huésped?— preguntó Wren sin mirarla.

Gediman echó un vistazo a la lectura. —Sus signos vitales son normales ... está muy bien.— Se obligó a callarse al darse cuenta que estaba clamando *por* ella. Wren ya suponía que su interés en este *espécimen* era poco profesional. Tenía que cuidar lo que decía; Wren aún no se había decidido en cuanto a su suerte. Gediman aguardó, tenso.

Wren miró las pantallas, luego echó un vistazo final a Ripley. Finalmente, dijo —Suturen esa herida.

Gediman tuvo que reprimirse de barbullar, *¡Gracias!* Sabía que Wren tenía el derecho, como Científico en Jefe, de exterminarla. Por alguna razón, Gediman no podía aceptar eso. ¡Era un completo *desperdicio*! Especialmente después de tanto trabajo.

—Dan,— dijo Wren a su asociado, —sutura esa herida ¿quieres? Creo que Gediman ha tenido suficiente excitación por este día.

Gediman sonrió, y asintió a Dan.

—Seguro,— acordó Sprague. —Será un placer.

Gediman echó un último vistazo a las lecturas de Ripley de manera automática. Anestesia, respiración, ritmo cardíaco, todo se veía bien. Permitió que Wren lo alejara de ahí.

—Bien,— dijo Gediman, permitiendo que se reflejara la excitación en su voz, —esto salió tan bien como cabía esperar.

—Oh, mucho mejor que eso, Doctor,— dijo Wren respetuosamente. —Mucho mejor que eso.

Algo le pedía que despertara. Ella lo ignoró. Si despertaba, los sueños se volverían todos realidad. Si despertaba, existiría otra vez, y había habido paz, finalmente, en la no-existencia.

Lamentaba que se hubiera terminado.

Algo le pedía despertar. Ella se resistió.

Lentamente, registró una sensación extraña. Algo fuera de ella. Algo ocurriéndole. Algo retirado de ella.

¿Algo que quería que se retirara?

No podía recordarlo.

A pesar del frío, a pesar del brillo, abrió los ojos.

Podía ver cuanto ocurría a su alrededor, lo veía perfectamente. Pero no comprendía nada de ello. Había armaduras metálicas y plastificadas moviéndose velozmente a su alrededor, cerrando una herida en su pecho, incluso sentía moverse una armadura diferente para sellar la herida. Ella registraba la sensación, con un ligero dolor que era fácil ignorar. Sus ojos se movían alrededor mientras reunían información.

Entonces, se dio cuenta. Ya no estaba. Se la habían sacado. Su pequeña. Una parte de ella sintió un enorme alivio. Otra parte sintió una tremenda rabia. Vaciló entre estos sentimientos, sin comprender ninguno, solamente experimentando los cambios emocionales mientras yacía perfectamente quieta, observando los brazos quirúrgicos.

Dos de ellos, como se dio cuenta, estaban de alguna manera conectados físicamente a una de las criaturas que miraban hacia aquel extraño y claro cascarón en que estaba atrapada. Estaba rodeada de aquellas criaturas, todos ellos mirándola y asumiendo que se hallaba indefensa. Los brazos se deslizaban y movían, haciendo su trabajo, complementando las funciones que ella no había pedido, ni querido, ni entendido.

Observó a la criatura que manipulaba los brazos, la observó mirándola atentamente. Sin asomo de rabia o alivio, levantó un brazo rápidamente, atrapando el antebrazo de la criatura que se escudaba tras el cristal de aquella cápsula. Con creciente curiosidad, apretó el brazo con módica fuerza y lo torció, sólo para ver lo que ocurriría.

Era interesante. La criatura dejó instantáneamente de lastimarla. Eso era bueno. Torció un poco más, y hubo una extraña sensación de crujido y moledura de la parte del ser que estaba en el interior del brazo artificial. Fue incluso más interesante la reacción de todas las otras criaturas que estaban fuera de la clara cápsula. El que estaba pegado al brazo se azotaba salvajemente, golpeando el contenedor con su brazo libre, su boca abierta enormemente, como si quisiera morderla. Qué gracioso. Se preguntaba si estarían haciendo algún sonido. La extraña cápsula como cascarón en que yacía parecía obstruir el paso de los sonidos, porque todo lo que podía oír era su propia respiración.

Parpadeó y torció nuevamente el brazo. Más azotes, más golpes. Y ahora, más y más criaturas se agolpaban alrededor del ser que ella había capturado, aferrándolo, moviendo sus pequeñas y deficientes bocas, abriéndolas y cerrándolas, ondeando sus brazos. Cuánta excitación.

Una de las criaturas empujó a un lado a las otras, mirándola sobre el contenedor. La miró salvajemente, sus pequeños ojos tan abiertos como podían estar. Manoteó los instrumentos en su lado de la cápsula, manipulando cosas que ella no podía ver, y de pronto, sintió que los ojos le pesaban.

Lo lamentaba. No quería dormirse. Quería observar a las criaturas. Aprender de ellas si es

que podía. Y más que eso, quería salir de ahí...

Pero el sueño se apoderó de ella antes que pudiera preocuparse más.

En segundos el brillante e inmaculado salón quirúrgico había pasado de un éxito rebosante al caos total. Wren pudo oír el horrible chasquido y el crujido de los huesos de Dan Sprague a dos metros y medio de donde él y Gediman hablaban sobre el embrión Alien. Los gritos de Dan se pudieron oír a través de toda la estación.

La sala esterilizada se había llenado instantáneamente con todos los miembros del equipo, soldados, y otros observadores, todos ellos violaban cada protocolo que se les había entrenado a seguir. Y ninguno de ellos podía liberar a Sprague del apretón del huésped del espécimen.

Aquello no tenía precedentes. Era inesperado. ¡Era excitante!

Wren se abrió paso al frente donde pudo ver al huésped y a su víctima, y se hizo cargo de la situación. Todos daban órdenes conflictivas, y Dan seguía gritando ...

... y ella sólo yacía ahí bajo sus ropas, su herida solo parcialmente sellada, su cara tan impasible como una esfinge mientras torcía deliberadamente.

Wren pulsó rápidamente los controles de anestesia, incrementando radicalmente la dosis.

Gediman estaba a su lado, frenético por su mascota. —¡No la mate, Doctor Wren, por favor no la mate!

No supliques, Gediman. Pensó Wren con disgusto. *No es profesional*.

El huésped parpadeó perezosamente, aún sin considerar al Dr. Sprague. Sus ojos se movieron, parecieron perforar a los de Wren. Los miró fijamente, dentro de ellos, atravesándolo. Él sintió un escalofrío. Entonces sus párpados se cerraron lentamente, y en segundos el apretón se relajó.

Clauss y Watanabe pusieron a Dan en la camilla en segundos, Watanabe examinaba rápida y efectivamente el brazo terriblemente roto. Los huesos sobresalían por la piel y las ropas estériles en varios lugares. El brazo estaba tan retorcido que la mano se hallaba en una posición completamente antinatural. La sangre brotaba del brazo de Dan, salpicando el área inmaculadamente estéril, salpicando el suelo. En la habitación estéril pintada de brillante blanco y de tonos neutros, el rojo intenso de la sangre era lo más estremecedor.

Al menos estaba esterilizado, pensó Wren clínicamente. *Debemos ser capaces de evitar infecciones, a pesar de que toda esta gente ha violado la esterilidad de la habitación*. Le complacía que Watanabe se hubiese hecho cargo. Se había especializado en ortopedia antes de venir aquí.

El joven médico levantó la vista del sollozante paciente. —Dr. Wren, quisiera llevar a Dan a la sala de operación C y prepararlo inmediatamente.

—Proceda con ello, Yoshi,— aprobó Wren. —Brian y Carlyn pueden asistirlo. ¿Necesita a alguien más?

—No, con ellos será suficiente,— le aseguró Watanabe, luego señaló a los soldados que sacaran la camilla de Sprague de la habitación. Todos ellos, salvo Gediman enfrascados en la tarea.

Gediman había regresado a los controles cibernéticos, cerrando eficientemente la herida del huésped, a pesar del desorden a su alrededor. Wren lo aprobó.

Pero Gediman parecía consternado. Wren se preguntaba si el súbito ataque de violencia del

huésped sería más de lo que podrían manejar.

—¿Estas bien?— preguntó Wren. El lugar se hallaba nuevamente tranquilo, su medio ambiente de esterilidad restaurado.

Sólo un patrón abstracto de salpicaduras de sangre marcaba el incidente.

Gediman asintió abruptamente. Terminó de cerrar, retiró los instrumentos. El huésped siguió durmiendo cuando su cápsula quirúrgica fue removida a una celda de recuperación asegurada.

—Estoy bien,— insistió Gediman, a pesar de su temblorosa voz. —Y agradezco Dr. que no le practicaras la eutanasia. Creo que esto fue solo un desafortunado incidente...

Wren llevó su atención del huésped de nuevo a su protegido. —No hubo nada de desafortunado al respecto, Gediman. Dan se recuperará. Y ahora hemos descubierto algo del huésped que no sabíamos antes. Algo que no podíamos haber anticipado. Un ... beneficio inesperado.

Sonrió a Gediman, a sabiendas que su excitación sobre este desarrollo inesperado era obvio, y observó a su socio darse cuenta lentamente de que la actitud de Wren con respecto al huésped había cambiado radicalmente. De pronto, Gediman supo que Wren ya no veía al huésped como una carga, sino como una ventaja. Gediman había discutido mucho en contra de exterminar al espécimen, pero Wren solamente se interesaba en el beneficio que pudiera sacar de la información que aportara el cadáver. Pero ahora, Wren era su aliado, no su oponente, para determinar la suerte del huésped.

Gediman se relajó con un suspiro y sonrió a Wren.

—Sabremos más en los próximos días,— dijo Wren, —tanto del huésped como del sujeto. Serán días muy interesantes para nosotros, ¿no lo crees, Gediman?

El socio sonrió ampliamente. —Oh sí, doctor, ya lo creo.

2

Se agazapó en la oscuridad, haciéndose pequeña, y evaluó su medio ambiente. Al fin se encontraba lo suficientemente despierta para hacerlo. La luz era mínima, pero eso no le impedía ver. Podía ver todo lo que requería ver. El espacio en que se hallaba era lo suficientemente largo para ponerse de pie y estirarse, incluso caminar un poco, pero no hizo nada de eso. Y tampoco lo haría, hasta que supiera más. Respiraba lentamente, quedamente, y se mantenía firmemente replegada, evaluando.

La celda estaba vacía, solo con ella en su interior. No había agua, ni ropas, ni muebles, nada que pudiera usar para lastimarse o lastimar a otros. Estaba cubierta con un ligero y delgado camisón blanco, el que había llevado en la cirugía.

Había una pequeña mirilla en el techo de su celda, y de pronto una sombra lo cruzó, poniéndola tensa. No se movió, no respiró, pero puso mucha atención al dueño de la sombra. Aparecieron unas botas, se pararon sobre la mirilla por varios segundos, luego se retiraron lentamente. Así que la estaban observando. Era bueno saberlo.

Tras largos minutos, y una vez segura de que los pies calzados con botas no regresarían, comenzó a evaluarse a sí misma. Su mente aún confundida tras el largo sueño desde la cirugía.

Cirugía. ¿Por qué me hicieron una cirugía? ¿Me encontraba enferma?

Desechó estas preguntas. Solamente la confundían. Solamente podía aguardar y esperar aprender.

Su cara escocía. La tocó, rascando ligeramente. Su piel, aún húmeda y tierna, se peló en largas tiras. La piel bajo estas se sentía más fuerte, más seca. Se rascó cuidadosamente, pelando su piel en largas y resbalosas tiras que arrojaba. Se sentía bien.

Mientras se encontraba ocupada en ello, descubrió nuevamente la cicatriz que corría bajo su pecho. Sus dedos tantearon la suave y perfecta línea. Estaba sensible. Pero no terriblemente. Levantando el camisón, miró la herida. La enfadaba, pero no podía decir por qué.

Mientras recorría la línea con una uña del dedo, se distrajo por su propia mano, y la apartó de bajo sus ropas. Había algo raro en aquella mano. Algo poco familiar. Miró atentamente los largos y elegantes dedos —¡solamente cinco!— y finalmente las uñas. Eran largas, fuertes y extremadamente agudas, pero eran sus propias uñas. Sin embargo, parecía que nunca antes las había visto. Como si no debieran estar ahí.

Acongojada por razones que no podía definir, se puso una en la boca y la mascó, intentando

recortarla de una mordida. Pero ésta no cedió, al menos, no a los dientes.

Mientras se mordía la uña, divisó algo oscuro en la parte interna del antebrazo, cerca del codo. Instantáneamente se olvidó de sus uñas, y estiró el brazo derecho para inspeccionarlo. Ahí, sobre la piel había una marca. Frunció el ceño, intentando recordar.

Es un número. El número ocho.

Lo tocó, y luego retiró la mano. ¿Qué significaría aquello? Instintivamente supo que aquel no era su nombre, y que no era lo suficientemente largo para ser su identificación.

El número ocho.

Mientras lo contemplaba, intentando hallarle algún significado, escuchó un débil zumbido. Un pequeño organismo volador repentinamente circulaba su cabeza, distrayéndola. Lo miró, fascinada, mientras éste la estudiaba, mientras ella lo estudiaba.

Volando más bajo, el organismo aterrizó en la parte interna de su brazo. Ella observó pacientemente, con curiosidad. ¿Qué era esto? ¿Qué haría?

Cuidadosamente, levantó el brazo para observarlo mejor.

El minúsculo organismo tenía patas largas y delicadas, elegantes y pequeñas alas y un largo aguijón. Un nombre le vino a la mente.

¡Mosquito!

Casi sonrió ante el recuerdo, estaba tan claro. Esto era un insecto. Un mosquito. Lo miró balanceándose sobre su brazo como un bailarín.

Lentamente, insertó su aguijón en la piel de su brazo, haciéndolo tan delicadamente que no sintió nada. El proceso la sorprendió, y observó con la mórbida fascinación de un chiquillo. El abdomen de la criatura comenzó a llenarse.

¡Con mi sangre! Me está chupando la sangre.

La información, antaño olvidada sobre el insecto comenzó a registrarse en su mente mientras observaba a la criatura beber hasta llenarse.

Entonces, en segundos, el insecto comenzó a cambiar. Su rebosante abdomen comenzó a temblar, las alas traslúcidas se curvaron, las delicadas patas de bailarín se replegaron, como si se disolviera desde el interior. En segundos, era una cáscara seca y negra.

Parpadeó, hallando interesante la transformación, pero sólo por un momento. Explotando en su brazo, dispuso finalmente del insecto, y luego no volvió a pensar en él. Miraba de nuevo hacia la mirilla del techo, esperando la próxima reaparición de los pies calzados con botas.

3

¿Nombre? Preguntó la sobrecargo, verificando su registro.

—Purvis— respondió el hombre automáticamente. —Larry. Código de ID doce siete cuarenta y nueve.— Le dio su chip de computadora.

Ella lo tomó, lo insertó en su dispositivo manual, esperó a que la información apareciera en la pantalla. Sonrió y asintió complacida. —Está verificado. Bienvenido a bordo, Sr. Purvis.

El hombre, bajo y delgado le sonrió de vuelta. *Sr. Purvis*. Le gustaba eso. La corporación Xarem se proclamaba como la organización más cotizada de vuelos, y hasta ahora parecía ser así. La azafata lo condujo al interior de la nave para poder registrar a la mujer que esperaba de pie tras él; así pues, se encaminó siguiendo los señalamientos hacia las unidades criogénicas. La nave era pequeña, sólo se usaba como transporte e incluso la tripulación se iría a dormir una vez que fijaran su curso lejos del sistema solar.

Bueno, a Purvis realmente no le interesaba si había amenidades a bordo. De acuerdo a la literatura que lo había convencido a alistarse en esta misión, todos lo estarían esperando en la refinería de níquel de Xarem. El maldito planeta entero se llamaba como la compañía. Previo a la demanda de minería, éste no había sido más que un número. Un par de meses de siesta y estaría ahí. Una nueva carrera. Un nuevo comienzo. Nada mal para un tipo de mediana edad.

No pensaría en la vida que estaba dejando atrás aquí en la Luna. Había pasado dos años intentando enmendar las cosas con su mujer, todo para nada. Sus hijos habían crecido y se habían marchado —era tiempo de marcharse también. Y no era como si se fuera a unir a la Legión Extranjera Francesa. Se suponía que las condiciones en Xarem eran las mejores.

Repentinamente, lo acometió un revés de soledad, golpeándole fuerte. Sacudió la cabeza. Era tiempo de dejarlo pasar. Tiempo de moverse de ahí. Esto funcionaría. Era un nuevo comienzo. Un nuevo futuro.

Podría hacer cosas en Xarem que nunca le hubieran permitido hacer en la Luna. Ver cosas nuevas. Vivir nuevas experiencias. Quizá podría incluso enamorarse de nuevo. Todavía era suficientemente joven ... podría quizá formar una nueva familia.

Centrándose en este esperanzado pensamiento, trepó al criotubo que tenía su nombre impreso en la etiqueta.

Una azafata se desplazaba a lo largo de las unidades-dormitorio horizontales, verificando los tubos, las mezclas de narcótico, la configuración de las computadoras. Agradable y minuciosa. A

Purvis le gustó eso. Acomodó su bolsa en el compartimento interior del tubo, y se arrellanó sobre los confortables cojines. Una suave música inundó el tubo para relajarlo, mientras una cálida voz femenina le decía que su nueva carrera le esperaba en Xarem. Sonrió cerrando los ojos, esperando que la fresca caricia del sueño se lo llevara.

Este fue sólo el inicio de la aventura más grande de su vida.

* * * * * *

Gediman terminó de auscultar a Ripley, que estaba sentada muy quieta sobre la mesa de exámenes. Desde que la habían sacado de la celda de recuperación, había sido la viva imagen de la plácida cooperación. Dado que se había portado como un paciente modelo, Gediman despachó al guardia armado que se había estado asomando para verla, a fin de que Ripley pudiera tener algo de privacidad durante su examen. Desde luego, había aún dos guardias armados y listos apostados justo a la entrada.

A pesar de que no había dado muestras de la conducta violenta que había mostrado en la cirugía del día anterior, Dan Sprague, que se recuperaba en su habitación, había declinado la invitación de Gediman de conocerla de cerca y en persona esa mañana. El resto del personal había mostrado una reacción similar cuando supieron que estaría deambulando por ahí, totalmente consciente, y se esfumaron. Eso estaba bien. Todos ellos tenían otras labores críticas que atender, en cualquier caso. Además Gediman no le temía. Estaba *fascinado* con ella. Se sentía agradecido por el tiempo que pudiera pasar a solas con ella, estudiándola, descubriendo sus habilidades, sus capacidades.

Eres sólo un moderno Dr. Frankenstein ¿verdad Gediman? Y ésta es tu novia.

Caminó rodeándola hasta darle la espalda y abrió el camisón de la paciente, examinando las cuatro cicatrices en diagonal que estaban a ambos lados de su espina.

Eran incisiones perfectas, nítidas; los restos de los deformados tubos dorsales que su cuerpo había intentado desarrollar. La extirpación había sido labor de Wren, un trabajo excelente. Afortunadamente, eran solo vestigios, completamente inútiles y extirparlos no había comprometido en nada su desarrollo.

Caminó a su alrededor, consciente de que ella no dejaba de observarlo, incluso cuando le dio la espalda. Le daba la impresión de que siempre estaba alerta, completamente preparada... para algo. Él quería aliviar sus preocupaciones, cualesquiera que éstas fuesen.

—Ripley,— dijo quedamente con ese —tono de doctor— que había usado con sujetos infantes en otro experimento —voy a sacarte un poco de sangre. La aguja pinchará un poco, pero por lo demás, no te causará ningún daño.

Ella lo observó, sin reacción alguna. Él se movió lentamente, asegurándose que ella pudiera ver todo, asegurándose de no sobresaltarla.

Parece más como trabajar con un enorme gato salvaje que con una criatura. Solo sus ojos se mueven. Su cuerpo se queda quieto, inmóvil. Casi desearía que tuviera una cola que pudiera agitar que indicara, por lo menos, su estado de ánimo.

Lentamente, colocó el torniquete, entonces tomó la jeringa especialmente diseñada, la aguja y el tubo recolector de sangre. Estaban hechos con un diseño antiguo pero con materiales ultra modernos de la era espacial. Cuidadosamente, insertó la aguja, luego movió el émbolo en su

interior antes de que siquiera una gota pudiese escaparse. El claro tubo se llenó rápidamente con un líquido espumoso color rojo oscuro. Ella no pestañeó, observando el procedimiento con la misma desapasionada calma que había mostrado durante todo el día.

Tras remover el tubo y la aguja de su brazo, oyó la voz de Wren.

—Bien, y ¿cómo va hoy nuestra número ocho?— preguntó el científico en jefe, mirando el registro de computadora que contenía su historial completo. ¿Habían tratado antes a algún otro organismo tan esmeradamente? Gediman lo dudaba.

—Parece que goza de buena salud ...— Aseguró Gediman, etiquetando el tubo y depositándolo en un estante especial.

—¿Qué tan buena?— Preguntó Wren.

Gediman no pudo evitar sonreír. —¡Extraordinaria! ¡Como...! ¡ha sobrepasado todos los esquemas previstos!— Miró a Ripley, preguntándose cómo vería ella a Wren, pero su expresión y actitud no cambiaron, sin embargo, su atención estaba ahora en el científico en jefe. Lo observó, sin pestañear, a través de unos párpados entreabiertos y sin emociones.

Aún moviéndose cuidadosamente, respetuosamente, Gediman descubrió el frente de su vestimenta bajo sus pechos para que Wren pudiese ver. ¡Mira el tejido cicatrizado! ¿Ves la recesión?

Wren observó. Como el médico que era, no prestó atención a los delicados y desnudos pechos femeninos, sino a la incisión que había entre ellos. Se veía incrédulo. —¿Esto es de...?

—¡Ayer!— dijo Gediman, casi jovialmente.

—Eso está bien,— admitió Wren, mirando complacido. —está muy bien,

Gediman asintió como un chiquillo. Sabía malditamente bien que Wren nunca en su vida había visto semejante regeneración del tejido.

Wren se adelantó un paso hacia la inmóvil mujer mientras Gediman ataba las cintas del camisón de Ripley a su espalda, restaurando su pudor. Wren sonreía a Ripley, como intentando calmarla. Gediman podía suponer, por la conducta de éste, que Wren nunca había trabajado con pacientes, ni experimentales ni de ningún tipo.

—Vaya, vaya, vaya,— dijo Wren altaneramente —parece que nos harás sentir a todos, muy orgullosos —

Ripley atacó, su brazo se proyectó con la velocidad de una serpiente, aferrándose a la garganta del doctor. La voz de Wren se cortó antes de que pudiera terminar de hablar.

Antes que Gediman pudiera siquiera registrar lo que estaba ocurriendo, ella estaba ya fuera de la mesa, llevando al flagelado doctor a través de la habitación, azotándole fuertemente contra la pared. La cara de Wren se puso brillante y roja, no podía inhalar nada de aire. Gediman, boquiabierto, miró con ojos muy abiertos cómo la mujer que se había sentado como un maniquí durante toda la prueba estalló en un arrebato de violencia. Apretando la garganta de Wren con una mano, elevó al científico a treinta centímetros del suelo con un mínimo esfuerzo. Gediman estaba paralizado por el terror y Wren se estaba poniendo azul, sus labios se retrajeron en una mueca grotesca, sus tacones golpeaban inútilmente el muro. Ripley lo aferraba ahora con ambas manos y el doctor intentaba apretar sus muñecas, luchando con inútil esfuerzo.

Los ojos de Ripley ya no eran dos hendiduras pasivas. Estaban muy abiertos, toda ojos,

enfurecida, ardiente. Gediman solo pudo mirar cuando profirió su primer par de palabras.

— *¿Por qué?*- Le demandó al doctor que estaba matando.

—¡Oh Dios mío...!— jadeó Gediman, tan consternado como el propio Wren

¡HAZ ALGO! Le urgió su cerebro, y volteó buscando, intentando recordar — *¡LA ALARMA DE EMERGENCIA!* Estampó su mano sobre el botón rojo en la pared opuesta.

El sonido pareció reanimar a Wren; luchaba desesperadamente, finalmente zafó su abrazo. Cayó fuertemente y se revolvió intentando escapar, pero Ripley lo atrapó como jugaría un gato con un ratón que estaba por cenarse. Sus largas piernas se engancharon alrededor de Wren, apresándole y sacándole el aire de los pulmones mientras proyectaba los hombros del doctor hacia el suelo.

Wren se arrastró en un débil intento de huir. Las alarmas sonaron, las luces parpadeaban, pero Ripley no las notaba, continuaba quitando la vida de su víctima. Con un solo objetivo. Predadoramente.

Las puertas neumáticas sisearon al abrirse y los guardias se apresuraron a entrar. Uno de ellos, con el nombre *Distephano* estampado en su casco, corrió hacia la mujer y le apuntó con su arma. —¡Suéltelo!— Le gruño Distephano, su arma estaba lista y con carga completa. —¡Suéltelo o dispararé!

¡La tiene a quemarropa! Pensó Gediman, aterrado. *Y esa cosa está con carga completa. Es lo suficientemente poderosa para derribar a un rinoceronte. ¡La matará...!* Miraba Wren que tenía la cara azulada y de vuelta a Ripley, de uno a otro. *¡Tienen que detenerla, pero...!* Las patadas de Wren se estaban debilitando.

—¡He dicho que lo suelte!— Gritó Distephano, su voz era firme, controlada. El segundo soldado que había entrado con él actuaba en perfecta sincronía con su compañero, indicando claramente que secundaría su acción.

Ripley miró sobre su hombro al hombre armado y su compañero, su expresión cambió y volvió a ser el desinteresado maniquí. Durante medio segundo nadie se movió, el índice de Distephano se movió al gatillo de manera imperceptible. Entonces la mujer abrió las manos casi de forma casual, como si de pronto hubiera perdido el interés en Wren, y desmontó de su espalda. El científico se colapsó sobre el suelo, luchando por inhalar.

Gediman miró hacia el científico en jefe, queriendo ir hasta él, ofrecerle primeros auxilios, asegurarse que ella no hubiera roto la laringe o fracturado sus costillas, pero estaba demasiado asustado para moverse, temía que cualquier movimiento que hiciera provocaría un nuevo estallido en Ripley, o que los soldados le disparasen.

Wren jadeaba, inhalando desesperadamente, su color se tornaba del azul al rojo rápidamente. Absorbía aire ansiosamente, agradecido.

Distephano se movió osadamente hacia delante, empujando a Ripley, que se había puesto ya de pie, hacia el centro de la habitación. —¡Al suelo! ¡De cara al suelo! ¡Ahora!— Le ordenó con la fría y enérgica voz de mando.

Ella permaneció en su sitio, y era tan alta como él, y clavó en él sus ojos desafiándole, frente a frente.

Le disparó ahí mismo, la carga eléctrica estampó sobre ella, arrojándola hacia el equipo y los

especímenes.

—¡NO!— Se oyó Gediman a sí mismo gritando, su voz era aguda, temblorosa — histérica. ¿La habría matado este estúpido gilipollas?

Ambos soldados flanquearon a la mujer derribada que yacía en el suelo, sus extremidades torcidas, inútiles. Estaban listos para otro disparo — un disparo mortal.

Antes que Gediman pudiera hacer algo, Wren se revolvió sobre sus rodillas, y agitó la mano hacia los soldados. Su voz se desgarraba cuando gritó, —*¡No! ¡No! ¡No estoy herido! Retrocedan...*—

¡Ya es demasiado tarde! pensó Gediman, a punto de llorar. *¡Demasiado tarde! Todo el trabajo, y ahora ella está muerta. Muerta o tan malherida...*

Ripley gruñó, se rodó sobre su espalda, mirando alrededor de la habitación como si no la hubiera visto antes. De alguna forma, sus ojos hallaron a Gediman, y se mantuvieron ahí. Él la miró también, sorprendido. ¡Todavía funcionaba! ¡Su mente aún funcionaba! ¡Después de una descarga como aquella!

Miró a Gediman sin ningún sobresalto, finalmente, murmuró dos palabras. —¿Por qué...?

Al otro lado de la habitación, Gediman escuchó la débil pregunta, y sintió una punzada de miedo. ¿Qué ocurriría cuando lo supiera?

SEGUNDA PARTE

Subrepticiamente, probó de nuevo las esposas. Se aferraban firmemente, inmovilizándola. Se relajó. El hombre sentado frente a ella, hablaba, sin percatarse, sin notar lo que estaba haciendo aunque se encontraba solo a un paso largo de ella. Tampoco lo hizo el guardia armado y alerta que estaba a su espalda. Eran torpes, estos humanos. Torpes y suaves, y lentos. Pero podían construir artefactos efectivos, artefactos que les daban ventaja a pesar de su torpeza, de su suavidad, de su lentitud. Como el artefacto en que se hallaba atrapada ahora. Era confortable, y más fuerte de lo que parecía. Una vez forzada a sentarse ahí, no podría salir. No podría liberar su cuerpo, sus brazos. Una vez encerrada ahí, ellos se podían mover a su alrededor a voluntad, llevarla a donde quisieran, hacer lo que quisieran.

Todo lo que ella podía hacer era sentarse. Sentarse y esperar. Era buena esperando. Mucho mejor en ello, sospechó, que estos humanos.

El hombre delante de ella estaba hablando. Hablando, hablando, hablando. Había estado hablando durante tanto tiempo, que ella felizmente le hubiera roto la garganta sólo para hacerlo callar. Estaba intentando hacerla hablar, ahora que sabían que podía hacerlo. Estaba intentando hacerla reconocer imágenes simples y repetir sus nombres. Habían estado en ello por lo menos una hora. Estaba aburrida a morir.

Él sostenía un sencillo dibujo de una construcción y deletreó su nombre. —C A S A.— Ella no contestó, así que la deletreó de nuevo con infinita paciencia, su voz amable, modulada. —C-A-S-A.— Ella le clavó la mirada sin decir nada, solo para ponerlo incómodo. La deletreó de nuevo.

El nombre bordado en su vestimenta decía —Kinloch.— El nombre en el casco del guardia decía —Vehremberg.— El señalamiento sobre el mecanismo que abría la puerta decía —Debe solicitar al guardia en turno antes de que la puerta se abra.— Decía lo mismo en otros seis idiomas, incluyendo árabe y japonés. Ella lo sabía porque podía leer en esos idiomas. No se cuestionaba cómo podía hacerlo, como tampoco se cuestionaba cómo podía respirar, o pensar, o matar. Sólo lo hacía.

Kinloch le mostró otro dibujo. —B O T E.-

Ella se preguntaba si sus huesos serían tan frágiles como aquellos del hombre tras el cristal, el hombre que había estado trabajando en ella con sus brazos mecánicos. Estos pensamientos la mantuvieron entretenida durante varios deletreos más. La quinta vez que deletreó la misma palabra, decidió que era suficiente. Cansadamente murmuró, —bote.-

La expresión del hombre era tan complacida, que instantáneamente se arrepintió. Le mostró otro dibujo. En esta ocasión ella repitió la palabra al instante, solo para evitar la repetición. —Perro.-

Todos los dibujos tenían asociaciones en su mente, pero ninguna detonaba algún recuerdo en específico. Eran cosas que tenían nombres, nombres sencillos, nombres que sabía. Era un ejercicio ridículo. Miró hacia la pila de dibujos que Kinloch tenía enfrente y casi gruñó. ¡Era una pila muy gruesa!

En el laboratorio experimental, el General Martin Allahandro Carlos Pérez se encontraba de pie muy derecho, con los brazos cruzados sobre su amplio pecho mientras miraba la pantalla de video que mostraba a la mujer en su sesión de prueba. Observó, pero no estaba seguro de aprobarlo.

Mantener al huésped después que el proyecto hubiera funcionado no había formado parte del plan original. Nunca se había considerado. Cuando los dos científicos, Wren y Gediman, y los dos soldados, Distephano y Calabrese, habían hecho sus reportes individuales tras el ataque del huésped a Wren, Pérez había arrastrado a los dos doctores hasta su oficina para una buena y anticuada perorata. Pero a pesar de que eran militares, al igual que él, realmente no eran soldados. A pesar de su entrenamiento, seguían siendo *doctores*. Y aunque la ciencia requería la misma clase de entrenamiento duro que la milicia, históricamente, los doctores eran siempre los soldados menos convencionales, siempre desobedeciendo órdenes y provocando caos durante su servicio. Pérez lo sabía porque su primordial lealtad era hacia la búsqueda del conocimiento, mientras que la de un soldado, era hacia su comandante, y su unidad, y los dioses gemelos de la disciplina y el orden. La ciencia y la milicia eran a menudo materias incompatibles, y este huésped —esta *mujer*— era la prueba de ello.

Le habían disparado una carga completa a quemarropa y apenas la habían derribado. ¿Qué diablos era ella? ¿Y qué más querían estos dos con ella? Pérez sabía una cosa. No le gustaba la idea de tenerla a bordo de su nave. No, no le gustaba en absoluto.

Los dos científicos, continuaron intentando calmarlo tras verse forzados a admitir que habían mantenido al huésped con vida sin notificar oficialmente sus intenciones de hacerlo —qué importaba asegurar el permiso— y revolotearon a su alrededor como un par de polillas buscando un sitio seguro para aterrizar. Pérez frunció el ceño, recordando que habían encontrado polillas de grano en el revuelto almacén esa mañana. No podía comprender cómo podían sobrevivir aquellas pequeñas y tenaces bastardas.

—Es algo sin precedentes,— refutó Wren, mientras la mujer identificaba rutinariamente las imágenes en las láminas infantiles.

—¡Absolutamente!— parloteó Gediman, su doctor mascota, justo después. —¡Está operando a una total capacidad adulta!

Los dos científicos intercambiaron miradas, como si tuvieran una especie de habilidad telepática.

Pérez protestó. —¿Qué hay de sus recuerdos?

Se miraron entre sí. —Hay intervalos,— respondió Wren finalmente, a regañadientes. —Y algún grado de disonancia cognoscitiva.

Pérez se preguntaba si lo *sabrían* realmente o si solamente lo sospecharan. O si ella estuviese poniendo una venda ante sus ojos. Ya los había tomado por sorpresa en dos actos de violencia no provocada —si el ataque de un predador podía considerarse no provocado, claro. *¿Qué otra cosa sería capaz de hacer?* Pérez era el responsable de la seguridad de toda persona a bordo, incluso de estos dos malditos tontos. Podría justificar el conservar a esta... esta... ¿Qué demonios era en todo caso? ¿Se atrevería a mantenerla viva y poner en peligro *todo*, solamente porque les había dado a estos dos mocosos super crecidos algún tiempo extra para jugar al doctor?

Wren estaba claramente disgustado con la falta de entusiasmo de Pérez. Quitó un manchón de mugre de la pantalla de video, en la que se veía al doctor trabajando con el huésped y mostrándole la imagen de un gran gato anaranjado. Ella lo miró, dudó, luego apartó la vista, frunciendo el entrecejo, como si buscara su recuerdo.

Es interesante, pensó Pérez, preguntándose por qué dudaría con aquella imagen en particular.

—!Está asustada¡— decidió Gediman.

Wren lo miró desaprobando. Pérez sabía que no tenía paciencia con aquella especie de lenguaje subjetivo y poco profesional. A Pérez le sorprendía la poca firmeza de su alianza. No eran disciplinados. No había lealtad. Ni objetividad. Únicamente curiosidad. Quizá eso es lo que había matado al gato al que ella no quería mirar.

Wren habló decisivamente. — *'Eso' tiene algunas dificultades cognoscitivas. Una especie de leve autismo emocional. Ciertas reacciones...*-

Pérez lo ignoró. Wren tenía la tendencia a recordarle a un político —su vocabulario bien podría ser más complicado, pero era igualmente absurdo. Mantuvo su atención en la mujer. O lo que fuera, pero eso era lo que parecía. Al menos en el exterior. Realmente no aprobaba los intentos de Wren de negarlo. Si decidían exterminarla o no, el referirse a ella con toda aquella jerigonza científica no eliminaría su individualidad, su voluntad de sobrevivir.

El científico que estaba en la habitación con Ripley se dio por vencido con la fotografía del gato, y sacó una distinta. Era simplemente un dibujo en caricatura de una pequeña niña de cabello rubio.

El cuerpo de la mujer encadenada súbitamente se enderezó. La expresión de aburrimiento en su rostro se desvaneció y cambió, se puso atenta. Miró fijamente a la lámina, claramente sorprendida. Su frente se frunció, sus ojos se suavizaron. Por un momento, parecía como si fuese a llorar. El cambio resultaba abrumador, y reveló, por un momento, su verdadera humanidad. Incluso el científico que se encontraba con ella se sorprendió y se sentó en silencio, sin importunarla otra vez con la pronunciación de la palabra. Por un momento, nadie dijo nada. Ninguno podía.

La foto de caricatura de la niña pasó ante sus ojos y su cuerpo se tensó en sus cadenas. ¡Su niña! ¡Su pequeña! No, no suya ... ¡Sí, mía! ¡Mí pequeña! El dibujo significaba todo y nada al mismo tiempo. Su mente se inundó con furtivas y caóticas escenas y recuerdos que no podía ordenar.

La humeante calidez del nido. La fuerza y seguridad de su propia especie. La soledad de la individualidad. Y la creciente necesidad de encontrar —

Unos pequeños y fuertes brazos le rodearon el cuello, unas pequeñas y fuertes piernas le

rodearon la cintura. Había caos, y ella era ese caos. Los guerreros gritaban y morían. Había fuego.

Sabía que vendrías.

El arrollador dolor de la pérdida —enfermiza e irreparable pérdida— llenó su mente, su cuerpo entero. Sus ojos se llenaron con líquido hasta que no pudo ver, luego se vaciaron, aclarando su visión, luego se llenaron de nuevo. No significaba nada — significaba todo.

¡Mami! ¡Mami!

Buscó para hallar la conexión con su propia especie, buscó para hallar la fuerza y seguridad del nido, pero éste no estaba ahí. Y en su lugar no había más que este dolor, esta terrible pérdida. Ella estaba hueca. Vacía. Como lo estaría por siempre.

Miró al doctor que sostenía el dibujo y anheló preguntarle lo que había preguntado a los otros. La pregunta que sabía que no responderían.

¿Por qué? ¿Por qué?

Algún día, obtendría la respuesta. De no ser aquí y ahora, sería pronto. Mientras los ecos de la voz de su pequeña reverberaban en su cerebro, determinó que obtendría la respuesta. La obtendría de ellos. A pesar de sus armas, a pesar de sus cadenas. La obtendría a la fuerza.

En la pantalla de video, la mujer parpadeó rápidamente, y a pesar de sí mismo, Pérez se sintió conmovido. *Recuerda a la niña, la pequeña niña que salvó. ¿Cómo es posible?*

—Pero 'eso' recuerda,— murmuró a Wren, cediendo, de mala gana, al lenguaje del científico. Después se volvió a mirar al doctor. —¿Por qué?

Wren también estaba sorprendido. No podía ocultarlo. Apartó la vista de la pantalla de video y buscó una explicación. —Bien, supongo que es... memoria colectiva. Transmitida generacionalmente, a escala genética, por los Aliens. Casi como si se tratara de una suerte de instinto altamente evolucionado. Quizá sea un mecanismo de supervivencia que los mantiene unidos, que mantiene intacta su especie, sin importar las características que debían adoptar de sus diferentes huéspedes.— Sonrió ligeramente. —Un beneficio inesperado del cruce genético.

— *¿Acaso creerá que soy tan estúpido como él?*- Pérez lo observó sin pestañear, como un lobo retando a otro. El científico bajó la mirada.

Pérez bufó irónicamente. — ¿'Beneficio'...?

Miró fijamente a la torturada expresión del rostro de la mujer una última vez. ¡He visto suficiente! Girando sobre sus talones, abandonó la habitación.

Al marchar fuera del laboratorio, sobre los corredores, los dos doctores lo siguieron, intentando vencerle, aplacarle.

—No estará considerando la exterminación...¿Verdad?— Preguntó Gediman tímidamente.

—¡Oh Vaya si estoy considerando la exterminación!— farfulló Pérez. La expresión dolorida de Gediman lo complació de una perversa forma.

Wren interpeló rápidamente, asertivamente, intentando resarcir su calidad de científico en jefe. —No percibimos esto como un problema. El huésped... Eso...

Pérez se detuvo, y se volvió para encarar a Wren, invadiendo su espacio vital. Los dos hombres se pararon ojo con ojo.

— *Ellen Ripley murió* tratando de aniquilar a esta especie, y en todos sus intentos, *lo logró*.—

Apuntó un dedo sobre el esternón de Wren. —No quiero que vuelva a sus antiguos pasatiempos— *¡Sobre todo a sabiendas de que ha sido la receptora de los Beneficios inesperados del cruce genético!*

Para sorpresa de Pérez, Wren no se inmutó, sino que se mantuvo firme. —No sucederá.

Gediman, ese pequeño insecto, tuvo que intervenir en una conversación de dos *hombres*. Sonriendo dijo. —Llegado el caso, no es seguro de parte de quién estará.

Pérez se volvió hacia él, con el ceño fruncido. —¿Y se supone que *eso* debería tranquilizarme? — El científico retrocedió dos pasos y serenó su expresión.

Pérez continuó avanzando por el corredor, los otros dos le seguían de cerca, conferenciando, murmurándose uno a otro, intercambiando esas miradas como dos escolares preparándose para irrumpir en el dormitorio de las chicas. Pérez estaba fúrico.

Había tantas *otras* cosas más importantes que hacer aquí. ¿Es que habían olvidado totalmente sus objetivos? ¿El motivo real de esta operación?

¡Líbrenme de los científicos! No pueden ni mantener la estación libre de insectos, pero sí que pueden encontrar la manera de perder las horas de trabajo y dinero con un individuo que podría poner en peligro el proyecto entero.

Finalmente, se detuvo frente a una puerta asegurada. Pulsando un código de memoria, se detuvo mientras la computadora lo registraba, después se deslizó un analizador de aliento hacia él. Exhaló en el receptáculo. Éste no solo utilizaría las moléculas específicas de su aliento para determinar su identidad única y prohibir el paso a toda persona ajena, sino que también prohibiría la entrada a cualquiera que estuviera bajo el influjo del alcohol o drogas, eso era algo que el análisis de la retina no podía detectar.

Con irritación, se percataba de que los dos doctores aún murmuraban a su espalda. A pesar de su enfado, ellos parecían sorprendidos, como si supieran que terminarían por convencerle, si tan solo se dedicaran a ello todos los días. Sacudió la cabeza levemente mientras las puertas se abrían, permitiendo su acceso al área de observación interna. La pequeña cabina estaba oscura, y demasiado silenciosa. Los propios hombres se quedaron quietos como si el lugar lo requiriera. Había dos guardias fuertemente armados y totalmente atentos flanqueando el puerto de observación. El general no les concedía permanecer en descanso. En tanto estuvieran en esta estación, no se les permitía permanecer en descanso. No ahí.

Pérez se adelantó al puerto de observación. Miró atentamente hacia la otra cámara, esa estaba todavía más oscura, y esperó a que sus ojos se adaptasen a la oscuridad.

—El punto central es,— dijo finalmente a los doctores en voz baja —que si ella me echa sólo una mirada extraña, la elimino y punto. Como yo lo veo, la número Ocho es sólo un subproducto cárnico.

Le molestó concederles tanto, a sabiendas que lo considerarían como una victoria. Pero eso era porque ellos no lo entendían, no entendían su forma de pensar. No importaba cuánto tiempo mantuvieran a Ripley a bordo de su nave, si osaba cruzar la línea que él había trazado, ninguna apelación de su club de admiradores la salvaría. Él haría —como lo había estado haciendo— todo lo que fuera necesario para que este proyecto fuera un éxito. Y no iba a permitir que una mujer cambiara eso.

Pérez entrecerró los ojos, mirando movimiento entre las sombras de la otra cámara. Sonrió ligeramente.

— *Esta* chica es nuestro premio gordo.— *Oh, Ripley, si pudieras ver a tu pequeñita ahora.*

Las sombras cambiaron, se movieron, volviéndose en su dirección —se acercaron al cristal.

—¿Cuándo comenzará a reproducirse?— Preguntó Pérez a los científicos.

—Días,— dijo Wren, en un tono tan bajo como el del general —antes quizá.— Su voz se hizo todavía más queda. —Necesitamos la carga...

—Está en camino,— dijo Pérez abruptamente, furioso de que el doctor mencionara eso frente a los soldados. ¿Es que este hombre *no* tenía sentido común? ¿Acaso no podía comprender lo que significaba *clasificado*?

Entornó los ojos, esforzándose por mirar entre la oscurecida cámara, para ver el premio mayor de todo su trabajo. *Ahí. ¡Ahí está! ¡Sí, ésa es mi chica!*

Como una sombra de pesadilla, *Regina horribilis* —la Reina Alien— se desplazó hacia la luz, sólo lo suficiente para poder ser vista.

Subrepticiamente, probó el confinado espacio nuevamente, pero la mantenía firmemente, inmutable. Este era un medio ambiente Alien de una suavidad antinatural con un muro transparente que le permitía ver al exterior. Pero todo lo que vio fue otro medio ambiente justo como este. Había dos humanos apostados al otro lado de la transparencia, dos humanos con sus artefactos que producían dolor. Nunca emitían sonidos, nunca volteaban a verla, solamente se postraban ahí. Eran cambiados a intervalos regulares, que ella podía medir, por otros dos que eran tan idénticos que apenas los distinguía de los anteriores. No podía olerlos a través de la transparencia, aunque algunas esencias llegaban hasta ella desde el conducto de ventilación.

Ahora, había otros tres humanos de pie al otro lado de la transparencia, observándola. A dos de ellos los reconoció. Habían estado presentes en su bizarro nacimiento. De algún modo, sentía que ellos eran responsables de eso —de eso y de su confinamiento.

Examinó y probó de nuevo el ambiente, pero los humanos que la observaban no se percataron, ni notaron lo que hacía, aunque se encontraba solo a un paso largo de ellos. Tampoco lo hicieron los dos guardias apostados a su espalda. Eran torpes, estos humanos. Torpes, y suaves, y lentos. Pero podían construir artefactos efectivos, artefactos que les daban ventaja a pesar de su torpeza, de su suavidad, de su lentitud. Como el artefacto en que se hallaba atrapada ahora. Era confortable, y más fuerte de lo que parecía. Una vez forzada a entrar ahí, no podría salir. Una vez encerrada ahí, ellos se podían mover a su alrededor a voluntad, llevarla a donde quisieran, hacer lo que quisieran.

Todo lo que ella podría hacer era esperar. Era buena esperando. Mucho mejor en ello, sospechó, que estos humanos.

Uno de los humanos hablaba a los otros. Eso era todo lo que los humanos siempre parecían hacer, pararse y observarla, y hablar entre ellos. Ella no los comprendía, sin embargo, no era necesario. Sabía que la colonia los había enfrentado antes. Había habido victorias, y había habido derrotas. Habría victoria nuevamente. Ella podía esperar. Era buena esperando, aunque, justo ahora, estaba aburrida a morir.

El nombre bordado en la vestimenta de uno de los observadores decía —Pérez.— Los nombres

de los otros dos decían —Gediman— y —Wren.— El señalamiento sobre el mecanismo que abría la puerta por la que habían entrado decía, DEBE SOLICITAR AL GUARDIA EN TURNO ANTES DE QUE LA PUERTA SE ABRA. *Decía lo mismo en otros seis idiomas y ella podía leer esos idiomas. No se preguntaba cómo podía hacer estas cosas, como tampoco se cuestionaba cómo podía respirar, o pensar, o matar. Solo lo hacía.*

Los humanos continuaban hablando entre sí.

Se preguntaba si sus huesos serían tan frágiles como aquellos del hombre que la había liberado de su huésped. Se preguntaba si su sangre sería tan cálida como la de su huésped, si tendría el mismo dulce sabor, si correría tan libremente cuando ellos se liberaban. Esos pensamientos la distrajeron de su aburrimiento.

Pronto, sería tiempo de reproducirse. Este insignificante medio ambiente Alien sería demasiado pequeño para dar cabida a su magnífico ovipositor, demasiado pequeño para el bienestar de su prole. Demasiado pequeño, demasiado frío, demasiado hostil.

Anheló la humeante calidez del nido. La fuerza y seguridad de su propia especie. La agobiaba la soledad de su individualidad especial. Y la creciente necesidad de reproducirse-

Pronto habría suficientes guerreros que la protegerían, y que construirían un nido perfecto. Y estos humanos, estos insignificantes y suaves humanos, serían el alimento de sus pequeños, y hospedarían a la nueva prole. Eso sucedería.

Pero había recuerdos. Recuerdos de caos inesperado. Los guerreros gritaban y morían. Y había fuego. Y una humana, que se apostaba firmemente, cargaba a su pequeña en brazos. Provocando muerte y destrucción en el nido.

Parpadeó, confundida, su mente era una serie de fragmentos, de recuerdos, de instintos que no podía ordenar.

El abrumador dolor de la pérdida —enfermiza e irreparable pérdida— inundó su mente, su cuerpo entero. No significaba nada — significaba todo.

Buscó para hallar la conexión con su propia especie, buscó para hallar la fuerza y seguridad del nido, pero éste no estaba ahí. Y en su lugar no había más que este dolor, esta terrible pérdida. Ella estaba hueca. Vacía.

Pero no siempre lo estaría. Su cuerpo lo sabía. Habría otro nido. Siempre había otro nido. Lo construiría ella misma. Ella y sus hijos. A pesar de sus armas, a pesar de sus cadenas, esos humanos sucumbirían ante ellos. Los alimentarían y serían la pauta para el nacimiento de sus pequeños. Tomaría el lugar a la fuerza. Como siempre lo hacía. Como lo haría siempre.

Nuestra perfección estructural solo se compara con nuestra hostilidad. Incluso los humanos admiran nuestra pureza. Somos supervivientes, inalterados por la consciencia, el remordimiento, o delirios de moralidad.

El organismo perfecto ...

4

Gediman se sentó frente a Ripley en la mesa del comedor, pero varios asientos más allá. Quería darle espacio, incluso si éste era solo una ilusión de privacía. Había silencio en aquella compleja suerte de estancia — comedor recreativa, y ellos eran los únicos dos que estaban comiendo. Había dos guardias apostados en la puerta, pero eran tan parte del escenario a bordo del *Auriga*, que Gediman apenas los notaba. Dudaba que Ripley lo hiciera.

Todavía llevaba las esposas, pero en los últimos días, se le habían aflojado para permitirle mayor movilidad. Desde entonces había vuelto a ser la imagen de una niña, extrañamente impasible e introspectiva. No había opuesto resistencia a nada, y no había mostrado más tendencia a violentarse. Wren creía que la lámina de la niña había detonado lo suficiente sus recuerdos humanos, para permitirle asumir su antigua personalidad humana.

Había sido un oficial de navegación, dijo Wren. Sabía obedecer, seguir órdenes. Gediman se lo preguntaba.

Las esposas aflojadas le permitieron alimentarse por sí misma por primera vez. Gediman estaba complacido por eso. El alimentarla a la fuerza había sido desagradable, habían intentado nutrirla lo suficiente. En cualquier caso, ahora que se podía alimentar por sí misma, no parecía particularmente interesada. Había comido algo, pero mayormente se había dedicado a remover la comida sobre el plato.

Esa era la suerte típica de la nave —comida procesada, deshidratada y vuelta a procesar lo suficiente para dar una leve apariencia de comida reconocible— pero ella mostraba poco apetito. A Gediman le preocupaba que se tratase de depresión. Wren había rebatido su preocupación.

Gediman casi había terminado su desayuno cuando notó que ella examinaba el tenedor, mostrando mucho más interés en él que en la comida. Se limpió la boca.

—Tenedor,— le dijo, ayudándole. Deseaba tanto comunicarse con ella, establecer la base de su comprensión. De no hacerlo, no podría saber lo que pasaba por su mente, lo que era el único aspecto de ella que no podían estudiar realmente. ¿Qué recordaría? ¿Qué sabría? A Gediman le abrumaba la incertidumbre.

Ripley lo miró de reojo por entre sus párpados. Siempre evitaba el contacto directo. Repitió la palabra suave, pero incorrectamente. —Jodedor

Él se sintió algo avergonzado por su respuesta, y le alegró que no hubiese nadie para oírla. La corrigió amablemente. —Tenedor.

Su expresión cambió. Casi creyó que sonreía, pero inmediatamente eso se borró. Lo sorprendió con una pregunta. —¿Cómo fue que...?

Parecía un esfuerzo tan enorme que hablara, que él anticipó el resto. —¿Cómo fue que la obtuvimos? Trabajo duro. Muestras de sangre. Muestras de tejido congeladas del Fiorina 161 de la enfermería que había ahí.

Una explicación tan simple para un trabajo tan complejo. Un trabajo sin precedentes. Las muestras eran lo suficientemente variadas, y había suficientes células, pero el ADN era un caos. Había sido un hallazgo impactante descubrir que el embrión de Alien que había infectado la sangre y tejidos en el cuerpo de Ripley, no había detenido su invasión ahí. Como un virus, el embrión había, de hecho, invadido las células vivas del huésped —todas y cada una de ellas— forzándolas a cambiar para adaptarse a su crecimiento y desarrollo. Era un adelanto extraordinario en adaptación evolutiva. Era una forma de garantizar que cualquier huésped, cualquier huésped posible, proveería lo que fuese necesario para satisfacer las necesidades de crecimiento del embrión, incluso si el propio cuerpo del huésped resultaba inadecuado.

La fusión del ADN Alien dentro del propio ADN de Ripley, había sido la manera en que habían podido incubarla a ella y a su embrión. Pero aquello no había sido fácil. Habían tenido que separar el ADN del ARN, reconstruirlo, intentar ponerlo en marcha ... y había funcionado, tras un trabajo increíblemente frustrante. Y había tomado años.

Pero ahora ella estaba ahí sentada, como cualquier otro ser humano, comiendo su alimento como cualquier otro ser humano

Y su terrible hija, hasta ahora-

—Fiorina 161...— dijo Ripley quedamente, como si probara la sensación de la palabra en su boca —¿Fury....?

—¿Eso le dice algo?— preguntó Gediman, presionándola. Si tan solo *hablara* con él. —¿Qué es lo que recuerda?

Ella no respondió a la pregunta, solo le miró de soslayo nuevamente. —¿Está ...creciendo?

Gediman parpadeó, sorprendido. —Si estaba...— ¿Está preguntando sobre el embrión que le extirpamos? ¡Sí, debe ser eso! —Sí, está creciendo. Muy rápidamente.

—Es una Reina,— dijo ella decididamente, olvidándose del tenedor. Empujó el plato.

Estaba anestesiada. ¿Cómo...? —¿Cómo lo sabe?-

—Se reproducirá— dijo sin inflexiones. Por primera vez lo vio directo a los ojos. —Todos moriréis.-

—Todos en la...— miró el tenedor —... jodida ... compañía morirán.— Concluyó aún mirando el tenedor.

—¿Compañía?— *¿De qué estaba hablando?*

—Weyland-Yutani,— Explicó Wren. Había entrado en la estancia-comedor y se acercó por detrás de Ripley, pero Gediman había estado tan adentrado en su conversación con ella, que no se había percatado.

Wren todavía usaba ese tono condescendiente y tenía esa sonrisita en los labios, la misma expresión que tenía siempre que trataba con Ripley. Era extraño que lo hiciera, pensó Gediman, considerando que las marcas que había dejado en su cuello todavía eran visibles.

El científico en jefe se sentó atrevidamente a un costado de la mujer. No parecía interesarse en concederle espacio vital. Por el contrario, parecía que quería invadirlo, como para presionarla, para ver si ella podía atacarlo de nuevo. A Gediman no le gustaba eso, pero no podía hacer nada. Como si Wren alguna vez lo escuchara, en todo caso.

Al mirarle Ripley de reojo, Wren tomó algo de alimento del plato de ella, como comería un padre del plato de su hijo.

—Weyland-Yutani,— explicó a Gediman, —donde Ripley trabajó. Era una empresa de expansión de territorios; tenían algunos contratos con la milicia. Mucho antes de tus tiempos, Gediman. Quebraron hace décadas, siendo absorbidos por Wal-Mart. Fortunas de guerra.— Volvió su atención a la mujer, sonriéndole fríamente. —Descubrirá que las cosas han cambiado mucho desde sus tiempos.

Nuevamente, hubo un sutil cambio en su expresión, Gediman lo notó. Casi una sonrisa. —Oh, lo dudo,— dijo ella.

Wren no pretendía malinterpretar su comentario.

—No somos ciegos aquí, ¿sabe?. Esta es la milicia de los Estados Unidos de América, no una codiciosa compañía.

Como si no hubiese trabajado para una 'codiciosa compañía' con tal que ésta le permitiera trabajar para la ciencia, pensó Gediman, pero se guardó el comentario.

Ripley miró fijamente su plato. Sus palabras salieron sin ninguna emoción. —Dará lo mismo.— La frase detonó algún recuerdo dentro de ella, haciéndola considerar. Luego continuó, —Aún así usted morirá.

Wren juntó las manos frente a él, en una total actitud de —doctor—. —¿Y cómo se siente usted al respecto?

Ella se encogió de hombros. —Es su funeral, no el mío.-

A Wren no le gustó la respuesta. Su impaciencia comenzó a aflorar. Por una vez, había dejado de usar aquel pedante tono de niña que la caracterizaba. —Espero que entienda lo que intentamos hacer aquí. El potencial benéfico de esta raza va mucho más lejos de la pacificación urbana. ¡Nuevas aleaciones, nuevas vacunas...! No hemos visto nada semejante en los mundos explorados hasta ahora.— Se detuvo, como dándose cuenta que estaba revelando demasiado sobre sí mismo.

Gediman pudo ver la frustración en la expresión de Wren. Pero Gediman sabía que Ripley no podría entender o valorar sus planes. Después de todo, eran la clase de sueños que sólo los científicos podían valorar. Pero Wren tenía razón —el potencial era infinito. Podría tomar décadas para determinar las complejidades genéticas de las criaturas y definir cómo era que el código genético único podía incluir sangre ácida y caparazones de silicona para adaptarse a diversas formas de vida. Aprender cómo el simbionte parasitario podía modificar genética y químicamente a su huésped, modificaría completamente la bioquímica y la biomecánica en el siglo próximo. ¡El trabajo que ellos habían hecho fue simplemente reproducir a Ripley y a su vástago Alien con técnicas de clonación con un siglo de adelanto tecnológico!

El tono ególatra de Wren volvió. —Usted debería estar muy orgullosa.

Ella, de hecho, rió. Era un sonido amargo, feo. —¡Oh, lo estoy!

Ahora Wren intentaba asegurarse. —Y el animal en sí mismo es magnífico. Resultará

invaluable, una vez domesticado.

Ripley se volvió súbitamente a mirarlo, y él la miró también. —Es un cáncer. No puede enseñarle trucos.-

Para sorpresa de Gediman, Wren no dijo nada ante sus palabras.

Ripley jugó nuevamente con el tenedor, retrayéndose, pensando. A Gediman le dolía que lo hiciera. Pero todo lo que dijo después fue una simple palabra, *Ellos*.

Distephano observaba la pequeña nave comercial que se aproximaba al vector del *Auriga*. Hasta ese momento, el turno había sido tan aburrido como siempre, pasando el tiempo en la cápsula de comando. Anotó el acercamiento del pequeño vehículo en la bitácora, y después envió una notificación oficial al general. Nunca había visto una cápsula comercial volando tan lejos. Ni tan cerca del *Auriga*. Garantizado, aquel no sería un incidente tan emocionante como el de la semana pasada con la mujer del laboratorio de pruebas. ¿Pero qué tan a menudo ocurrirían cosas como *esa*?

Oficialmente, no se le había comunicado nada sobre el incidente del laboratorio después de hacer su reporte, pero extraoficialmente, supo que la descarga que le había disparado a la mujer había, de hecho, cambiado su temperamento. Había estado mansa como un cordero desde entonces. De hecho, había oído que la habían librado de las esposas el día de ayer. Incluso le estaban permitiendo que —caminara por ahí.— A él le parecía bien, puesto que siempre había dos guardias observándola. Y una vez informados de su acción con la mujer, los otros pondrían mucha atención. Era la cosa más emocionante por estos lares, vigilar a la mujer-experimento. ¡Vaya extraña asignatura!

Casi instantáneamente, recibió una réplica a su reporte.

—La nave que se aproxima tiene la autorización del General Pérez para aterrizar,— dijo *Padre*, la voz cibernética masculina más espeluznante desde los confines de la pequeña cápsula. —Código de autorización seis, nueve, nueve, tres. Seguridad en alerta máxima.

Interesante, pensó Distephano. Un vehículo comercial pocas veces, o nunca, traía carga o suministros al *Auriga*. Ésta era una nave ultra secreta, chitón chitón. Sus autorizaciones debían tener *autorizaciones* incluso para entregar alimento. Sin embargo, esta pequeña libélula vendría únicamente a quedarse ¿eh?

Vinnie escuchó el anuncio automatizado llegar desde la nave que se aproximaba y le daba su número de registro y nombre. El Betty, ¿eh? Tomó los números que la pequeña computadora de voz femenina le dio y los pulsó en su consola.

Padre dijo sin inflexiones —El código de la nave que se aproxima no existe. Ha habido algún error. Por favor, intente nuevamente.-

¡Error y un cuerno!, pensó Vinnie sorprendido. Pulsó nuevamente el código, mucho más cuidadosamente.

—No existe este numero de registro en los listados del Sistema Militar de los E.U.A.,— anunció *Padre*. —Si no existe algún error de alimentación de datos, el vehículo que se aproxima no está registrado.

No es posible, pensó Vinnie. Notificó inmediatamente al general, luego contactó al vehículo,

exigiendo su código de autorización antes de permitir un acercamiento final. ¡Incluso si lo tuviera ... no tendrían las pelotas de entrar en una estación militar!

Vinnie esperó que la autorización del *Betty* se cancelara inmediatamente. Aquello sería ya lo suficientemente interesante. Podría suceder que el vehículo desviara el curso y se apresurara a largarse, o, si en verdad necesitaba atracar debido a algún fallo o accidente del personal a bordo, en tal caso solicitarían ayuda en el código mayday. Si Pérez rechazaba eso...

¡Si lo rechazaba, lo que tendría que hacer era derribar la nave! Distephano consideró esa posibilidad. Tenía suficiente poder bajo el pulgar como para reducir la pequeña nave a átomos. Observó el vehículo agrandarse en la pantalla.

Lo que obtuvo no era lo que había esperado. La voz del General Pérez —¡El viejo en persona!— ladró en sus oídos a través del intercomunicador.

— *He* dado autorización para que ese vehículo aterrice, *Soldado,*— dijo Pérez irritado. —¿Cuál es el problema?

La sorpresa de oír la propia voz del general en vez de una respuesta automatizada —que Vinnie siempre supuso que pertenecía a otro oficial— lo sobresaltó completamente. Distephano se quedó sin palabras.

—Eh, lo lamento, señor, es solo que.. eh... los números de registro... esto ...!— Tragó saliva y se obligó a tranquilizarse.

—¡Señor! ¡No hay problema, señor! ¡Comenzará el aterrizaje, señor!

—¡Asegúrese que así sea!— concluyó Pérez.

Vinnie miró a la nave que se acercaba. *Es un vehículo pirata, uno de verdad ¡joder!, un vehículo cien por cien, fuera de la ley. Sin números de registro. Sin nada oficial. ¡Y está llegando bajo la invitación del mismísimo Pérez! ¡Vaya cosa!*

Con una ligera sonrisa, Vinnie recordó las advertencias de sus superiores cuando le habían asignado esta misión. *Cuando estés allá, muchacho, sólo recuerda —no preguntes. No comentes. Nada. Más te vale que no te regresen a mí diciendo que no supe entrenarte.* Sí, esto iba a llevar a cosas más grandes y mejores —si podía evitar hacer enfadar al Viejo otra vez.

Puedes apostar que no volverá a ocurrir. Te destrozarían el culo por ello, muchacho.

La pequeña nave mantuvo un acercamiento constante. Ahora la podía ver claramente. Incluso se veía como una nave pirata, pintada con un deslustrado camuflaje que la ocultaría si tenía que volar bajo sobre un panorama silvestre. Un pequeño vehículo muy versátil, que obviamente estaba diseñado para el espacio, pero que tenía compartimentos en un ángulo lateral que podrían fácilmente reformarse en alas aerodinámicas para el vuelo atmosférico. Tenía incluso alerones posteriores para un vuelo más ágil. Pero era una nave antigua, parchada en muchos lugares con partes de otro color, sucia y abollada. Era un contraste total con el poderoso y oscuro *Auriga* que la empequeñecía.

Vinnie parpadeó, observando un gráfico pintado en el fuselaje. *¿Qué demonios...?*

Comenzó a reír. Era un cromo de la Segunda Guerra Mundial, así que reconoció instantáneamente la estilizada, figura de lo que se había conocido como —el retrato de un bombón.

Justo bajo el nombre de la nave, había una figura femenina de redondeadas caderas, vistiendo

un entallado vestido y que sugestivamente, montaba un cohete por sobre el fuselaje de la pequeña nave.

Sí, El Betty. Claro. Las cosas se ponen cada vez más interesantes por aquí, después de todo.

A bordo del *Betty*, las cosas siempre eran interesantes. Al menos, lo suficientemente interesantes para su capitán, Frank Elgyn, un hombre cuarentón espigado y delgado de facciones angulosas, cuyos oscuros ojos y prominente nariz, incrementaban mucho su aspecto predador. Se acomodó en el asiento del copiloto, y subió uno de los pies, calzados con botas, sobre la consola de comando. ¡Le acababa de pedir su *código de autorización*, algún estúpido gilipollas! Se volvió hacia la silla contigua y rió ligeramente. Su piloto, Sabra Hillard, una mujer alta, de complexión fuerte, le devolvió la sonrisa y meneó la cabeza.

Como si existiera algún *código de autorización* para *éste* vehículo, haciendo *éste* viaje, con *ésta* carga. ¡Seguro!

Se acomodó nuevamente en su asiento. Sabra escuchaba su escandalosa música favorita —la cacofonía del moderno ritmo que ella escuchaba retumbaba en el suelo. Él no hizo intento alguno por bajar el volumen. El piloto debía llevar la batuta. Aquello era lo más parecido a una —regla— que había a bordo del *Betty*. Se dirigió hacia el gilipollas a través del intercomunicador.

—Mi código de autorización es 'j-ó-d-e-t-e,' hijo.

A su lado, Sabra profirió una risotada. Elgyn se percató que estaba jugando un video juego de batalla espacial al mismo tiempo que piloteaba la nave. Era increíble la cantidad de cosas que podía hacer una mujer al mismo tiempo. Le ponía cachondo el sólo pensarlo. Se percató que le miraba y le devolvió una significativa mirada. Ella la devolvió a su vez.

—Ahora, abre el maldito puerto,— le pidió al soldado, —o el General Pérez marcará el sello Wichita en tu virginal culo, muchacho.

Aparentemente, el general ya había corroborado ese mensaje, porque la voz automatizada del *Auriga* estaba dando a Hillard las coordinadas necesarias.

—Llévanos en un ángulo descendente de tres cero,— verificando el paralelo.

Ella nunca quitó los ojos de su video juego. —Cariño, está hecho.

Elgyn se levantó de su asiento mientras la visión de la nave se acrecentaba en su pantalla. —No cortes el impulso hasta los seiscientos metros. Los asustará un poco.— Le deslizó el pulgar por el rostro antes de retirarse, ella le hizo un guiño.

Miro alrededor de la cabina, el variado equipo de reparaciones estaba revuelto con video juegos antiquísimos, ropa, las chucherías y posesiones de su tripulación esparcidas por doquier. En medio de todo este organizado caos se encontraba Christie. El corpulento, pero atractivo moreno hacía parecer pequeño todo lugar donde se apostara, pensó Elgyn, admirado. Un buen hombre al que tener al lado —asumiendo claro, que se hallaba de tu lado.

Christie estaba ocupado ajustándose sus armas. El complejo aparato, con sus correas y hebillas era del mismo color de su piel morena, y el sistema mecánico era de su propia invención. Las amarró a sus poderosos brazos, justo bajo los codos, y esto le permitía portar armas donde pocas personas siquiera pensaban en buscar.

Elgyn se aproximó al hombre. —Ya estamos llegando. Es hora de disfrutar algo de la hospitalidad del general.

—Oh, estupendo,— farfulló el hombre. Sus expresivos ojos giraron para expresar su felicidad. —¡Comida del ejército!

Acercándose, Elgyn ayudó a Christie a sujetar firmemente las correas de su aparato. —Nos recibirá para que echemos un vistazo al arcón familiar. Asumiendo claro, que los nativos sean amigables.

Christie oyó lo que Elgyn No había dicho. —¿Esperamos problemas?

Elgyn dudó un poco, demasiado. —¿De Pérez? Lo dudo, pero más vale estar preparados.

Christie no hizo más preguntas ni comentarios. Solamente asintió, sacudiendo su leonina melena de rastas, el resto quedaba entendido.

El cuarto de máquinas del *Betty* alojaba también al puerto de carga. En él se encontraban trabajando Annalee Call y John Vriess, intentando apretar un poco los engranes para sacar algo más de vida de la viejísima pieza de maquinaria que, irónicamente, llamaban *estabilizador*. Call sabía que Vriess ansiaba aterrizar. La máquina estaba ya demasiado apretada, y parte de su equipo estaba demasiado viejo para ser reajustado. Habían hecho cuanto podían, pero Elgyn se encontraba esperanzado con que el ejército les proveyera algunas refacciones —una pequeña retribución por un trabajo bien hecho. Call y Vriess esperaban sinceramente que Elgyn tuviera razón.

Call, una mujer menuda de delicadas facciones, estaba de pie al lado del bloque cuadrado de maquinaria, sus pequeños y delgados dedos podían meterse hábilmente en algunas de las partes más pequeñas del temperamental armatoste. Entretanto, Vriess, un hombre robusto, de mediana edad y con cabellos de un arenoso color rubio, quijada fuerte y nariz bulbosa, estaba tendido en su plataforma en el suelo. Mientras el otro ingeniero revisaba la maquinaria desde abajo, Call bajaba la parte superior del estabilizador mediante una polea de eslabones magnetizada. Habían pasado horas realimentando —*otra vez*— el cerebro de la máquina. Ahora tenían que acoplar su parte inferior y hacer que la maldita cosa trabajara con sus dos partes en armonía.

Cuando Call se encontraba uniendo la maquinaria y desmagnetizando la polea, se percató de su creciente interés en su compañero. A Call le gustaba trabajar con Vriess. Él era muy trabajador, creativo, y se concentraba en su trabajo. Mucho más de lo que se podía decir de otras gentes en esta nave. Quitó las cadenas del sistema superior y observó que la polea se elevaba nuevamente hasta el techo.

Por debajo de la maquinaria, Vriess comenzó a silbar una tonada, algo que había aprendido en algún bar durante su último aterrizaje. Ella sonrió, recordando aquella noche. Esa era otra razón por la que le gustaba trabajar con Vriess. Era normalmente amigable y de sangre ligera.

Ella siguió la tonada, acompañándole, los dos haciendo una pequeña armonía acompasada mientras trabajaban juntos.

De forma distante, Call se percató de que otra persona entró en el área. Continuó silbando, intentando no tensionarse, intentando no transmitir sus sentimientos. Si no ponía cuidado, Vriess podría notar su tensión. No quería distraerlo mientras trabajaba. Continuó silbando, permitiendo que solamente una parte de ella se percatara del hombre que se hallaba en la cornisa superior del cuarto de máquinas.

Era Johner. Call no sabía su nombre o si acaso tenía alguno. Tampoco le importaba. No le importarba que Johner muriera. Odiaba a ese hombre. Odiaba lo que era, lo que hacía. Había días

en que su principal tarea a bordo del *Betty* era asegurarse que Johner no supiera cuánto lo detestaba. Y a Johner le encantaría darle tal satisfacción.

La engarrotada mujer se aseguró que la aparición de Johner no la distrajera de su trabajo. La ridiculizaría si dejara caer un tornillo, o torcer un borde por no prestar atención. No quería alertar a Vriess de que Johner estaba ahí. Quizá si ambos lo ignoraban, finalmente se iría.

Imposible, pensó Call, mientras el alto, poderoso y macizo hombre caminaba justo sobre ellos. Se rió de ella, sus pequeños ojos de un gélido color azul le recordaban a los de un cerdo. No le cabía duda que él era el hombre más feo que había visto jamás, y la enorme cicatriz que surcaba su cara no mejoraba en nada su apariencia. Pero era su detestable comportamiento lo que lo hacía verdaderamente odioso. Call siguió ignorándolo. Él reía más fuerte, su cicatriz jalaba su rostro, en una grotesca parodia de expresión humana, y comenzó a canturrear junto con ellos.

Mediante su visión periférica, Call notó que extraía su navaja, la enderezaba, y la usaba para limpiarse la uña del pulgar. Ella volvió la cabeza, para que pudiera continuar su acicalamiento sin que ella lo viera, y se forzó a sí misma a continuar silbando a la par de Vriess. Incrementó el volumen, esperando que Vriess no notara la contribución de Johner. No le agradó ver que Johner arrojaba el cuchillo al aire sobre las piernas de Vriess, dejándolo caer.

Sin embargo, lo vio clavarse.

El pequeño filo se clavó en la carne del muslo izquierdo de Vriess. Call sintió una punzada de enojo, no podía evitarlo, y se levantó enfurecida, con la boca abierta. No sabía si gritar o maldecir o farfullar algo al hijo de puta.

Bajo el estabilizador, Vriess seguía silbando, totalmente ajeno.

—¿Qué rayos te pasa?— Siseo entre dientes al sonriente Johner.

Ahora ya no silbaba, Vriess finalmente se percató que algo pasaba y se jaló de debajo de la máquina, rodando en la plataforma hasta salir de ahí. Espió a Johner en la cornisa, y miró a Call, confundido por su enojo.

—Sólo un poco de tiro al blanco,— dijo Johner, completamente desvergonzado. Señaló hacia el hombre en la plataforma —Vriess no se queja.

Call miró preocupada al otro mecánico, luego al muslo de Vriess para que este siguiera su mirada. Cuando detectó el cuchillo clavado en su pierna gritó, —¡Maldición!— Al accionar una palanca de la plataforma, su parte superior se elevó. Después el asiento se elevó, y las piernas se hallaron dobladas, mostrando la versátil silla de ruedas que el propio Vriess había construido. Paralizado de cintura para abajo, el hábil, y medianamente joven ingeniero, miró la pequeña navaja sumergida en su insensible pierna.

—¡Johner hijo de puta!— Maldijo Vriess colérico, y estiró uno de sus fuertes brazos, arrojando su llave inglesa al hombre.

Pero Johner hábilmente la esquivó, riendo mucho más fuerte. —¡Oh vamos! ¡No sentiste nada! — Johner creyó que aquello era un chiste buenísimo y rió aún más.

Ahora Vriess se veía avergonzado, y eso hizo a Call enfurecer más. Sin importarle, tomó un pequeño pañuelo de su bolsillo, aferró el cuchillo, lo quitó, y colocó el pañuelo en la supurante herida. Vriess lo sujetó firmemente en su lugar, esperando contener la hemorragia. Ninguno de los dos dijo nada, solamente trabajaban juntos para sacar el trabajo.

Call miró hacia la cornisa y el inquieto bastardo que no podía llamarse hombre. —Eres un mal nacido cabrón, ¿Lo sabías?

¿Qué le importaba a Johner como lo había llamado? Se había divertido a sus expensas, él había ganado. Aún riendo, alargó una mano. —Devuélveme el cuchillo, ahora.

Call estuvo a punto de guardar la hoja del cuchillo y arrojársela, pero reconsideró. Estaba demasiado enojada para ser tan cooperativa.

Vriess la miraba. Le tocó el codo. —Call, olvídalo. Ha estado bebiendo demasiada cerveza.

Ella sabía que Vriess no temía a Johner, a pesar de su talla y ventajas. Pero sí que se preocupaba por *ella*. Sin considerar sus firmes músculos, ella era pequeña, delicada. Y a Johner no le importaba un carajo lastimar a cualquiera. Lo encontraba *divertido*. Pero a Call no le importó. Ya estaba cansada de soportar a aquel bastardo abusivo.

Con un solo movimiento, atascó la hoja del cuchillo entre dos soportes metálicos y la arrancó de cuajo.

La cara de Johner se puso roja de furia. La señaló con un dedo. —No me jodas pequeña Annalee. Pronto te darás cuenta que conmigo no se jode.

Call se mantuvo desafiante. La talla no era siempre lo más importante. Ella podía cuidarse, y si él quería averiguarlo por sí mismo, que lo hiciera.

Los dos se miraron fijamente por un momento, y entonces, para asombro de ella, Johner parpadeó primero. Aún maldiciendo, abandonó la cornisa.

Call se apartó el corto y oscuro cabello de sus ojos casi negros y movió la mandíbula adelante y atrás, aún disgustada. El plácido ambiente de trabajo que había mantenido con Vriess se había esfumado.

Hasta que él le dio una palmadita en la cadera y le susurró, —Debemos comenzar a relacionarnos con otra clase de personas.

Las expertas manos de Sabra Hillard llevaron al pequeño *Betty* bajo la plataforma inferior del inmenso *Auriga*. —Mis impuestos trabajando,— murmuró quedamente, luego rió, recordando que nunca pagaba impuestos.

Sobre ella, las puertas de la inmensa plataforma de aterrizaje se abrieron. En su audífono, la voz automática del *Auriga* informó. —Inicie Aterrizaje.

—Ajá, ajá, allá voy— musitó moviendo la nave en posición.

Los grandes electromagnetos del *Auriga* se movieron a su posición cuando Hillard acopló el pequeño vehículo en la plataforma de aterrizaje. Con un estridente sonido metálico, los magnetos del *Auriga* se acoplaron en al casco del *Betty*, asegurando su posición.

Como un bebé en su silla de seguridad, pensó Hillard. *Entonces, ¿Por qué me incomoda tanto este pensamiento?* Un magneto de seguridad, seguía siendo una amarra, una cadena.

—Aterrizaje completo,— Dijo *Padre*, la voz del *Auriga*. —Puede desembarcar ahora.

Incluso la voz artificial parecía dar órdenes. Incrementando su aprensión. Hillard pulsó el botón intercomunicador —¡Atención, corazones! Vamos a desembarcar ahora. Recordad. El general no permite armas a bordo del *Auriga*. Os veo en la plataforma, chicos.— Dijo y cortó.

¿Por qué siempre el aterrizar en una estación tan gigantesca como esta la haría sentir como si


la tragaran viva?

5

Pérez observó a sus soldados, preparándose para el desembarque de la tripulación del *Betty* desde una elevada plataforma sobre ellos. Su ojo crítico escrutaba a cada soldado, alerta, buscando signos de desorden u holganza. Las tropas se veían bien. El corredor fuera del desembarcadero era tan prístino y brillaba tanto como el resto de la nave. Justo como él quería que fuera. Y así seguiría. Él mismo había escogido a cada uno de los soldados a bordo del *Auriga*. Cada uno buscaba misiones más importantes, mejores y más interesantes. El permanecer bajo el mando de Pérez les garantizaba consideraciones especiales una vez terminada su misión ahí. Así que prácticamente ninguno le había decepcionado. Y él sabía que no iban a hacerlo ahora. No con él de pie observándoles.

Los conductos de aire llevaron la voz átona de *Padre* al desembarcadero. —Ciclo completo. Se abrirán las puertas.

Cuando las puertas neumáticas sisearon al abrirse, la tripulación del pequeño carguero pirata apareció paulatinamente ante los soldados. Pérez no pudo evitar pensar lo mismo que algunos de sus soldados. Todo a bordo del *Auriga* estaba esculpido y pulido, como Pérez exigía que estuviera. Cada soldado ahí abajo estaba idénticamente vestido, igualmente armado. Hombre o mujer, grande o pequeño, de origen étnico —eso no importaba. Eran una unidad que respondía a un solo líder.

No como este atajo de andrajosos, pensó decididamente. Lo único que los asemejaba era su total discrepancia. Sus ropas, sus cabellos, la forma de pararse, el modo de andar ... *o rodar*, pensó Pérez con cierto asombro al ver que uno de los miembros de la tripulación, desembarcaba en una silla de ruedas mecanizada. Sacudió la cabeza. Era un grupo tan bizarro, tan ecléctico, que Pérez no podía siquiera imaginar si Elgyn los podía hacer cumplir la más mínima orden. Se preguntaba cómo habían sobrevivido en el espacio con aquella chatarra que tenían por nave, en el espacio el orden y la disciplina eran las únicas cosas que te podían mantener vivo.

La tripulación del *Betty* bajó por la rampa, aproximándose a los soldados. Al hacerlo, Pérez evaluó sus posiciones. Observó sus ojos atentos y postura rígida, notó sus brillantes pieles, la grasa mecánica tan curtida en su carne que parecía casi un tatuaje. Había *algo* que tenían en común, se dio cuenta finalmente. Cada uno tenía una visible marca de rudeza que no era solamente valentía. Justo como sus soldados, esta tripulación mataría si tuviera que hacerlo. *Incluso*, sospechó, *esa muchachita del medio. ¿De dónde habrá venido? Elgyn no mencionó haber*

reclutado más personal. Pérez intentó no preguntarse si ya habían matado antes. Ahuyentó este pensamiento. Estos eran piratas, en todo el sentido de la palabra, pero Pérez no veía nada de maravilloso en ello.

Contrabandistas, pensó quisquillosamente. *Admítelo, Martin. Son solo ladrones y asesinos. Y tú los contrataste. ¿Por qué invitarlos a venir? No era que tuvieras otra opción.*

El ecléctico grupo llegó lentamente al sitio donde los soldados se hallaban, listos para registrarlos. Cooperativamente, varios de ellos levantaron los brazos para ser rastreados. El inmenso negro al frente levantó muy alto sus brazos; su camisa abierta revelaba un prominente y fornido pecho. Cuando el soldado le dijo que estaba *limpio*, el hombre sacudió su cabeza, incrédulo. Los miembros de la tripulación del *Betty* murmuraron entre ellos.

Súbitamente, la luz del sensor en el guante de otro soldado comenzó a parpadear. La mujer cuya señal se encontraba activa alzó la vista hacia un feo hombre con una espantosa cicatriz y le dijo firmemente, —No se permiten armas a bordo, Señor.

Al reírse de ella el tipo de la cicatriz, Pérez pensó para sí mismo. *Sé amable con ella, amigo. Es una especialista y campeona en combate mano a mano. Probablemente podría derribar a ti y a todos tus colegas si la pones nerviosa. Y tu horrible marca no la disuadiría ni por un segundo*.

El hombre de la cicatriz abrió su chaqueta, cooperativamente, mostrando al soldado aquello que había activado el sensor. Un gran termo de plata.

—¡Luz de Luna!— Explicó. —Mi propia creación. *Mucho* más peligrosa.

Toda la tripulación del *Betty* rió.

La soldado no mostró la más mínima reacción. —Lo lamento señor, puede entrar.

Justo en ese momento, Elgyn vio a Pérez en su plataforma y caminó hacia él. —¿Acaso crees que nosotros *seis* vamos a secuestrar tu nave?— La tripulación rió de nuevo.

Pérez esperó a que se callaran. —No — pero creo que tu estúpida tripulación puede emborracharse y disparar una bala en el casco. Estamos en el espacio, Elgyn.— Esperó a que sus soldados comenzaran a reír, pero ellos eran demasiado profesionales para eso y mantuvieron su seriedad.

Los rastreos terminaron, y Pérez ondeó la mano a la tripulación del *Betty* para que entrasen al *Auriga*.

El tripulante de la silla de ruedas fue el último en avanzar. Finalmente, manejó su silla automatizada hasta donde estaba la soldado que había encontrado el termo.

—¿Quiere revisar la silla?— Preguntó dulcemente a la soldado.

El rostro de la mujer no se inmutó. Pérez sabía que ella era lo suficientemente experimentada, como para saber que el hombre esperaba que revisase algo más que su *silla*. La mujer solamente levantó el brazo, apuntando hacia el grupo que avanzaba lentamente más adelante. Con una leve sonrisa, él los siguió.

Pérez también lo hizo.

Quince minutos después, en su cuartel, la puerta del general sonó. Él sabía quien era, y pidió a *Padre* que abriera la puerta. Elgyn estaba ahí, recargado sobre el marco. Entró, saludando con la cabeza al general, y se dirigió a la mesa que Pérez ya tenía dispuesta.

Ahí, sobre su superficie plana, había pulcros, previamente contados, y ordenados fajos de

billetes de mil dólares. Había muchos fajos. Más de los que Pérez quería pensar. Los billetes eran originales, sin secuencia en su numeración. Eran perfectamente cuadrados, de un brillante color verde, y cada uno de ellos tenía impresa la insípida cara de algún obscuro líder del congreso del siglo pasado. Pérez no podía evitar pensar que debían ser de un brillante color rojo. Dinero sangriento.

Elgyn se sentó lentamente en la silla que Pérez le tenía dispuesta, y él se sentó en el lado opuesto. La expresión en el rostro de Elgyn solo podía definirse como satisfacción. Sonreía ligeramente al mirar fijamente los fajos, separando los billetes con el pulgar, contándolos.

—Estos fueron muy difíciles de conseguir— comentó Pérez secamente.

Elgyn enarcó las cejas. —Igual que nuestra carga. No alegará pobreza ¿verdad?

Al darse cuenta que lo había malinterpretado, Pérez rectificó.

—Me refiero a los billetes. Casi nadie maneja efectivo en estos días.— Mucho menos una cantidad así.

Elgyn sonrió, comprendiéndolo. —Solo aquellos que no quieren registrar *todas* sus transacciones. El elemento *sorpresa*. Como usted, por ejemplo.

La analogía laceraba. Repítetelo de nuevo, Martin, recuerda que estas sirviendo a tu país. Pérez levantó un pequeño paquete rectangular de la mesa, y tomó un vaso.

—¿Bebe?-

—Constantemente,— asintió Elgyn con gesto gracioso.

Pérez retiró la cubierta protectora del pequeño cartucho plástico y vació un sólido cubo de gel ambarino en el vaso. Pasó el vaso bajo un láser manual y le tendió a Elgyn la bebida, ahora licuada. Luego se preparó una para él. Era escocés del bueno, quizá del mejor.

—Estoy suponiendo, sea lo que sea que hagan aquí, que no está exactamente aprobado por el Congreso,— dijo Elgyn, tomando un sorbo. Levantó el vaso, como para brindar después de haberlo probado.

Me alegra tanto que apruebe nuestra cava, pensó Martin, disgustado.

No, este proyecto no fue aprobado por el Congreso, ni por ninguna otra agencia gubernamental o panel militar. Pero a Pérez nunca le faltaron recursos ni fondos. Incluso, cuando tenía que lidiar con los cuestionamientos como los de este pirata, no podía evitar cuestionarse sobre la operación completa. Y no es que soportara las preguntas. Él tenía un trabajo que hacer, una misión que completar, y obtener luz verde a cualquier precio. Tuvo que obligarse a creer que cualquier ventaja futura que resultara de este trabajo, debería superar todos los sacrificios que había hecho hasta ahora.

Pérez tenía poca paciencia con los apabullantes escenarios de Wren sobre los avances médicos y los milagros bioquímicos. Él solo podía pensar en criaturas que, siendo injertadas con implantes electrónicos de control de comportamiento, transformarían las tropas armadas hasta la quintaesencia. De hecho, Wren y Gediman habían reportado recientemente que la inteligencia de los Aliens parecía ser mucho mayor que de lo que sus registros históricos indicaban. Para Pérez, eso era un valor agregado —los animales inteligentes serían mucho más fáciles de entrenar.

Tenía que creerlo así, que durante su vida, la subestimada valía de los hombres bien entrenados, terminaría para siempre. En vez de eso, los soldados serían usados únicamente para

operaciones de ‘limpieza’ una vez que los conflictos terminaran— un trabajo apropiado para hombres que podían pensar, valorar, usar el juicio.

Eventualmente, se crearían otras formas de Aliens más provechosas para condiciones de combate específicas, y después podrían ser entrenados para funciones especializadas. Podrían ejercer la milicia para tomar ciudades dirigidas por criminales, preparar seguramente nuevos planetas para su colonización al eliminar a las especies peligrosas, comenzar una nueva era de paz y productividad.

Dejó sus esperanzados pensamientos al mirar a Elgyn. Este pirata no entendería nada de ellos. Cuando habían negociado sobre esta misión, Elgyn no había preguntado para qué se usaría su cargamento ‘especial’. Su único interés había sido la pila de dinero que ahora tenía enfrente.

Pérez y Elgyn eran humanos, pero era evidente que eran dos especies totalmente diferentes.

Pérez cambió de tema. —¿De donde sacaron a su nuevo pececillo?

Elgyn bromeó. —¿Call? En trabajos manuales. Estaba buscando un trabajo de mantenimiento.

—Da buena impresión,— comentó Pérez secamente.

—Está severamente follable, ¿cierto?— Concordó Elgyn. —Y es el mismo diablo cuando se cabrea. Algo así es lo que opina Vriess.— Tomó uno de los paquetes de billetes que tenía enfrente y lo acercó a él abanicándolo, luego se lo llevó hasta la nariz e inhaló. Su expresión era la de un hombre percibiendo el más fino buqué del vino, o la alargada y fina silueta de un habano recién liado. —Tiene curiosidad en esta, pequeña transacción. Y no la culpo. Es algo demasiado encubierto y escabroso...— Pérez lamentó mencionar lo de la expedición de pesca. —Esta es una operación militar.

Elgyn vio más que eso. —La mayoría de los laboratorios de investigación militares no tienen que operar fuera del espacio regulado. Y no tienen que emplear *contratistas particulares* ... Y no piden la clase de carga que nosotros trajimos.

Pérez se dio cuenta que Elgyn quería algo. ¿Un bono? Debería poner las cartas sobre la mesa. —¿Quiere algo Elgyn?

El espigado hombre se recargó en su respaldo, completamente relajado y tranquilo. —Solo cama y techo por un par de días. A Vriess le gustaría echar un vistazo para obtener algunas refacciones. Si no es *molestia*, claro.

Pérez se preguntó nuevamente si no estaría cometiendo errores. Al comprometerse con Elgyn para este proyecto, había considerado seriamente matar a la tripulación y destruir la nave tras la entrega, luego decidió que eso podría ser contraproducente, que podría traer más problemas de los que resolvería. Quizá necesitara repasarlo una vez más. Sería bueno tener a la tripulación y la nave a bordo mientras reconsideraba. —Desde luego que no es molestia. Solo manteneos fuera de las áreas restringidas. No inicien peleas... mi casa es su casa.

Elgyn levantó su vaso, agradecido, y terminó de beber.

—Confío, por supuesto, en que os mantendréis al márgen.

El hombre era todo sonrisas. —Soy famoso por ello

Sí, pensó Pérez. *Es cierto, sí lo eres. Por eso fue que te contraté desde un principio*

De vuelta a bordo del *Betty*, en la cubierta de carga, Call se puso sus guantes y caminó hacia Christie. El enorme hombre la miró naturalmente, luego preguntó, —¿Dónde está Johner?

Se encogió de hombros. —Ya conoces a Johner, ya quiere fiesta.

Christie sacudió la cabeza. —Debí imaginarlo. En tal caso, gracias por la ayuda.

Ella asintió, como diciendo, *no hay problema*.

Escuchó el sonido estentóreo de la esclusa de aire al abrirse y oyó la femenina e inflexible voz del *Betty* diciendo. —Ciclo completo. Las puertas se abrirán. La rampa está descendiendo.

Call y Christie caminaron hasta los montacargas manuales que alojaban los primeros contenedores de 'carga'.

Cuando las puertas se abrieron completamente, pulsaron los controles en los montacargas manuales y movieron las grandes cajas hacia la rampa que descendía del *Betty* al *Auriga*. Las cajas metálicas y de cristal plastificado que estaban llevando, tenían casi tres metros de alto por un metro de ancho. Había *veinte* de ellas a bordo del *Betty* para descargar. La 'carga' especial del general.

Y dentro de cada tubo criogénico, dormía un hombre o mujer adultos.

Call no quería pensar en eso. No era su *trabajo* pensar en eso. Ésta era la carga. Su *trabajo* era entregarla. Eso era todo. Obtendría una tajada, además del salario. Aquello fue por lo que se había alistado, después de todo.

Sin embargo, preguntó quedamente a Christie, —Tú... eh, ¿tú crees que Elgyn sabe para qué los quiere Pérez?— Señaló hacia la carga con la cabeza.

Christie la miró con curiosidad, como si de pronto recordase que Call era nueva. —Puedo asegurarte con total certeza, que Elgyn no ha pensado *ni por un momento* en los planes del general. Solo le importa el efectivo contante y sonante de Pérez.

Ella asintió, luego se volvió, pero Christie la tomó del brazo con sorprendente amabilidad. Su tono de voz reflejaba el mismo comportamiento. —Call, Elgyn no se preocupa por eso, y nos paga para que tampoco lo hagamos nosotros, ¿de acuerdo?

Sorprendida por su fraternal preocupación, Call esbozó una sonrisa. —Estoy bien, terminemos con esto.

Ella llevó el montacargas manual, hacia la rampa, al interior del *Auriga*.

Sólo haz la entrega. No pienses en ello. No pienses en ellos. Gente dormida ...

Caminaba junto al silencioso Christie, se movieron hacia el *Auriga*, pasando los tubos por entre los soldados quietos que se hallaban de pie, hasta llegar ante una gran puerta que decía AREA RESTRINGIDA. Ahí había más soldados frente a la puerta. Al ver aproximarse a Call y a Christie, uno de ellos tocó la puerta.

Inmediatamente, esta se abrió con un sonido silbante. Call pudo ver a un hombre alto y de complexión media parado al otro lado; llevaba una bata de laboratorio en vez de un uniforme de soldado. Tampoco parecía un soldado. El nombre bordado en su bata decía, —Wren.

Los dos tripulantes del *Betty* se aproximaron a la puerta, pero al intentar atravesarla, uno de los soldados los detuvo. Otros soldados se adelantaron para tomar las unidades criogénicas. Christie la miró y asintió, así que ella entregó los contenedores que llevaba y Christie hizo lo mismo. Los guardias llevaron las cajas dentro del área restringida, y Call y Christie regresaron al *Betty* por las próximas. A los soldados se les negaba el acceso al *Betty* del mismo modo que a ella y a Christie se les negaba el acceso al área restringida.

Pero al regresar Call y Christie por más cargamento, ella no pudo evitar mirar por sobre su hombro para ver a los soldados llevar aquellas unidades al interior del área.

¿Dónde los llevarán? ¿Les despertarán o les dejarán dormidos? ¿Cuánto espacio podrá haber en el área restringida?

Las puertas se cerraron detrás de los soldados, antes que Call pudiera hallar respuesta alguna a sus preguntas. Se volvió hacia el *Betty* y hacia la tarea que debía terminar.

Entregar veinte hombres y mujeres dormidos a una instalación militar fuera de curso. Sí. Una tarea en verdad muy simple

TERCERA PARTE

Al menos, pensó Wren agradecido, *Gediman no está parloteando en este momento*.

De hecho, ninguno de los miembros del equipo de investigadores hablaba al aproximarse al puerto de observación. Bueno, después de todo, ¿Qué había que decir? Todos ellos habían leído los reportes, la historia; pero hasta ahora, no había testigos vivos para reportar lo que ellos estaban por ver. Era una ocasión única. Y merecía el respeto del silencio, en honor a los hombres y mujeres que habrían de hacer el sacrificio supremo.

Wren se adelantó hacia las diversas pantallas de computadora, mientras los otros alternaban quedamente a sus espaldas. Podrían ver todo desde cualquier posible ángulo que desearan. O podrían simplemente observar todo a través del enorme puerto de observación hacia la cámara adyacente. Se dio cuenta, súbitamente, que todos ellos respiraban al unísono.

Tragó saliva, y manipuló los controles.

A través de los monitores, podían ver una extensa área de la cámara. Había veinte contenedores criogénicos dispuestos en forma de media luna, pie con pie. Wren activó los controles, y lentamente, las cámaras se izaron individualmente, hasta que quedaron totalmente de canto. Después, las unidades se aseguraron mecánicamente en su posición.

Wren manipuló más controles, cambiando la mezcla de los medicamentos en las unidades. Lentamente. Lentamente. No podía permitirse lastimar a los sujetos. Eran demasiado valiosos.

Tras un tiempo razonable, cuando la mezcla criogénica parecía adecuada en las lecturas, Wren abrió las compuertas transparentes de las unidades. Era muy obvio, en los monitores, que algunos de los individuos en el interior de los tubos estaban ya despertando. Podía ver sus ojos moviéndose, sus labios; y otros signos del despertar gradual. Las lecturas iban bien. Los sujetos despertaban, todos completamente funcionales, todos con buena salud. Sujetos primordiales.

Wren miró de costado hacia Gediman, que se movía nerviosamente. Podía adivinar que Gediman se hallaba incómodo. Wren echó un vistazo a los otros. Carlyn se frotaba los brazos como si tuviera frío. Trish había cruzado los brazos y miraba, sin parpadear, a través del puerto de observación, como si no fuese a permitir que nada ni nadie en esa habitación la tocara. Kinloch tenía los ojos como platos, estaba boquiabierto, como si no pudiera creer que estaba aquí, viendo esto. Sprague y Clauss conferenciaban en voz baja, mirando nerviosamente por el cristal. Clauss se aclaraba repetidamente la garganta. Wren desvió la mirada del grupo, para no distraerse.

Bien, *debían* estar conmovidos. Aquel era un momento único. Un momento para recordar por

siempre.

Era tiempo. Wren manipuló los controles, en secuencia, y del techo, descendió un aparato de estructura tubular. Rodeando el enorme brazo transportador, había contenedores individuales de menor tamaño. Descansando en cada contenedor, había un enorme, y obscenamente orgánico huevo Alien. Si se podía llamar huevo a semejante cosa. Era un organismo viviente en sí mismo, que pulsaba húmedamente con la vida que contenía. Apostado firmemente en su larga cavidad, el angosto borde superior terminaba en cuatro dobleces semejantes a lengüetas, formando un orificio extraño en la punta. Había múltiples tubos dispuestos desde el huevo hasta los contenedores. Él y Gediman habían especulado mucho sobre su función. Era obvio que éstas estabilizaban al huevo, y posiblemente, en su propio medio ambiente, proveerían sustento en el suelo para mantener a la larva intacta durante años, si era necesario.

Wren apartó estas especulaciones de su mente al tiempo que el brazo transportador colocaba cada contenedor individualmente frente a cada una de las cámaras de hibernación.

Los huevos se asentaron cuando el brazo dejó de moverlos. A segundos de haber sido colocados al alcance de otro organismo viviente, los huevos, que habían estado ligeramente estáticos hasta ahora, repentinamente dieron señales de vida.

Se podían ver extrañas figuras moviéndose en el interior. La flexible estructura de los huevos, de hecho, temblaba.

La transmisión remota del equipo les permitía no solamente ver lo que estaba ocurriendo, sino también escucharlo. Los huevos producían *sonidos*. Sonidos húmedos, de succión. La clase de sonidos que se escuchan durante una cirugía, cuando se manipulan órganos en la cavidad de un cuerpo viviente.

Tras él, Wren se dio cuenta que todos en la habitación se quedaron quietos. Inconscientemente, levantó el brazo, para quitar, con la manga, el sudor que perlaba su labio superior.

La unidad criogénica de uno de los durmientes fluctuó, abriéndose luego. El delgado hombre, de cabello oscuro parpadeó, mostrando el típico aturdimiento y sequedad de garganta, producidos por efecto de los narcóticos. El nombre de su cámara criogénica decía —Purvis.-

El huevo apostado frente a su unidad tembló, después se abrió súbitamente, las cuatro len güetas se desplegaron como una gran boca irregular. Apresuradamente, Wren manipuló los controles para girar las cámaras alrededor del misterioso interior. Oh, habían analizado su contendido mediante todos los sensores que tenían a su disposición. Incluso habían dado nombre a algunos de sus elementos, aunque todavía estaban especulando con respecto a sus funciones. Pero no era lo mismo que *verlo* con tus propios ojos.

El huevo que se apostaba en la cámara contigua a la de —Purvis— fue el siguiente en abrirse. Luego el del extremo más alejado. Después otro, y otro. Los durmientes estaban aún m edio conscientes, parpadeando atontados, mirando alrededor, desorientados. Sabían que no estaban en el mismo sitio que cuando fueron puestos a dormir, pero era evidente que no podían saber dónde se hallaban ahora, o por qué. Y todavía estaban demasiado narcotizados para hacer otra cosa que parpadear y cuestionarse.

Finalmente, todos los huevos se abrieron.

Wren contuvo el aliento, y se preguntó si el resto del equipo estaría haciendo lo mismo.

Finalmente, cuidadosamente, seis largas y delgadas patas emergieron del huevo frente a Purvis.

Lentamente, Purvis comenzó a salir del crio-sueño. Era algo sorprendente, la hibernación. En un segundo estabas despierto y preparado para una larga siesta de invierno, y al siguiente despertabas de nuevo a un millón de años luz y a todos los meses que habías pasado. Se sintió entrando en calor, despertando cuando las drogas criogénicas le eran retiradas de su sistema.

Estaba lo suficientemente consciente para especular sobre su futuro empleo. La refinería de Xarem estaba demasiado lejos, así que debían pagar mejor que algunas de las otras plantas. También había oído que tenían mejores amenidades, precisamente por encontrarse tan lejos. El paquete que le habían ofrecido era bueno. Él solo esperaba que las condiciones de trabajo lo fuesen también. Había pasado por suficientes —instalaciones de lujo— que solo resultaban ser dormitorios comunales, sin privacidad.

Sintió hormigueo en los pies, y comenzó a moverse. Dos años en Xarem serían mejores que cinco años en cualquier otro lugar. También sentaría cabeza, si el bono era bueno. Comenzó a parpadear, a mirar en derredor.

Extraña área de recuperación. No estaba acostumbrado a que movieran de sitio su crio-tubo. Normalmente, la recuperación era a bordo de la nave. Tras despertar, te levantabas, tomabas una ducha, reunías tus pertenencias ...

Miró alrededor. La disposición de los tubos también era diferente a la que tenían en la nave. Parpadeó varias veces, intentando aclarar su visión, y finalmente noto la enorme *cosa* ovoide que estaba justo frente a él.

¿Qué demonios es eso? Él no creía que hubiera ninguna extraña forma de vida extraterrestre en Xarem, ya fuese planta o animal. Entonces, ¿qué demonios era esta cosa? Incluso, si pertenecía al planeta, ¿qué rayos estaría haciendo dentro del complejo?

La oblonga monstruosidad se zarandeó de repente, se movió, como si estuviera viva. Su superficie era húmeda, y brillaba con una especie de limo. Purvis intentó echarse hacia atrás, asqueado, pero no había lugar a dónde ir. La cubierta superior de su crio-tubo estaba abierta, pero ésta únicamente exponía su cabeza y la parte superior del pecho. Sus brazos y cuerpo se encontraban aún confinados dentro del tubo. Tragó saliva, intentando aclarar su voz, queriendo llamar a una sobrecargo, o a alguien que se hiciera cargo de esta cosa — y que lo *sacara* de su tubo.

Pero antes de poder hacerlo, la parte superior de la cosa se abrió. Purvis sintió una oleada de náuseas cuando las lengüetas se abrieron, produciendo un sonido asqueroso.

¿Qué coño está pasando aquí? Echó un vistazo hacia las otras cámaras criogénicas, percatándose repentinamente, al aclararse su mente más y más, que había una de estas grotescas cosas frente a cada uno de los crio-tubos. *¿Por qué? ¿Para qué?*

De pronto, algo largo e insectil comenzó a emerger de la parte superior de la cosa. Largos y delgados apéndices en forma de dedos, tanteaban el exterior de la superficie de esa oblonga porquería. Luego, finalmente, la criatura de patas de arácnido emergió completamente. Parecía una combinación de pesadilla entre un escorpión de cuerpo blando mezclado con un cangrejo herradura.

¿Qué es eso? ¿Alguna especie de bicho? Purvis odiaba a los bichos, pequeños o grandes, de todas clases. Esa era una de las razones por las que trabajaba en el espacio. ¡Casi nunca se veían bichos en el espacio! Y si éste era un bicho, era la madre de todos los bichos. Se paraba equilibrado en sus largas patas, balanceándose como un bailarín.

Era suficiente. Horrorizado, Purvis manoteó repetidamente los controles del interior de su crio-tubo, intentando liberarse para huir tan lejos de este monstruoso bicho, como le fuera posible. Pero los controles no respondían, sin importar lo que hiciera. Miró alrededor, con ojos muy abiertos. La mayoría de los durmientes no estaba tan conscientes como él, no se daban cuenta de lo que ocurría.

La criatura tembló ligeramente, se agazapó brevemente sobre sus patas. Los ojos de Purvis eran enormes, su boca se abrió al máximo, mientras intentaba llenar sus pulmones de aire, para pedir ayuda a gritos.

Antes de siquiera gritar, la criatura saltó hacia él, mucho más rápido de lo que pudo notar. Algo elástico, frío, y húmedo se estampó en su rostro fuertemente, al tiempo que sentía su cara completa ser aferrada por una mano enorme. Un largo y delgado látigo se enroscó alrededor de su garganta, estrangulándolo. Entonces se dio cuenta de lo que era. Era el monstruoso bicho, esa *cosa, estaba en su cara.*

Purvis enloqueció completamente, e intentó gritar salvajemente, histéricamente; pero su voz se ahogaba antes de poder emitir sonido alguno. Tan pronto como abría la boca, ésta se llenaba con algo fibroso, carnoso, viscoso y húmedo. El sabor, la sensación era asquerosa, y su estómago vacío se revolvió, incluso mientras intentaba combatir a la cosa que pugnaba por entrar en él, llenando su boca, deslizándose por su garganta, forzando su entrada a través de la tráquea, hacia su esófago. Seguía intentando gritar más y más fuerte, azotando su cabeza atrás y adelante de forma salvaje, intentando desenredarse de aquella cosa. Sus brazos y manos todavía estaban confinadas en el crio-tubo, así que intentó mover la cabeza de un lado al otro, pero no pudo. Sus brazos estaban atrapados, sus piernas pateaban inútilmente, y nada de eso funcionaba. Más aterrorizado de lo que había estado jamás, Purvis se rindió ante el sofocante miedo y se dejó ir, indefenso.

No podía ver nada, ni escuchar nada, no experimentaba nada, salvo este organismo invasor, envuelto en su cara. Luego, el pegajoso frío de la criatura pareció invadir incluso su sistema circulatorio, y revolotearon luces ante sus ojos. Su lucha decreció, se hizo lenta, y lloró. Estaba muriendo. ¡Oh, Dios, estaba muriendo! Lo estaba matando lentamente un horrible bicho Alien. Sollozó, mientras el frío lo abrumaba, enfriando la sangre en sus venas, paralizando su cuerpo. Si tan solo pudiera dejar de sentir ...

Finalmente, su deseo se cumplió, y el frío envolvió su mente tan completamente como el sueño criogénico. En esos momentos, estaba levemente consciente de que la cosa en su cara apretaba su abrazo en su cabeza, y la cola semejante a un látigo se envolvía más cómodamente alrededor de su garganta. Juntos, los dos se abandonaron al sueño, uno descansando más confortablemente que el otro. Y Purvis comenzó a tener horribles sueños, y ninguno de éstos era sobre Xarem.

En el cuarto de observación, Wren oyó a Carlyn vomitar ruidosamente en el fondo de la habitación. Sprague y Kinloch estaban junto a ella, sosteniéndola, intentando ayudarla. Wren se

dio cuenta que ella lloraba. En algún momento Clauss había abandonado la habitación apresuradamente.

A su lado, Gediman estaba en silencio, introspectivo. También estaba tan blanco como una sábana. Al otro lado se hallaba Trish Fontaine. Sus brazos estaban cruzados firmemente, sobre su pecho, y la pequeña mujer irradiaba una silenciosa rabia. Wren parpadeó, sorprendido.

—Usted dijo que no se darían cuenta de nada.— Dijo ella acusadoramente, —Usted dijo que no lo sentirían.-

Wren aspiró profundamente, ordenó sus pensamientos. Necesitaba a estas personas. No podía permitirse perder su lealtad en este momento.

—Usted vio sus lecturas. Todavía estaban al cuarenta por ciento. Había demasiado frío criogénico en sus sistemas, apenas estaban despiertos. Si sintieron algo, si experimentaron algo, fue como un sueño, eso es todo. Usted ha leído los registros. Tras el implante, no recordarán nada. Y quizá solo necesitemos mantenerlos semi conscientes durante la incubación. Podemos anestesiar sus espinas antes de la expulsión del embrión. Será totalmente indoloro, como dije que sería.-

Ella lo miraba, visiblemente incrédula, luego se volvió deliberadamente de espaldas y fue a ayudar a Carlyn.

Wren estaba desanimado y se volvió hacia Gediman, pero su socio estaba conmocionado en el puerto de observación. Colérico, Wren se dirigió a todo el grupo.

—¡Escuchad, esto es *ciencia*, gente! ¡Ciencia pura y sin tapujos, justo ante vuestros ojos!— Todos voltearon a verlo, su repulsión era clara. —Y sí, es desagradable, y es horrible, pero sigue siendo *ciencia*. ¿Estáis conscientes de que en el siglo veinte, durante el Proyecto Manhattan, cuando los científicos luchaban para inventar la bomba atómica, algunos de ellos creían que detonar la primera bomba podría inyectar hidrógeno en la atmósfera? De haber ocurrido, la atmósfera hubiera ardido en llamas y hubiese habido una aniquilación total. Sin embargo, incluso con *ese* temor, detonaron la bomba experimental. Uno debe correr *riesgos* en la ciencia, si se quiere avanzar, si se quiere descubrir cualquier cosa.-

El grupo únicamente lo miró solemnemente, luego todos se volvieron de espaldas.

Wren miró irritado, buscando a Gediman, preguntándose dónde estaba su elocuencia ahora, que la necesitaba. —No sé cuál es su problema. Todos ellos leyeron los libros. Sabían lo que les esperaba.-

Gediman no podía apartar los ojos de la enorme ventana. Todos los durmientes habían dejado de luchar, y yacían quietos ahora, en un estado que asemejaba el coma.

De acuerdo con los sensores remotos, la implantación había comenzado. Veinte constrictores de rostro envueltos en veinte cabezas humanas, manteniéndoles con vida.

Finalmente, Gediman habló. Su voz era temblorosa, vacilante.

—Leer al respecto es una cosa. Verlo —ver esto, es algo totalmente diferente.— Carraspeó y distraídamente se llevó la mano a la garganta, tragando saliva.

Al volverse Wren nuevamente hacia las pantallas, tuvo que parar conscientemente de hacer aquello.

6

Call y Christie se reunieron con el grupo justo cuando estaban por entrar a la estancia —comedor recreativa.

Vriess sonrió a la mujer desde su silla. —¿Habéis terminado, chicos?-

Ambos asintieron mientras Christie decía, —Descargamos y entregamos. Todos y cada uno de ellos. Imagino que nuestro glorioso líder aún está con *el General* ¿Cierto?-

—¿Quién, Elgyn?— preguntó Hillard casualmente. —Supongo que sí.-

Se dirigió a Vriess. —Ya fuiste de ‘compras’?-

—¿Con el estómago vacío?— Inquirió el hombre sentado. —Debes estar bromeando. Cuando terminemos aquí en este ‘restaurante de cuatro estrellas,’ iré a revisar las bodegas. Un hombre debe tener sus prioridades.-

El grupo bromeaba al moverse al interior de las puertas abiertas. El lugar era enorme, pensó Call, especialmente comparado con los pequeños confines del *Betty*. Era capaz de alojar a todos los soldados para comer, de una sentada, si era necesario. Incluso, el espacio estaba acondicionado para poder usarse en juegos de equipo, o atletismo. Había también un aro de baloncesto montado en el fondo cerca de un ordenado equipo de boxeo y aparatos de ejercicios.

Ya iban tarde para la cena, y la única persona en el lugar, era una solitaria mujer jugando con un balón en la zona del aro. Era alta, esbelta, con cabello castaño ondulado y hasta los hombros. Call asumió que podía ser una soldado o una investigadora en su día de descanso.

Los otros también estaban mirando el área. Entonces, Johner vio a la extraña mujer y murmuró, —Oh, oh.-

Involuntariamente, Call se puso tensa.

Johner sonrió y dijo, —Tenías razón sobre eso, Vriess. Un hombre debe tener sus prioridades. — Deambuló hacia la mujer, varios de los otros se quedaron a una distancia prudente. Call no estaba segura si aquello era dinámica de grupo, o una forma de mantenerse fuera de problemas. Ella dudaba que cualquier persona trabajando a bordo del *Auriga*, fuese un blanco fácil para el grotesco Johner.

Descaradamente, Johner se acercó por detrás de la mujer. Puso sus manos sobre sus hombros y preguntó en lo que aparentaba ser un tono seductor, —¿qué tal un mano a mano?-

Call se preguntaba hasta qué punto llegaría Johner con aquella ridícula noción de romance. No podía creer que alguna vez hubiera conseguido un —culo— en su vida, mucho menos uno gratis.

La mujer volvió la cabeza ligeramente, solo para hacerle saber que lo había visto. Su expresión no era precisamente una bienvenida. Se volvió nuevamente, como para despacharlo, y siguió jugando con el balón.

—Anda, ¿qué dices?— la presionó Johner, frotando su nariz contra el cabello de la mujer, inhalando su esencia.

Call la escuchó claramente. —¡Aléjate de mí!— La advertencia era firme, pero había una nota de resignación en ella.

—¿Por qué debería hacerlo?— preguntó Johner tímidamente.

—Lo lamentarás,— dijo ella simplemente. No había nada de timidez en su voz.

Johner se apretó contra ella, frotándose contra su trasero. Call sintió que su rabia volvía. Él se acercó al largo cuello de la mujer, murmurando. —Entonces, ¿me vas a lastimar? Creo que tal vez lo disfrutaría.— Sus pequeños e insípidos ojos se angostaron, y su torcida sonrisa resultaba odiosa, pero todo en Johner resultaba odioso.

La mujer volvió su cabeza. La parodia de sonrisa que le esbozó, fue igualmente horrible.

De forma distante, Call se percató que ninguno de ellos se había movido hacia las mesas del comedor, que todos estaban ahí de pie, expectantes, aguardando problemas. Al parecer, esto no era algo nuevo en Johner. Inconscientemente, Call se vio a sí misma moviéndose hacia la mujer, intentando ayudarla. Sabía que los compañeros no lo aprobarían, pero...

Vriess le tiró de la camisa, se volvió hacia él y lo vio negar ligeramente con la cabeza. *No te entrometas, Call*, podía oírle decir.

Se volvió nuevamente hacia Johner y la mujer, y se preguntó si serviría de algo llamar a Johner para comer con ellos, y lo distraería lo suficiente como para —

Sin previo aviso, la mujer estalló, estampando un codo en el estómago de Johner, sacándole el aire. Call sorprendida, vio que mientras lo hacía, continuaba jugueteando con la bola en la otra mano. El hombre se elevó por los aires, luego chocó contra el pulido suelo y resbaló.

La tripulación del *Betty* estaba asombrada, no de que la mujer hubiera golpeado a Johner, sino por la sorprendente fuerza con que lo había hecho. Call parpadeó mientras Johner continuaba resbalando hasta detenerse en una suerte de pedestal para sacos de boxeo que le golpeó y lo derribó.

Antes que Call pudiera registrar lo que había visto, Hillard profirió un grito de rabia y saltó sobre la mujer. Ella se giró sobre los talones y fácilmente, la arrojó a un lado.

Call estaba atónita por la sorpresa —la piloto era una ruda y mortal combatiente, pero la otra mujer la había arrojado como si fuera una niña.

Hillard se estrelló contra el suelo, con su propio impulso usado en su contra. Después, la mujer tomó el balón y lo arrojó, cayendo en el vientre de Hillard sin apenas una pausa. Le sacó el aire de tal modo, que la dejó jadeando.

Los oscuros y enormes músculos de Christie se tensaron. Tomó un pedestal de los sacos de boxeo y lo estampo en la cabeza de la mujer, por el lado de la base, con toda la fuerza que tenía el hombre. Call incrédula, se quedó atónita al ver que la mujer recibía el golpe sin siquiera una mueca, como un boxeador. Nada se mostraba en su expresión, excepto un pequeño hilo de sangre

que resbalaba por su nariz.

Christie estaba igualmente atónito, y lo blandió nuevamente, más fuerte, de ser posible. Una vez más, la mujer recibió el golpe, lo absorbió, y permaneció en su sitio. Con un rugido, Christie embistió otra vez. En esta ocasión, la mujer lo detuvo, aferrando el pedestal, deteniéndolo a medio camino. Con poco esfuerzo, arrebató el objeto de las manos de Christie —¡De Christie! — advirtió Call impresionada — y lo arrojó a un lado.

Entonces se lanzó sobre él como un animal salvaje. Enterrando una mano en su cabello, aferró su mandíbula con la otra, mientras él luchaba fieramente por empujarla. Él comenzó a gritar, manoteando, embistiendo, haciendo lo posible por dislocarla, mientras ella intentaba romper su mandíbula, era un cuadro espantoso.

Call comenzó a moverse para ayudar a Christie, cuando Vriess tiró de su camisa. —¡No te acerques!— ordenó. Ella dudó, pero obedeció.

De pronto, Johner se puso de pie. Corrió hasta los dos combatientes y estampó un fuerte puñetazo al riñón desprotegido de la mujer.

La cabeza de la mujer giró, su cara se retorció —de rabia, no de dolor. Arrojó a Christie, reconsiderando, y se colapsó, como una muñeca. Inesperadamente, la mujer cayó también, de rodillas, con una mano culebreando. Con un solo movimiento coordinado, atenazó la entrepierna de Johner con la misma fuerza constrictora que había usado en la mandíbula de Christie. Johner gritó, con un sonido agudo de agonía. Al caer de rodillas, la extraña mujer le golpeó el vientre, doblegándolo totalmente.

En medio de todo este desastre, y de los gemidos y gritos de la tripulación herida, de pronto destacó la voz de un hombre, clara y firme.

—¡RIPLEY!-

Call se volvió hacia la voz, y vio a cuatro soldados, portando armas, que apuntaban justo hacia ellos —no, no hacia ellos, hacia la mujer. Entre ellos había dos hombres vestidos con batas de laboratorio, uno ligeramente más atrás del otro. Reconoció al primero. Le había entregado la carga a ese. El nombre de —Wren— estaba bordado sobre el bolsillo de su bata. Un poco más atrás de él, había un hombre, su nombre era —Gediman— según el bordado de su bata. Gediman parecía muy crispado, pero Wren se veía frío. Era fácil adivinar quién estaba al mando.

La mujer a la que había llamado Wren levantó la cabeza lentamente, su expresión se había relajado, desapasionada, como si no acabara, apenas, de fregar el suelo con ellos — un grupo que se enorgullecía de ser uno de los más rudos entre los rudos.

Call se volvió a mirar atentamente a la mujer. *¿Habían dicho Ripley?* Call parpadeó, incrédula. *¿Ripley?*

Todo había terminado. Los tripulantes del *Betty* comenzaron a retroceder. Christie se puso de pie, pesadamente, y se llevó los brazos a la espalda, como para rendirse, Call supo que podía ser todo menos eso. Hillard consiguió ponerse de pie. Pero Ripley todavía aferraba la camisa de Johner como si no deseara soltar a su presa, no ahora que lo había derribado.

—No hagamos una escena,— dijo Wren tranquilamente, como si le hablara a un niño. Como si no hubiesen hecho ya una escena, y una escena verdaderamente horrenda. Como si no existieran los cuatro soldados entrenados y armados apuntando a una solitaria mujer. Como si el sujeto

tuviera verdaderamente, algún control sobre ella.

Sorprendentemente, Ripley soltó al hombre, y se alejó de él. Se alejó de todos, sin mostrar consideraciones con ninguno, salvo con ella misma. Movió su cabeza hacia el arrodillado Johner y dijo casualmente. —Apesta.-

Como si aquello fuera una explicación plausible para todo lo que había ocurrido, Wren asintió.

Johner finalmente consiguió inhalar suficiente aire para hablar.

—¿Qué coño eres tú?— Casi estaba sollozando de dolor.

Ripley se volvió hacia él, lo miró satisfecha, y luego se volvió a mirar de reojo al resto. Sin decir una palabra, se limpió la sangre que escurría por sobre sus labios y la arrojó de un capirotazo. Era tan insignificante para ella como todos los demás. La tripulación del *Betty*, los soldados, sus armas, Wren, Gediman ... Call vio la salpicadura de sangre aterrizar en el suelo. Olvidada.

Como si de pronto se hubiera aburrido demasiado con todo aquel cuadro como para continuar, Ripley tomó nuevamente la bola de baloncesto del suelo, caminó con ella, a punto de irse, la arrojó de espaldas a una distancia mínima de 35 metros, y se dispuso a irse. Todos en la habitación la vieron atravesar el aro justo por el centro.

Wren dio su aprobación a los soldados, que bajaron las armas. Ella oyó a Gediman decir, —hay algo depredador en ella, ¿verdad?-

La admira por eso, advirtió Call.

Gediman todavía estaba nervioso como un gato. Se movió torpemente y murmuró, —Bueno... el tipo en verdad apesta.-

Los dos investigadores y los soldados salieron del lugar, dejando a la tripulación del *Betty* la tarea de recoger a sus dañados compañeros. Call ayudó llevar a Christie a una banca, y Hillard tendió una mano a Johner para levantarse. Sabía que ninguno de ellos tenía mucho apetito ahora.

Como una idea tardía, Call se volvió hacia las puertas por las que había salido Ripley. Cuando lo hizo, no pudo evitar mirar la mancha de sangre en el suelo, donde la había arrojado Ripley.

Una pequeña estela de humo se elevaba de la mancha. Bajo ella, el suelo burbujeaba.

Al oscurecer en el *Auriga*, los miembros de ambas naves encontraron diversas formas de entretenerse de manera segura.

En la privacidad de la habitación que se les había asignado, Hillard yacía desnuda boca abajo en su litera, su expresión era dichosa. Profería leves jadeos de satisfacción, se dejaba llevar por las sensaciones que la estremecían. Le dolía el cuerpo por el altercado en el comedor, pero éste se estaba desvaneciendo. Se lo merecía. Pretendía disfrutar cada segundo.

Sonrió por sobre su hombro hacia el hombre que le daba tan íntimo placer.

Elgyn le devolvió la sonrisa, masajeando los cansados y doloridos pies de su amante.

En la privacidad de su habitación, el General Pérez enceraba concienzudamente sus botas él mismo, de acuerdo a las normas, derritiendo metódicamente la cera con un láser manual, aplicando una pequeña capa sobre la superficie de piel, y luego restregándola manualmente hasta hacerla brillar como un espejo. Era una tarea simple que le permitía mantener las manos ocupadas y la mente relajada. Y también le permitía reflexionar sobre el futuro de su proyecto.

Abajo, en los almacenes de suministros, Vriess rodaba su silla a lo largo de amplios corredores de estantes llenos, de cabo a rabo, con refacciones pulcramente ordenadas y etiquetadas. Miles de partes. Quizá millones de ellas. Estaba en el cielo de los mecánicos. Y todo era nuevo, nuevo, ¡nuevo! Perfecto, de tecnología avanzada, excelente material. Solo lo mejor para el General Pérez.

Los brazos de Vriess ya estaban llenos de cables, laminas de circuitos, componentes. Se estiró ante un estante de con cajas diodos, casi cayo, luego reconsideró. Tomó una caja, estaba por marcharse cuando lo pensó otra vez. Miró culpablemente en derredor, y tomó una segunda caja.

En la sala de estar de una serie de cuartos comunicados, Christie, Call y Johner estaban tumbados frente a una pantalla de video, pasándose de uno a otro el termo de Johner con cerveza casera. Tras el revuelo de aquella tarde, ninguno de ellos tenía demasiado que decir. Call estaba sorprendida de que ninguno de los dos hombres ni Hillard, parecían resentidos porque ella no se había involucrado, pero sabían que era la nueva chica después de todo, y era pequeña. Vriess se había mantenido al margen también, y sólo un tonto lo consideraría a él indefenso.

Johner, Christie y Hillard, junto con Vriess y Elgyn habían estado juntos por más tiempo. Vriess no hablaba mucho al respecto, pero alguna vez había indicado, que todos ellos habían sido mercenarios, hacía tiempo — antes que Vriess quedara paralítico.

En la pantalla, brillaba para la audiencia, un ultra moderno revólver de metal negro y cromo, y a su lado, era desplegada la información sobre las especificaciones del arma. La pistola era tan sofisticada, pensó Call, que podía quizá cargarse automáticamente. Podrá ser suya, prometía el anunciador, por un monto de créditos por lo menos igual, al necesario para comprar una nave espacial antigua.

Johner le pasó el termo sin quitar los ojos de la pantalla. Ella lo agitó y vertió un poco más de aquella cerveza letal en su vaso.

Cada uno, tenía su forma de relajarse.

En el área restringida, Gediman trabajaba solo. Caminó por el interior del puerto de observación móvil, que le permitiría tranquilamente observar el progreso de los primeros Aliens desarrollados. No se permitiría pensar en los durmientes de los tubos criogénicos y los constrictores de rostro pegados a ellos. No se permitiría pensar en sus gritos al emerger los embriones. Aquel no era su trabajo. Él era un científico en una misión, y su trabajo, aquí y ahora, era observar el desarrollo de los Aliens que ya habían nacido.

Era terrible no contar con mayor información histórica. Gediman consideraba una tragedia científica que no pudieran volver al planeta LV-426, donde los Aliens habían sido descubiertos originalmente por la tripulación del *Nostromo*. ¡La cantidad de información que debía haber ahí! Pero la desviada nave, con su bizarra carga de miles de huevos, había sido destruida cuando el reactor nuclear de un procesador de atmósfera dañado había explotado, dejando únicamente desperdicios radiactivos y un cráter de diecinueve mega hectáreas de amplitud. El LV-426 nunca volvería a ser habitable.

Ripley había escapado a la destrucción del LV-426 con otras pocas personas, pero había terminado en Friorina 161 cuando su nave falló. Solo un guerrero Alien había emergido ahí, esperando a la Reina que Ripley, sin saber, albergaba. Pero aquel guerrero había sido destruido, y Ripley se había suicidado para asegurarse que la Reina dentro de ella nunca emergiera.

Aquel pudo haber sido el final del contacto humano con los Aliens, pese a todos los intentos, tanto de científicos militares como de corporaciones privadas, para descubrir que no había ni una sola clave sobre el planeta de origen de los Aliens, a pesar de los cientos de mundos explorados que existían. El secreto de los organismos perfectos, había muerto en el holocausto del LV-426, hasta el descubrimiento de las muestras de sangre y tejido de Ripley en Fiorina 161.

Aquello había sido hacía veinticinco años. Las muestras originales proveyeron poca información, y casi habían sido destruidas un par de veces. En cualquier caso, hacía diez años, el científico militar Mason Wren, había visto el potencial ahí, y de alguna manera, se las arregló para convencer a gente importante, en el rubro de Desarrollo de Armas, sobre las posibilidades. Había sido su proyecto desde entonces. Pero solo en los últimos dos años, había tenido completo un grupo de científicos que compartían su visión. Entonces, todos ellos se mudaron al *Auriga*. Fue entonces cuando, súbitamente, les fue otorgado *todo* lo necesario para poner en marcha el proyecto. Fue entonces cuando las células clonadas de las muestras comenzaron a sobrevivir y crecer.

Y ahora estaban *aquí*. De cara a la aplicación práctica de todo aquel estudio científico. Todavía había mucho que *aprender*. Pacientemente, observó los monitores, las lecturas electrónicas y a los propios especimenes.

Gediman no podía negar el asombro del grupo de investigación, en cuanto a la rapidez con que algunos de los embriones habían salido, estallando los pechos de sus indefensos huéspedes, eso sin contar el increíblemente veloz desarrollo embrionario. Wren no podía asegurar si el crecimiento era acelerado por producto del trabajo que habían hecho, o si éste era una variación natural. Los registros previos, indicaban poco sobre los intervalos de tiempo necesarios, y el tamaño de la muestra era demasiado pequeño para mostrar normas o tendencias. Desde luego, todavía estaban a la espera de la mayoría de los embriones...

Movió el puerto de observación a lo largo de su pista, deteniéndose al llegar a una jaula en particular. Manipulando los controles, movió la cabina justo hasta acoplarla con la de la clara ventana de la jaula.

En su interior, pudo ver dos Aliens de tamaño casi adulto que parecían estar hibernando. Estaban acurrucados sobre el suelo, curvados para verse lo más pequeños posible y totalmente quietos. De pronto, un tercer Alien emergió de entre las sombras, avanzando hacia la ventana.

Gediman saltó involuntariamente, totalmente ignorante de la criatura, hasta que esta simplemente apareció. Surgió amenazadoramente ante él, oscura, enorme, malévola y totalmente Alien. La bizarra y alargada cabeza, la enorme cola, las manos con seis dedos, el esqueleto externo revestido en silicona, los monstruosos tubos dorsales. La bestia se quedó inmóvil.

Así que, me estas observando ¿eh? Se preguntó el científico. Para Gediman, era una sensación escalofriante ser observado por un depredador tan grande —un depredador sin ojos aparentes. *Pero puedes ver perfectamente, ¿verdad? Con los sensores especiales que tienes en esa cabeza tuya, para el calor, la vibración, el sonido, la esencia, el movimiento — trescientos sesenta grados de total percepción mucho más aguda que la vista o el oído hasta hoy conocidos. Una criatura sorprendente.*

Vio de nuevo el crio-tubo que tenía al hombre llamado Purvis. Había presenciado el terror

puro en la cara de Purvis cuando el huevo se abrió ante él. Vio el ataque del constrictor y la desesperada lucha de Purvis...

Parpadeó, intentando apartar la imagen. Purvis todavía tenía su embrión. Aparentemente, el hombre se hallaba en el borde de una baja función de la tiroides, no lo suficiente para ser tratada, solo lo justo para hacer más lento el desarrollo de su embrión que el de los otros...

Olvídalo. Sólo porque viste su nombre. Olvídate de ello. Tenías que pasar por eso para llegar a esto. Y ahora, los tienes. Esto es sólo el principio.

El Alien que lo observaba se acercó cautelosamente, hacia la ventana. Como atraído por él, Gediman también se acerco a su lado del puerto. Lentamente, los delgados labios del Alien se replegaron, mostrando sus dientes color de cromo. Abrió su enorme boca, deslizó su lengua rígida lentamente, como para persuadir a Gediman. La lengua tenía sus propios dientes, y el borde de la misma goteaba mucosa clara.

Gediman se olvidó de Purvis, se olvidó de los constrictores, y se quedó extasiado, ante la visión, de aquello que nadie antes había visto sin morir. Se percató que estaba sonriendo. —¿Es que me estás sacando la lengua... o sólo estás feliz de verme?— Murmuró.

Distraído, colocó una mano contra el puerto, para apoyarse, luego puso su nariz contra el transparente material — diseñado especialmente, y fuerte como el acero — que todavía llamaban —cristal—, su frente y una mejilla estaban aplastadas contra la ventana, como un chiquillo que quisiera ver mejor.

Sin advertencia, la lengua del Alien se disparó como un látigo y golpeó el cristal justo a la altura de su ojo. Gediman brincó hacia atrás, con el corazón acelerado y sus manos súbitamente temblorosas. Sin apartar la vista de la criatura, se movió hacia la consola central.

—Hora de la primera lección, cachorrito,— le dijo Gediman, y estrelló su mano sobre un infalible y gran botón rojo.-

Instantáneamente, jets de nitrógeno rociaron al Alien, creando nubes de vapor de nitrógeno al contacto con el aire. El monstruo gritó frenéticamente, retrocediendo hacia el centro de la jaula, tropezando con sus dormidos compañeros, despertándolos, aterrorizándolos. Todos se unieron al estridente griterío. Gediman soltó el botón.

El guerrero que había sido rociado, giró su obscena cabeza hacia Gediman, su enorme cola de escorpión se azotaba salvajemente. Los otros dos se echaron hacia atrás, visiblemente inseguros de lo que ocurría. El primer Alien se movió hacia el puerto nuevamente, pero Gediman alcanzó el botón rojo, deteniéndose justo por encima de este.

El monstruo quedó inmóvil. Gediman, también.

Desde una distancia, el Alien extendió su lengua amenazadoramente, pero no hizo más intentos de avanzar hacia la ventana.

Gediman asintió, aprobando. —Así que... aprendes rápido ¿eh?— tomó su bloc de notas, satisfecho.

El Gran Guerrero se estremeció en el pequeño, extraño lugar, su rabia infinita. ¡Esa pequeña, suave presa me lastimó, me quemó! Azotó su cola enfurecido, mientras observaba a la presa manipular sus objetos, desarrollar funciones que el guerrero solo podía sospechar. El guerrero

miró fijamente el peligroso cojinete rojo al alcance del pequeño ser. Leyó la palabra —infalible— escrita a un lado, y —¡Advertencia! ¡Jets de Nitrógeno!— Observó a la pequeña criatura —el nombre de —Gediman— impreso en ella — mientras hacía aparecer palabras en un objeto que sostenía. La presa irradiaba satisfacción, orgullo, cumplimiento, como si hubiera llevado a cabo su verdadera función.

No es que al guerrero le importara. Para él, la presa tenía solo una verdadera función, la misma que cualquier otra especie. Agitó su cola, extendió su lengua en advertencia. La atmósfera silbaba a través de sus tubos dorsales. Él odiaba este medio ambiente Alien, anhelando la humeante calidez del nido, la fuerza y seguridad de su propia especie. Incluso con los otros dos cerca, sufría la soledad de su propia individualidad. Era tiempo de construir el nido. Tiempo de reunirse con otros guerreros y servir a la Reina. Era por lo que vivía.

Observó a la presa, aprendiendo casi todo sobre ella, que el guerrero necesitara saber.

No podía olerla todavía, pero podía oler a otros de su clase, su esencia era traída a través del ligero aire. Ellos eran de sangre caliente, respiraban oxígeno. Podía ver el color de sus exhalaciones, incluso a través de la clara barrera. Podía ver el color de su roja sangre a través de sus pálidas venas, analizar su química. Podía calcular su peso, su masa muscular, su habilidad para resistir. Podía saber cuán fuerte era, cuán débil. Podía ver el color de sus emociones, ya fuese caliente o frío, y si sentía dolor o miedo. Podía ver que temía al guerrero —pero no lo suficiente. Especialmente, no ahora, que había probado que podía lastimar al guerrero. El —Gediman— irradiaba el color del orgullo, del cumplimiento.

Recordaré ese color cuando venga a por ti.

Y vendré a por ti.

El cuerpo del Gediman sería material de construcción para el nido. Una vez asegurado ahí, el guerrero decidiría si serviría como alimento para la Reina, o si era adecuado para albergar a sus pequeños, o incluso si sirviese como alimento para los pequeños. Él podría decidir, inclusive, si Gediman debía albergar a los pequeños y también ser su primer alimento.

Y puesto que me has lastimado y te has complacido con ello, decidiré hacer contigo lo que sea que te mantenga vivo durante más tiempo.

El guerrero observaría hasta que el orgullo del Gediman se desvaneciera, y con él, toda emoción que hubiese tenido jamás, hasta que no quedara nada más que miedo, un miedo absoluto, como el Gediman nunca había conocido. El miedo hacía al huésped, era crítico para ello. Hacía al organismo receptivo, abría los caminos para los jóvenes, les permitía asentar raíces sólidas, crecer, cambiar al huésped para llenar sus necesidades. El miedo era crítico para eso. Y cuando los jóvenes hubieran dejado su matriz Alien, entonces, la última explosión de miedo y dolor suavizaba la carne del huésped, para alimentar a los pequeños jóvenes.

El gran guerrero agitó su cola, transmitiendo todo lo que pensaba y planeaba y sentía a sus hermanos y a su Reina. Su reina, su Madre, le envió su amor y aprobación. Eso ocurriría pronto. El guerrero lo presenciaría. Y este pequeño humano, este Gediman, sería el primero. La primer matriz. El primer alimento. Y viviría para saberlo todo. El guerrero también presenciaría eso.

La Reina aprobó.

De vuelta en la estancia, Call escuchaba las especulaciones sobre un puñal de extraño diseño, y decidió que había tenido suficiente de videos y alcohol. Diablos, las noches en el *Betty* eran usualmente más interesantes que *esto*. Intentó ponerse de pie, pero cayó de nuevo al asiento, como desbalanceada. Los dos hombres charlaban cordialmente.

—¡Cielos Johner!,— se quejó, rascándose la cabeza, —¿qué le pones a esta mierda? ¿Ácido de batería?— Contempló su vaso vacío, intentando averiguar cómo había quedado así.

—Sólo para darle un toque de color,— respondió Johner defensivamente, y él y Christie rieron, chocando palmas.

—Suficiente para mí.— Decidió y se levantó torpemente de la silla, derribándola. Intentó silbar la tonadilla que habían armonizado ella y Vriess aquel día, pero sonaba un poco aguda al final.

Fuera de la estancia, Call se giró. Una vez fuera de su vista, se enderezó, perfectamente sobria. Mirando hacia ambos lados del corredor, para asegurarse que estaba sola, caminó decididamente. Siguió la ruta que había seleccionado previamente, y caminó hasta llegar al área que estaba marcada como RESTRINGIDA.

De ahí en adelante, lo sabía, cada puerta sería un obstáculo. Rebuscando en sus bolsillos, sacó un aro de llaves maestras. Ensartadas en él había una docena de micro cápsulas de rocío. La mayoría, de su propia invención.

Miraba por sobre su hombro, aguzando el oído, usando todos sus sentidos, y asegurándose que seguía estando sola, inobservada, mientras procedía a violar cerrojo tras cerrojo. Algunos de ellos requerían una alimentación rápida de códigos, mas la correcta combinación de químicos de rocío en los analizadores de aliento. Algunos únicamente necesitaban ser rociados con la cápsula correcta. Pero ninguno de ellos le resultaba inviolable.

Finalmente, la última puerta se abrió silenciosamente ante ella, sólo lo suficiente para permitirle deslizarse en su interior. Dudó brevemente, luego entró en la celda y cerró la puerta tras ella. Ninguna alarma todavía. Era evidente que no estaban observando al ocupante de esta celda tan intensamente como lo habían hecho antes.

El cubículo era pequeño, oscuro, y por un momento Call pensó que no era la celda correcta, ésta estaba deshabitada. No había nada aquí —ni lavabo, ni dispensador de agua, ni baño, nada. Todo lo que pudo ver fueron las definidas sombras que contrastaban con las zonas brillantes, y dividían el pequeño lugar en áreas separadas.

Luego, sus ojos se ajustaron a la escasa luz y pudo distinguir una única zapatilla de cara a ella, desde el oscuro fondo de la celda. Miró nuevamente. La zapatilla estaba unida a una pierna que parecía desvanecerse entre las oscuras sombras. El solitario ocupante de la celda estaba acurrucado entre esas sombras, astutamente, permanecía invisible a cualquiera que pudiese estar observando desde arriba.

Escurriéndose hacia la oscuridad, Call se desplazó silenciosamente hacia la figura, luego se agazapó, dirigiéndose al mismo lugar donde estaba la figura. No podía discernir la ensombrecida silueta acurrucada, en posición fetal, a pesar de su proximidad. Moviéndose en silencio, Call se arrastró hacia el lugar, agradecida, por primera vez, de su pequeño y compacto cuerpo. La oscuridad la envolvió completamente. Ahora, los dos cuerpos estaban escondidos. Apenas se

estaba tranquilizando, cuando una silueta pasó por sobre su cabeza.

Era un guardia haciendo su ronda sobre la celda, sus pies calzados en botas se detuvieron momentáneamente sobre la mirilla en el techo de la celda. Call contuvo el aliento.

Finalmente, se fue. Call se volvió hacia la durmiente mujer, esperando que registrara algo de la presencia invasora, pero la figura seguía dormida. El castaño cabello oscurecía su rostro, su pecho subía y bajaba, constante, regular. Humano. Los brazos de la mujer estaban cruzados sobre su vientre, como si quisieran resguardar algo ahí, sus atractivos rasgos parecían intranquilos, como si tuviera pesadillas...

Veniste aquí a cumplir una misión, pensó Call, reprimiendo un arrebato de lástima. *Así que, házlo. Sólo porque parece* —

Con el sigilo de un asesino, Call extendió su mano derecha, y el escondido estilete se deslizó en ella. Pulsando un botón, la hoja emergió silenciosamente. La plateada hoja tenía casi treinta centímetros de largo, con una aguda punta. Call siempre había pensado que las armas de proyectil eran para cobardes. A ella le gustaba trabajar de cerca y en silencio.

Se puso en cuclillas, impulsó su mano hacia atrás en un movimiento, sin titubeos.

Deja de mirarla. Haz lo que veniste a hacer.

Tragó saliva. Con un movimiento rápido apuñalaría en el corazón. Limpiamente. Pulcramente. Ripley no se enteraría. Era lo más generoso que podía hacer por ella.

De pronto, la mujer se movió entre sueños. Call se quedó de piedra. La cabeza de la mujer se volvió, exponiendo su larga garganta. Los cintos entrecruzados de su jubón de cuero, se abrían un poco sobre sus pechos y vientre. Su pálida piel podía verse incluso entre las sombras.

Call movió la punta del estilete y abrió un poco más. Parpadeó, mirando atentamente una cicatriz. ¿Una cicatriz? ¡Una cicatriz!

¡No!

Suavemente, la voz de la mujer preguntó en tono casual, —¿Y bien?-

Call brincó, resbalándose un poco. Estaba tan sorprendida, que casi arroja el cuchillo.

—¿Vas a matarme, o qué?— preguntó Ripley con su usual y monótona voz.

Call apretó las mandíbulas. —No tiene caso, ¿o sí?— con un giro de la muñeca, el estilete se enfundó nuevamente, tan silencioso como había emergido. —Ya lo han sacado. ¡Cristo!... ¿está *aquí*? ¿a bordo?— Se sentía congelada, intentando aceptar el hecho de que ya era demasiado tarde.

¡Demasiado tarde!

Ripley sonreía torvamente. —¿Te refieres a mi *bebé*?-

Call sacudió la cabeza, tomando conciencia de la realidad, de estar teniendo *esta* conversación con *esta* mujer.

—No lo entiendo. Si *lo* han sacado, ¿por qué te mantienen con vida?-

Un leve encogimiento de hombros. —Son curiosos. Soy la última novedad.-

Call luchó contra un creciente sentimiento de rabia e impotencia. No había considerado llegar *tarde*. Luego se esforzó por calmarse. Miró atentamente a la mujer que estaba a su lado, en el confinado espacio de los límites sombríos. Silenciosamente, extrajo el cuchillo nuevamente, pulsando el botón para soltar la hoja, y lo mostró a Ripley.

Con voz amable, Call le hizo un ofrecimiento. —Puedo hacer que todo termine, si quieres. El dolor ... esta pesadilla. Es todo lo que puedo ofrecerte.— *Te mereces mucho más que eso.*

La expresión de Ripley varió, se hizo más consciente, y Call pudo ver la indecible tristeza que la acometió. Sin responder, ella abrió su mano, luego colocó la palma tranquilamente contra el filo de la hoja.

—¿Qué te hace pensar que te permitiría hacer eso?— murmuró.

Ripley presionó su mano firmemente insertando en ella la punta de la hoja y atravesándola completamente, hasta hacerla emerger en el canto por casi veinte centímetros antes de detenerse.

Los ojos de Call se abrieron al máximo, su boca también. Era la misma expresión que había mostrado en la estancia — comedor. —¿Quién eres tú?— susurró, contemplando la mano empalada, el delgado hililllo de sangre que salía de ella, y la falta de emoción en el rostro de la mujer.

Con voz llana, dijo simplemente, —Ripley, Ellen. Teniente de Primera Clase. Numero 5 1 5 6 1 7 0.-

Call negó con la cabeza. —Ellen Ripley murió hace *doscientos años*.-

Ese pequeño dato pareció remover algo en la mujer; la sorpresa invadió su rostro. Jaló su mano sacando el cuchillo, frunciendo levemente el ceño ante el dolor, como si fuera algo sin importancia.

—¿Qué sabes acerca de eso?— Intentó sonar ausente, pero un floreciente interés se notaba en su voz.

—He leído a Morse,— dijo Call suavemente. —He leído todas las historias prohibidas. Ellen Ripley dio su vida para protegernos de la bestia. Tú no eres *ella*.-

La mujer llamada Ripley miró más allá de ella, hacia algún punto distante que sólo ella podía ver. —¿No soy ella? ¿Entonces, quién soy?-

Buena pregunta. Call miró atónita cómo la hoja del cuchillo burbujeaba y sacaba humo, derritiéndose justo ante sus ojos, quedando únicamente un chamuscado muñón. Ahí estaba la respuesta de Ripley. Le mostró el metal. —Eres una *cosa*. Un experimento, un clon. Te hicieron en un puto laboratorio-

El torvo humor volvió. —Pero solamente Dios puede hacer un árbol.-

Call sintió la súbita necesidad de conectarse con... con este simulacro, esta sombra de Ripley. —Y ahora te han sacado a la bestia.-

Tristeza nuevamente. Una pena profunda. Un inmenso dolor que Call solo podía suponer. —No del todo.-

Call no comprendió. —¿Qué?-

Ripley la miró, permitió el contacto a los ojos. Su mirada quemaba a Call, abrasaba en su interior del mismo modo que lo hizo su sangre ácida con el cuchillo. La mujer murmuró. —Está en mi cabeza. Detrás de mis ojos.— Por primera vez, parecía humana, vulnerable.

—¡Entonces, ayúdame! Si queda en ti algo de humana, ayúdame a detenerlos antes que esto se suelte.-

La desolación de la mujer era infinita. —Es demasiado tarde.-

Por un momento, Call entendió mal. *¿Demasiado tarde para mí?*

Súbitamente se sintió dolorosamente consciente que estaba agazapada en la oscuridad, a centímetros de esta... esta... Call no sabía cómo llamarla. Este depredador que podría matarla con una sola mano, mucho más rápidamente de lo que ella pudiera reaccionar para defenderse. Su cuchillo había resultado inútil —

Cuando Ripley se levantó y se dirigió hacia la cara de Call, ella respingó. Ripley se quedó quieta por un momento, entonces movió otra vez su mano. Ripley tocó la frente de Call, apartando un mechón de cabellos. Fue un movimiento gentil y casi sensual. La forma en la que una madre tocaría a su hijo, un poco de acicalamiento, un poco de confort...

—Me he acostumbrado a la idea,— musitó Ripley, y Call se dio cuenta de que se refería al monstruo que ella había dado a luz. Que la criatura vivía. Que ella provocaría una nueva plaga. —Es inevitable.-

Call se aproximó, con gesto adusto. —No mientras yo esté cerca.— Intentó no pensar en lo ridículo que sonaba aquello. Detestaba su pequeña figura, su suave y aguda voz. No era la primera vez que deseaba tener la talla de Christie.

—No saldrás viva de aquí,— Dijo Ripley tristemente, como si estuviese instruyendo a un niño testarudo.

Escuchando los temblores en su propia voz, Call insistió, —¡Me importa un carajo!-

Ripley levantó una ceja, sorprendida. —¿En serio?-

Moviéndose ágilmente, las manos de Ripley se lanzaron hacia delante, aferrando la garganta de Call, y súbitamente no hubo aire. Instantáneamente, Call aferró el mango del derretido cuchillo, pero era inútil, se hallaba atrapada en los confines de aquel pequeño espacio, entorpecida por su creciente terror.

Ripley estampó la mano de la chica contra el suelo, inclinándose sobre ella. Call debía luchar para defenderse, debía intentar aclarar su mente. Los predadores ojos de la mujer brillaban rente a su cara. Con infinita tristeza, Ripley ofreció —Puedo hacer que termine.-

Call se oyó lloriqueando, y supo que el terror absoluto era evidente en su cara. Sus ojos suplicaron clemencia.

Tan rápidamente como la había aferrado, Call fue súbitamente soltada. Ripley se deslizó lejos de ella. Una vez más, se acurrucó en la posición fetal, contra los muros, escondiéndose tanto como pudiera, entre las sombras.

¿Qué estas haciendo? ¿Por qué intentas esconderte? ¿Qué crees que podrán querer de ti ahora? No importaba que no hubiera mobiliario en la celda. De haberle dado un catre, se hubiera acurrucado debajo, completamente fuera de la vista. ¿Será alguna medida de seguridad el acurrucarse en este pequeño y oscuro lugar? ¿Será un recuerdo de la infancia hace mucho olvidado, y de hace cientos de años?

—Vete,— Le ordenó Ripley, su voz era fría otra vez. —Sal de aquí. Te están buscando.-

Nerviosa, Call se alejó de ella, temiendo que pudiera cambiar de opinión, comprendiendo que el salir viva o muerta de aquella habitación dependía enteramente del capricho de la mujer. Gateó alejándose de las sombras, sin poner cuidado en ser descubierta por un guardia, e inhalando desesperadamente, se movía como un cangrejo hacia la puerta.

Salió de la celda, toda precaución ahora olvidada en su asustada huida. Al dar dos pasos fuera

de la celda, algo frío y metálico tocó su cuello, pero antes de que pudiera volverse y defenderse, la descarga la golpeó fuertemente, quemándole la piel, electrocutando sus nervios, causando un estallido eléctrico por su espina, por cada nervio —Gritó en una ocasión, luego todo se oscureció.

Wren observó a la menuda mujer, de oscuro cabello y derribada en el suelo, con un gesto de satisfacción. Dos soldados la levantaron por los brazos y la sostuvieron, pensó, *¿Quién te crees que eres para interferir en una misión de investigación ultra secreta? ¿Creíste en verdad que podrías lograrlo?*

Estaba tan encolerizado, que agradecía la presencia de los soldados para forzarse a mantener su profesionalismo. Cuando Call sacudió torpemente la cabeza y comenzó a recuperar el conocimiento, Wren le amenazó, —¡Creo que sabrá que lo que hizo fue, muy imprudente!-

Le preguntó al soldado que estaba más cerca, —¿Dónde están sus compañeros?-

—Hasta donde sabemos, señor, todos ellos se encuentran en cuarteles separados...-

—Suene la alarma,— ordenó Wren. —Los quiero a todos reunidos — ¡Ahora!

Ripley se acurrucó entre su propia sombra y observó en la oscuridad, intentando que las palabras de la joven mujer no la tocaran. Estaba cansada, tan cansada —pero no se atrevía a dormir.

No quiero dormir, dijo una pequeña y suave voz en su cabeza. Tengo sueños que dan miedo. ¿Quién había dicho eso? Ripley no podía recordarlo, pero el recuerdo la apuñaló como un cuchillo.

No podía dormir... se sentía como si la pudieran tocar mientras dormía. Su mente estaba distraída cuando dormía, y los sintió aflorar. Todos los monstruos, los monstruos verdaderos. Moviéndose, respirando, bullendo — soñando, planeando, aguardando...

Se estremeció.

Eran un organismo perfecto, con una sola función verdadera. Y esa mujer, esa pequeña y joven mujer, no lo entendía...

Su perfección estructural solo se compara con su hostilidad.

Ripley no recordaba quién había dicho eso, o cuándo, pero lo recordaba igualmente. La llenaba de una aplastante tristeza. El pensar en el ferviente propósito idealista de la joven mujer, su determinación, la deprimía aún más. Ripley pudo ver una débil sombra de la mujer que ella había sido, en los ojos de esa mujer. Que el destino y la mala suerte del universo la habían creado.

¿Y qué me ha hecho el destino ahora? Se preguntó tristemente. No lo sabía. La habría hecho Ellen Ripley, como insistía su caótica mente, o la habría hecho un traidor, un fraude, algo tan grotesco como ... como...

Prefiero el término ‘persona artificial’.

Parpadeó, observando a la marca que rápidamente cicatrizaba en su mano, lo que había quedado del cuchillo de la mujer.

En la quietud de ese momento, sus ojos se opacaron, su cuerpo se curvó, y se deslizó hacia un estado de vigilia. Y entonces, ahí estaba, esperándola ... detrás de sus ojos.

Su anhelo por la humeante calidez del nido, la fuerza y seguridad de su propia especie. Sola, sufría el aislamiento de su propia individualidad. Solamente en sueños se podía reunir con ellos,

regocijarse con ellos. Era tiempo de construir el nido. Tiempo de reunirse con otros guerreros y servir a la Reina. Era por lo que vivía.

La guerrera agitó su cola, transmitiendo todo lo que pensaba y planeaba y sentía a su Reina. Y su Reina le envió su amor y aprobación a la guerrera. Eso ocurriría pronto. La Reina lo presenciaría y la guerrera lo haría ocurrir. Y esta concha que era humana, esta Ripley, sería la madre de todos ellos. La primera matriz. La primera guerrera. Y ella viviría para saberlo todo, para compartir la gloria con ellos. La Reina lo presenciaría, pues Ripley era la base de la colmena. El nutriente del nido. El cimiento de la nueva generación.

Ripley se retorcía indefensa en sueños, emitiendo leves sonidos de protesta y dolor. La Reina compartió sus sueños, y aprobó.

7

Christie estaba a punto de decirle a Johner que ya tenía suficiente tanto de su terrible cerveza casera, como de su compañía, y que se iría a la cama, cuando las puertas de su estancia se abrieron repentinamente. Él y Johner se pusieron de pie instantáneamente, cuando cuatro soldados entraron en la habitación. Antes que alguno de ellos pudiera hacer nada, estaban contemplando los cañones de las enormes armas de los soldados, listas para disparar. Los dos hombres del *Betty* intercambiaron una rápida mirada. Instintivamente, Johner tapó y cerró su termo fuertemente.

—¿Cuál es el problema?— preguntó Christie, sin hacer ningún movimiento abrupto. Puso las manos a los costados, apartadas de su cuerpo. No quería que nadie aquí cometiera algún error.

—Señor— dijo uno de los soldados, incoherentemente gentil, —nos acompañaréis ahora mismo.-

Supongo que lo haremos, pensó Christie asintiendo rápidamente a Johner.

—Señor— repitió el soldado. —¡Ahora!-

Christie miró al hombre. Tenía el nombre de *Distephano* grabado en el casco. —Seguro, hombre. Ya vamos. No oponemos ninguna resistencia, ¿verdad Johner?— Cuidadosamente, ostentosamente, Christie puso sus manos detrás de la espalda, y las entrelazó.

—Estás en lo cierto,— musitó Johner en voz baja.

Fueron escoltados al comedor. Todas las luces estaban encendidas. En minutos, Elgyn y Hillard eran empujados dentro de la habitación por otros soldados. Elgyn todavía se estaba ajustando las ropas, mostrando que se había vestido a la carrera. Miró a Christie a los ojos. Hillard hizo lo mismo. Nadie hablaba.

Repentinamente, desde la entrada al lugar, apareció Call, arrastrada a la habitación. Se tambaleaba, obviamente aturdida, frotándose el cuello. Aquel doctor, Wren, estaba con los soldados que traían a Call, e importunaba a la menuda mujer. Parecía furioso.

Le han disparado, advirtió Christie, poniéndose tenso. *¿Qué demonios habrá hecho ahora la mujercita? ¿Y dónde coño está Vriess?*

Elgyn terminó de ajustarse la ropa. Miró de frente a Wren. —¿Qué coño está pasando aquí?-

—Parece una trampa, jefe,— dijo Christie claramente. Quería que Elgyn escuchara la claridad de su voz. Él y Johner habían estado bebiendo por horas, pero estaban acostumbrados a funcionar perfectamente bajo un nivel de alcohol, que mataría a la mayoría de los hombres. Sabía que Elgyn se preocuparía sobre su habilidad para actuar en esta situación. Christie intentó no distraerse por

la ausencia de Vriess. ¿Lo estarían reteniendo para asegurarse?

Wren registró la habitación y le preguntó a Elgyn directamente, —¿Dónde está el otro? ¿el de la silla?-

Bueno, si él no sabía, seguramente Vriess todavía andaría suelto por ahí, decidió Christie aliviado.

Junto a él, Johner le gruñó a Distephano. —¡Quítame las jodidas manos de encima!— Su voz sonaba torpemente acusatoria. Christie se preguntaba si Johner estaría *demasiado* borracho para actuar.

—Doctor,— dijo Elgyn de modo razonable, —dígame, ¿qué está pasando aquí?-

Lo que dijo Wren no tenía sentido. —Usted va a decirme ahora mismo para quién trabaja, o lo estará gritando al amanecer.-

¿Eh? Pensó Christie. *Cuando llegamos aquí, estabamos trabajando para usted, imbécil de mierda. Por lo demás, trabajamos para nosotros mismos —para nadie más.* El hombre intercambió una significativa mirada con Elgyn.

Repentinamente, Call dio un paso al frente, su expresión era sombría. —Wren, ellos no tienen nada que ver en esto.-

Hillard miró a Call. —¿Nada que ver con qué?-

Elgyn levantó los brazos para calmarlos. —Todos, tranquilizaos. Podemos resolver esto. No hay necesidad de sobresaltarse.-

Christie se puso tenso al escuchar la palabras clave de Elgyn. Todavía con las manos entrelazadas a su espalda, flexionó los antebrazos. Silenciosamente, dos pistolas se deslizaron hacia sus manos. Cuidadosamente, aferró con sus enormes palmas las culatas de sus familiares revólveres.

Wren estaba vociferando. —¿Sabéis cuál es el castigo por actividad terrorista?-

Johner farfulló a Christie, —¿Terrorista?-

Mierda, pensó Christie preocupado, *quizá Johner sí esta muy borracho. Está demasiado idiotizado... demasiado lento para reaccionar... estamos en problemas.*

Finalmente, Elgyn comenzó a mostrar su temperamento. —No hay ningún jodido terrorista en mi tripulación.— Volvió su enojo hacia quien parecía ser la única persona que sabía lo que estaba ocurriendo. —¿Call, de qué se trata este asunto?-

Antes de que pudiera responder, Wren lo interrumpió. —Me importa una mierda si estáis involucrados en esto, o no. Habéis traído a un terrorista a un vehículo militar y, en cuanto a mí concierne, todos moriréis junto con ella. ¿Entendido?-

Elgyn se enderezó, mirando a Wren directamente a los ojos. —Lo entiendo.— Sus ojos se desviaron más allá de Wren. —¿Christie?-

Antes que cualquiera pudiera reaccionar, Christie movió sus armas. Girando sobre sus talones, disparó. La rapidez de sus movimientos, se ajustaba perfectamente con la precisión de sus disparos, derribando uno a uno, a cuatro soldados con disparos dirigidos directamente al corazón. Ni una bala rozó siquiera a un tripulante del *Betty*, a pesar de su proximidad a los soldados.

Las potentes balas, golpearon a los soldados a una distancia tan corta, que los hicieron saltar

despedidos hacia atrás, a dos metros de la tripulación. Sus pechos explotaban, rociando tejidos, sangre y partes de hueso a las paredes, el suelo, las mesas, las sillas y otros soldados. Los cuerpos finalmente cayeron, pero antes de que eso ocurriera, algunos de los soldados comenzaron a reaccionar. El que se hallaba de pie junto a Christie, se aproximó, apuntando su arma al enorme hombre.

Christie no se volvió en su dirección, solo proyectó su arma a un lado, y usando solamente su visión periférica, disparó una vez. El soldado fue despedido en el aire, cayendo muerto incluso antes de que su dedo alcanzara el gatillo de su arma.

Otro soldado que estaba cerca de las puertas gritó y cargó hacia delante, disparando salvajemente.

Christie se movió de su línea de fuego, pero las cargas pasaban peligrosamente cerca del atontado Johner. Johner se veía casi cómico, bailoteando al esquivar los disparos, milagrosamente escapando a la ráfaga de fuego, mientras luchaba por quitar la tapa de su termo metálico. Luego Johner recibió un disparo donde más podría dolerle — ¡justo en su termo de cerveza! La bala sonó estruendosa, agujerando el contenedor metálico.

Johner abrió mucho los ojos, sorprendido, cuando la bala logró hacer lo que él no podía, proyectando la cubierta del termo y depositando la pistola escondida ahí, justo en su mano. Apenas tuvo tiempo de apuntar el revólver —con la cubierta del termo colgando en su cadera— al soldado que le disparaba. Johner disparó, y la cubierta de metal del termo explotó ruidosamente.

También lo hizo el soldado, que gritó al ser alcanzado y cayó pesadamente de espaldas, resbalando por el suelo, justo como había hecho Johner un tiempo antes. Solo que él había sobrevivido a la experiencia.

El avance del soldado, ahora muerto, había fallado cuando Elgyn le había pateado en el casco, tan casualmente como si pateara un balón de soccer.

Pero entonces, Christie escuchó un omnioso ‘click’ y se percató que alguien le había alcanzado por la espalda.

—¡ALTO!— gritó una voz masculina cerca de su cabeza.

Christie echó un vistazo hacia atrás. Sólo pudo percibir la silueta de una gran arma militar dirigida a su cabeza.

—Arroje su arma,— le ordenó el soldado a Johner, —o le volaré la cabeza.-

Todos se quedaron de piedra. Christie pudo ver que Johner gruñía, mucho más feo que de costumbre. Los chamuscados restos del termo humeaban. Debían estar quemando las manos de Johner.

No puedo soltar mis armas, muchacho, pensó Christie levantando lentamente las manos al aire. Abrió las palmas, asegurándose que todos pudieran ver el aparato que sostenía firmemente las pistolas a sus manos. Nunca se le había ocurrido algún método para quitarse las armas fácilmente en una situación como esta. Quizá porque nunca había pensado en una situación como ésta.

El hecho de que sus poderosas armas estuvieran conectadas tan cerca de las manos de Christie, era algo que el soldado junto a él no podía haber anticipado. Christie espió y vio que una gota de sudor corría por la frente del hombre. Estaba temblando de nerviosismo. Tendría que andarse con cuidado ahora. Todos tendrían que andarse con cuidado. Un movimiento en falso podría provocar

que los mataran a todos.

Fríamente, Christie levantó la vista al techo, revisándolo. Subrepticiamente, dirigió lentamente uno de los cañones de sus revólveres a la esquina reforzada del techo. Movía el arma muy sutilmente, apuntando... apuntando...

Disparó, escuchando el choque que hizo la bala al proyectarse y rebotar, golpeando justo en el casco del soldado en menos de un segundo. El soldado cayó como un árbol, el perfecto agujero en su casco, humeaba.

Eso dejaba un soldado y un doctor. Wren y Distephano. Christie sonrió, bajó las armas, y les apuntó con ellas.

En el puerto de observación de Aliens, las alarmas sonaron y las luces de advertencia destellaron cuando iniciaron los disparos. Gediman y su asistente, Carlyn Williamson, se aproximaron a verificar las pantallas de video. En uno de los monitores, se mostraba el comedor. Mientras miraban asombrados, la voz perfectamente modulada de *Padre*, advertía, —Emergencia. Emergencia. Se ha localizado un ataque armado al personal del *Auriga* en el área del comedor.-

La computadora repetía el mensaje una y otra vez, mientras ellos veían que la tripulación del *Betty* derribaba a media docena de soldados entrenados y armados, en pocos segundos.

Todo había terminado antes que Gediman pudiera explicárselo. Estupefacto, observó al enorme hombre negro apuntar su arma sobre la sien del Dr. Wren.

Carlyn musitó el nombre de Wren, tirando de la manga de Gediman en respuesta. Pero ambos sabían que no había nada, absolutamente nada, que pudieran hacer. Solo podían observar, horrorizados, cómo se desarrollaba la escena.

* * * * * *

¿Ahora qué carajo hacemos? Se preguntó Elgyn, cuando todo volvió a la normalidad. Christie acercó al doctor hacia él, apuntándole con su pistola para asegurar su total cooperación. *¿Cómo coño saldremos de esta de una sola pieza? ¿Tomándolo como rehén? El sitio estará atestado de soldaditos en cualquier momento.*

Johner finalmente reaccionó un poco, desarmando al único soldado sobreviviente. Elgyn se percató que Johner le hablaba al soldado por su nombre, para atraer su atención.

—Muy bien Distephano, con calma...— Johner le quitó el arma.

Tan pronto estuvo desarmado el único soldado superviviente, Call comenzó a moverse. —Voy a terminar con esto,— balbuceó.

— *¿Terminar con qué?-* Se preguntaba Elgyn, aún sin la menor idea de por qué había ocurrido aquello. *Call, sin embargo, lo sabía*. Elgyn alargó un brazo, aferrando un mechón de sus oscuros cabellos y tirando de él. Su pequeño cuerpo se tambaleó completamente.

—¡No vas a ningún lado Call!— le dijo colérico.

El guerrero observó las emociones cambiantes de los dos humanos que estaban de pie, dándole la espalda a él y a sus hermanos. Otro guerrero se paró a su lado, mientras al fondo de la jaula, se hallaba sentado el tercero —el más pequeño de los tres. El segundo guerrero se paseaba nerviosamente, pero el primero se mantuvo firme, observando, esperando. Atisbó el botón rojo, ahora olvidado por los humanos.

Los humanos estaban molestos, preocupados, nerviosos. Sus colores destellaban, por lo que fuera que estuviera causando su preocupación, todavía en progreso. Había sonidos extraños allá afuera, voces, sonidos fuertes sin sentido, luces parpadeantes. Era interesante. Pero no iba a distraer al guerrero de su primordial objetivo.

Debía haber una manera de revertir el inesperado problema de los humanos en su favor.

Un recuerdo llegó a él. De la Madre.

No sé qué especie es peor... A ellos no se les ve jodiéndose unos a otros...

No era su propio recuerdo, y no estaba seguro de lo que significaría todo aquello. Pero había significado ahí, algo que aprender. Él consideró...

El primer guerrero se volvió hacia su hermano más próximo, transmitiéndole información. El segundo guerrero absorbió la información. Dejó de pasearse. Juntos, los dos se volvieron a mirar al tercero. El más pequeño comprendió su objetivo, sus razones, el total concepto nuevo. Incluso concordó con él. De cualquier modo, se encontraba agobiado por su propia individualidad, y se arrellanó contra el fondo de la jaula nerviosamente.

Los dos guerreros más grandes se volvieron de nuevo hacia los humanos, observándoles, atisbando el botón infalible. Los humanos se habían olvidado completamente de él en su pánico. Los sonidos, las voces, las imágenes en su máquina, estaban todos funcionando para distraerles de los guerreros. Ellos eran una especie demasiado excitable, no obstante adaptables. Era una de las cosas que los hacía tan buenos huéspedes.

Tendrían que actuar deprisa.

Los dos guerreros se volvieron hacia el tercero, quien, a pesar de comprender su necesidad, se perdió momentáneamente en su propia individualidad. Temeroso, desveló sus dientes a sus hermanos.

Eso no importaba.

Los dos atacaron como uno. El guerrero más pequeño gritó y chilló, cuando los dos más grandes lo apresaron, usando toda su fuerza, sus magníficas colas agitándose violentamente, para mantener el equilibrio, estrellándose en los muros, en el claro puerto del pequeño lugar. El agonizante, chilló más fuerte, luchaba con ellos mientras un guerrero proyectaba sus dientes contra su cráneo, mientras poderosas manos despedazaban sus extremidades, su cola, su cabeza.

La sangre del guerrero herido brotó de su cráneo cuando los dientes del segundo guerrero perforaron el grueso exoesqueleto. El primer guerrero dislocó uno de los brazos de su hermano y la sangre brotó a chorros por todas partes, salpicando el claro puerto, los muros, el suelo.

El primer guerrero podía oler que el macizo material de la jaula comenzaba a derretirse, escuchando la crepitante, burbujeante destrucción.

El moribundo volvió a chillar, ofreciendo su vida por su Reina, su colmena, si bien, renuentemente. Finalmente, hubo un último grito de triunfo, seguido del estremecimiento de la muerte.

Los dos guerreros supervivientes desgarraron su pecho, arrancaron los tubos dorsales de su espalda, desmembraron sus piernas. Estaban empapados con la sangre de su hermano, pero eran inmunes a su efecto. El suelo de la jaula, en cualquier caso, burbujeó, bulló, se derritió y suavizó. Ellos continuaron despedazando al tercer guerrero, reduciéndolo a pulpa.

El primer guerrero sintió a la Reina aceptar el sacrificio de su hijo con aflicción y orgullo.

Por sobre los sonidos de las alarmas, por sobre las brillantes luces de alerta, la voz calmada de *Padre* cambió su mensaje de alerta de emergencia, a uno nuevo. Tomó tres repeticiones para que el mensaje llegara hasta Gediman o su asistente.

—Hay un severo daño estructural en la jaula número cero, cero, uno. Hay un severo daño estructural en jaula número cero, cero, uno. El daño es suficiente para violar la seguridad de la jaula número cero, cero, uno. Hay un severo daño estructural en la jaula número —

¿Daño en la jaula...? Gediman se olvidó por completo de los disturbios en el comedor, y se volvió al puerto de observación.

Súbitamente escuchó los horribles gritos que venían de su interior, sólo se podía ver el frenético movimiento entre las sombras. Una enorme cola se estrelló contra la ventana, haciéndola temblar. Después, hubo una repentina salpicadura de líquido en el cristal...

... Y después, el ventanal de la jaula comenzó a derretirse.

¡Dos de esas cosas están haciendo pedazos a la tercera! ¿Qué demonios ...?

—¡Dr. Gediman!— Gritó Carlyn, señalando hacia el puerto. —¡Doctor!-

Sin responder, corrió hacia el puerto. Había un frenesí de acción dentro de la jaula, luego, todo pareció terminar. Podía ver los trozos destrozados de algo que alguna vez estuvo vivo. Había una masa combada en el suelo. Los dos Aliens restantes súbitamente se volvieron a mirarlo. ¡Parecía que estaban *sonriendo*!

La revoltura en el suelo comenzó a hundirse en un amasijo de restos.

Los ojos de Gediman no podían abrirse más. Horrorizado, alcanzó el botón infalible, lo presionó, lo sostuvo así. Al mirar al puerto, podía ver el nitrógeno esparciéndose por la jaula, pero no había gritos de los guerreros. De hecho no había gritos en absoluto. Y el nitrógeno ya llenaba la jaula, obstruyendo su visión. Soltó el botón, esperó a que se disipara la niebla, para poder ver...

—¡Oh Dios, Doctor!— Gritó Carlyn señalando.

Al aclararse el gas, lo único que pudo ver Gediman fue una larga cola desapareciendo en un agujero sin fin.

CUARTA PARTE

Despertó súbitamente de la pesadilla.

Despierta. Guarda silencio. Estamos en problemas.

No, aquello era sólo un recuerdo.

Se quedó quieta, escuchando, observando en la oscuridad. Percibiendo. No, no era solo un recuerdo, no era solo una pesadilla. Algo estaba ocurriendo. Algo real.

Gediman observó abrirse las puertas de la jaula. Era imposible. No podía haber pasado. *Han escapado. ¡Escapado!* Su único pensamiento coherente fue, *Wren va a matarme. Mi beca, mis estudios, todo perdido.*

Bordeó en el interior del territorio prohibido, la jaula, intentando aún aceptar la realidad del vacío que tenía enfrente. Caminó cuidadosamente, pisando con precaución a los costados de las salpicaduras que continuaban derritiendo, suavizando el suelo. La sensación del material quemado lo sorprendía.

En el centro de la habitación, el suelo entero había desaparecido, disuelto, convertido en argamasa. Aquello no era posible. ¿Dónde podrían haber ido? ¿Qué podrían hacer?. Se inclinó sobre el agujero, cuidadoso de no pisar nada de la derretida masa. Estaba muy oscuro. No podía ver *nada*. Quizá estuvieran ahí abajo, atrapados en la rejilla inferior, y los podrían contener... si tan solo pudiera ver.

Se arrodilló, mirando fijamente en la penumbra.

Detrás de él, Carlyn jadeaba, —Oh Dios, Doctor Gediman, *¡tenga cuidado*!-

Era peor de lo que había pensado. Podía ver alguna luz ahora. La sangre ya había devorado *dos* niveles.

—Cristo, Carlyn,— dijo él, —podrían estar en cualquier parte.-

Repentinamente, algo oscuro y arácnido apareció bajo el borde del suelo derretido. Gediman, que ya observaba más allá del segundo nivel, no lo notó por medio segundo. Medio segundo demasiado tarde.

En un instante, su cerebro registró, *seis dedos, uñas largas, una mano inhumana*-

Echó la cabeza hacia atrás, pero no lo suficientemente rápido. La inmensa mano envolvió su cara, la aferro, la sostuvo fuertemente. Él gritó, pero el sonido era sofocado por la palma de piel de silicona del Alien. Su terror creció hasta el límite, sobrepasándole, abrazándole, volviéndose un todo. No le preocupaba si lo podían oír. Tenía que gritar. Y lo hizo, una vez. Y otra. Y otra.

Con una fuerza que él jamás hubiese imaginado, el enorme guerrero Alien lo arrastró hacia la oscuridad de la rejilla inferior con un movimiento casi agraciado. El Alien lo abrazó ahí en el suelo, sus brazos rodeaban a Gediman como un amante, manteniéndole apretado, sosteniéndole firmemente, para que no cayera. Después, de modo gentil, el guerrero quitó su mano de su boca y los gritos de Gediman se intensificaron en alaridos de total y puro terror.

La criatura parecía sonreír ahí en la oscuridad, pero como al gato Cheshire, lo único que Gediman podía ver eran esos terribles dientes plateados, riendo. Sonriéndole. Gediman gritó aún más.

Carlyn observó atónita cómo el Dr. Gediman desaparecía súbita e inexplicablemente, bajo el agujero del suelo. No, no inexplicablemente. Ella sabía exactamente lo que había ocurrido. Dios Bendito, lo *sabía*.

Con los ojos como platos, la boca muy abierta y la barbilla temblando de miedo, Carlyn se aproximó a la puerta de la jaula, y estrelló la mano en los controles que cerraban la puerta.

Estaban ahí afuera. ¡Afuera!

Padre continuaba balbuceando sobre el daño estructural y la violación de seguridad. Los terroristas habían tomado el comedor, y ahora ...

Corrió, en pánico, para encontrar a alguien, para buscar ayuda. Pero aquí, en los linderos de Plutón, sabía que no encontraría ayuda. Todos se encontraban encerrados en una terrible lámpara, con el genio más iracundo de todos.

Call nunca había conocido semejante frustración. Observó a Elgyn. Tenía que convencerlo, tenía que hacerlo. Ella podía ver que Elgyn agitaba la mano, creyéndole a medias, casi a punto de perder el control y azotarla.

—Están haciendo experimentos ilegales,— casi le gritó al capitán del *Betty*. —Están criando--

Johner, todavía medio borracho, la hizo callar. —¡Es una maldita traidora! ¡Cárgate a la perra!

Ella gritó más fuerte, señalando a Wren. —¡Escuchadme! Él está criando una especie Alien aquí. Muy peligrosa. ¡Si esas cosas se liberan, eso hará que la plaga de gusanos de Lacerta parezca un jodido carnaval!-

Elgyn evidentemente consideraba lo que Call estaba diciendo, sus ojos se desviaban de Call a Wren.

De pronto, Christie musitó, —¡Escuchad!— El amortiguado sonido les hizo a todos prestar atención, incluso a Wren y a Distephano.

Era distante, pero podían oírlo. Gritos. Gritos terribles. Todos se quedaron paralizados al percatarse. Muchas voces. Disparos. La secuela de que algo terrible estaba ocurriendo...

Wren se volvió lentamente en dirección al ruido.

Repentinamente, la voz masculina de la computadora prorrumpió: —Emergencia. Las jaulas número cero, cero uno al cero, cero, cero muestran severos daños estructurales que han destruido su integridad estructural. Los especimenes alojados en estas jaulas, ya no están contenidos. Todo el personal debe evacuar el *Auriga* inmediatamente. Repito. Todo el personal debe evacuar inmediatamente.-

Wren gritó, —¡NO!-

En su habitación Martin Pérez despertó sobresaltado, las llamadas de la alarma anunciaban algo inesperado. Por sobre la alarma, la calmada voz de Padre, continuaba indicando los procedimientos de emergencia, ordenando una evacuación inmediata.

¿Evacuación? Pensó Pérez todavía atontado. *Eso es imposible. La única razón posible para evacuar el Auriga sería si-*

Con un rugido de frustración, Pérez cogió su gorra militar, encasquetándosela en la cabeza y levantándose para alcanzar su uniforme. Si la maldita clon era responsable de esto, él personalmente terminaría de destruir, hasta su última y jodida célula.

El equipo de investigaciones recelaba para ayudar, en el momento de oír el anuncio de Padre. Ninguno de ellos podía creer que los Aliens hubieran escapado. Eso no era posible, ¿o sí? ¿cómo?

El Dr. Brian Clauss era quien más cerca estaba del área de las jaulas cuando comenzó el griterío y los disparos. Corrió hacia el área sin pensar, bajo el influjo de la adrenalina pura. En su carrera, se despojó de su bata de laboratorio. Bajo esta, usaba las mismas ropas que llevaban los soldados.

Al entrar en el complejo, se desplazó cuidadosamente sobre la pista que llevaba al puerto de observación hasta las jaulas. Se detuvo, mirando sorprendido a los cinco soldados muertos que yacían ante él. ¿Estarían realmente muertos? Cuidadosamente se agachó, permaneciendo alerta, consciente de todo a su alrededor. Estaba más cerca de una joven mujer sargento y se puso en cuclillas para tocar su cuello. Bajo la cálida piel, pudo sentir la sangre pulsando, el pulso era fuerte, seguro. ¿Estarían paralizados? No importaba. Ella no podía ayudarlo, no podía decirle lo que había ocurrido.

Brian se puso de pie, avanzó cuidadosamente, observando todo. En un impulso, se agachó, tomó la pistola de la sargento, verificó la carga. Más vale prevenir...

Las ordenes de Wren prohibían matar — él hubiera intentado llegar hasta las criaturas, paralizarlas y recapturarlas. Había trabajado durante suficiente tiempo con el científico en jefe como para saber eso. Pero, al moverse por entre los soldados derribados y las jaulas vacías, Clauss halló más seguridad en el arma que sostenía en la mano.

¡A la mierda con Wren! Decidió Brian. El objetivo de la investigación era aprender de los errores pasados. Revisó a cada soldado derribado, y pensó, *uh-uh, yo no. No voy a terminar como ellos. Si uno de esos bastardos me coge por sorpresa, y ya veremos quién termina en el suelo.* Quitó el seguro del arma y se encontró listo para la acción, muy agradecido, de pronto, por el entrenamiento en armas que recibió para alistarse en esta misión.

Veamos qué tanto les gusta a esos feos cabrones comerse una de estas balas que tengo para ellos. Siguió avanzando por entre la hilera de jaulas destruidas, cuidadosamente, en silencio, evitando respetuosamente, pisar a alguno de los soldados caídos.

Todas las jaulas estaban destruidas, cada una completamente destruida, ¡incluso las que aún estaban vacías! Y con una violencia que era difícil imaginar. Como si esos animales detestaran el concepto mismo de su cautiverio. Pero aquello era ridículo. Eran solamente *animales*... ¿o no?

Se hallaba de pie ante la primera jaula. Aquí seguramente había comenzado todo. Escudriñó el interior y vio un enorme y derretido agujero en el suelo. ¿Cómo había ocurrido eso? La luz era escasa, pero creyó ver movimiento en el cavernoso agujero. ¿Estaría uno de ellos aún escondido

ahí?

Claus apuntó su arma, pero no podía ver muy bien. Escuchó. Nada. Cuidadosa, muy cuidadosamente, dio un paso a través del destrozado puerto al interior de la propia jaula. Su cuerpo entero estaba rígido, tenso, listo para disparar. Se deslizó entonces al interior, pero se mantuvo cerca del frente, cerca del puerto, observando el agujero.

Ahí. ¿Qué era eso? ¿Algo moviéndose? ¿Algo como una cola?

Miró más atentamente, tomando puntería. Ya no se sentía como un investigador. Se sentía como un soldado. Le encantaría matar a uno de aquellos bastardos, por lo que les habían hecho a los soldados allá afuera, por lo que Carlyn dijo que habían hecho al Dr. Gediman.

El guerrero escondido en el área de observación, esperó hasta que el humano se hallara completamente dentro de la antigua jaula del guerrero, esperó hasta que la presa se apostó tensa, observando a uno de sus hermanos que le atraía moviendo la punta de su cola. Eran tan ingenuos, estos humanos. Observó al científico levantar su arma hasta su cara.

El guerrero aguardó...

El guerrero proyectó luego su lengua, estampándola sobre el detestable botón rojo, manteniéndolo presionado.

Los jets de gas de nitrógeno rociaron al humano, impregnando sus ropas, salpicando su cara, estremeciéndolo, quemándolo con un frío terrible. El humano giraba bajo la ducha de nitrógeno, tocándose su helada y ardiente cara, lo que provocaba que sus manos se quedaran ahí, pegadas a la carne congelada. La presa gritó hasta que se congelaron sus pulmones y dejó de revolver el aire. Se estrellaba contra la jaula, en agonía, el brazo que sostenía su arma golpeó la pared, rompiéndose por el codo, como una estalactita. Giró nuevamente, chocando con su otro costado en la pared, arrancando el antebrazo, pero con la mano aún pegada a su cara. Luego, finalmente, se colapsó, sus piernas y espina crujieron por la fuerza de su caída, su piel chamuscada, su cuerpo tan quebradizo, que se rompió en pedazos.

El guerrero observó todo, era capaz de ver incluso a través de la nube de gas de nitrógeno. Soltó el botón cuando el humano yació quieto, inmóvil, roto y esparcido por toda la jaula. El humano todavía sería útil como alimento. Regresaría a por él más tarde —cuando el cuerpo no estuviese tan congelado.

El ruido llegó finalmente hasta la celda de Ripley. En la oscuridad, sus ojos se abrieron. Se puso tensa, como siempre hacía al caminar, y escuchó con todos sus sentidos.

Lentamente, emergió de entre la sombra, y se movió hacia el centro de la habitación. Podía oírlos, los humanos, gritando, disparando armas. Podía oír el caos. Tan familiar.

Y podía oír a los guerreros, liberándose, clamando su victoria sobre la presa que había intentado mantenerlos cautivos, los humanos que ahora se volverían los rehenes. A la distancia, pudo escuchar también a la Reina, sentir su júbilo, su amor por los suyos, su aprobación a su coraje.

Escuchaba a los humanos y a los Aliens con todos sus sentidos. Ya había escuchado todo eso antes...

Ellen Ripley no pudo evitarlo. Sentada e inclinada en el suelo de su celda, comenzó a reír. Era una risa sin alegría, rayando en la histeria.

Repentinamente, algo enorme se estrelló contra la puerta, al otro lado de su celda. Ella brincó, sin mayor sobresalto. Aquello golpeó de nuevo, y otra vez, y otra vez. La puerta se abollaba lentamente. Golpeó de nuevo, fuerte, poderoso.

Sus terribles hijos Venían a por ella

8

Llegaría el momento en que Pérez exigiría a un abogado por lo que había ocurrido a bordo de su nave, exactamente quién era el jodido responsable, pero era un comandante lo suficientemente bueno, como para saber que *ahora* no era el momento. Si *Padre* determinaba que el peligro al personal era suficiente como para abandonar la nave, entonces eso era lo que harían. No todo se perdería. Podrían controlar al *Auriga* desde las cápsulas de escape en el espacio, y hacer aterrizar la estación espacial en algún lugar, mientras las criaturas estaban atrapadas en ella. Atrapadas sin una presa. Entonces, tendrían tiempo de encontrar la forma de forzarlas a entrar en nuevas unidades de confinamiento.

Pero estos planes deberían esperar. En estos momentos él estaba obligado a poner a resguardo a sus tropas.

Sus soldados, bien entrenados y confiables, estaban respondiendo a la perfección, como se les había enseñado. La cápsula más cercana se hallaba ya encendida y llena de soldados. Pérez los dirigió eficientemente, rápidamente, sin pérdida de tiempo, sin esfuerzo alguno. Uno por uno, los soldados se deslizaban por un tubo al interior de la cápsula donde se debían poner el equipo de seguridad. *Padre* seguía el progreso del personal, contando a cada soldado cuando él o ella estaba sentado en su sitio y con el equipo puesto. Faltaba uno...

Olsen se apresuró, tarde como siempre. Si no fuera porque es un técnico tan competente-

—¡Mueve el culo, muchacho, entra en la cápsula!— ladró Pérez al soldado.

Olsen llegó corriendo hasta el tubo, justo cuando la escotilla de la cápsula comenzaba a cerrarse.

El movimiento que percibió Pérez, hizo que levantara la vista.

Súbitamente, una sombra negra, arácnida, *enorme*, se escurrió hasta el puerto de aterrizaje con increíble rapidez, luego hacia el tubo, deslizándose finalmente por éste al interior de la cápsula.

—¡Señor!— El soldado detrás de él, que operaba los controles de la plataforma de aterrizaje, gritó, señalando.

¡Dios Santo! El general quedó paralizado en la plataforma, observando horrorizado al enorme Alien entrar en la cápsula. —¡Abra la escotilla! ¡Déjelos salir!-

El soldado obedeció, estampando su mano en los controles.

Al abrirse la escotilla, pudieron oír gritos, chillidos, humanos e inhumanos, procedentes del interior de la cápsula.

Esos hombres están ahí atrapados. ¡Sin Armas!

Pérez pudo ver sangre —sangre humana— salpicar los limpios puertos del vehículo de escape. Los gritos se intensificaron.

Pérez se volvió, sacó una granada del cinturón del soldado apostado a sus espaldas, quien observaba con mudo horror, y quitó el seguro.

Justo entonces, Olson intentaba salir por la escotilla como impulsado por un resorte, su cara era una mueca de auténtico terror. Tomó los tubos de la escalerilla de salida/entrada, intentando subir, intentando salir. Unas inmensas y oscuras manos lo tomaron de las piernas, jalándolo al interior, de vuelta al infierno.

—¡Cierra la escotilla!— ordenó Pérez.

—¡Pero, señor...!— protestó el soldado.

—¡Ciérrala ahora!— ordenó el general.

El soldado dudó por un solo segundo, luego obedeció. Cuando la compuerta de la cápsula se cerraba, el general deslizó la granada por el suelo.

—Selle la escotilla— dijo Pérez.

Esta vez no hubo protesta. La granada apenas logró pasar a través de la compuerta, que se cerraba con rapidez. Justo antes de que las compuertas se cerraran, Pérez vio la granada caer dentro de la cápsula. Cuando la compuerta estuvo cerrada, hubo un silencio absoluto —pero Pérez aún podía oír los gritos de los hombres de la cápsula. En su mente, los oiría gritar por siempre.

Empujando a un costado al soldado, tomó los controles del mecanismo y lanzó la cápsula. Pudo sentir la vibración de la nave al ser expulsada del puerto hacia el espacio. Se volvió hacia la pantalla más cercana, observando su descenso.

Después, se encontró fuera del puerto, fuera del Auriga. Sus claros cristales estaban totalmente teñidos de rojo, pero todavía se podían ver siluetas moviéndose en su interior, tras la cortina de sangre.

Con una mueca, Pérez activó el control remoto de la granada que sostenía en la mano. Él y el soldado a su lado observaron la explosión del vehículo, en el silencio del espacio.

Cerró los ojos para dar un momento de tributo a sus soldados caídos, luego, solemnemente, ofreció un saludo a los restos de la nave —que rápidamente se dispersaban— y que representaban a toda una tropa. Se volvió hacia el soldado que estaba a su lado.

Su joven rostro estaba atónito y pasmado. La fuerza de la voz del general lo hizo enfocar la vista en su superior. —Reúna la siguiente tropa en la cápsula número dos y adviértales. ¡Permanezca atento! ¡Andando!-

El soldado se enderezó, y saludó. —¡Sí, señor!— Obedeció inmediatamente, alejándose a trote, dejando solo a Pérez para considerar el vacío donde había habido un salvavidas lleno de soldados.

Solo con sus pensamientos, y con abrumadores remordimientos, Pérez tocó ligeramente la pantalla con la punta de los dedos.

Repentinamente, un escalofrío recorrió su espina y se engarrotó. Lo sintió al momento de aparecer, de algún modo *sabiendo* el momento exacto en que dejó de estar solo. Una parte de él

quería repeler la sensación como algo imaginario, pero la parte de él que durante todos estos años lo había mantenido vivo y acaudalado, decía lo contrario. Continuó observando la pantalla, inmóvil, y finalmente, opacamente, una horrible silueta se reflejó en su superficie, justo detrás de él.

Uno de *ellos*. Se alzaba, más y más; más alto que el más alto de los hombres, tan raudo como un misil, tan silencioso como la misma Muerte.

Pérez se quedó como una roca, rehusándose a mostrar temor, rehusándose a admitir la derrota. También se lo debía al recuerdo de su tropa muerta. Miró el detestable reflejo mientras el guerrero Alien retraía sus delgados labios en una mueca escalofriante, exponiendo el primer conjunto de dientes plateados. Una espesa saliva goteaba de su boca y levantó sus arácnidas garras para atacar.

La mano de Pérez se movió cautelosamente a su costado. Si tan solo pudiera ser lo suficientemente rápido — aferró la culata de su revólver firmemente y— observó la lengua rígida, dentada, al ser proyectada de la boca del monstruo y se percató, más que sentirlo, que la estrelló en su nuca. El golpe fue tan limpio, tan repentino, tan preciso, que no tuvo oportunidad de sentir dolor, sintió el mortal efecto. No tuvo siquiera tiempo de reaccionar.

La mano que sostenía la culata de su pistola se relajó, inútil, y ya no había sensación en ese lado. Abrumado por la catarata de sucesos tan repentinos, que no los podía comprender, Pérez tocó su nuca con la otra mano, la que todavía podía usar. La trajo hacia delante y abrió una palma llena de sangre y tejido, que vagamente reconoció como su propia materia cerebral.

Luego, su cuerpo reaccionó firmemente, apagando todo al unísono como una máquina, cuya fuente de poder ha sido abruptamente exterminada.

Pérez se desplomó en el suelo y su asesino lo siguió en su caída, agachándose sobre la presa para sus propios propósitos. No quedaba nadie en el lugar para saludar al general, o incluso para reconocer que acababa de hacer el sacrificio supremo por su país, y por el mortal proyecto en el que había creído tan firmemente.

—La cápsula salvavidas número uno ha sido destruida.— dijo *Padre*. Su voz sonaba incoherentemente tranquila. —La cápsula salvavidas número dos ha sido desactivada por fuerzas desconocidas. La emergencia es absoluta. Todo el personal debe evacuar inmediatamente.

—¡No!— gritó Wren muy contrariado. Pudieron oír y sentir la destrucción de la primer cápsula salvavidas incluso ahí, en el comedor. Pudieron escuchar las detonaciones de las armas, cosas explotando, gente —y otras criaturas — gritando.

¡Y esto sigue empeorando! ¿Cómo es posible?

Cuanto más anunciaba *Padr*e sobre la pesadilla que estaba ocurriendo, más iracundo se ponía Wren.

Se giró hacia Call, la mujer que lo había iniciado todo. —¿Qué es lo que ha hecho?-

—¿Yo?— le respondió.

—Muy bien,— dijo Elgyn sorprendentemente calmado —ya tuve suficiente. Es hora de salir de aquí. Vayamos hacia el Betty.-

La otra mujer, Hillard, lo miró preocupada. —¡El Betty está justo al otro lado de la estación! Sabrá Dios lo que hay en el medio.-

Distephano, el soldado, se adelantó para dirigirse a Wren. Él también estaba sorprendentemente tranquilo. —Señor, debemos irnos.-

¿Irnos? Pensó Wren, incrédulo. ¡Todo mi trabajo está aquí! ¡No voy a ir a ninguna parte!

Pero antes que pudiera decir algo, Distephano se dirigió a Elgyn. —Dejádle ir. Sin altercados.-

¿Qué rayos está urdiendo este soldado con los terroristas? ¡Le repotaré!

Elgyn negó firmemente con la cabeza. —Le soltaremos cuando nos hayamos ido. No antes.-

El enorme hombre negro empujó a Wren, casi haciéndole caer. Se percató que los tripulantes del Betty todavía tenían apuntadas sus armas contra él y el soldado. *¡Esto es ridículo! ¡Ultrajante! Él debía ir al laboratorio...*

Elgyn se inclinó sobre el cuerpo de uno de los soldados muertos y tomó su arma.

Hillard dijo preocupada, —¿Qué hay de Vriess?-

El horrible hombre llamado Johner gruñó, —¡Al carajo con Vriess!-

Luego, súbitamente, Wren comprendió lo que le ocurría. Comprendió que estas gentes nunca se preocuparían por él, o por su trabajo, o lo que este representaba. ¿Cómo podían, si no eran siquiera capaces de preocuparse por uno de los suyos? Y comprendió que su vida estaba en sus manos.

Miró a Distephano, percatándose de que el soldado era el único aliado potencial, y decidió cooperar hasta que pudiera retomar el control de la situación. Quizá, en el momento adecuado —

Los otros lo empujaron fuera del comedor hacia el corredor, para iniciar su avance.

John Vriess acababa de terminar de empacar todas las partes que quiso, en los diversos compartimentos y ranuras que eran parte de su silla, y que servían en los tiempos de austeridad.

Escuchó sonidos extraños, como detonaciones amortiguadas. Luego hubo gritos. Después la computadora ordenó una evacuación, mientras Vriess intentaba dilucidar qué coño estaba pasando. En silencio, cautelosamente, comenzó a desplazarse hacia el Betty. No creía que Elgyn pudiera irse sin él, pero sabía que a Johner no le apetecería esperar. Incluso si tenía todas aquellas partes y refacciones.

Rodó firmemente por el corredor, extrañamente vacío, manteniendo los ojos muy abiertos. ¿Qué coño habría podido pasar dentro de este gigantesco complejo espacial, que causara un daño suficiente para que la computadora ordenara la evacuación? ¿Cuál era el meollo del asunto?

Estaba a medio camino hacia el final del corredor cuando escuchó algo. Algo por encima de él. Vriess alzó la vista hacia el techo de rejilla. Por entre las rendijas, pudo ver algo moviéndose allá arriba. Las rendijas se estremecían, por el peso. Y pudo oír algo arrastrándose. *¿Ratas? ¿A bordo de una lancha como esta, una nave militar?* Imposible. Desde luego, tuvo que palmear para ahuyentar a un mosquito que encontró en el almacén, lo que lo sorprendió un poco, pero...

Lo escuchó de nuevo. Lo que quiera que fuese, se movía. Se movía hacia él. Vriess tuvo la sensación, de que fuera lo que fuese, era grande. Se movía, acercándose, avanzando rápidamente. Justo arriba ...

Vriess se inclinó sobre un costado de su silla, moviéndose lenta pero cuidadosamente, sin mayor esfuerzo. Bajo los apoya-brazos de la silla extrajo algo que parecía ser un tubo decorativo, pero que en realidad era parte de un arma. Se inclinó sobre el otro lado de la silla y encontró su

complemento. Detrás de él estaba el mecanismo del gatillo. Todo ello estaba astutamente camuflado en el propio diseño de la silla. En tres movimientos, tuvo el arma ensamblada y lista. Todavía muy despacio, con movimientos lentos, apuntó el arma al techo...

Y disparó.

El disparo sonó enorme en el espacio cerrado.

Algo en el techo gritó, un sonido increíblemente agudo e inhumano. Vriess lo podía escuchar alejándose con ondeante movimiento, permitiéndole saber que apenas lo había adelantado. Lo que quiera que fuese. Los ojos de Vriess intentaron seguir la pista del avance de la criatura apresurándose sobre el techo.

Su atención estaba fija, no vio la gota de sangre alienígena suspendida del techo justo por sobre su pierna. La gota cayó casi en el mismo lugar donde Johner le había clavado el cuchillo apenas ayer. Luego, una segunda gota. Y una tercera.

No se percató de ella, hasta que olió su humeante piel y ropas, y bajó la vista para ver que parte de su pierna se derretía. Confundido, horrorizado, Vriess le dio una palmada. Algo de la sustancia que devoraba su pierna se embadurnó en sus dedos y comenzaban a arder como el infierno. Agitó su mano, entonces, casi la puso en su boca antes de darse cuenta de lo que ocurriría. Durante todo ese tiempo, luchó contra el dolor. Se forzó a sí mismo a permanecer callado. No quería que el sonido de sus lamentos atrajera a lo que fuera que había sobre el techo.

Repentinamente, una espesa gota de ácido quemó su oído, y el dolor era tan inmenso que se tuvo que morder los labios para no gritar.

Entonces volvió; lo podía oír — ¿o sería uno diferente? Éste era más agresivo, no sólo revolviéndose por el techo, sino intentando atravesarlo. Súbitamente, pudo romper un borde del entarimado y asomó su cabeza.

Y era *todo* cabeza, una enorme, alargada, escalofriante cabeza sin ojos, sin orejas, sin pelo, sólo cráneo y —

¡DIENTES!

¡Gigantescos colmillos acerados, millones de ellos en una boca inmensa, siseando justo sobre él! Luego su boca se abrió del todo, y algo salió de ella y — y —

¡TENÍA MAS DIENTES!

Vriess perdió finalmente y gritó, histérico.

Su dedo apretó el gatillo. Disparó, y disparó, y disparó.

La cosa con dientes gritó también y explotó en un millón de fragmentos, todos lloviendo sobre el enloquecido Vriess.

La puerta de su celda se abollaba a medida que las criaturas golpeaban y golpeaban. No resistiría mucho más.

Ripley miró alrededor, intentando encontrar algo, cualquier cosa, que pudiera servirle. Miró hacia arriba, percatándose de que no había visto al guardia desde hacía bastante tiempo. Vagamente, pudo escuchar la voz de la computadora, urgiendo la evacuación. Parecía buena idea, pero ¿cómo?

Recordó algo —

¡Intenta romper el cristal! ¡Deprisa!

No había cristal que romper.

¡Cortaron la corriente! ¿Cómo pudieron cortar la corriente? ¡Son animales!

Sus ojos sondearon la celda, hallando los cables protegidos en un compartimento metálico, que estaban sellados dentro del muro.

¡Corta la corriente!

Golpeó la tapa metálica con el puño tan fuerte como pudo, abollándola del mismo modo en que los Aliens abollaban su puerta, intentando llegar a ella. Golpeó otra vez, y otra, y otra. La cubierta se hundió, se abolló y comenzó a torcerse.

Golpeó más y más fuerte, echando múltiples vistazos a la puerta.

Finalmente, pudo meter las puntas de los dedos en una pequeña hendidura en el metal. Tiró de ella, retorciendo, jalando, hasta que el metal cedió y descubrió los circuitos eléctricos en su interior.

Ya casi estaban dentro-

Metiendo la mano por entre los agudos bordes metálicos, se cortó profundamente. Sosteniendo su mano herida, la apretó, forzando la salida de la sangre, vertiéndola sobre los cables y circuitos. Casi instantáneamente, se comenzaron a derretir. Hubo un repentino chisporroteo, y retrocedió. La celda se sumió en la oscuridad al apagarse las luces, pero Ripley podía ver muy bien.

Luego, hubo un siseo y una puerta de salida de emergencia se abrió en uno de los muros. Con un vistazo final a la dañada puerta, Ripley salió de la celda.

Christie iba al frente, y Elgyn cubría la retaguardia. *Como en los viejos tiempos*, pensó el capitán del Betty, pero los recuerdos no eran muy agradables. Formaban una fila, con el soldado y el doctor avanzando en el medio, y llevaban muy buen tiempo, desplazándose por los vacíos corredores del Auriga. La desolación del inmenso complejo estremeció a Elgyn. ¿Dónde coño estaban todos los soldados, los oficiales, los investigadores? Este lugar era una maldita colmena, entonces, ¿dónde estaban las abejas?

La voz de computadora que urgía la evacuación, era una constante distracción, y si supiera dónde estaban, Elgyn dispararía contra todos los malditos altoparlantes. Y eso lo hizo pensar, nuevamente, en que habían cometido un error al no llevarse las armas de los soldados muertos. Uno nunca estaba demasiado bien armado, y nunca tenía suficientes balas ¿cierto?

Los tripulantes del frente iban trotando, pasaron otro corredor adjunto semi oscurecido. Al llegar ahí, Frank divisó algo que llamó su atención. Miró de nuevo.

Un arma militar, un bebé de alto calibre, abandonado ahí, en el suelo. ¿Qué demonios...?

¿Qué podría hacer que un soldado dejara su arma de ese modo? A Elgyn realmente no le importaba, esta era su oportunidad de corregir su error en el comedor.

Lo encontrado, es propio.

Mirando cuidadosamente alrededor, levantó el arma, solo para descubrir que había otra a unos nueve metros más allá, en el corredor. Eso era muy extraño. Llevándose al hombro la primer arma, se aproximó cuidadosamente, y la levantó del suelo.

Esta estaba casi adherida al suelo por una sustancia horrible y pegajosa. Al levantar el rifle, los

filamentos gelatinosos se alargaron, como la baba de un caracol. Espesos.

Pero no deberían afectar su funcionamiento. ¿Qué rayos pasó con las luces aquí abajo?

Tras él, pudo oír la voz de Hillard.

—¿Elgyn?-

—¡Ya voy!— gritó en respuesta, y comenzó a volverse.

Después espió una tercer arma, a un par de metros más allá de él, justo en el borde de un agujero en el suelo que al parecer, se había derretido. ¿Podía haber sido una granada? Pisando cuidadosamente cerca del agujero, se inclinó para tomar el arma.

Algo, algún sexto sentido lo hizo paralizarse. De pronto, recordó un día de su infancia con su abuelo, cuando montaban trampas con cajas para atrapar ardillas, dejando un rastro de cacahuetes que conducían directamente a la caja.

—¡Elgyn!— volvió a gritar Hillard.

—Déjala. Ya tienes dos. Déjala ahí y lárgate de--

Dos enormes y oscuras manos se deslizaron entre el enrejado del suelo con inhumana velocidad, aferrándolo por los tobillos, y dando un súbito y fuerte tirón. El revestimiento del suelo se colapsó a su alrededor, cuando Elgyn era jalado hacia abajo. Abriendo los brazos para detener la caída, sus palmas se aferraron al suelo enrejado, bloqueando su descenso. Se aferró a las rejas e intentó sostenerse lo suficiente para liberarse, pero aquellas manos todavía atenazaban sus piernas. Sus pulcros rifles cayeron estrepitosamente, demasiado lejos como para alcanzarlos. Uno de ellos cayó justo en el agujero derretido que tenía a un metro de distancia.

Elgyn comenzó a patear ferozmente, intentando zafarse de las manos que lo atenazaban, que lo jalaban hacia el fondo. Las podía sentir a en las pantorrillas, en sus rodillas, en sus caderas, y *fuera lo que fuese aquello que lo había atrapado*, comenzó a trepar por su cuerpo. Gritó, pateo, intentó empujarse, intentando liberarse, luchando por su vida.

La parte baja completa de su cuerpo estaba atenazada, unos grandes y poderosos brazos le rodearon la cintura, sosteniéndolo firmemente.

¿Qué es esto? ¿Qué demonios es esto?

Algo increíblemente poderoso y agudo, como una enorme lanza, perforó el pecho de Elgyn con pasmosa rapidez. El capitán pirata sintió cada centímetro de su paso al romper sus costillas, pulmones, corazón, hasta atravesar por su espalda, dejando un enorme agujero. Sin poder respirar, con el corazón perforado, Elgyn sintió que comenzaba a desvanecerse, y continuaba débilmente intentando liberarse de su asesino.

¿Qué es esto¿ Qué coño es lo que me está matando? ¿Y por qué?

La última visión consciente de Elgyn, fue que algo enorme, negro y horrible salía del agujero en su pecho, aferrando entre sus acerados dientes, su corazón sangrante.

9

Christie iba a medio camino por el corredor cuando finalmente se dio cuenta que los otros no lo seguían. Desanduvo el camino para reunirse con ellos en la boca del último corredor que habían pasado. —¿Qué demonios está ocurriendo? ¡Debemos apresurarnos!-

Nadie contestó. Todos seguían mirando hacia el oscuro corredor.

Hillard estaba gritando, —¡Elgyn! ¡Elgyn!-

Christie avanzó a empujones, justo a tiempo para ver la ensombrecida figura de su capitán emergiendo a medias del suelo. —¡La puta madre!-

Avanzó por el corredor, consciente que los otros iban a su lado.

La única parte de Elgyn que era visible era de hombros hacia arriba. Sus facciones estaban tensas en una máscara de dolor y horror.

—¡Sacádlo!— Gritaba Hillard. —¡Maldición, sacádlo de ahí!-

Johner y Distephano obedecieron rápidamente, tomando a Elgyn por los brazos, y jalándolo hacia arriba. Christie miraba, transfigurado por un enorme agujero que se abría en mitad del pecho de Elgyn. Estaba *muerto. ¿Elgyn estaba muerto?* Christie podía ver perfectamente hasta el otro lado por entre el agujero en el pecho de Elgyn. Elgyn estaba muerto.

Todos miraban, horrorizados. Incluso Wren había palidecido, su piel repentinamente se perló de sudor. Hillard no se movió, sino que simplemente lamentó la muerte de su amante, estrechándolo entre sus brazos.

Un fuerte y crujiente ruido les hizo volverse para mirar de vuelta sobre el corredor. El suelo entre ellos y el corredor principal estalló en una lluvia de fragmentos y escombros, y súbitamente, la boca del corredor quedó bloqueada por una visión del infierno. Una especie de creciente y enorme monstruo. Christie vagamente recordó a Call hablar del proyecto científico de Wren, acerca de producir criaturas, acerca de...

— *¡Si esas cosas se liberan, eso hará que la plaga de gusanos de Lacerta parezca un jodido carnaval!*-

Oh, sí, pensó Christie, *¡Tenías razón en eso, nena!*

La criatura abrió sus mandíbulas, revelando una increíble hilera de brillantes y acerados dientes, luego sacó su lengua y siseó-

El grupo entero entró en pánico, dejando caer el cuerpo de su capitán muerto, sin mucha parsimonia, de vuelta en el agujero del suelo y pusieron pies en polvorosa en el sentido opuesto a

esa — esa — cosa.

Doblaron en una esquina y se encontraron encarando un pasillo cerrado.

¡Eso lo planeó! Pensó Christie estupefacto. *Esa cosa encontró la forma de atrapar a Elgyn, y luego lo usó para atraparnos. Ahora nos tiene a todos. ¡Mierda!* Aspiró profundamente. Tenía que pensar, tenía que pensar — si no fueran ni la mitad de listos que esa cosa, seguramente ya estarían muertos. Christie se apretujó contra el muro y miró a hurtadillas por el borde del corredor. Necesitaba saber dónde demonios estaba eso ahora.

Aferrando a Johner por la solapa de su camisa, Christie lo colocó en posición, a su lado. Johner se había puesto gris, especialmente alrededor de su sobresaliente cicatríz. Pero por lo menos estaba sobrio. De eso Christie estaba seguro. Johner estaba temblando. Nunca antes había visto a Johner temblar de miedo. Nunca creyó si quiera que pudiera hacerlo.

—¿Estás bien?— Le siseó Christie.

Johner parpadeó, y respiró profundamente. —Sí. Sí. Estoy contigo.-

Es lo que necesitaba escuchar, pensó el enorme hombre.

Moviendo rápidamente su cabeza en el borde del corredor, Christie divisó al Alien. En el extremo opuesto, la criatura se abalanzó del agujero en que estaba hasta posarse sobre el suelo, y comenzó a avanzar hacia el cadáver de Elgyn, que estaba medio cuerpo fuera del agujero derretido. Christie apretó los ojos para evitar que les entrara el sudor que perlaba su frente.

—¿Viene hacia acá?— Johner le siseó. —¿Viene?-

—No sé. Quizá va tras el cadáver.-

En un rincón junto al resto, Hillard dejó escapar un suave gemido.

Johner estaba ya más controlado, Christie lo podía sentir. Se aproximó a Christie, echando un vistazo.

—¿Viene hacia acá?— preguntó Christie.

—¡Sip!— Dijo él dándolo por hecho.

Hillard exhaló angustiada. —¡Oh Genial!-

—¡Lo mismo digo yo!— dijo Johner, alzando su arma. —Acabemos con esto.-

Christie miró al hombre de la cicatriz, y los dos se sonrieron uno al otro. Entonces Christie se percató que estaban a un pelo de la histeria.

Christie se inclinó sobre el borde del corredor para echar otro vistazo. En verdad venía a por ellos. Tenía quizá unos dos y medio o tres metros de alto, y sin embargo, era grácil como una araña, pasó por sobre el cuerpo de Elgyn y continuó avanzando.

Hasta que el cuerpo de Elgyn se movió.

Christie observó incrédulo, pero podía ver claramente el cuerpo de Elgyn por entre las piernas del monstruo. Le dijo a Johner que echara un vistazo. Cuidadosamente, Hillard se les unió.

¡Elgyn está muerto! ¿Cómo diablos?

El imposible movimiento debió confundir también a la criatura, porque se volvió, se inclinó sobre el cadáver. Casi parecía que lo estaba olfateando. El cadáver se movió nuevamente, alzándose ligeramente. Christie sabía muy bien la gran cantidad de movimientos y rarezas que podía hacer el cuerpo de alguien recién muerto, pero ciertamente esta no figuraba en la lista.

Ahora el monstruo estaba olfateando el enorme agujero en el pecho de Elgyn. El cadáver se movió ligeramente mientras lo hacía, entonces, de pronto, el cañón de un rifle asomó por el agujero. Christie parpadeó y volteó a mirar a Johner, que estaba tan atónito como él mismo.

El Alien no supo qué era aquello. Olfateó el cañón, luego retrajo sus delgados labios en un gruñido. El cañón se encontró directamente con su enorme cabeza.

Entonces se disparó.

La explosión voló su cabeza hasta el infierno y de vuelta, y los tripulantes del *Betty* se apartaron hacia la esquina para evitar ser salpicados. Christie fue el primero en atisbar. El monstruo había caído al suelo y todo lo que su sangre había tocado comenzaba a derretirse. Christie salió del resquicio del corredor, su arma lista. Johner estaba justo a su lado. Luego los otros se asomaron para ver.

El cañón del rifle que sobresalía del pecho de Elgyn volvió a desaparecer por el agujero, luego el cuerpo entero fue izado y rodó hacia un costado.

Dos delgadas manos aparecieron en el borde del agujero y depositaron el rifle ahí, luego el pistolero se elevó desde el piso inferior. Christie se quedó atónito de ver que el tirador era la mujer que les había dado una tremenda paliza poco antes ese mismo día —la mujer que llamaban —Ripley.— Se elevó ágilmente en un solo y efectivo movimiento, se pasó la mano por el cabello de forma casual, y se llevó al hombro la correa del arma, como si siempre hubiera llevado una.

Christie miró a Johner. No parecía que tuviera muchas ganas de fastidiarla en estos momentos.

Nadie se movió por un largo momento; hasta que la mujer súbitamente se arrodilló sobre el cuerpo de Elgyn y comenzó a registrarlo.

Súbitamente, Hillard se adelantó por el corredor, inconsciente a cualquier peligro. Estaba furiosa, como si esta mujer fuera la causa de todos sus problemas. —¡Déjalo en paz!— gritó.

Christie reflexionó acerca de cuántas criaturas más como esta podrían andar sueltas por ahí, cuántas más podrían ser atraídas por sus voces.

Ripley apenas echó una mirada a Hillard. Impasible como siempre, encontró un puñado de municiones en los bolsillos de Elgyn y se lo apropió, metiéndolas en su propio bolsillo. Luego se enderezó y cargó su rifle, verificándolo profesionalmente. El resto bien podían ser invisibles para ella.

Call repentinamente habló. Christie apenas la oyó murmurar, —Bien... con calma. ¿Qué coño...?-

Ripley entonces los miró a todos, por un largo y desagradable momento. Luego, sin decir palabra, se aproximó al cadáver del monstruo. Inclinándose sobre su cabeza, alcanzó su boca. Su mandíbula estaba abierta, derramando un transparente y claro líquido, y la bestia todavía temblaba con ligeras convulsiones post mortem.

Christie escuchó un suave sonido a su lado y descubrió que, para su asombro, era Johner. Los ojos del hombre de la cicatriz expresaban una inmensa repulsión. *Es cierto. ¡Caramba, Johner detesta los bichos, y esa cosa parece ser la madre de todos los bichos!*

Sin premeditación, Ripley aferró la lengua del Alien. Soltando un feroz rugido de batalla, la jaló con fuerza inhumana y arrancó la rígida y dentada lengua de la cabeza del monstruo.

Mientras el resto solamente miraban ahí apostados, Ripley caminó hacia Call y pasó la odiosa, y goteante cosa a las manos de la pequeña mujer.

—Toma,— dijo Ripley casi de modo casual. —Harás un hermoso collar con esto.— Luego se alejó unos pocos metros.

Call miró aterrada su —regalo— y lo dejó caer al suelo. Todos los demás temblaron.

Christie se percato que Wren, estaba intentando esconderse poniendo el grupo entero entre él y Ripley, pero ella parecía no prestarle atención.

Con voz temblorosa, Johner le preguntó a Christie, —¿Qué hacemos ahora?-

El hombre negro sugirió. —Lo que estábamos haciendo hace un momento. Larguémonos de aquí-

—¿Qué tal si hay más?— preguntó Johner, sus ojos estaban muy abiertos y vidriosos. —Dejemos... dejemos que los soldados se encarguen de ellos. Alguien vendrá... es decir... ¿dónde rayos están los soldados?-

A Christie no le gustaba nada ver a Johner tan nervioso. Lo necesitaría para salir de ahí, si es que podían hacerlo.

—Están muertos,— dijo Call. Sonaba muy segura de sí misma. Después de todo, no habían visto más soldados desde que habían salido del comedor.

Johner se volvió súbitamente hacia Wren, y su expresión se tornó iracunda. Se aproximó al científico con su arma en alto. Distephano, el soldado, se interpuso en su camino, a pesar de que estaba desarmado. Johner lo ignoró, sus ojos, su rabia, su miedo, estaban todos dirigidos a Wren. Call había dicho que él era el responsable de crear a los Aliens, y Johner debió haberlo recordado.

—No necesitamos más a este imbécil,— gruñó Johner. —Acabémoslo-

—¡Retroceda!— ordenó firmemente Distephano.

Johner elevó su arma y apuntó al rostro de Distephano. El soldado no se movió, pero Wren se estremeció.

—¡Basta!— ordenó Call, interponiéndose.

Johner cargó contra ella, furioso, el gatillo a un pelo de dispararse. —¡Tu no tienes autoridad aquí!-

La pequeña y frágil mujer no retrocedió. Encarando directamente a Johner, argumentó, —¡No vamos a matar a nadie, excepto en defensa propia!-

A regañadientes, Christie se percató que debía involucrarse. Se dirigió a Wren. —Doctor, esa cosa que mató a mi compañero... ¿es su proyecto de ciencias?-

En voz baja, Wren admitió, —Sí-

—¿Y hay más?— interrogó Christie. Wren asintió. —¿Cuántos?-

El doctor miró nerviosamente alrededor, y Christie se percató que estaba tan preocupado por Ripley, que se hallaba a varios metros de distancia de él, acuclillada. Con voz apenas audible, murmuró, —Veinte-

Johner casi enloqueció. —¡Veinte! ¡Nuestros rosados traseros están jodidos si hay veinte de esas cosas sueltas por ahí!-

Todos comenzaron a hablar al unísono, casi en pánico, hasta que la voz calmada de Ripley cortó la discusión. —Habrá más. Muchos más.-

Todos la miraron.

—Se reproducirán,— les dijo. —En unas cuantas horas serán el doble de eso. Quizá más.-

Se levantó ágilmente y se acercó a ellos. Sin mostrar más emoción de la que había mostrado por cualquier otra cosa, dijo, —Y bien, ¿a quien tengo que follarme para abandonar este barco?-

Nadie respondió. Los ponía nerviosos, tensos. A pesar que los había salvado de la bestia, ninguno de ellos se sentía cómodo en su presencia.

De pronto, Call se adelantó, señalando a Ripley. —Esperad un momento, ¡*Ella* fue el huésped de estos monstruos! Wren la clonó porque llevaba uno dentro.-

—Eso lo explica todo— murmuró Christie a Johner.

—Es demasiado riesgo,— insistió Call. —Dejémosla.-

Johner asintió. —Esta vez estoy de acuerdo con Call.-

No es buena idea, decidió Christie. *La necesitamos*. No sabía por qué, solo lo sabía, y estaba acostumbrado a seguir sus corazonadas, especialmente cuando las cosas se ponían difíciles. Sin Elgyn, no tenían un líder. Alguien debía tomar la posición de mando. Todos lo estaban mirando. ¡Cielos, él no quería este trabajo!

Dirigiéndose a todo el grupo, Christie ordenó, —Ella viene.-

Call se le enfrentó, pasmada. —¡No es *humana*! ¡Es parte del experimento de Wren! ¡Nos traicionará sin pensarlo!-

Christie miró a Ripley en todo momento. Todavía con aquella actitud impasible. Y sus ojos—esos ojos predadores... estaban perdiendo un tiempo valioso con toda esa discusión. ¿*Veinte* de esas cosas?

Se volvió hacia el grupo entero. —Me importa un carajo si vosotros os lleváis bien o no. Si vamos a sobrevivir a este follón, debemos mantenernos juntos. Todos abandonaremos la nave. Después de eso, cada uno sigue por su cuenta.— Impulsivamente, se inclinó y tomó el rifle de Elgyn, pasándoselo a Distephano. Johner lo miró incrédulo, pero Christie lo ignoró. El soldado asintió, agradecido y verificó la carga.

Call estaba mirando a Ripley. —No confío en ella,— le advirtió a Christie por última vez.

Christie miró a Ripley, luego a Distephano, luego a Call. —Yo no confío en nadie.-

Hillard, que había permanecido en silencio durante todo este tiempo, con su atención centrada en su amante muerto, cubrió el rostro de Elgyn con su chaqueta.

Johner comprendió súbitamente que estaban abandonando a su viejo camarada en terreno desconocido, sin un funeral, y su rostro se transformó en una expresión que bien podía ser de pena. —Vaya con Dios, hombre.-

Hillard tomó la mano de Elgyn una vez más, y luego se levantó. Call tomó su hombro ligeramente, intentando reconfortarla, pero Hillard se apartó, con disgusto en el rostro.

Christie se percató que Ripley, estaba dispuesta a ir a la retaguardia, que fue la última posición de Elgyn. Los miraba a todos con una ausencia fascinante. Christie se percató que Call se volvía a mirarla, y Ripley le ofrecía una fría sonrisa. La expresión de la mujer lo hizo sentir escalofríos.

—Bien, todos, andando,— ordenó Christie, tomando de nuevo la punta. Dejando atrás a su capitán y amigo, continuaron su marcha hacia el *Betty*.

Este es el área de las celdas, pensó Christie, mientras caminaban por ahí. *Muchas puertas*.

Muchos lugares para que esas malditas cosas se puedan esconder. Desde que abandonaron el corredor donde Elgyn murió, no habían visto un solo Alien. Cada lugar que habían revisado estaba vacío, desierto, pero permanecía la escalofriante sensación de que *algo* los iba siguiendo. Quizá se tratase solo de Ripley, en la retaguardia. Christie no lo sabía, pero todos estaban alertas a luces o sonidos, esperando cualquier cosa.

Por lo menos estaban actuando más como una unidad que como un puñado de alevosos. Tras él, sabía que Johner, Hillard, Distephano, e incluso Call —a pesar de que iba desarmada— estaban verificando cada puerta, cada espacio tras cada pieza de mobiliario.

Al pasar Christie frente a un ascensor cerrado, comenzó a creer que tal vez, solo tal vez, podrían lograrlo. Luego, cinco metros después de pasar el ascensor, se escuchó un timbrazo.

¡El ascensor! Pensó Christie, deteniéndose en seco, como todos los demás.

Lentamente, verificó su arma, escuchando los chasquidos y zumbidos mientras todos los demás se ponían en guardia.

Al abrirse lentamente las puertas del ascensor, Christie se volvió a encarar al grupo. Los otros ya estaban en posición, con sus armas apuntando a las puertas que se abrían. Nadie se movía. Nadie respiraba.

El interior del ascensor estaba obscuro, demasiado obscuro para ver. Repentinamente, saltaron chispas del techo de la cabina, haciendo que todos respingaran, y la luz comenzó a parpadear. En la escasa iluminación, Christie distinguió algo enrollado, apretujado en el fondo. Al unísono, todos ellos levantaron sus armas.

Hubo un destello de luz, los bulbos de neón se activaron súbitamente, arrojando una luz brillante en todas direcciones.

Sentado en el elevador estaba Vriess, con una escopeta en sus manos, quieto, alerta. Sus ojos estaban aterrados, y estaba temblando frenéticamente, con el sudor chorreándole por todas partes.

Vriess y la tripulación se quedaron ahí congelados en su posición, apuntándose mutuamente durante un largo segundo, cada uno sin reconocer al otro como ser humano. Luego, al mismo tiempo, la certeza los invadió, y todos exhalaron aliviados y bajaron sus armas.

Johner carraspeó —¡Cielos, hombre!-

—¡Vries!— llamó Call alegremente, y corrió hacia él.

—¿A quién esperábais, a Papá Noel?— dijo Vriess sonriendo y añadió con voz temblorosa —¿Cómo vais chicos? Que tal Call.-

Christie se enjugó el sudor de la frente. —Pensamos que seguramente ya estarías frito.-

La voz de Vriess les dijo más de su experiencia, de lo que hubieran querido saber. —¿Habéis... habéis visto esa jodida cosa?-

—Lo hemos visto— respondió Christie secamente.

—Mierda,— dijo Vriess. —Pensé que quizá los había matado a todos.-

Christie meneó la cabeza, percatándose de las quemaduras en la pierna y oreja de Vriess. Sí, su amigo ciertamente había tenido un verdadero encuentro cercano.-

Johner se volvió a Wren y preguntó, —¿Podemos rastrear a esas cosas?-

Wren negó, —No.-

¿Me estás diciendo la verdad o no, Doc? Se preguntó Christie.

Johner miró a Christie, realmente preocupado. —¡Podríamos llegar al *Betty* y descubrir que todos están ahí! ¡Tal vez incluso adentro!-

Wren decidió cooperar. —Toda la actividad, al parecer, se centró en el sector de popa, cerca de los cuarteles. No hay razón para pensar que se moverán de ahí.-

Christie miró dubitativamente al doctor.

Entonces, Ripley habló. —No se moverán.-

Había tanta certeza en su voz que Christie le creyó. La tripulación la estaba mirando, todavía nerviosos por lo que era y por quien era ella.

—Están reproduciéndose,— les dijo Ripley con aquel tono gélido suyo. —Tienen los cuerpos de nuevos huéspedes para usar. Si envían a alguien a explorar, será... aquí. Donde... está la carne.-

Si envían a alguien, pensó asombrado Christie. Como si fueran personas que pueden pensar, planear —pero quizá, sí puedan hacerlo.

—La 'carne'— dijo Call con disgusto. —Jesús.-

Christie quería saber más. No le preocupaban los términos. —Se están reproduciendo. ¿Cuánto tiempo les toma eso?— No se molestó en preguntarle a Wren. Podía reconocer una fuente confiable cuando la veía.

—Horas,— dijo Ripley.

—O menos,— añadió Wren. Todos lo miraron. —El proceso se ha acelerado. Tiene que ver con...— miró a Ripley acusatoriamente. —...con las células clonadas.-

La expresión de ella se retrajo aún más.

De acuerdo. Ahora lo sabemos. —Mientras más rápido salgamos de aquí, mejor.— Decidió Christie.

Johner le habló directamente. —Bien pues, si queremos hacer un tiempo decente, sugiero que dejemos al tullido.— Apuntó con el pulgar en dirección a Vriess, luego miró al hombre y sonrió desvergonzadamente. —Sin ofender.-

Vriess le devolvió la misma amarga sonrisa y le mostró el dedo medio. —No me ofendo.-

Antes que Christie pudiera decir a Johner que se fuera al carajo, Hillard se adelantó. Había estado arisca, lamentándose por Elgyn, y parecía culpar tanto a Call como a Ripley. A Christie le preocupaba que, en algún momento, su depresión llegara a ser una tremenda carga. Mantenía la cabeza en alto ahora, y algo de su temple pareció aflorar.

—No dejaremos a nadie,— ordenó firmemente, —ni siquiera a *ti*, Johner.— Su voz era firme, si bien baja y triste. Nadie se atrevió a contrariarla.

Christie se volvió hacia Distephano. —¿Cuál es la mejor ruta?-

Él pensó por un momento. —Los ascensores. Llevan directamente de la cima del complejo, hasta el área de ingeniería, que está abajo. Sin paradas. Pero si vamos por el pozo de la cabina, encontraremos un túnel de acceso a mantenimiento que corre sobre la plataforma del nivel uno. Nos llevará directamente a la cubierta.-

Christie asintió. —Suena razonable. ¿Cómo llegamos ahí?-

Distephano señaló. —Por este corredor, después triangularemos y cortaremos camino por los

laboratorios, servirá de atajo para llegar a los ascensores.-

—Bien.— Dijo Christie. —Hagámoslo-

Vriess se movió súbitamente, comenzando a quitar y sacar partes de su silla. Sus armas. Las ensambló rápidamente, eficientemente. Clic, clic, clic. Un verdadero arsenal quedó a la vista. Christie tuvo que sonreír.

Vriess notó la mirada sorprendida de su compañero. —Nunca revisaron la silla.-

Distephano miró, atónito.

—Call,— dijo Vriess secamente. Ella levantó la vista y él le ofreció una pequeña pero mortífera arma que se ajustaba perfectamente a su talla.

—¿Cómo es que a ella le das arma?— se quejó Johner.

Christie lo ignoró. —Si ya estáis listos, vamos... andando. Iremos por parejas.-

Al comenzar la marcha, la voz inflexible y átona de Ripley dijo simplemente, —Nos movemos.-

—¿Qué?— preguntó Christie, confundido.

—La nave se mueve,— confirmó Ripley. —Puedo sentirlo.-

¿Puede sentirlo? Pensó Christie, asombrado.

Wren agitó la cabeza. —La nave tiene motores muy estables. Incluso si nos moviésemos, no hay manera en que pueda sentirlo.-

Ella lo miró, y él se movió para poner a alguien más entre los dos.

Antes que Christie pudiese ordenar sus pensamientos, Call miró pensativamente y ratificó, —Tiene razón.-

—La nave ha estado moviéndose desde el ataque,— insistió Ripley, haciendo que Wren bajara la vista.

Todos los ojos se volvieron hacia él. Comenzó a sudar, y finalmente admitió, —Es... eh...un procedimiento de rutina. Creo.-

Distephano asintió, y se veía preocupado. —Es verdad. Si la nave sufre algún daño severo, se desvía automáticamente de vuelta a la base.-

Call apretó la mandíbula y se volvió hacia Wren. —¿Habían planeado informarnos eso?-

Él se apartó, aún más nervioso, luego se justificó.

—Lo olvidé.-

Sí, ¿quién coño va a creer eso? Se preguntó Christie enfadado.

—¿Qué hay en la base?— quiso saber Hillard.

Suavemente, Wren respondió. —La Tierra.-

Call ahora estaba furiosa, casi fuera de control. —¡Oh por Dios! Usted... ¡maldito bastardo!-

Johner se veía realmente disgustado. —¿La Tierra? No quiero ir a esa pocilga-

Call lo estaba perdiendo, gritaba a Wren. —Si esas cosas llegan a la Tierra, será... significará —

—El final,— terminó Ripley en su lugar, sonando totalmente despreocupada.

Call agitó la cabeza, como si no pudiera aceptarlo.

—¡Debemos volar la nave!-

—No vamos a volar ninguna nave,— le dijo Christie, —Vamos a largarnos de aquí.— Se

volvió hacia Distephano. —¿Cuánto falta para que lleguemos a la Tierra?-

El soldado estaba frente a una consola, solicitando información y viendo la pantalla. —Tres horas. Casi.-

Call se volvía ahora hacia Christie, percatándose que debía convencerlo. —¿Es que no lo entiendes? Esta cosa aterrizará en medio de una base densamente poblada. Nadie tendrá ni la más remota idea de lo que se avecina. ¡Estaremos desenrollando la alfombra roja para el final de nuestra especie!-

Hillard irrumpió el argumento. —Ese no es nuestro problema.-

—Call,— le dijo Christie firmemente, —No vas a volar esta nave. No mientras aún estemos en ella. Una vez que salgamos de toda esta mierda, podrás hacer lo que te plazca.— Se volvió hacia el clon. —Te llamas Ripley ¿verdad? ¿Te importaría encabezar la marcha?-

Ella asintió, y se adelantó, y nuevamente todos reiniciaron la marcha.

Ahora, Christie iba atrás. Frente a él, podía oír que Johner todavía farfullaba. —La Tierra, hombre... ¡vaya mierda!-

En realidad, pensó Johner, ahora que había tomado unos momentos para pensar en ello, había peores cosas que acabar en la Tierra. Sí, ¡Como acabar como Elgyn! Tembló, intentando apartar de su mente la terrorífica cosa insectil, que venía a por ellos.

Mientras caminaban de estancia en estancia, con Ripley encabezando la marcha, Johner tuvo que admitir su creciente admiración por esa alta mujer. Debía tener hielo en las venas, por el modo en que había enfrentado a aquella cosa sin algo más que un cadáver aún tibio entre ambos. Cierto, era un clon, pero mierda, incluso los clones tenían *sentimientos*.

Llegaron a otra intersección, y Ripley se detuvo, permaneciendo quieta. Johner se acercó, con cada nervio alerta. Finalmente ella dijo, —Despejado.-

Johner se acercó aún más y topó su mirada. —¿Has enfrentado antes estas cosas?— preguntó tímidamente.

Ella estaba concentrada en su tarea. —Sí— respondió secamente.

Al no obtener mayor respuesta, Johner la presionó. —¡Cielos, hombre!... y ... pues... ¿qué hiciste?-

Su respuesta fue paralizante. —Morirme-

Se adelantó, y Johner se quedó algo rezagado, atónito. Mirando de costado a Distephano, murmuró, —Eso no era exactamente lo que quería escuchar.-

El soldado únicamente agitó la cabeza, sonrió, y palmeó a Johner en el hombro. Caminaron un poco más, hasta que Distephano lo palmeó, indicándole una puerta.

—Por aquí,— dijo el soldado al grupo. —Cortaremos por aquí.— Se quedó en el quicio, permitiéndoles entrar.

Era uno de los laboratorios. Por primera vez, notó Johner, Ripley mostraba alguna reacción, mirando un gran tubo con la palabra —Incubadora— impresa en él. *¿Hogar dulce hogar ¿eh?* Adivinó Johner.

Ella congeló su expresión nuevamente y continuó avanzando, siguiendo al soldado.

Después, doblaron en una esquina y Johner divisó algo más. Todos los demás lo hicieron, también, tensándose al hacerlo, en el mismo momento que el resto de ellos. En el fondo de la

habitación, las sombras se agrandaron, la estructura de la habitación había cambiado. La escasa luz titilaba, desvelando figuras grotescas en la oscuridad. Los pisos, los muros, el techo —la habitación entera había sido alterada. Reconstruida. *Habían* estado aquí, habían hecho de este su hogar por un tiempo. Rediseñando este espacio humano a su antojo. Era completamente Alien, como ninguna otra cosa que Johner hubiese visto jamás. Los muros ya no eran lisos, sino texturizados casi como el interior de una cavidad, incluso con espaciadas costillas, o huesos, conectados por oscuras membranas. Y sobre los muros —

Johner se quedó paralizado, percatándose que los demás también lo hacían, apostados con sus armas listas. Ripley se quedó petrificada como una estatua, sin moverse, sin respirar.

Sobre los muros había cuerpos paralizados de gente, pegados ahí, como moscas en papel matamoscas. Adheridos firmemente con bandas de apariencia elástica de membranas que los mantenían firmemente sujetos. Johner observó, con interminable horror, a la figura que estaba más cerca de él.

Detrás de Johner, Distephano encontró el control de las luces, y lo activó, haciendo que el hombre de la cicatriz pegara un brinco. Una pequeña leyenda, de pronto iluminó al hombre muerto que colgaba más cerca de él. Era un investigador, todavía con su bata blanca, el nombre —Kinloch— bordado en su bolsillo. Su cara era una máscara de agonía, eternamente contorsionada en un último rictus, sus ojos estaban muy abiertos. Su bata blanca estaba empapada con su propia sangre. Parecía como si algo hubiera detonado en su interior, explotando hasta reventar su pecho. *O quizá había mascado su curso hasta salir de él*, pensó Johner, enfermo. Los pulmones de Kinloch y sus entrañas, eran perfectamente visibles.

Distephano movió la luz, registrando los otros cuerpos adheridos al muro. Todos estaban igual que Kinloch. Todos muertos. Todos con la misma horrible herida. Debían ser personas que trabajaban aquí, en este laboratorio. Divisó algunos nombres en batas de laboratorio —Williamson, Sprague, Fontaine... *no sería tan horrible, se dijo Johner a sí mismo, si al menos no tuvieran nombres a la vista. Si fueran anónimos.*

La mayor parte del grupo reaccionó con gemidos y jadeos, e incluso Johner, que pensaba que ya lo había visto todo muchas veces, tuvo que desviar la mirada. Sabía que si lograba sobrevivir a esta odisea, aquella sería la escena que jamás podría olvidar.

Ripley solo miró los cadáveres, claramente desinteresada, como si aquello hubiese sido algo que presenciase tantas veces, que se había vuelto demasiado común para registrarlo.

Johner divisó un crio-tubo con alguien que aún estaba en su interior. *Ese es uno de los durmientes que robamos y entregamos*. Se movió hacia él, vio que la cubierta estaba parcialmente abierta. La abrió completamente. Había una mujer en su interior. Su pecho había explotado también. Su cara estaba contraída por el dolor.

—¡Debo estar soñando!— murmuró, pero esta vez, no habría un despertar.

Para su sorpresa, Johner se encontró cara a cara con su propia culpabilidad. *Tú la entregaste aquí para esto. Tú la secuestraste, como a los otros y no preguntaste nunca nada. Solo tomar el dinero y correr. Y estás por enfrentar tu propia destrucción. Mira su rostro. Y los rostros de todos los demás en ese muro. Ahí vas a estar tú. Y pensabas que eras feo antes*. A Johner lo inundó

súbitamente una incontrolable necesidad de vomitar. Respiró constantemente, volviendo la espalda al sarcófago, y remitió la urgencia.

Repentinamente, Christie se hallaba a su lado, ofreciéndole un silente consuelo. Johner lo agradeció; agradeció la presencia del hombre. —Sigamos la marcha,— dijo Christie quedamente. Johner asintió, forzándose a continuar.

Avanzaron por el laboratorio, encontrándolo lleno de evidencias de la ocupación de los Aliens. Sus pies se posaban, a menudo, en manchas de sangre, o resbalaban con grumos de tejido humano desparramado.

Llegaron a otra área oscurecida y se movieron aún más lentamente. Una parpadeante luz de neón actuaba como un estroboscopio, esparciendo luz y sombras de forma intermitente sobre el paisaje de pesadilla del destruido y alterado laboratorio. A su lado, Vriess elevó su arma, enderezándose en la silla para dar golpecitos a la intermitente luz, pero aquello la hizo titilar aún más.

Había tanto equipo ahí, tanta sustancia, el lugar era una abundancia de escondrijos y resquicios, todo iluminado intermitentemente entre luz y sombra. Era para poner los pelos de punta.

Ripley estaba de nuevo en la punta, mientras examinaban los alrededores, lentamente y avanzando todo el tiempo. Johner registró algo, aguzó la vista. Una de esas cosas negras con sus tubos exteriores podría pasar como parte del escenario aquí. Johner miró fijamente entre los espacios de luz de la titilante bombilla. Tubos, equipo, escritorios, escondrijos, tubos, un rostro, más tubos. Johner parpadeó, ¿era aquello un rostro escondido entre el equipo? Ripley la notó primero, retrocediendo para echar un vistazo, y Johner y Christie la vieron después. La luz parpadeó nuevamente. Ahí estaba. Un rostro, un pálido y aterrado rostro, los ojos muy abiertos y en pánico.

Súbitamente, el cuerpo al que pertenecía el rostro emergió de su escondrijo. El hombre sostenía algo largo en sus manos, como un tubo. Gritando, se lanzó a la carga contra el objetivo más cercano —Ripley— y blandió. Ella no estaba preparada para eso, y por primera vez, fue tomada por sorpresa, y recibió el fuerte golpe, cayendo al suelo.

Instantáneamente, Christie llegó a su lado, bloqueando un segundo impacto.

Johner se giró, apuntando, y gritó, —¡ARROJALO! ¡ARROJALO, MALDICION!— estaba tan alterado, que eso era todo lo que podía hacer para evitar disparar al agresor. Bombeaba adrenalina profusamente.

Los otros ya estaban imitándole, igualmente alterados.

Christie, que aún protegía a la convaleciente Ripley, gritó, —!Tranquilizáos!, ¡Todos!

El hombre se replegó en su escondrijo, todo encogido y pequeño. Milagrosamente, las luces de neón súbitamente se estabilizaron.

Instantáneamente, todos se quedaron muy quietos, el grupo entero mantenía sus armas apuntando al hombre escondido. Ripley sacudió la cabeza, como si un fuerte golpe como aquel se quitara con una simple sacudida. Se incorporó.

—¡Arroja la vara hombre!— gritó Christie a la titubeante figura. El extraño temblaba incontrolablemente. —¡Házlo!-

El hombre los miró a todos con ojos enormes, evidenciando el terror más puro. —¡Alejáos!— ordenó, pero su voz temblaba demasiado como para tomarlo en serio. El ataque obviamente había consumido cada pizca de coraje que el hombre había podido reunir. El tubo que sostenía chocó contra el suelo. Miró en derredor, balbuceó, de rostro en rostro, preguntando al fin débilmente —¿Qué está pasando?— Lenta y temerosamente, salió de su escondite.

Johner pudo ver el nombre de —Purvis— bordado en su sobretodo. *Maldición. Otro de los durmientes que trajimos.*

Christie avanzó, todavía tenso, todavía alerta. —Purvis, lo que pasa es que nos largamos de esta nave fantasma.-

Purvis parpadeó, clara y totalmente confundido. Sudaba copiosamente, irradiando el olor del miedo en oleadas. —¿Qué nave?— preguntó. —¿Dónde estoy?— Estaba dormido de camino a Xarem, para trabajar en la refinería de níquel...-

Christie y Johner intercambiaron una mirada, y tuvieron que desviar la vista. Incluso Wren estaba deseando encontrarse en cualquier otro lugar.

Purvis continuó. —¡Desperté... no entiendo... entonces... entonces... vi algo... horrible... que me sofocaba...!— Parecía que estaba a punto de romper en sollozos.

Call se adelantó, se hizo cargo, y por vez primera, Johner se sintió agradecido. —Mire,— le dijo a Purvis, —usted viene con nosotros, es muy peligroso que permanezca aquí.-

Johner y Christie intercambiaron una mirada, luego ambos asintieron. Johner suponía que le debían al menos eso por haberlo secuestrado, aunque ninguno de ellos había imaginado que terminaría como alimento para Alien.

Repentinamente, Ripley se posó a un lado de Purvis. Él respingó y se apartó, pero todo lo que ella hizo fue... *¿olfatearlo?* Johner podía oler al tipo desde un metro y medio de distancia, y ciertamente no estaba usando *perfume*.

—Dejádlo,— dijo Ripley, tan fríamente como de costumbre.

Call le rebatió. —¡Jódete! No vamos a dejar a nadie.-

La expresión de Ripley no cambió. —Tiene uno dentro. Puedo olerlo-

Purvis comenzó a temblar. Parecía que el hombre estaba al borde de un colapso total. ¿Dentro de mí? ¿*Qué* tengo dentro?-

Johner se estremeció, sintiendo como si un millón de hormigas marchando sobre él. Todos tenían dientes acerados. Se volvió hacia Christie. —Mierda, no quiero que una de esas cosas nazca cerca de mi trasero.-

Vriess se adelantó en su silla a un costado de ellos. —Es un gran riesgo.-

Call estaba lista para refutar todo argumento. —No podemos solamente dejarlo.-

Diablos, ¿es que nunca se cansa? Se preguntaba Johner fatigado.

Vriess intentó razonar con ella. *Buena idea*, pensó Johner, pues al parecer él era el único que podía hacerlo.

—Creía que habías venido aquí a evitar que se escaparan.-

Ella pareció abatirse con sus palabras. Se volvió hacia Wren. —¿Es que no existe un proceso? ¿No se puede detener?-

Christie sacudió la cabeza. —¡No hay tiempo para eso.!-

Wren no miró a Purvis. —No podría hacerlo aquí. El laboratorio está destruído.-

Christie le habló suavemente a Call. —Yo podría liquidarlo. Sin dolor. Por la nuca. Quizá sería lo mejor.-

El viejo blanducho, pensó Johner, mirando al enorme hombre.

Call sacudió la cabeza disgustada. —Debe haber otra manera. ¿Si lo congelamos...?-

Purvis miraba de uno a otro, su pánico iba en aumento. Bajó la vista hacia su propio pecho. —¿Qué coño tengo dentro?-

Todos los ojos se posaron sobre él, y Johner se percató que todos estaban avergonzados, incluso Distephano. Todos eran culpables por ello, todos ellos.

Wren finalmente dijo en voz baja. —Un parásito. Un elemento extraño que...-

Ripley se adelanto, claramente impaciente de toda esa mierda. —Hay un monstruo metido en su pecho,— declaró. Justo en su cara, a centímetros de ella. —Estos tipos— —señaló con el pulgar a los tripulantes del *Betty* — —secuestraron su nave y vendieron su tubo criogénico a este...humano.— Señaló a Wren con un movimiento de cabeza. —Y él metió un Alien dentro de su pecho. Y en unas cuantas horas, saldrá reventando su caja torácica y usted morirá... ¿Alguna pregunta?-

Oh, ahí tenéis a una perra fría como el hielo, pensó Johner admirado.

Purvis, con los ojos muy abiertos, solo pudo balbucear, ¿Quién...? ¿Quién es usted?-

Todavía mirándole directamente a los ojos, dijo sin parpadear, —Soy la madre del monstruo. — Después se volvió a echar esa mirada electrizante suya a Wren hasta que lo hizo estremecer.

Ripley comenzó a avanzar hacia la salida, de vuelta a la punta. Ya había terminado con este asunto.

Entendiendo claramente la indirecta en la frialdad de las palabras de Ripley, Call se adelantó a Johner, tomando a Purvis por el brazo, anunció abruptamente, —él viene con nosotros. Podemos congelarlo en el *Betty*, y el doctor se lo podrá quitar después.-

Todos miraron a Wren. Él asintió. —De acuerdo.-

Johner parpadeó. No podía creer que iban a proceder con esto, así como así. Miró atónito a la pequeña mujer. —¿Desde cuándo tienes jodida autoridad aquí?-

Ella le devolvió una mirada desvergonzada. —Desde que noté que naciste sin pelotas.-

Antes que Johner pudiera argumentar algo más, Vriess se interpuso entre ellos. —Tranquilos, gente.-

Christie se movió hacia Purvis y lo dirigió para que siguieran a Ripley. —Venga con nosotros. Podría incluso sobrevivir. Pero si se me pone difícil, le advierto que no lo voy a tolerar.-

Farfullando por todo aquel desastre, Johner siguió al grupo, que avanzaba por el laboratorio.

10

¿Unidad de almacenaje de clones? Ripley leyó la inscripción en el último de los laboratorios que debieron atravesar, pero las palabras realmente no significaban demasiado. Todavía iba a la cabeza.

Distephano llegó a una de las consolas; sus manos se movieron sobre los controles. —Hemos pasado las lunas de Júpiter,— les informó.

Ripley sabía que podía sentir una sensación de urgencia, una apremiante sensación de tomar acción, pero lo único que la mantenía era su sentido de supervivencia. *Como cualquier animal*, pensó aceptándolo con amargura. *Justo como ellos*. Apartó su mente de los Aliens, temiendo que pudieran sentirla al hacerlo. ¿Cuánto tiempo más se encontrarían demasiado ocupados para ir a por ella?

Pasaron por una serie interminable de puertas, con leyendas que no significaban nada para Ripley. Pero en la siguiente puerta-

Había algo ahí dentro. Alguien ahí dentro.

A pesar del infinito vacío que Ripley sentía — que había sentido desde su nacimiento — súbitamente experimentó un ramalazo de miedo. Sus sentidos se pusieron en hiper alerta, volvió la mirada hacia la puerta. Sobre el cristal de la mirilla en la puerta, había una inscripción.

1 — 7

Lentamente, retrocedió y se aproximó a la puerta, mirando la inscripción.

Bajó la vista y jaló la manga de su camisa para descubrir su antebrazo, mirando el número 8

Sólo vete de aquí, se dijo a sí misma. *Sólo muévete*. Cerró los ojos, un escalofrío recorrió su cuerpo. Había algo terrible tras esa puerta, y tenía que ver con ella.

Distephano se había apartado de la consola y se desplazó hasta donde ella estaba. —Ese no es el camino— dijo cooperativamente.

Christie se detuvo a su lado, claramente preocupado por su extraño comportamiento. —Ripley, no tenemos tiempo para ver los alrededores.-

No importaba. Ellos podrían seguir sin ella. Sabía que tenía que entrar ahí.

Entonces, Wren llegó hasta ellos. Incluso él parecía preocupado. —Ripley...no.-

Tenía que hacerlo. Abrió la puerta, permaneciendo ahí de pie por un momento. Su mente intentaba reforzarse por lo que sabía que estaba a punto de ver.

QUINTA PARTE

Todo este tiempo, se había preocupado por su falta de sentimientos, su falta de *humanidad*. Y de pronto, se hallaba inundada con sentimientos, ahogada en ellos.

Dolor. Horror. Disgusto. Remordimiento. Una pena desoladora.

Los otros se quedaron en la puerta, confundidos, pero claramente dispuestos a no seguir sin ella.

Ripley se hallaba en el interior de una habitación llena de incubadoras. No, no incubadoras, ya no.

Unidades de preservación. Contenedores de almacenaje de alta tecnología. Para mis hermanas.

La primer unidad contenía un organismo de la talla de un feto humano completamente desarrollado. Estaba totalmente deformado, apenas reconocible, flotando en su líquido preservativo. Estaba etiquetado con el *Número 1*.

No, no —eso,— se dijo Ripley, *ella*. Tocó el contenedor reverentemente, y siguió avanzando.

La siguiente unidad, etiquetada con el *Número 2* contenía también un ser del tamaño de un pequeño niño. Éste también estaba severamente deformado, mitad Alien y mitad humano. Los ojos de Ellen Ripley se distinguían en esa terrible y alargada cabeza. Había tubos dorsales emergiendo de su espalda. Ripley se tocó los hombros, sintiéndo las cicatrices a los lados de su espina.

La *Número 3* tenía cola y no tenía rostro. Tenía alrededor de dos años de edad.

La *Número 4* tendría aproximadamente cuatro años de edad; tenía un exosqueleto, y la rígida y dentada lengua emergiendo de una cabeza, mitad humana, que no podía sostenerla.

Algo caía de los ojos de Ripley; se tocó la mejilla. Humedad. ¿Lágrimas? ¿De un monstruo? Casi rió.

La Número 5 había casi alcanzado la edad adulta. Tenía tubos dorsales, pero eran claramente residuales. La cabeza era completamente Alien, la cabeza de una Reina, grotescamente engarzada en una retorcida versión de cuerpo femenino.

Las lágrimas corrían ahora libremente.

Ocho de nosotras. Pero ¿cuántos cientos, cuántos miles de células fueron iniciadas y que nunca llegaron más allá de la etapa de división en ocho, o en dieciséis? Supongo que únicamente nos etiquetaban si habíamos alcanzado un cierto grado de desarrollo avanzado.

Pensó en todos los investigadores trabajando con *sus* células, manipulándolas, semana tras semana, mes tras mes, año tras año. Todos ellos ahora estaban muertos, abatidos por sus propias maquinaciones. Eso no la hizo sentir mejor.

Llegó hasta la Número 6. Su rostro, nuevamente estaba coronado con aquella bizarra y alargada cabeza, pero era casi adulta, y se parecía tanto a ella. Sus manos eran las mismas que las suyas, con las mismas extrañas y largas uñas. Los ojos estaban abiertos. Sus ojos. Viendo-

¿Qué? ¿Mi futuro? ¿A otro monstruo más de la colección?

Siguió avanzando, en un mundo de pesadilla que era todo suyo.

El Número 7 no estaba escrito en una unidad de preservación, sino al costado de una larga, cuadrada y opaca unidad. Ripley distinguió cables eléctricos que entraban en ella. Vio pautas registrando — algo.

Su sensación de angustia era abrasadora cuando caminó rodeando la unidad.

¡No es en absoluto un contenedor! Es una UCI, completa con su hidro-cama, y todo el equipo necesario para...

Comenzó a temblar violentamente, con la boca abierta, con los ojos muy abiertos por el terror.

Sobre la cama había un organismo viviente. Si es que se le podía llamar vida a lo que el organismo experimentaba.

El monstruo tenía la cara de Ripley en una abultada cabeza en la que crecían solo unos mechones de ondulado cabello castaño. Las torcidas extremidades estaban encadenadas, sosteniendo firmemente, incluso con las miríadas de tubos que alimentaban al ser de nutrientes saliendo de sus brazos, manteniendo viva la cosa. Unos inteligentes y brillantes ojos humanos miraron a Ripley, observándola. Reconociéndola

¡Mi hermana! Pensó Ripley estupefacta.

La boca de la criatura se abrió y mostró unos dientes acerados en su interior. Unas hebras de mucosa clara resbalaron de su boca cuando el monstruo siseó al reconocerla.

Entonces suplicó. Una palabra. *¡Mátame!* Rogó a la única criatura en todo el universo que sabía que le podía conceder su deseo. Los ojos humanos en el rostro de Ripley de la criatura se humedecieron, unas enormes y pegajosas lágrimas corrieron por su rostro. El monstruo se revolvió en sus cadenas, como para suplicar, implorar.

Ripley retrocedió temblando, asqueada. Profirió un suave gemido, y sollozó incontrolablemente. Entonces, Call llegó a su lado. Sostenía algo grande, algo vagamente familiar.

—Es un lanzallamas,— dijo Call suavemente. —Distephano lo encontró en un compartimiento de armas que conocía.-

Ripley miró el arma, parpadeando para alejar las lágrimas. Le era familiar, se percató. Se volvió, echando una última mirada a su hermana. El monstruo en la cama le devolvió la mirada, abriendo su obscena boca, dejando escapar hilos de pegajosa saliva sobre su barbilla, las ropas de cama. Sus ojos decían todo lo que su torturado cerebro no podía.

Ripley cargó el arma de forma automática, y disparó sobre la torturada figura. Hizo oídos sordos a los horribles gritos mitad Alien mitad humanos que profería, mientras disparaba el arma una vez, y otra, y otra, derritiendo la unidad, los tubos, las cadenas, demoliéndolo todo.

Comenzó a alejarse, el arma en sus manos se sentía bien, se sentía perfecta. Disparó otra vez,

dirigiendo su ráfaga de fuego sobre cada unidad de almacenaje en cada tiro. Las alarmas sonaron, y la nave intentó defenderse de la agresión, pero parecía que no había agua disponible en el sistema de rociadores, y la ráfaga destructiva de Ripley pasó inadvertida. Una por una, las unidades explotaron en una mezcla ardiente de líquido y cristal plastificado, mientras ella continuaba retrocediendo del lugar donde la habían desarrollado.

Se detuvo solamente cuando el laboratorio se convirtió en un ardiente y revuelto desastre y cuando el arma estuvo vacía. Ripley arrojó el lanzallamas al interior de la habitación, luego dio un portazo para cerrar la puerta y contener el fuego dentro.

Las lágrimas habían desaparecido, en su lugar había algo mucho más mortífero.

Se volvió hacia Wren.

Mirando desesperadamente en derredor, retrocedió, buscando protección. Pero los otros, al haber visto una pizca del infierno de ella, se apartaron de él, haciéndole saber que no habría ayuda para él. Solamente Call intercedió cuando Ripley avanzó hacia el doctor.

—Ripley... no lo hagas,— dijo Call suavemente.

Ella congeló su avance, entonces la envolvió un increíble hastío. Bajó la cabeza hacia el doctor. —¿Que no haga qué?— Murmuró desoladamente.

La tensión se disipó del callado grupo. Wren exhaló audiblemente, y tuvo de hecho el temple de sonreír ligeramente.

En ese instante, Call se puso en puntillas frente a él y le dio un fuerte puñetazo, justo bajo la mandíbula, con toda la fuerza acumulada en su pequeño cuerpo.

La cabeza de Wren se proyectó hacia atrás, y cayó de golpe a los pies de Ripley.

Ripley buscó y halló la mirada de la pequeña mujer y algo pasó entre ellas, alguna conexión. No podía decir exactamente lo que era.

—No hagas *eso*,— dijo Call, refiriéndose al derechazo que ahora le hacía doler la mano. Call comenzó a andar por el corredor sin echar un segundo vistazo al dolorido científico.

Ripley lo miró en el suelo. Su mano estaba sobre su mandíbula, estaba sacudiendo la cabeza. Christie se inclinó sobre él, como si temiera que una vez derribado, Ripley pudiera terminar el trabajo.

—Lo tenía merecido, Doc,— le dijo Christie en tono severo.

Aquello casi hizo reír a Ripley. Tomó de nuevo el arma que llevaba y se movió para seguir a Call.

Detrás de ella, pudo oír a Johner, quien se había quedado mirando el laboratorio en llamas, preguntando a Christie, —¿Cuál es el problema? Es un jodido desperdicio de municiones.-

Christie solo se encogió de hombros, mientras ayudaba a Wren a ponerse en pie.

Delante de ellos, Call los apuró —Prosigamos antes que algo venga a verificar la causa del ruido.-

Johner todavía hablaba con Christie. —No lo entiendo. Debe ser cosa de mujeres.-

Al haber dejado atrás el complejo de laboratorios, se hallaron en la oscuridad mientras Distephano abría una escotilla en el suelo. Había una luz de emergencia allá abajo, se percató Christie, pero no era lo suficientemente brillante para ver toda la extensión del conducto.

—Bajaremos a partir de aquí,— dijo Distephano innecesariamente.

Christie se volvió hacia el hombre de la silla de ruedas. —Vriess, debemos dejar la silla.-

—Lo sé,— dijo el hombre cansadamente, sacando tramos de cuerda de algunos escondrijos en la silla.

Al bajar Call, siguiendo a varios de los otros, Christie le dijo a Vriess, —maniobra Kawlang, ¿de acuerdo?-

Vriess soltó una corta y amarga risotada. —Justo como en los viejos tiempos...-

Christie sonrió a su vez. Habían pensado que era su fin entonces. Habían pensado que aquello había sido el peor horror que habrían de enfrentar...

Ahora, de pie en el corredor del *Auriga*, Christie pensaba que Kawlang parecía un día en el campo.

Al saltar del último peldaño de la escalera al fondo del conducto, Call se encontró en el interior de la torre de enfriamiento. Se encontraba mojada hasta las rodillas de agua y se preguntaba por qué. Distephano y Johner se habían adelantado y se hallaban espalda con espalda parados en agua, con las armas listas, verificando todo. Le indicaron silenciosamente a Call que se aproximara para que los otros bajaran de la escalera.

Call se aproximó hacia el fondo de aquella habitación, donde se hallaba de pie Ripley. La alta mujer miraba sus manos, que todavía temblaban mucho por el incidente en el laboratorio. Su rostro era la imagen del dolor. Sus ojos estaban rojos. Verla así enfadó a Call. Se había estado diciendo una y otra vez que Ripley no era humana, que en verdad no tenía *sentimiento* alguno. Y ahora estaba enfrentando la realidad. Ripley era tan humana como la misma Call. Podía sentir, de hecho, demasiado.

Call se detuvo a su lado, sintiéndose abochornada, no obstante, sintiendo deseos de decir algo. —Yo... yo no puedo imaginar como debes sentirte.-

Ripley la miró sombríamente. —No, no puedes.-

Call le dio la espalda, estudiando los alrededores. La oscura cámara de aire enfriador estaba inundada, el nivel del agua subía. El agua caía en cascada desde el techo, de los tubos enfriadores. El grupo ya estaba todo reunido de nuevo. A la señal de Christie, todos avanzaron, caminando, hasta las rodillas en agua.

Todos estaban aún en hiper alerta. Aquello los extenuaba: la necesidad de estar constantemente alerta, la falta de descanso. Call podía ver la tensión en Johner, Hillard, el crispado Purvis. El fuerte cuerpo de Christie avanzaba firmemente a través del agua a pesar de que llevaba a Vriess sobre su espalda. Estaban lomo a lomo, el hombre paralizado estaba de hecho atado a la espalda de Christie con las cuerdas que había encontrado en su silla. Vriess también inspeccionaba el techo.

—Deben ser los tanques enfriadores,— dijo Vriess. —Alguien debió haber abierto la válvula.-

—No pudieron hacerlo esos asquerosos,— dijo Johner, dudando después. —¿O sí?-

Hillard parecía confundida. —¿Para qué...?-

Continuaron avanzando, moviéndose lentamente.

Hicieron alto al llegar a un muro. Había una pequeña escotilla con una escalera que bajaba hacia un último nivel. La escotilla estaba aún abierta, pero estaba casi totalmente sumergida.

—Estamos en el fondo de la nave,— les dijo Wren. —Este sector ha sido violado. Debemos bajar por aquella escalerilla que llega a la cocina, después pasar por otra escotilla de servicio, quizá sean unos veinticinco metros.-

Call se percató que eso significaba veinticinco metros *bajo el agua*.

Christie echó un vistazo de costado y le dijo a Vriess, —¿Estás listo para mojarte, camarada?-

Vriess ladró algo que parecía una risotada. —Oh, sí.-

Johner miró en derredor. —Esto apesta.-

Hillard se volvió hacia Wren. —¿Está seguro de la distancia?-

El doctor asintió.

Christie se veía indeciso. —Debemos enviar un explorador. ¿Ripley?-

Call desaprobaba la idea de Christie. Pero Ripley se aproximó hacia la escotilla y miró hacia abajo.

—No me gusta,— dijo suavemente.

Christie concordó con ella. —No hay nada para gustarnos.-

Entonces, de forma fatalista, Ripley se encogió de hombros, con un gesto absorto. —¡De acuerdo!— anunció, tomando una bocanada de aire y sumergiéndose limpiamente bajo el agua.

Los tanques debieron secarse al fin, porque la cascada de agua remitió hacia un chorro, y después un goteo.

Nadie decía nada, ni se movían, solo observaron la escotilla por donde Ripley había desaparecido. ¿Cuánto tiempo podría una persona contener la respiración?

De pie cerca de Call, Distephano tomó una cubierta protectora de un compartimiento en su cinturón y la deslizó sobre el cilindro de su arma.

Christie lo observaba. —Deberíais hacer lo mismo— les dijo al enorme hombre y a su hermano siamés.

Christie le mostró sus armas. —Estas son desechables. Pueden soportarlo.-

Distephano parecía interesado. —Desechables. He oído sobre esas. ¿Cuántos tiros?-

—Veinte,— dijo Christie. De pronto el pirata y el soldado eran solo dos hombres hablando de un interés en común. —de puntas hendidas, que hacen un enorme agujero incluso con el calibre más pequeño.-

Distephano asentía admirado. —Genial.-

Christie continuó, como si la charla le ayudase a relajarse de la horrible tensión. Son muy buenas para quien las usa. Porque puedes deshacerte de ellas cuando has terminado. A nadie le gusta deshacerse de una arma a la que se está atado, ¿sabes?-

Fue entonces cuando el enorme hombre debió haberse percatado que no, Distephano no lo sabía, y había ido ya demasiado lejos. Este era un soldado de carrera. Seguramente con toda aquella cantinela sobre patriotismo.

Un embarazoso silencio los embargó. Los hombres no tenían nada más que decir. Vriess, desde su percha en la espalda de Christie, se ocupaba de inspeccionar el techo.

El único ruido que Call podía oír ahora eran los goteos del agua. Estaba nerviosa por la larga ausencia de Ripley y metió una mano en el agua fría para rociarse la frente.

De pronto, a sus espaldas, se elevo una erupción de burbujas a la superficie del agua. Todos se volvieron, tensos y apuntando las armas sobre las burbujas. Los segundos pasaban. La última burbuja reventó, pero no sucedió nada más. Todos se volvieron de nuevo hacia la escotilla.

Repentinamente, Ripley emergió del agua frente a ellos. Todos brincaron. Estaba aspirando aire frenéticamente.

Cuando recobró finalmente la voz, jadeó, —Había una puerta bloqueada a unos veinte metros adelante. Me llevó un tiempo abrirla. No seguí más allá, pero puedo decir que la superficie está realmente cerca.-

Call miró en derredor hacia los otros. —¿Debo decir que toméis una buena bocanada de aire? — Algunos de ellos le sonrieron.

—Christie,— dijo Vriess para fastidiar, —hazme un favor. Cuando lleguemos a la superficie del otro lado — nada de nadar de espaldas, ¿vale?-

El enorme hombre rió, y todo el grupo aspiró grandes bocanadas de aire mientras, uno por uno, seguían a Ripley que se volvía a sumergir para indicar el camino.

Hillard y Johner fueron los últimos dos en sumergirse. La visibilidad bajo el agua era mala. El agua estaba clara, pero había algunas luces todavía funcionando en la cocina, y todo estaba opaco. A Hillard no le gustaba eso, pero no sabía si hubiera preferido una luz más brillante. La cocina era amplia, lo que limitaba la visibilidad aún más. Miró a Wren, que estaba delante de ella, nadando hacia el otro salón. Ella no confiaba en él, y tenía una ventaja sobre ellos, puesto que era evidente que conocía las áreas de la nave.

Rodearon una esquina. Todavía faltaba mucho para salir. Hillard comenzaba a sentir la presión en sus pulmones. Se resistió. A su lado, Johner nadaba como un perro. Entonces él volvió la vista atrás, y miró de nuevo. Alentó la marcha, posándose sobre los pies, y Hillard se volvió para ver lo que él estaba viendo.

Y casi jadeó. Dos Aliens nadaban furiosamente tras ellos, tan ágiles como anguilas, sus colas ondulaban sin esfuerzo alguno bajo el agua.

Los ojos de Johner se abrieron al máximo por el pánico. Rápidamente, cargó su arma y disparó, la fuerza del disparo lo hizo recular en el agua.

El proyectil disparado a través del agua se dirigió a las bestias y golpeó a una de ellas justo en la frente, haciéndola estallar.

El sonido se escuchó amortiguado bajo el agua, sonando como un fuerte porrazo. El segundo Alien continuó aproximándose.

Johner experimentaba un terror incontenible, y se lanzó nadando por el agua como un cohete, pasando a Hillard, pasando a Ripley. Aquello hizo que la mujer clonada se volviera y divisara al monstruo. Algunos de los otros también se volvieron, y de pronto cundió el pánico en el grupo entero. A excepción de Ripley. Gesticulaba directamente a Hillard, urgiéndola a apresurarse, como si la piloto necesitara que la urgieran.

Ella no tiene problema alguno aquí abajo. ¡Es como si ni siquiera necesitara respirar! Pensó Hillard, pataleando frenéticamente, sintiendo el retumbar de la fuerte presión en su cabeza que le gritaba, ¡Aire! ¡Aire! ¡Dadme Aire!

Hillard se percató que Purvis y Distephano pataleaban furiosamente, totalmente en pánico mientras la criatura ganaba terreno.

Ripley todavía gesticulaba a todos los nadadores, urgiéndoles. Hillard se dio cuenta que todos se alejaban de ella — que se estaba quedando atrás.

¡Lo estoy perdiendo! Necesito respirar. ¡Esa cosa me va a atrapar!

Se forzó a no pensar en ello, poniendo todas sus energías en patalear, nadar, apresurarse. Pero cometió el error de mirar atrás.

¡Estaba tan cerca! A dos brazadas la habría alcanzado. El monstruo le mostró sus dientes y para Hillard, la opaca luz en este mundo pesadilla submarina se reflejó en aquellos brillantes colmillos. Vio cómo agitaba más rápidamente su cola.

El pánico se apoderó de ella y de pronto abrió la boca para gritar. ¡NO! Pataleó más fuerte, más frenéticamente.

Unos poderosos e inhumanos dedos súbitamente se aferraron a su tobillo.

Gritó involuntariamente, soltando todo el aire de sus pulmones, intentando luego absorber fuertemente, desesperadamente buscando llenar de aire sus pulmones para hacer oír sus gritos de desesperación. Pero nada entró en ellos más que agua. Unas enormes y fuertes manos apresaron sus piernas, su cintura, su torso, hasta que quedó atrapada en un abrazo mortal. Ella se revolvía y pataleaba inútilmente, observando a los otros alejarse de ella en las agitadas aguas mientras se volvía para encarar el terror de su amante submarino.

¡Hillard se ha ido! ¡Se ha ido! Pensó Call tras pasar la puerta y ver la luz del cubo del ascensor atrayéndola. ¿Cuántos más se perderían a manos de aquellos bastardos? ¿Los atraparían de uno en uno hasta que no quedara ninguno? Y con la nave aún dirigiéndose hacia la Tierra, ¿Había algo — cualquier cosa— que en verdad pudieran hacer?

No podía permitirse abandonar la esperanza ahora.

Tómalo de un paso por vez. Llega al aire. Debemos tener aire.

Pataleó fuerte, proyectándose hacia arriba hacia la amenazante lejanía de la superficie. Pero justo antes de que su cabeza emergiera hacia el aire y la luz, golpeó algo con fuerza, algo flexible y transparente.

¿Qué-?

Empujó contra esa sustancia, la sintió ceder un poco, pero no lo suficiente. El aire todavía se encontraba a unos 15 tentadores centímetros de distancia. Debía tratarse de algo que los Aliens habían esparcido, una suerte de fibra transparente. Pero ¿Para qué? Sin demasiado aliento, Call luchó contra la sustancia transparente, pataleando fuertemente.

Los otros ya estaban a su lado, combatiendo la fibra, luchando por romperla. Algunos de ellos se quedaban algo adheridos a ella, usando sus últimas fuerzas.

Call levantó la vista hacia el tentador aire que estaba fuera de su alcance. Había un ascensor a unos veinte metros hacia arriba, su parte inferior era tan brillante como un espejo. Y entonces, Call los vio, reflejados en el brillante fondo del ascensor. Al borde de la piscina, una serie de huevos se alineaba a las orillas del agua.

Call no podía pensar en lo que yacía allá afuera, únicamente sabía que todos ellos morirían si

no llegaban pronto al aire. Sacó su retorcida navaja, todavía oculta en su manga. La cuchilla derretida aún tenía un borde agudo, aunque redondeado. Apuñaló la fibra con la cuchilla haciendo un pequeño agujero en ella, aserrándola salvajemente, ampliando la abertura centímetro a centímetro. Johner y Christie metieron sus enormes manos en el agujero, jalando, rasgándolo, intentando forzarlo a ceder del todo, pero éste apenas se abría un poco.

Por el rabillo del ojo, Call pudo ver que el soldado, Distephano, lo estaba perdiendo, dejándose caer al agua. Y en algún lugar detrás de ellos estaba esa *cosa*...

De pronto, Ripley se abrió camino hasta el grupo. Aferrando la fibra con ambas manos, jaló y la desgarró. El grupo se precipitó a la superficie, sus bocas abiertas al máximo, jadeando e inhalando y tosiendo en grandes bocanadas de maravilloso aire. Junto a ella, Ripley también jadeaba por aire, y Call se sintió agradecida que al fin Ripley daba alguna muestra de necesidad humana.

Parpadeando para quitarse el agua de los ojos, Call alzó la vista hacia el fondo del ascensor. Sus ojos se abrieron desmesuradamente cuando uno de los huevos se abrió lenta y húmedamente. En un rápido y explosivo movimiento, algo grotesco y con muchas patas se catapultó del huevo. Antes que cualquiera de ellos pudiera siquiera reaccionar o intentar apartarse de su camino, la cosa aterrizó con un sonido absorbente justo en el rostro de Ripley.

Purvis profirió un agudo chillido cuando Ripley desapareció bajo el agua. Call intentaba seguir su descenso, pero solo pudo verla durante algunos minutos antes de que desapareciera en la espesura. Su última imagen de Ripley fue de la lucha de ésta con la cosa envuelta en su rostro.

—Puta madre,— siseó Johner, alzando la vista hacia el ascensor. En su fondo brillante como espejo, observaron cómo los otros huevos se abrían con el mismo sonido absorbente, y se podían ver unas patas arácnidas emergiendo del interior.

—¡Es una trampa!— gritó Johner. —¡Nos han tendido otra maldita emboscada! ¡Todos abajo! ¡Abajo! ¡Abajo!— y desapareció bajo el agua.

Todos le siguieron sin detenerse a pensarlo.

¿Qué clase de trampa te ahoga? Pensó Call, y después se percató. *Ya sea que irrumpiéramos por la fibra jadeando por aire, con nuestras bocas totalmente abiertas, o que nos lanzáramos hacia afuera pasando la fibra, ellos nos deshojarían como flores. De cualquier manera, somos suyos*.

Una vez sumergidos, el grupo miró desesperadamente en derredor, sin saber hacia dónde ir. Call no podía ver ya a Ripley, pero podía distinguir, a la distancia, al Alien que había matado a Hillard nadando de nuevo hacia ellos. Al verlos sumergidos, la criatura se apresuró.

Christie también la divisó. Luego alzó la vista hacia el ascensor de carga y la imagen de los huevos apostados al borde del agua, esperándoles.

Christie tomó su lanza granadas. Todo ocurría en silencio, con un único sonido amortiguado y burbujeante para acompañar sus acciones. Christie ajustó el rango de su arma, apuntó esta hacia arriba, hacia el reflejo de los huevos. Disparó.

La granada se proyectó desde el agua, rebotó sobre un tubo cerca del techo y cayó en el interior de un huevo con un sonido chapoteante. Hubo un golpe, luego una explosión que resonó

incluso bajo el agua.

Christie ya había disparado otra granada, y otra, y otra. Una tras otra, las mortíferas granadas destruían los huevos, desparramando monstruos arácnidos y tejidos por todas partes. Después, Christie les hizo un gesto cuando hubo terminado, haciéndoles saber que era seguro emerger.

Call todavía podía ver al Alien aproximándose. Parecía que estaba observando algo, pero ¿Qué? ¿Y dónde estaba Ripley?

Call se percató que el pensar en perder a Ripley, especialmente perderla a uno de esos horribles constrictores de rostro, era más de lo que podía tolerar. Al tocar la superficie y ayudar a Christie y Johner a jalar al inconsciente Distephano fuera del agua, no pudo evitar gritar el nombre de Ripley, hasta que Vriess le pidió que se calmara, antes de que atrajera a un infierno de monstruos hacia ellos.

Ella se mordió el labio y obedeció, volviendo su atención para ayudar a sacar el agua de los pulmones de Distephano, los ojos le escocían.

—Hey Todos,— les advirtió Christie, —daos prisa. Esa cosa viene justo detrás de nosotros. Debemos subir por aquella escalera.-

Call alzó la vista sobre el conducto del ascensor, vio la escalera subir justo a un costado, pasar el ascensor hasta llegar al centro de la nave. Miró más allá de Distephano mientras éste tosía y jadeaba, de nuevo consciente, y observó el agua.

Vriess, todavía colgando de la espalda de Christie, le tocó el hombro. Ella lo miró, mostrando todo lo que sentía por la mujer clonada en su rostro.

—Bien, Call,— dijo él suavemente. —Es suficiente por ahora. El soldado está bien. Debemos irnos.-

Ella solo pudo asentir y seguirlos echando una última mirada atrás.

* * * * * *

Ripley desgarraba a la criatura que constreñía su rostro, incluso mientras ésta luchaba para insertar su tubo de implantación dentro de su boca. No podía superar la barrera que formaban sus dientes apretados, pero aquello no detenía a la criatura de su único propósito y de sus esfuerzos. Solamente tenía un objetivo en la vida, un propósito, e incluso cuando ella le arrancaba las patas, la cosa luchaba por lograr su objetivo.

Luchando con toda su fuerza, se sintió jalada hacia el fondo de la piscina, rompiendo y rasgando al monstruo. Destruyó sus patas, pero su cola todavía se aferraba fuertemente alrededor de su cuello.

Afianzando sus dientes alrededor de la fibrosa y anillada cola, mordió con fuerza y desgarró, tragando algo de la piel de la criatura en el proceso. Una vez que liberó su rostro, despedazó a la criatura con absoluta furia. Pero al asegurarse que la cosa finalmente estaba muerta, alzó la vista y distinguió al Alien, que los había estado siguiendo bajo el agua, yendo tras *ella* con una rabia tan pura y absoluta como la suya.

Sin titubear, se impulsó del fondo de la piscina con un fuerte empujón, proyectándose hacia la superficie tan rápido como pudo.

Justo al llegar a la superficie, unas fuertes manos la aferraron, elevándola de la piscina. Ripley

jadeaba fuertemente por aire y miró, sorprendida, el rostro retorcido de Johner.

—¡Está justo detrás de mí!— espetó.

Él la dirigió hacia la escalera. —¡Entonces debemos apresurarnos!-

Ella se volvió, viendo emerger a la criatura al llegar a los peldaños de la escalera. Los peldaños de acero transcurrían por tres costados de un tubo, y ella y Johner treparon para alcanzar a los otros.

Al mirar atrás, se sorprendió de ver que el Alien se sumergía de nuevo bajo el agua, como un submarino, hasta que desapareció. Sin embargo, dadas las circunstancias, aquello no era demasiado reconfortante. Ripley aceleró el paso para alcanzar al resto del grupo. Se preguntaba el motivo de su propia urgencia, y se dio entonces cuenta, que quería hacer saber a Call que estaba bien.

A Call no le sorprendió que Wren fuera el primero en llegar a la cornisa superior. Distephano les había dicho a qué piso necesitaban llegar, y Wren se aseguró de ser el primero en conseguirlo. En este momento, aquello apenas si le importaba a Call. Lo que necesitaban hacer todos ellos era alejarse del Alien tanto como pudieran, y tan rápido como pudieran. Si acaso él sabía como abrir la puerta, tanto mejor.

Wren se balanceaba en el angosto borde, junto a la puerta de acceso a mantenimiento mientras Call llegaba a su lado. Él continuaba mirando hacia abajo a los demás, que todavía subían, y tecleó una serie de códigos en un pequeño teclado que había junto a la puerta.

—¡De prisa!— le apresuró Call, incapaz de ver si el Alien todavía iba tras ellos.

—¡Está atascada!— Gritó Wren. Estrelló el puño sobre el teclado, en frustración. —¡Mierda! ¡Un arma!— dijo tendiéndole una mano, sin siquiera mirarla, del modo en que cualquier cirujano haría para solicitar el instrumental que su asistente debiera proporcionar.

Call miró de nuevo hacia abajo, deseando poder ver más, y automáticamente le entregó la pequeña arma que Vriess le había dado. Ni siquiera pensó en lo que había hecho hasta que alzó la vista y vio el cañón apuntando directamente hacia ella.

¿Cómo pude ser tan estúpida? Pensó enfadada. Se había distraído tanto por la desaparición de Ripley, por el Alien que los perseguía...

La expresión de Wren era de presuntuosa satisfacción cuando apuntó y disparó a quemarropa. Call recibió el proyectil justo en el pecho, e instantáneamente se aferró la herida, mirando consternada a Wren. Sus extremidades se adormecieron, su cerebro dejó de procesar y cada órgano de su cuerpo luchaba por su vida. Al acrecentarse la inconsciencia cayó, en picado, por el costado del largo cubo del ascensor.

Vagamente, pudo oír a Vriess gritar, —¡NOOOOOO!— mientras caía pasándole a él y a Christie, pasando a Johner, pasando a Ripley-

¿Ripley? ¿Ripley? ¿Lo lograste...? Después golpeó fuertemente el agua y se hundió, cayendo y pasando al Alien sumergido que la observó caer sin hacer más movimientos-

El último pensamiento consciente de Call fue, *Ripley lo logró. Ripley lo logró.*

Ripley vio caer a Call y quedó atónita por la impresión, entonces le sorprendió sentirse así. Vio el cuerpo de Call golpear el agua y hundirse, vio cómo la mujer se hundía hasta el fondo, vio cómo Call pasaba a un costado de la silueta del Alien bajo la superficie de la piscina. Algo

pugnaba por salir en los resquicios de su mente. Algo-

Una pequeña niña rubia, caminando en agua hasta la cintura, gritando su nombre. —¡Ripley! ¡Ripley!- Apresurándose para salvar a la niña, apresurándose contra el tiempo y los monstruos. —¡Ya voy! ¡Aguanta, ya voy!- Pero cuando llegó ahí, hasta el agua, no había nada. Nada salvo la cabeza de una muñeca de plástico hundiéndose entre olas, justo como Call se estaba hundiendo ahora. Y ella estaba sollozando, gritando, —¡Tengo que salvarla! Ellos no la matarán. Debes entenderlo, ellos no la matarán...-

Ripley levantó la vista. Miró a Wren. Wren, quien la había creado para sus propios fines. Wren, quien había matado a Call a sangre fría. Más fría aún que la de los Aliens. La sangre más fría de todas. El doctor estaba trabajando de nuevo en el código sobre el tablero que abría la puerta. Ripley dejó de analizar sus sentimientos y comenzó a moverse, apresurándose por la escalera, pasando a Johner, pasando a Purvis y a Distephano, pasando a Christie y a Vriess.

Vriess comenzó a gritar histéricamente. —¡WREN! ¡BASTARDO! ¡HIJO DE PUTA!— Enloquecido, el hombre paralizado cargó su arma y comenzó a disparar hacia el doctor, pero su posición en la espalda de Christie alteraba su puntería. Las balas rebotaban alrededor del científico, y entonces la puerta se abrió, y él desapareció en su interior, justo cuando Ripley llegaba a la cornisa.

Se estiró hasta la puerta, pero esta se deslizó hasta casi cerrarse en su cara. Ella interpuso las manos entre los paneles, justo antes de que se cerraran e intentó abrirlos, intentando forzarlos a deslizarse nuevamente, pero finalmente tuvo que sacar los dedos. Las puertas se sellaron firmemente. Ripley gritó, con el mismo grito de furia que había lanzado sobre el Alien muerto. Golpeo la puerta, frustrada.

Una parte distante de su mente se preguntaba si acaso no se había sentido mejor antes de descubrir esos sentimientos.

—¡Vriess!— Gritó Christie al enfurecido hombre a su espalda, —¡VRIESS! ¡Deja de disparar hombre! ¡Lastimarás a alguno de nosotros! ¡Déjalo ya!-

De algún modo las palabras le llegaron al hombre paralizado y Vriess se detuvo. Christie sentía el peso combado de Vriess contra su espalda, totalmente agotado. —Oh mierda, Christie,— se quejó, —ese bastardo ha matado a Analee. La pequeña Analee...-

—Sí, hombre,— dijo Christrie, sintiendo que su garganta se cerraba. —Era una luchadora. Una estupenda mujer. Lo lamento hombre.— Vriess temblaba contra su espalda, y Christie esperaba que no estuviese llorando. Si Vriess lo perdía ahora, Christie temía que, después de todo lo que habían pasado, él también podría perderlo, y no podía darse ese lujo. No mientras aún cargaba con Vriess.

De pronto, Vriess se tensó. —Oh, mierda, Christie. Muévete, muévete. ¡MUEVETE!-

El enorme hombre echó un vistazo hacia abajo para ver que el Alien que se había sumergido en la piscina súbitamente se proyectaba hacia arriba, alcanzando la escalera y comenzando a treparla como un mono. ¡Un mono acróbata! ¡Demonios, cómo se movía esa cosa!

Christie se puso en sobre marcha, jalándose a sí mismo y a Vriess por la escalera, peldaño a peldaño. —¡Haz algo! ¿Quieres?— le ladró a Vriess.

Podía sentir que Vriess tironeaba de su revólver, luchando con él. —Está atascada. ¡Demonios!-

Sosteniéndose con una mano, Christie intentó disparar hacia abajo hacia el persistente monstruo, pero no podía disparar lo suficientemente bajo con Vriess a su espalda. Las balas pasaban inofensivamente sobre la cabeza del Alien, y rebotaban en el muro opuesto.

El Alien continuó subiendo más y más, pero luego se detuvo. Christie le echó un vistazo, solo para ver que la criatura abría sus aceradas mandíbulas y escupía un chorro de veneno hacia ellos, como una cobra monstruosa.

La puntería del Alien fue perfecta; la corrosiva sustancia golpeó directamente a Christie en el ojo derecho. La conmoción y sorpresa fueron abrumadoras, y el súbito y ardiente dolor fue tan repentino, tan inesperado, que Christie gritó y perdió asidero. Los dos hombres se precipitaron hacia la criatura que los esperaba, y todo lo que Christie podía hacer era gritar y aullar por el dolor que disolvía su cara.

La caída se detuvo con un tirón abrupto, forzando a Christie a centrar su atención en algo más que su propia agonía. De algún modo, Vriess se las había arreglado para asir uno de los peldaños mientras caían. El torso del hombre paralítico era increíblemente fuerte, mucho más fuerte que lo que su pequeña talla podía implicar, pero, ¿sería lo suficientemente fuerte para sostenerlos a ambos? Intentando forzar su mente para concentrarse en su supervivencia, en vez del ácido que aún corroía su piel y rostro y su ojo deshecho, Christie se percató del obstáculo en que ahora se había vuelto él para Vriess. Aquello era lamentable, realmente. Absolutamente lamentable.

Vriess consiguió aferrarse al peldaño con la otra mano, pero Christie podía ver con su ojo sano que sus pies colgaban inútilmente justo por sobre la cabeza del monstruo. Con un gruñido por el esfuerzo, Vriess comenzó a impulsarlos a ambos hacia arriba, pero súbitamente la mano del Alien se aferró a la pierna de Christie como una prensa. El enorme hombre gimió, asqueado por el contacto inhumano y por lo que ello implicaba. Pensó en Elgyn. Y en Hillard.

El Alien jaló, su fuerza era igual a la de cinco hombres, quizá diez. Christie escucho gemir a Vriess, lo sintió aferrarse al peldaño con toda la fuerza que le quedaba.

Christie tuvo un súbito recuerdo de Kawlang.

— De él inclinado sobre Vriess en un horrible lugar pantanoso, viendo la metralla clavada en la espina de Vriess. Recordó que Vriess sollozaba, gritaba —¡Largáos de Aquí! ¡Dejádme! ¡Todos moriréis si no me dejáis aquí!— Recordó que Elgyn le gruñía, —Vriess ¿quieres cerrar el pico?— y asentía hacia Christie. Recordó que Hillard ató al hombre lastimado a sus espaldas, y que Johner no paraba de refunfuñar todo el tiempo. —Si nos matan a todos, maldito bastardo,— perjuró Johner, —te voy a maldecir, hijoputa.— Casi habían salido limpios de ahí cuando les tendieron aquella emboscda, y Johner quedó con aquella cicatriz en su rostro. Culpaba a Vriess por —¡haber perdido mi maldita galanura!— y las cosas nunca volvieron a ser iguales entre ellos.

Pero todo lo que Christie podía recordar ahora era haber llevado entonces a Vriess sobre su espalda, sintiendo la sólida presencia contra él, repitiéndole una y otra vez, —Hombre, no te me mueras. Debes cuidarme las espaldas, camarada. Solo continúa cuidándome las espaldas.-

Era gracioso como la mente podía trabajar tan rápido cuando no había tiempo que perder.

El Alien dio un leve tirón casual, y Christie podía jurar que la bestia les sonreía, que jugaba con ellos. Vriess jadeó, todavía sujeto a la escalera con todas sus fuerzas.

Ahora es mi turno de ir a la espalda, pensó Christie, *cuidándote las espaldas. Pero, amigo, creo que se nos han acabado las opciones. Y Dios, nunca antes algo me había dolido así, no de esta manera, jamás.*

El Alien tironeó de nuevo, y Vriess gimió. Christie sintió que las manos de su camarada comenzaban a resbalarse casi como si fueran sus propias manos asiendo los peldaños.

Johner no podía creerlo cuando vio que Vriess se aferraba a la escalera para detener su caída. Fue un movimiento asombroso, pero parecía como si al tullido y a Christie se les acabara la suerte. Podía ver que el Alien los había apresado, jugando con ellos. Y Johner pudo ver la torturada expresión de Vriess mientras se aferraba luchando por su vida y la de su viejo amigo.

Sin pensarlo dos veces, Johner separó los brazos, sujetando un arma en cada mano. Colgando sus rodillas sobre un peldaño, se desdobló como un acróbata, colgando boca abajo con la escalera a sus espaldas, dejando libres sus manos y manteniendo las piernas en una posición firme. Apuntando al enorme y negro cráneo por entre sus compañeros, le disparó al monstruo.

Las balas se precipitaron, pasando a los dos derrotados hombres, e impactando sólidamente sobre la enorme cabeza del Alien. Hubo una pausa momentánea-

Y entonces la cabeza de la bestia explotó de golpe, derramando una gran cantidad de sangre y tejido. Algo de ello aterrizó en la escalera, que comenzó a sisear, pero Vriess y Christie parecieron salir sin mayor daño.

—¡Te atrapé, bastardo!— gritó Jonher y después se enderezó para continuar subiendo.

En cualquier caso, tan pronto como estuvo enderezado, se enfrentó cara a cara con algo que había en la escalera, algo horrible. Su cara se contrajo por el horror, y casi cae de espaldas, cuando descubrió las dos hebras de una gran tela de araña con una horrible...cosa... que pendía en su centro.

Con un agudo grito, Johner elevó su arma y disparó al maldito insecto. Después, al darse cuenta de lo que había hecho, de cómo había reaccionado, trepó al escalón y comenzó a temblar.

—¿Está muerto?— jadeó Vriess, todavía colgando de la escalera.

—Oh, Sí,— susurró Christie, apenas capaz de poder hablar dado el dolor. —Muerto y bien muerto.— Su agonía era casi total, pero aún estaba consciente de que la inmóvil criatura colgaba de su tobillo. No podía agitarla lo suficiente para que se aflojara. Colgaba, con un peso muerto, permanentemente unido a él. Vriess estaba perdiendo asidero. Definitivamente se les habían acabado las opciones.

Vriess debió haber mirado hacia abajo, percatándose de lo que había ocurrido. Todavía murmuraba la misma letanía de —Oh, mierda, oh mierda, oh mierda...-

Estás en lo cierto, viejo amigo, pensó Christie, delirando de dolor. Sintió que Vriess se desasía un poco más.

Sin opciones.

Desde más arriba, los otros debieron percatarse de lo que sucedía. Escuchó, vagamente, que Distephano maldecía, escuchó que Ripley súbitamente gritaba. Quizá estuviesen bajando a por ellos —pero no lo lograrían a tiempo. Christie sabía lo que debía hacer.

Rebuscando en su bolsillo lateral, Christie sacó su cuchillo.

La voz de Ripley le llegó, fuerte, aguda, demandante.

—¡CHRISTIE NO! ¡DEMONIOS, NO LO HAGAS!-

¿Qué hay de eso eh? Pensó el hombre herido, mientras deslizaba su cuchillo bajo las correas que lo ataban a Vriess. *Ni siquiera pensé que sabía mi nombre*.

Detrás de él, Vriess notó lo que su amigo pretendía hacer. —Hombre... ¿Qué?... ¿Qué demonios estás...? ¡Christie! ¡No! ¡Noooo!-

¡Deja de gritar, hombre, y guarda tus energías! Pensó Christie, atontado. Estaba tán débil por el dolor y por el peso muerto que colgaba de su pie, que apenas tenía la fuerza suficiente para cortar las correas que lo ataban a su amigo. Pero tenía que hacerlo. O de lo contrario, ambos morirían. Cerró los ojos y se forzó a hacer un esfuerzo final.

Escuchó su nombre a labios de sus amigos, hombres y mujeres por igual, cuando las cuerdas cedieron al fin. Christie y el Alien se precipitaron hacia abajo, golpeándose con los bordes metálicos antes de golpear finalmente el agua y desaparecer.

Cuando quedó liberado del terrible peso de su amigo y el monstruo, Vriess se aferró a la escalera con más ahínco. Christie había muerto para salvarle; no podía deshonrar a su amigo rindiéndose ahora. Pero aún así, ¿cómo podría continuar la marcha? Elgyn, Hillard, Call. Ahora Christie.

Pero Christie había muerto para salvarle. Él debía vivir. Vivir como un tributo a ese sacrificio.

Con las manos acalambradas, Vriess trepó peldaño a peldaño casi por fuerza de voluntad, llorando en todo el trayecto.

11

Ripley se hallaba de pie en el angosto borde de las puertas del ascensor, intentando discernir el siguiente paso. El sacrificio de Christie, tan inmediato a la muerte de Call, había agitado sus emociones. Pero no tenía tiempo para sentir, para condolerse, incluso para reconocer que estaba experimentando esos sentimientos.

Sin embargo, podía sentir la presencia de otro guerrero que era enviado a ocupar el lugar de aquel que había matado Johner. Redobló sus esfuerzos en el teclado, intentando abrir las puertas. ¿Habría Wren saboteado el portal de algún modo?

El pensar en Wren, incluso brevemente, incrementaba su rabia. No cabía duda, él iba en camino a abordar el *Betty*, y camino a la escapatoria, dejándoles a ellos a negociar con los Aliens.

Distephano y Purvis la observaban, esperando que diera algunas respuestas. Ella suspiró, frustrada y se preguntaba por qué pensarían ellos que ella tenía las respuestas. Entonces se preguntó por qué le importaba lo que *ellos* pensaban.

Para empeorar las cosas, Johner llegó finalmente a la cima de la escalera y, para su angustia, la miró directamente y le preguntó, —¿Y ahora qué hacemos?-

¡No! ¡Él también!

Antes de que pudiera responder que el portal estaba bloqueado y que se le habían acabado las ideas, las puertas comenzaron a sonar ruidosamente. Sorprendida, Ripley casi pierde el equilibrio. Se volvió y se dio cuenta que el tablero parpadeaba con una señal intermitente, y después las luces del portal comenzaron también a parpadear.

Todos se quedaron paralizados, y sacaron sus armas al unísono, apuntando a las puertas. Nadie respiraba.

¿Habrá reconsiderado Wren y vuelto a por nosotros? Se preguntó Ripley, desechando inmediatamente una noción tan ridícula. Especialmente, porque había otro escenario más factible. *Ellos han aprendido cómo abrir las puertas. No puedo imaginarme cómo lo hicieron.*

La propia Ripley estaba desarmada, y solo podía permanecer en aquel bordillo muy quieta, observando las puertas, esperando las malas nuevas. *¿Qué más podía ser?*

Miró a lo largo del portal y se percató que la parte inferior chorreaba agua. ¿Agua...?

Entonces, finalmente, las puertas se abrieron con un siseo y Ripley miró, tan atónita como todos los demás.

¿Call? No, eso no es posible...

La menuda mujer estaba engarrotada y tiritando. Goteaba agua de los pies a la cabeza, pero fuera de eso, no parecía estar mucho peor. ¡Ni siquiera respiraba fuertemente! Ella miró a todos en la escalera, con los ojos como platos, observándola, y dijo secamente, —por aquí.-

Pero nadie se movió. Todos estaban demasiado sorprendidos, no podían comprenderlo. Permanecieron plantados ahí, con sus armas absurdamente apuntando hacia ella.

—¡Andando!— Dijo, dando luego una palmada para motivarles.

Finalmente, respondieron como un grupo y comenzaron a trepar, uno por uno, hacia el bordillo de las puertas. El grupo llegó hasta el otro lado, emergiendo hacia el corredor de la nave.

Vriess finalmente llegó a la cima de la escalera y Purvis y Distephano le aferraron por los brazos y le subieron. Vriess distinguió la estancia donde los otros se hallaban, medio colapsados, intentando recuperar el aliento.

Vriess recibió a Call con una total sorpresa. —¡Nena, qué gusto me da verte! Estaba seguro que ese idiota te había alcanzado. ¿Estás herida?— Le tendió una mano para que la estrechara.

Pero ella se limitó a darle la espalda al grupo, murmurando, —Estoy bien.-

La mirada de Ripley saltaba de uno a otro, y ellos le devolvían la misma mirada atónita que tenía ella, con las mismas preguntas que ella se hacía, incluso Vriess.

Quedamente, Distephano preguntó —¿Es que llevas puesta una armadura?-

—Sí,— dijo ella para terminar con eso. —Vamos.-

Pero Ripley no se lo tragaba. Había visto a Call con el chaleco abierto cuando estaban abajo. Su delgada y húmeda remera se pegaba claramente a sus costillas. No llevaba protección alguna. Se acerco a la mujer.

—Te dio en el pecho,— dijo suavemente, —lo ví.-

Call la miró, desafiante. —¡Estoy bien!-

Ripley clavó la vista en sus oscuros ojos, con aquella mirada penetrante suya, buscando la verdad, buscando respuestas. Call no pudo sostenerle la mirada. Su barbilla tembló débilmente y entonces, súbitamente, la ruda mecánica se desmoronó y comenzó a llorar como un chiquillo perdido.

Sus lágrimas tocaron a Ripley de un modo muy visceral. Pero aún así, tomó los bordes de su chaleco y lo abrió gentilmente.

En efecto, le habían disparado directamente en el pecho— pero en vez de mostrar sangre, hueso y tejido pulmonar, la horrible y profunda herida reveló una confusa maraña de partes de ordenador, órganos manufacturados, componentes de memoria, tubos y cables sintético orgánicos.

—Un robot.— Dijo Ripley con voz seca.

Desde algún profundo lugar en su interior, afloró un recuerdo. *Prefiero el término ‘persona artificial.’* Cerró los ojos, cansadamente.

—Hijo de puta,— murmuró Johner, asombrado. —La pequeña Analee está llena de sorpresas.-

Ripley dejó caer las manos, hablando casi para sí misma. —Debí imaginarlo. Toda esa mierda sobre ser *humano*. Nadie es tan entusiasta como un *Vuelto a Nacer*.-

Distephano se había acercado y parecía estar examinando el líquido blanco azulado que Call usaba por sangre. Estaba salpicado en su pecho y ropas, pero era obvio que ella ya lo había controlado. Debió hacerlo, puesto que todavía funcionaba.

—Creía que los sintéticos debían tener toda esa mierda de la lógica y tal,— dijo Johner al grupo. —¡Esta es una vieja psicótica!-

Ripley tuvo que abstenerse de voltear a mirarlos. Cuán fácilmente descubría Johner a uno de su propia clase.

—¿Una terrorista?— Preguntó Purvis nerviosamente. —¿Entonces, no estaba ella aquí para protegernos?-

Ripley intentó hallar la respuesta en los ojos de Call, en su expresión, pero la mujer —el robot — no le estaba dando ninguna respuesta.

La voz de Vriess casi se quebró. —Eres de Segunda Generación, ¿verdad?-

Ripley buscó en sus recuerdos, pero no pudo encontrar referencia alguna sobre aquel término. Después de su tiempo, y ¿antes de este?

—Dejádme en paz,— dijo Call cansadamente, una vez controlado su llanto. Sus lágrimas, quizá, pero no su voz. Su dispositivo de voz se distorsionaba un poco, revelando los efectos del daño. Sus palabras eran un poco lentas, con un extraño eco mecánico. Era escalofriante.

—¿Call...?— Presionó Vriess, esperando su respuesta. Sintiendo, quizá, que se la merecía.

Con amargura, ella respondió, —Sí.-

—¿Segunda Generación?— Ladró Johner, riendo. —Mierda, eso lo explica todo..-

Ripley no reconoció el término. Pero no hizo ninguna pregunta, solamente escuchó y aguardó.

—Eres un Autómata, ¿verdad?— Preguntó Distephano.

Se escuchaba extrañamente interesado, no recriminando. Sin duda él estaba recordando cuando Call había salvado su vida en el comedor, donde Johner seguramente lo habría matado a sangre fría.

Distephano debió notar la confusión en el rostro de Ripley, y se percató que no tenía forma de interpretar todo aquello. Él le explicó, —robots diseñados por *robots*. Altamente éticos y emocionales. Se suponía que iban a revitalizar la industria sintética. En vez de eso, la destruyeron.-

Ripley volvió a mirar a Call. Se acordó de Bishop. Entonces, se acordó de Ash. Ahora comprendía. —Ellos eran demasiado buenos.-

Distephano asintió. —No les gustaba que les dijeran qué hacer. El gobierno ordenó una *reprogramación*.— Su voz se hizo más suave. —Una jodida masacre. Siempre oí decir que solo algunos de ellos lograron salir intactos, pero, ¡Cielos! ... Nunca creí que llegaría a ver uno.-

Ripley observó a Vriess de reojo. Parecía decepcionado y triste, casi descorazonado, como un hombre que lo hubiera perdido todo.

Purvis miraba de uno a otro, nerviosamente. —Genial. Es genial. Es un maldito tostador. ¿Ya nos podemos ir?-

El rudo recordatorio fue el incentivo que necesitaron para reaccionar ante la sorpresa. Todos parecieron recobrar la compostura.

—¿Cuánto tiempo tenemos antes de aterrizar?— Preguntó Johner al soldado.

—Menos de dos horas.— Respondió Distephano.

—Y ya vamos retrasados,— refunfuñó Johner. —Debemos irnos ya.-

Call se apartó del grupo, evidentemente, para hacer más reparaciones en su cavidad. Los hombres súbitamente comenzaron a hablar al unísono, interrumpiéndose unos a otros. Una vez más, Ripley los observaba distante, sintiendo cómo se desviaba la dinámica de grupo una vez más. Solo que en esta ocasión, Call, como la propia Ripley, estaba fuera del grupo, separada de ellos. Para no reunirse jamás.

Se acordó cuando Call le tendió el lanzallamas en el laboratorio de clones.

En aquel desastre de conversación, se percató que Vriess miraba en dirección a Call. Aún se veía acongojado, decepcionado. Ella lo escuchó murmurar con disgusto, —Jesús...-

—Sí,— concordó Johner, —se le aflojó un tornillo, quizá solo necesite un cambio de aceite. No puedo creer que casi me follo a la cosa.-

Vriess lo miró con desagrado. —Sí, claro. Como si nunca antes hubieras follado con un robot.-

Se estaban separando, pensando individualmente una vez más, ya no como una unidad. Ripley no quería asumir el liderazgo, pero no veía otra alternativa. Christie estaba muerto. Adelantándose, preguntó, —¿Dónde estamos exactamente Distephano?-

—En las cubiertas superiores,— dijo él. —El almacén... La capilla está arriba, pero no hay mucho más por aquí.-

—¿Podemos llegar a la nave desde aquí?-

—Está a unos cinco niveles más abajo,— dijo él, pensando. —Es posible.-

Johner tuvo un presentimiento, uno muy malo. —¿Y qué tal si el buen doctor llega primero al *Betty*?-

—¡Mierda!— Maldijo Vriess.

Ripley miró al soldado. —¿Hay otra manera? ¿Una más rápida?-

Él consideró. —Eh... sí. A través de los muros. Debemos desbloquear la puerta. Tomará algún tiempo.— Bajó la vista hacia Vriess. —¿Tiene usted herramientas?-

Todos recordaron la silla abandonada.

Vriess negó con la cabeza

—¡Solo volemos la maldita puerta!— Decidió Johner simplemente.

Distephano apunto al techo. —Estamos en la cima de la nave. Aquel es el casco exterior.-

—Y si Wren accesa a la computadora,— se percató Ripley, —nos va a joder, y bien.— *Y lo haría. Sin dudarlo.*

—Debemos encontrar una terminal,— anunció Johner.

—No hay consolas en este nivel,— explicó Distephano. —Debemos regresar.-

—¿Regresar?— Exclamó Ripley incrédula. —De ningún modo.-

El soldado suspiró disgustado. —Y yo no sé los códigos de acceso de Wren.-

¿Qué sigue ahora? ¿Más malas nuevas? Ripley se pasó distraídamente la mano por el cabello, pensando, intentando pensar en-

Se volvió y miró a Call, que seguía apartada, todavía reparando su cavidad. Dio un paso hacia el robot. —Call.-

El robot no la miró, nunca indicó que la había escuchado. Su voz sonaba un poco más clara, y dijo, —No. No puedo.-

Johner se aferró a lo mismo. —¡Y una mierda! ¡Ella es un maldito transmisor!-

—Mierda,— murmuró Vriess. —Es cierto. Eres un androide de modelo reciente. Puedes accesar a la computadora central por control remoto.-

Call sacudió la cabeza decididamente, todavía sin mirarles. —No puedo. Quemé mi módem. Todos lo hicimos.-

Vriess se inclinó hacia ella. —Aún así puedes conectarte manualmente, y lo sabes.— Su voz se había suavizado de nuevo.

Aquel tono debió tocar algo en Call, porque finalmente levanto la vista, mirando a todos ellos. Su expresiva oh-tan-humana cara revelaba desagrado, ira, enojo. Sabía que no tenía opción. Era esa clase de acuerdos. Ripley lamentó haberla forzado a hacerlo de ese modo.

¿Pues quién de nosotros tiene alguna opción aquí?

—Hay puertos en la capilla,— dijo Distephano con voz monótona.

Ripley tocó suavemente el hombro del robot. —Vamos,— le dijo suavemente.

Al percatarse que los demás las miraban, volvió la cabeza hacia el grupo, —vosotros, intentad desbloquear la puerta.-

Inmediatamente todos pusieron manos a la obra, como si les hubiera prendido fuego en los pies.

Al entrar Ripley y Call en la capilla, Call se preguntaba sobre la diferencia de Ripley y de cómo se vería reflejada en su propia diferencia. A pesar de la actitud que Ripley había tomado en el laboratorio de clones, la fría distancia que ella mantenía continuaba existiendo, o por lo menos así lo creía Call. Pero era claro que, tras todas las dificultades que habían pasado, el nadar bajo el agua en la cocina, después trepar por el conducto del ascensor, algo había cambiado. Quizá esas experiencias habrían finalmente resucitado a la verdadera Ripley. Quizá este clon de mujer que había luchado tan intensamente para destruir a los Aliens, era finalmente humana en su totalidad.

Resucitando justo a tiempo para salvar a su gente una vez más.

Al menos ella tiene gente a quién salvar, pensó Call amargamente, recordando, ahora y por siempre, la mirada en el rostro de Vriess cuando vio su herida, cuando se percato de lo que era ella. De forma distante, se preguntó lo que hubiera pensado Christie si hubiera vivido. *Pobre Vriess. Lo ha perdido todo, a todos los que en algún momento le importaron, incluso a mí. Ya nunca volverá a verme de la misma manera...* El perder su afecto significaba mucho más para ella de lo que se había imaginado.

Oh, Ripley, pensó, estabas mejor cuando te importaba una mierda la gente. Desearía poder encontrar esas conexiones dentro de mí y apagarlas.

Pero ella estaba programada para eso —*emociones humanas, respuestas empáticas*. Unas palabras muy grandes para explicar las motivaciones genuinas de un robot.

Ella miró en derredor a la pequeña habitación. Era una capilla clásica, escrupulosamente limpia y muy pequeña. Había un altar, una variedad de símbolos religiosos que podían intercambiarse para la religión que se llevara a cabo —una estrella de David, una cruz plana de plata, un estandarte verde con una luna creciente, e —irónicamente— una paloma de la paz. Casi la hizo reír el ver ese símbolo ahí en aquel complejo militar espacial, cuyo único propósito era desarrollar la más mortífera arma bioquímica jamás descubierta.

El único símbolo religioso que falta es un chip de computadora con rayos divinos saliendo de

él, para aquellos que, como Wren y Pérez, solo adoran la tecnología.

Tras el pequeño altar había una ventanilla falsa de cristal plastificado, empotrada a la pared y alumbrada con bombillas. El último servicio aquí debió ser Cristiano, porque la cruz estaba colgada ante la ventana del altar. Sin siquiera pensarlo, Call se persignó.

Ripley parpadeó por la sorpresa. —¿Estás programada para eso?-

Call le dirigió una amarga mirada. *No, no estoy programada para eso. Tengo un cerebro funcional. He examinado el tema. Y sucede que creo. Pero no tiene caso discutir eso contigo. No has vivido lo suficiente para desarrollar tu filosofía, clon.*

Inmediatamente se sintió culpable. ¿Quién era ella para menospreciar a un ser humano *real*? ¿A uno que poseía un alma *verdadera*? Cuando ella fuera exterminada, no habría una vida después de la muerte para ella, más de lo que la podría haber para una bombilla.

Call miró en derredor a las bancas y encontró una Biblia. Sacándola de su compartimiento, abrió el dispositivo electrónico. Bajo la cubierta de imitación piel había una pequeña pantalla. Decía: —LA SANTA BIBLIA. PRESIONE 'INICIO'— Reverentemente, Call tocó la pantalla, pensando en el enorme consuelo que las palabras de ese libro le habían proporcionado cuando se le había asignado esta misión, sin importar los riesgos.

Aunque ande en valle de sombra de muerte, No temeré mal alguno; porque Tú estarás conmigo: Tu vara y tu cayado me infundirán aliento...

Inclinándose, Ripley tiró del cordón del puerto de la Biblia, y se lo ofreció a Call.

—No me obligues a hacer esto.— Murmuró Call, con una voz aún distorsionada.

—No me obligues a obligarte,— respondió Ripley.

Ambas hablaban ahora en voz baja; después de todo, estaban en la iglesia.

Call se atrevió a mirar a los ojos a la mujer clonada. La simpatía que halló en ellos casi la enfermó. No obstante, protestó. —No quiero meterme ahí. Mis interiores se sienten líquidos. Parece como si no fueran reales.-

Lo que en verdad quería decir era, *¡He pretendido ser humana durante tanto tiempo, he sido aceptada como humana desde hace tanto, que no recuerdo lo que se siente ser un Autómata! Y esto me lo recordará. ¡Me hará ser de nuevo una máquina! No creo que pueda enfrentarme a eso.*

Ripley aferró firmemente su muñeca, su rostro se veía cada vez más decidido. Con sorpresa, Call se percato que finalmente parecía humana. Finalmente parecía ser la verdadera Ellen Ripley que había muerto hacía doscientos años.

—Supera eso,— le dijo Ripley amablemente. Entonces añadió algo más que, calculó, llegaría a Call a pesar de su daño, a pesar de su pérdida. —*Puedes volar la nave*, antes que llegue a la Tierra. Matar a los Aliens. Matarlos a toso.-

Aquello era el recordatorio que Call necesitaba, por lo que había venido aquí desde un principio. Su misión. Su propósito.

—Sólo danos tiempo de salir primero,— añadió Ripley para finalizar.

Por esto siempre fuiste tú. Se percató call. *Por esto tu siempre sobrevivías, porque siempre los derrotabas. Tu meta. Tu determinación. ¿Genética? ¿Medio ambiente? ¿Fortaleza personal? Da lo mismo. Tú eres Ripley. Tú.*

Call asintió, sintiendo como si algo de la fuerza de Ripley —de la humanidad de Ripley—

estuviese dentro de ella ahora. Jalándo su manga hasta sus codos encontró un pequeño lunar en su antebrazo, y éste era la marca de una pequeña conexión de dos puertos.

Tomando el cable que Ripley le ofreció, lo conectó a su terminal interna, después esperó que comenzaran las conexiones automáticas. Al principio, no ocurrió nada. *¿Habrían saboteado los Aliens la computadora central?* No, aquello era *imposible*. Inclinó la cabeza, escuchando, esperando, sintiendo. —¡Maldicion!— murmuró.

—¿Hay algo?— preguntó Ripley preocupada.

—Aguarda un minuto...-

Entonces ocurrió, todo al unísono.

En un instante, ella era Annalee Call, absolutamente humana, si acaso dañada, y al siguiente, era el *Auriga*. Enorme, en movimiento. Invadida. Sin embargo, extrañamente incapaz de preocuparse. Era tan impersonal para ella como si el centro de la memoria de Annalee Call supiera que había sido creada en una fábrica. Mientras que Call tenía sentimientos y ética implantados en ella, debía enseñársele a usarlos como a un recién nacido. La nave no tenía que lidiar con eso, solamente tenía situaciones y problemas que contender. Todos ellos eran como blanco y negro, sin ninguna área gris. La invasión era solo un problema a resolver. Pero trabajaba en ello.

Como el *Auriga*, ella lo sabía todo, lo veía todo, lo escuchaba todo. Podía verse a sí misma, a Annalee Call, sentada junto a Ripley en la Capilla. Call parecía una muñeca abandonada, con los ojos muy abiertos pero ausentes, las pupilas estaban muy dilatadas. A su lado, Ripley se veía inquieta, preocupada.

Eso la tocó de algún modo, que esta mujer, esta humana, se preocupase por ella. Desde luego, Ripley no era verdaderamente *humana*... No, su cerebro negaba esa noción. Ripley era totalmente humana. Su tipo de sangre, sus uñas, su habilidad de resistir bajo el agua, su fuerza —todo eso no significaba nada a la larga. Ripley era humana. Y eso lastimaba a Call. Tocó a la robot/nave, de una extraña y terrible manera. La nave tenía que pensar en ello.

En el interín, hizo un rastreo de sí misma buscando información, queriendo, necesitando saberlo *todo*.

Ripley dijo suavemente, —¿Call?— —¿Qué ocurre?-

La nave respondió inmediatamente. Ripley no tenía ningún código de acceso, pero Call anuló ese requerimiento. Procedió a decirle *todo* tan rápido como pudo.

—Violación en el sector siete, sector tres. Sector nueve inestable. Motores funcionando al ochenta y seis por ciento. Faltan noventa y seis minutos para llegar a la Tierra.— Había más, mucho más, y la nave habló más y más rápidamente. Intentando revelarlo todo.

Finalmente, Ripley tocó su brazo, y la calidez de ese contacto humano alteró a la nave, la cambió. —Tranquila Call. ¿Puedes regresar ahora?-

El robot parpadeó, separándose de la super computadora de la nave, y volvió a ser simplemente Call, un Autómata con algunos daños. Parpadeo y le dijo a Ripley. —Hemos gastado demasiada energía, no consigo llegar a la masa crítica. No puedo volar la nave.— Tenía sentimientos nuevamente, y eran los más desoladores que jamás había sentido.

Ripley aún la tocaba, mirándola con aquella fría mirada. —Entonces, estréllala,— dijo decisivamente.

El resto del grupo trabajaba afanosamente para desbloquear la puerta sellada —con Vriess ofreciendo cierto nivel de liderazgo, aunque su corazón no le fuera en ello —Larry Purvis intentaba no malgastar tiempo pensando en las extrañas circunstancias que lo habían llevado ahí. Si pensaba en ello, su rabia hacia todos los que estaban a su alrededor estallaría y no podría controlarla. Era una ironía terrible que su única salvación posible residiera en las propias manos de la gente que le había hecho esto, pero esa era la realidad. Y Purvis era realista.

Trabajó más afanosamente que nunca en su vida, y no se permitía pensar demasiado. Intentó espiar por un borde de la puerta, incrustando un tubo entre los bordes para poder hacer palanca. Gruñó, haciendo presión sobre ésta, esperando que su peso pudiera servir para desplazar la puerta, aunque fuese un poco.

Un agudo y penetrante dolor en su pecho le hizo jadear, y se aferró el pecho con las manos. Todos se detuvieron instantáneamente. A pesar del dolor, Purvis estaba totalmente consciente de que johner y Distephano habían sacado sus armas y le apuntaban.

¡No! ¡No, puedo terminar de esta ridícula y estúpida manera! ¡NO!

Apretó los dientes, y esperó. Entonces, tan instantáneamente como había empezado, el dolor remitió. Purvis inhaló profundamente un par de veces. Se había desvanecido. Eran los nervios, quizá. ¿Estrés? Sí, estrés.

Sonrió débilmente a los otros, que lo miraban muy atentamente. —Estoy bien. Estoy bien, de veras. Me siento bien.-

Asintió vigorosamente, como para convencerles con una falsa jovialidad. Las armas bajaron, y todos volvieron a la tarea de abrir las puertas.

Pero Purvis sabía que todos lo miraban de reojo.

Ripley observaba a Call entrar de nuevo en la nave, sus ojos no parpadeaban, las pupilas se habían dilatado nuevamente, primero una, después la otra.

—Nivel recalibrado... Nuevo rumbo siete, sesenta, cuatro, cero tres. Cuadrante deshabitado. Sistema de frenos anulado, incremento de aceleración. Tiempo de impacto cuarenta y tres minutos, ocho segundos.-

—Intenta abrirnos un camino hacia el *Betty*,— le recordó Ripley. —Y enciende los motores.-

Call parpadeó una vez, como para afirmar lo que decía la mujer, después se volvió a meter en el trance.

El *Auriga* verificó los corredores que llevaban hacia la nave pirata. Abrió cuatro puertas en sucesión para dar un rápido acceso a la nave. Se metió dentro del propio *Betty*, y la encendió. A bordo del *Betty*, las luces se encendieron, el motor cobró vida. Las pantallas e indicadores también se encendieron, y la nave pirata comenzó a hacer un auto diagnóstico previo para calentarse.

De vuelta en la capilla, la nave le dijo a Ripley usando la voz de Call. —Nave preparada, combustible suficiente...— La nave hizo una pausa. Algo. —Detección de movimiento en el Auriga, sub niveles seis al nueve. Las cámaras no funcionan. Intento de seguimiento no funcional, espere, imagen parcial en tanque de desperdicios, presencia no autorizada...-

Junto al cuerpo de Call, Ripley preguntó ¿No autorizada?

—Inhumana,— especificó la nave.

La voz de Ripley cambió. —¿Cuántos?-

—Por favor espere,— dijo Call/Auriga. —Anulación de emergencia en consola cuarenta-cinco-V nivel uno... Identificación con huella digital...-

Call parpadeó, y se volvió hacia Ripley, siendo Call nuevamente. Con su propia voz, dijo. —Es Wren, casi ha llegado al *Betty*.-

Ripley levantó una ceja. Imitando el tono condescendiente de Wren, le dijo a Call, —¿Y cómo se siente usted al respecto?-

El Doctor Mason Wren llegó a otra puerta cerrada. Las puertas alentaban su avance, pero con sus códigos de seguridad, no había mayor problema para detener su avance. Y en aquel momento, se encontraba a solo cinco puertas del *Betty*. Una vez que abordara la pequeña nave pirata, podría utilizar sus conocimientos del Auriga y sus códigos para obtener acceso a la computadora central y controlar la enorme estación desde el exterior. Era capaz de detener la nave militar, después la pondría en una órbita segura alrededor del planeta más cercano. Una vez estabilizada, contactaría a la milicia para que mandaran el equipo y las tropas necesarias para rearmar la estación y para inmobilizar a todos los Aliens hasta poder contenerlos nuevamente. Entonces volvería al trabajo, con más especimenes para trabajar de los que se había imaginado.

Pero lo primero era lo primero. Y su primera prioridad era llegar al *Betty* y salir de ahí.

Todavía lamentaba haber perdido al clon Ripley en el proceso, pero cuando menos, había podido estudiarla durante algún tiempo. Y ahora contaba con más especimenes de Aliens de lo que podía esperar, así que no sería necesario clonarla de nuevo. Tenían suficientes muestras de su sangre congeladas. Ahora sería sencillo clonar cientos de Ripleys, cada una con una Reina creciendo en su interior.

Wren se detuvo ante la puerta cerrada y tecleó su código de acceso. Las luces en el tablero parpadearon por un momento, y después la luz roja de —sellado— se volvió verde. Con un sonido apagado, las puertas se abrieron.

La voz de *Padre* anunció. —Anulación de emergencia confirmada.-

La enorme puerta comenzó a ascender. Wren miraba nerviosamente en derredor. Estaba muy cerca ya-

A unas pulgadas del suelo, la pesada puerta detuvo el proceso, permaneciendo inmóvil. Estaba demasiado bajo como para poder pasar por ahí. Wren refunfuñó, y tecleó sus códigos nuevamente. Pero esta vez, *Padre* no respondió.

Cuando estaba por teclear nuevamente sus códigos, todas las luces del corredor se apagaron súbitamente. Ahora estaba casi en penumbra, y solo había un débil brillo de las luces del teclado y de las luces de emergencia.

Wren pudo de hecho sentir cómo se le iba el color de las mejillas. Miró atrás nerviosamente, tragándo saliva con esfuerzo. Humedeciendo sus secos labios, dijo suavemente. —*Padre*, reinicia los sistemas en el cuarenta-cinco-V. La autorización se ha detenido.-

Solo había un mortal silencio. Wren lo rompió sudando profusamente, a pesar que sentía escalofríos. *¿Pudieron haber hecho esto los Aliens? ¿Ocasionar un desperfecto tan amplio, o un fallo de computadora tan completo que..?*

— *Padre*, localiza la falla de energía. Reporta.— Más silencio.

—¡*Padre*!-

La voz que le respondió proveniente de los altavoces era joven y femenina. —*Padre* ha muerto, imbécil.-

La reconoció instantáneamente. Era la voz de esa pequeña terrorista, Call, la que había descubierto en la celda de Ripley. Se giró, intentando verla. Pero la voz provenía de todas partes, como había hecho siempre la voz de Padre.

La puerta que había tratado de abrir súbitamente se cerró de golpe, casi en sus propios pies. Los seguros volvieron a activarse. El sonido era final. Irrevocable.

Wren se quedó ahí, mirando la puerta estupefacto. Mirando la nave entera, que se había convertido en su asérrimo enemigo.

Detrás de él se abrió una puerta diferente. Podía ver la luz de emergencia parpadeando sobre ella, como una flecha que apuntase en su dirección. Diablos, aquella no era la puerta correcta, era la *incorrecta*. No había modo de llegar al *Betty* por *esa* puerta.

La voz de Call resonó a través de la nave. —Intruso en nivel uno. Intruso en nivel uno. Todos los Aliens, favor de dirigirse al nivel uno. El Doctor Wren está ahí.-

Wren jadeó por el terror, volviendo a girarse y echando a correr por donde había llegado.

SEXTA PARTE

Ripley observo a Call sacando el cable del puerto en su brazo. —Tienes tu lado oscuro,— dijo ella, ayudándole. —Me gusta eso.-

Call evitó su mirada. —Está hecho. Eso deberá bastar— su voz volvía a distorsionarse, sonando mecánica. —¡Demonios!— Metió una mano en su cavidad, intentando repararla.

Ripley se inclinó hacia ella, pensando que podría ayudar. —Déjame ver.-

Call se apartó, todavía sin mirarla. —No me toques.-

Dolida, Ripley se hizo a un lado, poniendo espacio entre ellas. El rechazo dolía, y la enojaba que doliera.

—Debes pensar que esto es muy divertido,— dijo Call, todavía con voz extraña. Levantó la cara y miró a Ripley. Los ojos de Call eran desafiantes. Molestos.

Ripley suspiró, súbitamente cansada. —Sí pero últimamente he visto muchas cosas divertidas. Pero no creo que lo sean.-

Call la miró, con repentina furia. —¿Por qué sigues viviendo? ¿Cómo puedes soportarlo? ¿Cómo puedes... *soportarte*?— Su mecánica voz, se escuchaba más y más extraña.

Ripley se encogió de hombros. —No tengo opción.— En realidad nunca había tenido opciones, ninguna desde el momento en que había despertado prematuramente del sueño criogénico en una nave llamada el *Nostromo*. De cualquier modo, Call solamente hablaba de ella misma, no de Ripley.

Call volvió su atención a su cavidad, luchando por manipular cualesquiera que fueran las partes que controlaban su mecanismo de voz.

—Al menos hay una parte de ti que es humana. Yo solo soy... solo soy... Diablos. Mírame...-

Ripley lo hizo, miró el agujero de su pecho, la blanquecina sustancia que salía y las pegajosas fibras internas. Había algo tan familiar... parpadeó, recordando a Bishop, su coraje, su *humanidad*.

—Soy asquerosa...— se quejó Call amargamente. Su voz se estaba alentando, sonando más baja y extraña, como una cinta mal grabada. Ripley sabía que el problema era mecánico, pero a sus oídos, aquello sonaba a pesadumbre.

—¿Por qué no te destruyeron a ti como a los otros?— Preguntó Ripley.

Call la miró sombríamente. —Para matarte, ¿recuerdas?-

Se detuvo un momento, y luego volvió a trabajar en su cavidad. —Antes de la ‘reprogramación’ —antes que todo terminara para nosotros — logré acceder al sistema central. El

sistema central de la Defensa. Todas y cada una de las operaciones sucias del gobierno estaban ahí. Incluso esta. Los planes, la responsabilidad de Pérez, los Aliens, tú... Incluso los planes de contratar a la tripulación del *Betty*. Y supe, que si ellos lo lograban, sería el final de todos ellos.— Su voz era nuevamente clara, el timbre adecuado, la velocidad adecuada. —El fin de la Humanidad.-

Ripley se sintió sonriendo. Había algo terriblemente gracioso en todo esto. —¿Por qué te preocupa lo que les suceda a *ellos*?-

—Porque estoy programada para eso ¿vale?— protestó Call.

Ripley comenzó a reír. —¿Estás programada para ser una imbécil? ¿Eres el nuevo modelo de imbécil que sacaron?-

Call no pudo evitarlo, comenzó a sonreír, y después rió a la par de Ripley. Cuando se recobró de nuevo, cuando habló, esta ocasión, había un nivel de preocupación que nunca hubiera estado dispuesta a revelar.

—No podía permitir que hicieran eso,— le dijo a Ripley. —No podía permitir que se aniquilaran a sí mismos. ¿Eso tiene algún sentido? ¿Lo puedes comprender?-

Ripley lo consideró. —Yo lo intenté una vez.— Miró en derredor, viendo destellos de rostros, nombres y cosas que eran más una maraña en su cabeza que recuerdos concretos. —Yo...intenté salvar ... gente... No funcionó. Había una niña. Una pequeña niña rubia. Tenía pesadillas. Yo intenté ayudarla ... y ... y ella murió... Y yo no puedo siquiera recordar su nombre.-

Call palmeó suavemente su mano, apartándose después.

Justo entonces, Distephano entró. —Creo que casi lo hemos logrado.-

—Bien,— dijo Ripley.

Cuando el soldado salió de la capilla, las dos mujeres se dispusieron a seguirlo.

—¿Tú sueñas?— Preguntó Ripley con curiosidad.

Call respondió. —Yo... tengo procesadores neurales que corren en...— se detuvo, y comenzó de nuevo. —Sí.-

—Cuando yo duermo,— dijo Ripley cerrando los ojos, —sueño con eso. Con ellos. Cada noche. Es como si estuvieran todos a mi alrededor. Dentro de mí.— Recordó a la niña decir, *No quiero dormir*. *Tengo sueños que dan miedo*. —Solía tener miedo de soñar, pero ya no lo tengo.-

—¿Por qué no?-

Ripley miró hacia la ventana por un momento. —Porque no importa cuán malos sean los sueños... Cuando despierto, siempre es peor.-

Ripley se preguntaba qué clase de ser supremo podría escuchar las plegarias de un robot, y después se preguntó si al ser le importaría escuchar también las plegarias de un clon...

Las dos mujeres salieron de la capilla en silencio. Al hacerlo la voz de la nave —ahora permanentemente programada con la voz de Call— resonó tranquila a través de los altavoces.

—Sistemas de ventilación estabilizados. Oxígeno al cuarenta y tres por ciento.-

Call parecía sorprendida. —¿Esa es *mi* voz?-

Ripley asintió. —En todo caso, se supone que las naves deben tener voz femenina.-

12

Caminaban apresuradamente, pero con precaución a través de las estancias, con Johner a la cabeza, Distephano, Call y Purvis cargaban a Vriess, y Ripley iba en la retaguardia.

Frente a ella, Ripley escuchó a Distephano decir, —No falta mucho.-

Purvis suspiró. —Dios, estoy tan cansado...-

—Sí, bueno,— espetó Johner con los nervios de punta, —descansaremos cuando estemos muertos.-

Fue entonces cuando Ripley sintió algo pegajoso bajo sus pies. Se detuvo a mirar hacia abajo. Había una sustancia líquida y gelatinosa bajo sus botas. Los demás también la habían descubierto, al pisarla.

Luchó contra la urgencia, luego se inclinó para tocar la sustancia con los dedos, para asegurarse. La mucosa se resbalaba pegajosamente de su mano. *Sí. Ellos.*

Purvis los miraba a todos. —Eh, esto es malo, ¿verdad?-

Ripley volvió la vista al corredor por el que venían avanzando, y luego miró hacia delante. —Seguramente estamos cerca del nido.— Instintivamente, *supo* que los Aliens estaban congregados ahí, no sabía por qué o cómo es que lo sabía.

—Bueno,— dijo Vriess impaciente, —vayamos por otro camino.-

Distephano refutó. —No hay otro camino. Es por aquí.-

Johner casi tenía tics por el miedo. —¡No! De acuerdo, ahora, ¡jódete porque yo no voy a ir por ahí!-

—El soldado tiene razón,— dijo Call subyugada. —Yo hice un diagnóstico de la nave. Este es el camino... a menos que desandemos todo lo que hemos avanzado.-

—Podré vivir con eso,— anunció Vriess. —Podríamos regresar...-

—No hay tiempo suficiente,— dijo Call simplemente, en aquel mismo tono abatido. Miró a Ripley.

—¡Tenemos casi noventa minutos!— Insistió Johner.

Call negó con la cabeza, —ya no.-

—¿Qué estás diciendo?— Preguntó Distephano.

Johner se percató que las dos mujeres intercambiaban miradas y explotó. —¿Qué es lo que hiciste, robot?-

—¡Olvídalo!— le dijo Ripley a Johner.

Pero Johner no la estaba escuchando. Se adelantó, amenazadoramente, señalando a Ripley. —Hey, si tú quieres morir aquí con tus hermanos y hermanas está bien. Pero yo pienso estar vivo mañana, y si este montón de chatarra ha urdido alguna mierda— —señaló a Call— —voy a matarla.-

Se giró para encarar a Call. —¡Te mataré! ¿Eso computa o tendré que dibujarte un esq..?-

Ripley se abalanzó sobre él antes que pudiera siquiera terminar de hablar, antes de tomar un segundo aliento. Su mano aferró su parloteante lengua, mientras sostenía firmemente la mandíbula con la otra. Él se quedó paralizado, incapaz de moverse, incapaz de hablar. Ripley se acercó a la nariz del horrible hombre.

—Ésta haría un estupendo collar,— le siseó, jalándo su lengua amenazadoramente. Después la soltó.

Johner cerró de golpe la boca, y se quedó callado.

Ripley se volvió hacia Distephano. —¿Cuál es la distancia hasta las plataformas de aterrizaje?-

—Cien metros,— estimó el soldado.

Como si fueran uno, todos miraron hacia el prohibido corredor. Parecía vacío, pero...

—Entonces, ¿cuál es el plan?— preguntó Vriess cansadamente.

Todos se miraron entre sí. La sensación en el ambiente era igual que antes. *No hay opción.*

Sin discutir más, Call y Distephano levantaron a Vriess, y cada uno de ellos se puso en movimiento como una flecha, corriendo por el corredor tan rápido como podían. Era lo único que podían hacer.

Ripley volvió a la retaguardia. Iba corriendo como los otros, vigilando sus espaldas. Entonces, de súbito, lo sintió de golpe. *Ellos*. Detrás de sus ojos. En su cerebro. En su *alma*. *Ellos*. Viniendo a por ella. Se estremeció, intentando seguir, pero no pudo. Cayó sobre una rodilla.

Call debió pedirle a Purvis que le ayudara, porque de pronto, estuvo junto a Ripley, sacudiéndola. —¿Ripley? ¿Ripley? ¿Qué ocurre?-

El terrible e insectil zumbido dentro de la mente de Ripley casi la hacía sorda a las palabras de Call. Sacudió la cabeza, tapando sus orejas con ambas manos, gimiendo de dolor.

Intentó articular una advertencia. —¡Error...! Error...-

—¡RIPLEY!— Gritó Call.

—Puedo oírlos,— jadeó el clon, casi sollozando. El dolor, el horror ante eso, era abrumador. Se estaba perdiendo a sí misma, su identidad, su humanidad. Ellos la estaban avasallando. —La colmena... está cerca. Estamos justo sobre la colmena...-

Ambas estaban tan concentradas en la situación de Ripley, que no se percataron del dedo que sobresalía por la rejilla del suelo, justo bajo los pies de Ripley.

—Puedo oírlos— se quejó Ripley, cada palabra era como una navaja en su garganta. —Tan cerca... tan cerca.-

—¡Jesús!— dijo Call, intentando tirar de ella. —¡Vamos!-

Pero Ripley parecía estar pegada en su sitio, con demasiado dolor y terror como para moverse. —Puedo oírlos... ¡La Reina!-

Un segundo dedo emergió del suelo, todavía sin ser notado.

—¿La qué...?— Preguntó Call.

Vagamente, Ripley se percató que Call no sabía nada de la estructura *familiar* de los Aliens. Y ella no estaba en condiciones de explicarle los detalles. —¡Está sufriendo!-

Consciente ahora del peligro, Ripley sintió movimiento bajo ella. Bajó la vista y vio la mano del Alien aferrarse al suelo y tirar de la rejilla.

Al colapsarse el suelo bajo sus pies, Ripley se tambaleó y cayó, levantando las manos para buscar asidero en los bordes del suelo que tenía enfrente. Pudo ver a Call inclinándose para aferrarla con desesperación, pero ya era tarde. Con un enfermizo sonido, se desplomó.

Call casi se metía en el agujero que se había abierto súbitamente a sus pies, intentando alcanzar a Ripley.

—¡Ripley!— Gritó a la oscuridad bajo el suelo. —¡RIPLEY!-

—¿Qué coño esta ocurriendo?— Ladró Johner, corriendo hacia ella.

—¡No lo sé! ¡No lo sé!— Call estaba desesperada.

—¡Oh, Cristo!— Gimió Johner.

Vriess se arrastró hasta donde estaba el agujero, aferrando el hombro de Call, que luchaba por entrar. —Annalee, vas a caer. ¡Retrocede!-

Ella ni siquiera notó la preocupación en su voz. Estaba concentrada en una sola cosa, el agujero negro por el que Ripley había desaparecido.

—¡Toma!— Dijo Distephano, ofreciéndole una lamparilla portátil a Call.

Se inclinó de nuevo sobre el agujero, pero todo lo que vio fue un opaco y distante brillo. Podía oír algo chillando en la lejanía, pero no era Ripley.

Call introdujo la pequña lámpara.

Lo que esta iluminó fue una visión del mismísimo infierno.

Al principio, Call pensó que estaba mirando en un nido de serpientes sin fin, pero entonces se dio cuenta que todo lo que veía, todo las negras, brillantes y móviles partes eran ellos. Los Aliens. Incontables, trabajando juntos, codo con codo, espalda con espalda. Parecía una inmensa maraña de colas, cráneos, brazos, todos moviéndose y brillando como serpientes que se enroscaran al ser iluminadas por la lámpara.

Y en el centro de aquella espeluznante y pegajosa masa viviente estaba Ripley, atrapada, sostenida, en su espalda, con los brazos extendidos. Call tuvo una fugaz imagen de la cruz en la capilla y tuvo que parpadear. Casi gritó a Ripley, viendo que los ojos de la mujer estaban muy abiertos y miraban hacia arriba, pero entonces se percató que Ripley no la estaba mirando a ella. Estaba viendo solamente una cosa —su futuro.

Cuando Call y los otros se arremolinaron para ver con horrorizada fascinación, Ripley comenzó a hundirse entre la masa de los móviles cuerpos de los Aliens, lentamente, como en arenas movedizas...

... Hasta que desapareció completamente, succionada bajo el manto de las criaturas que la reclamaban al fin.

Al principio Ripley sintió consternación, después terror, después repulsión cuando aterrizaba entre la ondeante y móvil masa de Aliens. Entonces había sentido un terrible e infinito pánico

cuando todos se movieron bajo ella, sosteniéndola, abrazándola, aceptándola, reconociéndola como uno de ellos. Pero eso se disipó pronto, cuando emergió la parte de ella que no era realmente Ripley. Y cuando la rodeó el calor de sus cuerpos, mientras se hundía en aquella masa colectiva, sintió que un gran letargo la embargaba.

En la quietud de ese momento, sus ojos se cerraron, su cuerpo se relajó, y se deslizó hacia la inconsciencia del sueño. Y entonces ahí estaba, esperándola.

Su anhelo por la humeante calidez del nido, la fuerza y seguridad de su propia especie. Todo este tiempo, ella había sufrido la soledad de su individualidad. Solamente en sueños se podía reunir con ellos, regocijarse con ellos. El tiempo había llegado. Ellos habían construido el nido. Era tiempo de unirse con otros guerreros y servir a la Reina. Era por lo que vivía.

En su sueño, la guerrera, Ripley, agitó su cola, transmitiendo todo lo que pensaba y planeaba y sentía a su Reina. Y su Reina le envió su amor y aprobación a su guerrera. Y su necesidad. Ocurriría pronto.

Call sintió humedad en las mejillas, y se percato, en una remota y lógica parte de su cerebro, que su mecanismo lacrimal aún funcionaba. Se sentía destrozada, vencida. Dolía mas que un disparo.

Todo había sido para nada, todo el coraje de Ripley, toda su lucha por reobtener su humanidad, su propio yo. En todo caso, ¿qué podía hacer un robot dañado para cambiar eso?

El guerrero avanzó hacia la humeante calidez del nido. La fuerza y seguridad de su propia especie. Ya no se encontraba agobiado por la soledad de su individualidad especial. Él había sido honrado por la Reina, seleccionado debido a su inteligencia. Él había sido el primero en escapar, en liberar a los otros, en capturar las primeras matrices, el primer alimento. Y por lo tanto, había sido elegido para servir a su Reina una vez más. Había alejado a la guerrera Ripley de las presas y la llevaba ahora hacia el centro del nido.

Ahí había suficientes guerreros para protegerla, ahí donde habían construido el nido perfecto. Había humanos, esos lastimeros, suaves humanos, que esperaban a ser alimento para los pequeños de la Reina, y huéspedes de la nueva prole. Eso ocurriría. Y ocurriría pronto.

Pero el guerrero estaba agobiado con recuerdos. De caos inesperado. Los guerreros gritaban y morían. Y había fuego. Y la Ripley, se mantenía firme, sosteniéndo a su pequeña en sus brazos. Causando muerte y destrucción en el nido.

El arrollador dolor de la pérdida —enfermiza e irreparable pérdida— llenó su mente, su cuerpo entero. No significaba nada, significaba todo. Buscó la conexión con su propia especie, y encontró la fuerza y seguridad del nido.

Aquel había sido un nido distinto, un tiempo distinto. Él no pensaría en eso ahora, cuando su Reina requería nuevamente de su servicio.

A pesar de sus armas, a pesar de sus cadenas, los humanos habían sucumbido de nuevo ante ellos. Los alimentaban, albergaban a los pequeños de la Reina. Ellos los habían tomado a la fuerza. Como lo hacían siempre. Como lo harían siempre. Con la pureza de su instinto y su ferocidad.

Nuestra perfección estructural solo se compara con nuestra hostilidad.

El gran guerrero agitó su cola, transmitiendo todo lo que pensaba y planeaba y sentía a sus

hermanos y a su Reina. Su Reina, su Madre, le envió su amor y aprobación —y su necesidad. Su necesidad por la guerrera Ripley a quien él cargaba con tanto cuidado en sus brazos. Su Reina envió su amor y aprobación a su guerrero.

Y esta concha que era humana, esta Ripley, era la madre de todos ellos. La primera matriz. El primer guerrero. Y ella viviría para saberlo todo, para compartir la gloria con ellos. La Reina lo había previsto, y el guerrero lo haría suceder —pues Ripley era el cimiento de la colmena. El nutriente del nido. El pilar de la Nueva Generación.

La Ripley se retorcía indefensa en sueños, haciendo sonidos suaves de protesta y dolor. El guerrero respiró en su rostro, proporcionándole aire y calidez. Nutriendo a aquella que los había nutrido a todos ellos. La Reina aprobó.

Call se hallaba de pie, petrificada ante el agujero en el suelo, incapaz de aceptar lo que acababa de ocurrir. Estaba consciente que los otros se miraban entre sí, y se percató que lo que había ocurrido los había cambiado. De algún modo, la fuerza de Ripley, su coraje, había afianzado al grupo —pero ahora Ripley se había ido y ellos estaban en medio del embrollo.

Incluso Johner estaba muy quieto, su garganta parecía intentar tragar algo demasiado grande.

Vriess la miraba con tanto pesar en los ojos, tanto afecto hacia Call, que sabía que si ella le miraba a los ojos, Call se derrumbaría.

Distephano echó un vistazo, con las mandíbulas muy apretadas. Aferraba su arma, sus nudillos se veían blancos.

Pero fue Purvis quien, una vez más, dijo las palabras necesarias para romper su parálisis. Vagamente, Call se percato que aquella no era la primera vez que él hacía eso. Había sido una buena idea traerlo con ellos, para bien de todos.

—Debemos seguir, señorita,— dijo Purvis quedamente. —Lo mejor que puede hacer por ella es desearle una muerte rápida.-

Eso sería precisamente lo que habría para Ripley cuando el *Auriga* se estrellara contra la Tierra. Finalmente, Ripley regresaría a casa.

Call todavía no podía moverse, no podía abandonar el último lugar donde la había visto. —No está bien...— Las palabras se quebraron en su garganta, pero ya no había fallos en su mecanismo vocal.

Purvis deslizó una mano bajo su brazo, urgiéndola a moverse. Los otros se habían adelantado, y él los seguía hacia el *Betty*.

—No está bien— insistía Call, sacudiendo la cabeza.

Purvis suspiró. —Llevo diciendo lo mismo todo el día.-

Despierta. Guarda silencio. Estamos en problemas.

Se detuvo, escuchando, sintiendo. Algo estaba ocurriendo. No era un sueño. Era algo real.

Ripley yacía quieta entre los brazos de la bestia. La luz era mínima, pero eso ya no la asustaba. Respiraba suavemente, absorbiendo el aliento de la criatura.

La tibia humedad que la rodeaba le daba seguridad, pero ante su conciencia, fluctuaban caóticas imágenes como en un sueño.

El frío confort del crio-sueño.

La creciente necesidad de proteger a su pequeña.

La fuerza y compañerismo de su propia especie.

El poder de su propia rabia.

La calidez y seguridad del humeante nido.

Las imágenes eran absurdas y significativas a la vez. Ella las reconoció en un nivel más allá de la conciencia, más allá del entendimiento. Eran parte de ella, parte de quien había sido. Y ahora eran parte de aquello en que se estaba convirtiendo.

Flotó en la tibia humedad gelatinosa, reconfortante, intentando esconderse de la luz. Y de los sonidos. Sonidos distantes, murmurando, que se hallaban fuera de ella. Dentro de ella. Iban y venían, los sonidos, no significaban nada, significaban todo. De forma distante, pudo sentir a la Reina, y su terrible necesidad.

Después escuchó los sonidos internos nuevamente, uno más fuerte que el resto, aquel al que ella siempre prestaba atención. Aquel que había intentado recordar tan intensamente. Le susurraba-

Mi mami dice que no existen los monstruos — los monstruos verdaderos. Pero sí existen.

Aquel sonido era insistente, se despertó. Pero una vez despierta los sueños se volverían todos reales. Estaba cansada, tan cansada — pero cuando se dormía...

No quiero dormir, dijo la pequeña voz. Tengo sueños que dan miedo.

La tocaron en sus sueños. Todos los monstruos. Los monstruos verdaderos. Moviéndose, respirando, bullendo —soñando, planeando...

Ella se estremeció.

Ellos eran el organismo perfecto, con una sola función verdadera.

Su perfección estructural solo se compara con su hostilidad.

Gimió suavemente, desalentadoramente.

Una joven mujer idealista le había mostrado una sombra de lo que ella misma había sido una vez. Lo que el destino le había hecho. ¿Pero qué era ella ahora? ¿Acaso era Ellen Ripley, o un fraude, algo tan grotesco como... como...

Al menos hay una parte de ti que es humana. Yo solo soy... solo soy...

Prefiero el término 'persona artificial.'

Lentamente, ella registró una vaga sensación. Algo fuera de ella. Algo ocurriéndole. Sus ojos se movieron en derredor, mientras reunía información.

Sus terribles hijos habían venido finalmente por ella. Estaban en todas partes, cargándola, dándole la bienvenida.

Pero los otros se habían ido. Los humanos. Aquellos por quienes ella había luchado tanto por proteger y salvar. Había sido apartada de ellos, separada de ellos. Una parte de ella sintió un enorme alivio. Una parte de ella sintió una tremenda rabia. Vaciló entre estos sentimientos mientras yacía entre los brazos de la bestia.

El dibujo en caricatura de una niña rubia se arremolinó en su mente, y fue gradualmente reemplazado por la niña real. ¿Su niña? No, no suya...

¡Sí, mía!

Su mente vagaba entre caóticos recuerdos.

La humeante calidez del nido. La fuerza y seguridad de su propia especie. La soledad de su individualidad. Y la creciente necesidad de encontrar —

Unos pequeños y fuertes brazos le rodearon el cuello, unas pequeñas y fuertes piernas le rodearon la cintura. Había caos. Los guerreros gritaban y morían. Y había fuego.

Sabía que vendrías.

Parpadeó, confundida, su mente era una confusa serie de fragmentos, de recuerdos, de instintos que no podía ordenar.

El arrollador dolor de la pérdida —enfermiza e irreparable pérdida— llenó su mente, su cuerpo entero. No significaba nada. Significaba todo.

Mi nombre es Newt. Nadie me dice Rebecca.

¡Ya voy, Newt! ¡Ya voy!

¡Mami! ¡Mami!

Ripley buscó la conexión con su propia especie, buscó para encontrar la fuerza y seguridad del nido, pero ésta no estaba ahí. Y en su lugar no había más que este dolor, esta terrible pérdida. Se encontraba hueca, vacía.

Vagamente, miró al gran enorme guerrero que la sostenía y anheló preguntarle lo que había preguntado a los otros, a los humanos. La pregunta que sabía que no responderían.

¿Por qué? ¿Por qué?

Mientras los recuerdos sobre la voz de Newt rebotaban en su cerebro, ella decidió que obtendría la respuesta. La obtendría de ellos. A pesar de su tamaño, de su fuerza, a pesar de su ferocidad y hostilidad. La obtendría a la fuerza.

Con nerviosismo, los supervivientes de la tripulación recorrían el resto del camino hacia el *Betty* lo más rápidamente posible, pero sin correr.

No habían visto más señas de los Aliens, ni sustancias, ni daños hechos por ácido, nada. Todo estaba en sorprendente calma.

Cuando Vriess fue llevado hasta la nave, sintió un horrible golpe de nostalgia, luego una pena tan profunda, que se sorprendió. Al llevarlo Johner y Distephano al asiento del piloto, la presencia de Hillard se hallaba por doquier, tanto como la de Elgyn en el asiento del copiloto. Sacudió la cabeza para ahuyentar esos recuerdos, prometiéndose a sí mismo que se ocuparía de ellos más tarde, cuando resultara conveniente, y una vez que se hubieran largado de ahí. Asumiendo que pudiera sacarlos de ahí.

Cuando Johner se aseguró los cinturones del asiento, Johner preguntó, —¿En cuanto tiempo podremos salir de aquí?-

Vriess mentalizó un esquema y un rápido plan de vuelo, vio la imagen de la Tierra que estaba llenando la pantalla, agrandándose más a cada momento. —Necesitaré que Call haga los reajustes a la nave, que abra la escotilla, que libere a la nave de los magnetos, cuanto antes.-

—Golpearemos la atmósfera en unos cuantos minutos,— dijo Johner apresuradamente. —Eso lo hace más difícil.-

Vriess asintió, sus manos volaban sobre el tablero. No quería pensar en cuán poco tiempo había pasado piloteando esta nave. No quería pensar en su falta de experiencia. Siempre habían tenido a Hillard o a Elgyn para volar al *Betty*, con Christie como respaldo. Vriess era mecánico,

por Dios Santo, y Johner era sólo músculos. Estaban tan acostumbrados a sus respectivos roles, que apenas habían tenido ocasión de hacer algo más. Él no pensaría en eso ahora. Hoy, él era el piloto. Tenía que serlo.

Call llegó hasta él, distrayéndole de sus preocupaciones. Él se detuvo, la miró a los ojos. Desde la primera vez que ella lo había visto, nunca lo había visto como un inválido. Nunca se quedaba mirando sus piernas. Nunca veía la silla. Solo lo veía a él, a Vriess, el hombre. Él miró ese fino y delicado rostro y se dijo que lo menos que podía hacer, era lo mismo que ella hizo siempre. Ver a Call. No el agujero lleno de cables de su pecho. Ni el puerto mecánico de su brazo.

Ella le ofreció una débil sonrisa. —¿Necesitas mi ayuda?-

Él asintió, inmensamente aliviado, —Sí... si no te importa ... Annalee.-

Ella respingó al oír su nombre de pila, después asintió brevemente. —Seguro. No hay problema.— Y procedió a conectarse al cerebro de la computadora como si siempre lo hubiese hecho frente a él.

Él no puso ninguna atención a la forma en que se conectaba. Sólo observaba su rostro. Su pequeño, hermoso y humano rostro.

Ripley se deslizó de nuevo a la conciencia, lentamente. Estaba plagada de un sentimiento de vértigo, de un mareo que no superaba. Mantuvo los ojos cerrados por un momento. Escuchó los húmedos sonidos, de goteo, chapoteo.

Escuchó gemidos, gemidos humanos. Escuchó un zumbido, como de insectos. Y el olor-

Sangre. Vísceras. Muerte. Todo ello era húmedo y caliente; tan húmedo y caliente como un pantano tropical.

Lentamente, intentó moverse, pero su cuerpo estaba demasiado lánguido como para responder. ¿Estaría drogada? ¿Hipnotizada? Yacía sobre algo firme, rígido, sólido. Súbitamente, algo pegajoso le cayo en el rostro desde arriba. Ella frunció el ceño, sin abatir el mareo. Finalmente, la desagradable sensación de goteo fue demasiada, y abrió los ojos.

La sustancia que había caído en su rostro se resbalaba por su mejilla hasta el suelo, y comenzaba a endurecerse inmediatamente, asegurando su cabeza firmemente. Se llevó las manos al rostro y la apartó y se frotó la mano contra el suelo sin pensarlo.

Incluso al hacer esta tarea de forma inconsciente, parpadeó, mirando en derredor, intentando pensar, intentando comprender dónde se hallaba, lo que ocurría. Sabía que debía estar ansiosa o alarmada, que debía preocuparle su propio bienestar, pero su mente no estaba lo suficientemente clara.

Miró alrededor en la opaca oscuridad. No estaba sola. Había otros humanos, ocho cuado menos, de pie sobre ella en alguna clase de plataforma superior. Entornó los ojos, intentando ver mejor. Finalmente, su vista se aguzó y se percató que los otros no se hallaban de pie sobre ninguna plataforma. Sus brazos y manos y piernas estaban ajustados, pegados a sus cuerpos con tiras de resina que los adhería a los muros de una enorme habitación cilíndrica. Vagamente recordó la voz mecánica de Call diciendo algo acerca de actividad en el tanque de desperdicios, y deseó haber puesto más atención.

Las ocho personas que pudo ver estaban atrapadas contra los muros del tanque circular. Soldados, científicos, todos pegados como moscas gigantes, medio envueltos en capullos.

Recordó una escena similar...

Todos los colonos de Hadley's Hope, envueltos en capullos y pegados a los muros, desarrollando constrictores en su interior. La mayoría ya habían emergido. Pero todos estos estaban aún intactos.

Se toco su propio pecho, pero no había sido reinfectada. Lo sabría si lo hubiese sido. Podría *sentirlo*. ¿Estarían estas personas aquí para ser infectadas? El pensamiento la aterró, pero al mirar alrededor se dio cuenta que no había huevos en el tanque. No obstante, la imagen de esas ocho personas atrapadas como insectos en una enorme telaraña no la abandonaría.

Ripley apartó los ojos de los humanos atrapados y miró en derredor, *viéndoles* finalmente. Los Aliens. Se arremolinaban en el lodoso suelo del tanque de desperdicios, como cocodrilos en un pantano, solo que su pantano era un mar de sangre humana, de tejidos, y de sus propias secreciones. Ripley se hallaba en la unión del suelo y la pared, en la parte más elevada del suelo, a las orillas del fétido lago. Yaciendo ahí, temerosa de moverse, observaba a los guerreros, preguntándose si estaban ahí para vigilar a los humanos en los capullos. ¿Estarían trayendo huevos para infectar a esta gente?

Ripley hizo una mueca, y miró nuevamente en derredor. Entonces la vio. La Reina.

La inmensa criatura estaba directamente al otro lado de Ripley, pero la imagen que presentaba era tan confusa, que le tomó a Ripley unos cuantos momentos para discernirla.

Ripley recordó claramente haber visto antes a la Reina y su enorme ovipositor. En aquella ocasión, el inmenso órgano reproductivo había sido fijado en su sitio para soportar su tremendo peso y talla, mientras la Reina depositaba huevo tras huevo en el suelo de la refinería de atmósfera en Hadley's Hope. Pero aquello no era lo que Ripley estaba viendo ahora.

Esta Reina también estaba asegurada en su posición, pero no era por su ovipositor. No tenía uno. Aparentemente, esa parte de ella había sido sustituida.

La Reina en sí misma estaba envuelta parcialmente en un capullo contra el suelo del tanque, o era posible que los Aliens la hubieran afianzado con una tira invisible del mismo material que la tela elástica que había visto bajo el agua. Ripley ahora se percataba que los Aliens que estaban medio sumergidos en aquella sopa química de abajo estaban ocupándose de la Reina, vigilándola. Ignoraban totalmente las presas humanas que habían asegurado dentro del tanque.

Ripley continuó mirando, todavía intentando comprender lo que estaba viendo.

La Reina estaba atrapada por su dorso, sus piernas, cola y brazos estaban sumergidos a medias. Su cabeza se hacía atrás y adelante, sus extremidades ondeaban débilmente. ¿Estaría *sufriendo*? ¿Y qué era eso en su abdomen...?

Entonces, Ripley comprendió el verdadero horror de lo que estaba viendo. La Reina tenía un enorme y distendido abdomen, de apariencia elástica, con venillas negras que lo surcaban. El abdomen se movía, como con vida propia. La inmensa boca de la Reina se abrió, y siseó furiosamente.

Ripley miró atónita, murmurando, —No hay huevos. Solo...-

Una voz extrañamente conocida habló con excitación. —¡Nuestro mayor logro!-

Ripley temía volverse, temía ver al dueño de la voz, pero precisaba hacerlo. Al levantar la

vista, vio al Dr. Gediman, envuelto en un capullo pulcramente, entre los otros investigadores y soldados. Sus ojos estaban muy abiertos, brillantes. Era obvio que estaba a un paso de la locura total —con sus tobillos colgando.

—Un segundo ciclo reproductivo,— balbuceó alegremente. —Asexual. Mamífero. ¡No hay huésped!-

Ripley casi gimió. —Eso no es posible.-

Gediman rió histéricamente. —Pensamos que podíamos alterar su sistema reproductivo. Obstaculizar sus ciclos para poner huevos. Pero la bestia no es cooperativa.— Rió. —Sólamente añadió un segundo ciclo. ¡Es maravilloso!-

Un agudo grito de la Reina alteró a Ripley, haciéndola volverse a mirarla. Atestaba golpes, obviamente presa de un dolor indescriptible. Los Aliens cuidaban de ella pero se apartaban un poco, vibrando violentamente, su zumbido insectil sonaba casi musical a Ripley.

—¿Pero, cómo...?— Musitó Ripley confundida.

—Cruce genético,— añadió Gediman. Bajó la vista hacia ella, con enormes ojos, y sonriendo como un maniático —del ADN del *huésped*.-

—¡No...!— Ripley no podía, no aceptaría eso.

—¡Mírala!— Le animó él, orgulloso. —¡Eres tú! *¡Eres tú!*-

Apenas podía soportarlo, pero, luchó por contener las lágrimas de horror y frustración, se forzó a mirar a la Reina. Con abatimiento, tuvo que comprender que este era su terrible hijo.

El bulto en el abdomen de la Reina se agrandó notablemente, después comenzó a moverse, a empujar.

Ripley encontró su motivación. Buscaba una forma de trepar para subir más allá del suelo del tanque, y descubrió que su cuerpo estaba demasiado aletargado, demasiado lento. No le importó, se levantó del suelo, maldiciendo, —voy a salir de aquí. Maldición, ¡debo salir de aquí!-

Gediman todavía la observaba, sonriente. Cuando Ripley lo vio, el último resquicio de su cordura se esfumó. —¿Es que no quieres saber lo que va a ocurrir?— Le preguntó jovialmente.

13

Call se desconectó del *Betty* y observó a Vriess preparándose para separarse del *Auriga*. Se sentía muy mal por Ripley, pero aún así debían de salir de ahí. Vriess le sonrió una vez que tuvo su plan de vuelo en su sitio, y ella se permitió devolverle la sonrisa, tentativamente.

Todavía había cosas que hacer. Se alejó de la consola de comando para reunirse con Johner y Purvis. Mirando al hombre de la cicatriz, le murmuró, —Johner, lleva a Purvis al congelador.-

Johner estaba claramente aliviado de estar a salvo a bordo del *Betty*. Cooperando, palmeó la espalda de Purvis y le dijo. —Bien, es hora de la siesta, amigo.-

Purvis parecía increíblemente cansado y agotado, pero asintió y siguió al hombre.

Call se adelantó para ayudar a Johner con la mezcla criogénica. Sería más rápido si ella lo hacía, y Purvis ya tenía el tiempo prácticamente en contra. Comenzó a andar por el corredor, esperando que las luces se encendieran delante de ella, pero no lo hicieron. Frunció el ceño. No había detectado ningún problema mecánico cuando se había conectado a la nave, pero no se iba a preocupar ahora por problemas menores. Sin embargo, esas luces debieron encenderse cuando entraron en la nave. Se volvió hacia Johner, preocupada.

Antes que pudiera hablar, apareció una mano por entre la oscuridad a sus espaldas, con un vago reflejo del cañón del arma que sostenía. Una ensordecedora explosión del disparo en aquel pequeño espació asustó a Call. Purvis recibió el impacto en el hombro. Gritó y cayó al suelo.

Cuando Johner buscó su arma, el brazo al que pertenecía la mano se enredó alrededor del cuello de Call, y el duro cañón metálico, que todavía humeaba, le apuntaba a la mejilla. Se quedó inmóvil.

¿Quién...? ¿Qué...? ¿Cómo...?

Cuando el hombre que se escondía entre las sombras se adelantó hacia la luz, Call escuchó una voz conocida.

—Te mueves,— dijo el hombre a Johner —¡Y volaré los sesos de este trozo de hojalata!-

¡Wren!

Call vió que Vriess giraba en la silla del piloto para verlos, su expresión era de rabia y frustración por estar ahí atrapado, incapaz de ayudarles.

Johner se puso tenso. Este era un conflicto que él comprendía, un enemigo con quien podía lidiar. El hombre de la cicatriz separó las piernas, abriendo los brazos a los costados, intentando no ofrecer resistencia. Pero Call había visto a Johner en acción. Si Wren tenía algún remoto

conocimiento de hombres como él, el doctor ya lo hubiera matado sin argumento alguno. Call sospechó que el conocimiento de Wren no se enfocaba a esos campos.

—¡Distephano!— Ladró Wren al soldado. —Toma sus armas.-

Call clavó la vista en el soldado. ¿Lo haría? Ella había salvado su vida en el episodio del comedor. ¿Se volvería contra ellos ahora?

Distephano se quedó de pie, como si fuera a ofrecer un saludo militar. —Disculpe, señor, pero JÓDASE, señor.— No hizo otro movimiento para alcanzar su propia arma o desarmar a Johner.

Wren atrajo a la chica violentamente hacia sí, estrangulándola. Ella podía sentir la terrible tensión en su cuerpo, el temblor del cuerpo del hombre al desesperarse más y más. Hundió más fuertemente el cañón del arma en la mejilla de Call. —¡Arrójala!— gritó de nuevo. —¡Arrójala o todos moriremos aquí!-

Un repentino y agudo grito les hizo volverse. Purvis se quedó paralizado, con los ojos enormemente abiertos, aferrándose el pecho.

Nadie se movió, ni siquiera Wren.

Frenéticamente, Ripley intentó buscar una forma de escapar del tanque de desperdicios, pero desde donde se hallaba, no veía puertas, ni salidas de ninguna clase. Ellos la habían llevado ahí dentro, ¡debía haber una salida!

La Reina manoteaba más frenéticamente, gritando ferozmente. Los otros Aliens estaban más y más agitados, zumbando, retorciéndose, precipitándose al fétido lago.

Un grito en particular de la Reina fue especialmente desgarrador, y Ripley se quedó paralizada. El vientre de la Reina se elevaba, vivo, con algo que claramente empujaba desde el interior.

Ripley se tensó al surgir un recuerdo.

Esto me ocurrió a mí. Yo dí a luz. Yo fui madre una vez, una madre verdaderamente. Yacía en mi propia cama, y mi esposo estaba ahí. Y había una enfermera, y un doctor. Yo chillaba cuando mi vientre se movía.

Podía *sentirlo* ahora, el recuerdo era así de fuerte. Instintivamente, sus manos se posaron en su propio vientre.

Estaba sudando mucho, pero no quería ningún medicamento, incluso cuando mi esposo me rogaba que los tomara. Estaba preocupada por todos esos años con drogas criogénicas, y no quería nada similar mientras daba a luz. En mi propia cama. En mi propia casa.

Observó a la Reina retorcerse y gritar en aquel fango, en aquella grotesca parodia de su propia experiencia. Eso la enfermó.

Tuve una niña, una hermosa y pequeña niña. Se parecía a sus dos padres. La llamamos Amy.

Ellen Ripley parpadeaba ante la inundación de recuerdos humanos que le llegaban, mientras permanecía atrapada ahí, en el infierno Alien.

Le dijiste a Amy que volverías para su onceavo cumpleaños. Lo prometiste. Aquella fue la primera vez que los derrotaste. Pero tu cápsula de escape no fue encontrada sino hasta cincuenta y siete años después. Amy murió sin saber por qué no habías vuelto a casa para su cumpleaños.

Ripley cerró los ojos por un momento, ante la clara imagen de su hija. Surgieron otros

recuerdos.

Newt.

Hicks.

Incluso Jonesy...,

Todos ellos muertos, perdidos con los años.

Junto a ella, Gediman observaba, sorprendido, con ojos enormes, riendo como un lunático, emitiendo un bajo —je-je-je— que era casi tan molesto como los sonidos de los Aliens.

La Reina gritó nuevamente, y se volvió hacia Ripley, como si el clon, su propia —madre— pudiera, de algún modo, ayudarla a pasar esta experiencia, como si pudiera, en alguna forma, suavizar aquel dolor. La fémina Alien bramaba, intentando zafarse de su fétida cama.

Recordando su propio dolor, Ripley gimió junto con la Reina, y sus entrañas se contrajeron como un reflejo.

Y dentro de ella, dentro de sus genes, sintió el dolor de la Reina en un nivel visceral. El vínculo telepático la forzaba, la forzaba a ser la Reina atravesando por una experiencia terrible. El distendido y desgarrado vientre, las lágrimas, el ardiente dolor, la inexorable presión. La completa rebelión de su cuerpo forzándola a desempeñar una función que ella ya no quería desempeñar. Ripley gimió junto con la Reina, sufriendo junto con ella sin esfuerzo y en total empatía.

Al mismo tiempo, pudo sentir la preocupación de los guerreros al acercarse a la dolorida e indefensa Reina.

Ella podía sentir su ansiedad. Todos ellos —sus esposos, todos —anhelando ayudar a su Reina, pero sin saber cómo hacerlo.

De pronto, un chorro de sangre emergió como un géiser del enorme vientre de la Reina. La sangre surgía y resbalaba de esa primer erupción, dejando surcos de ácido sobre la enorme masa de piel. Ripley intentó apartar la vista, sin querer presenciar esto por más tiempo, esta horrible farsa de nacimiento humano.

La Reina volvió a gritar, levantando la cabeza, mirando a Ripley, como si ella fuera su matrona, Ripley se replegó, aferrándose el propio vientre, y gritó a dúo con la Reina.

La retorcida criatura se colapsó hacia atrás, hacia el cieno, y los guerreros que la rodeaban repentinamente se apartaron, como si presintiesen algo inminente.

Ripley parpadeó cansadamente, mareada, mirando el vientre que se contraía. Otro brote de sangre emergió, y entonces algo presionó hacia arriba contra el delgado tejido del vientre de la Reina. Aquello continuaba empujando, presionando, hasta que la piel del vientre tomó la forma de lo que había debajo.

Ripley parpadeó. Parecía como si un cráneo —un cráneo *humano* — pugnara por salir del vientre de la Reina.

El bebé... pensó Ripley distraídamente. *El bebé está coronando. Veo su cabeza...*

Hubo un grito final, un terrible y desgarrador lamento, y de pronto, El Recién Nacido emergió, desdoblándose de los pequeños confines de la matriz de su madre.

La criatura era pálida, no negra, su piel se parecía más a la piel humana que el duro

exosqueleto de silicona de los Aliens. Su cabeza tenía la clásica y alargada forma del cráneo, pero la cara... La cara...

Junto a ella, Gediman farfulló, llorando de locura y regocijo. —¡Una bellísima, bellísima mariposa...!-

La cara del Recién Nacido tenía algo claramente humano, demasiado humano. Parecía una calavera, con enormes cuencas oculares, unos largos y brillantes dientes blancos, una mandíbula cuadrada, y los huecos de una nariz humana, coronados por el cartílago nasal y el séptum. El rostro del Recién Nacido era el vivo rostro de la Muerte.

—Es tan hermoso,— murmuró Gediman.

Ripley se volvió a mirarlo. Parecía beatificado, como si le hubiera otorgado al universo el regalo más fino que la ciencia podía generar.

Ripley sintió que estaba al borde de unirse a él en su locura. Le dio la espalda al científico e intentó calmar sus entrecruzadas emociones.

El Recién Nacido desenrrolló su enorme cuerpo del interior de su madre.

La Reina, que ya no estaba sufriendo un dolor tan intenso, gimió ahora suavemente, dejando también de manotear. Intentó acercarse a su hijo con una mano temblorosa. Ripley se recordó a sí misma haciendo aquel mismo gesto, recordó que su esposo cargaba a su hija y la depositaba suavemente en el estómago de su madre. Recordó haber roto a llorar, y después reír casi histéricamente, mientras todos ahí se regocijaban con el húmedo, sonrosado y sano bebé.

Al intentar alcanzar la Reina a su hijo, el Recién Nacido se volvió hacia ella.

Ni siquiera ha crecido del todo, se percató Ripley, sin saber cómo es que lo sabía. *Duplicará, quizá triplicará su talla en un solo día. Y su apetito es insaciable. Como lo es su ferocidad y hostilidad. El organismo perfecto.*

Cuando el Recién Nacido se deslizaba fuera del interior de su madre, Ripley pudo ver sus manos. Eran tan fuertes y enormes como las de los Aliens, pero tenía solo cinco dedos. Las largas uñas y pálida piel hacían que las manos se vieran...

¡Exáctamente como las mías! Pensó Ripley.

En una parodia de ternura humana, el Recién Nacido trepó por el cuerpo de su madre hasta llegar a su cabeza. La Reina emitía suaves y confortantes sonidos, sonidos maternales, examinando a su pequeño, visiblemente orgullosa de lo que había logrado. El Recién Nacido se acercó más, y por un momento, parecía como si el pequeño fuera a besar a su madre.

Entonces, con un intenso y súbito movimiento, el Recién Nacido soltó un golpe que, con una fuerza inmensa, desgarró la cara de la Reina, derramando sangre por todas partes.

Ripley, que todavía tenía el vínculo telepático con la Reina, sintió sus gritos de agonía y de dolor infinito.

El Recién Nacido no se detuvo ahí, sino que atacó el convulsionado cuerpo de su madre con sus enormes dientes, desgarrando a la Reina en trozos, devorando sus despojos. Al ser inmune a la sangre ácida, el Recién Nacido se atiborró con los restos de su progenitora.

Ripley sintió la muerte de la Reina cuando el vínculo telepático se hizo más débil, hasta desaparecer por completo. Fue un doloroso corte, tan agudo como un hueso roto cuyos bordes se

clavaban en su cabeza, en su alma. Su cerebro intentaba revelarse, luchaba por comunicarse con los guerreros, *necesitando* su vínculo. Pero la conexión con ellos era de un terror y confusión totales, sintiendo su agitación en el limo, sin saber qué hacer al ser destruida su Reina, su objetivo entero.

Ripley sintió como si estuviera rodeada de almas en pena, mientras los Aliens chillaban y gritaban de dolor y mientras el Recién Nacido continuaba comiendo a su madre vorazmente. Ripley se percató entonces que no solo los Aliens estaban haciendo ruidos. Se volvió. Gediman todavía farfullaba, y sus parloteos se disolvieron en gritos aterrados.

Los ojos Gediman se abrieron al máximo y comenzó a agitarse, a retorcerse, más salvaje y frenéticamente a cada momento. Comenzó a gritar histéricamente, luchando con todas sus fuerzas contra la endurecida resina que lo mantenía prisionero.

Ripley se apretujó a las paredes del tanque, intentando, nuevamente, reunir fuerzas para escapar, pero estaba *tan cansada*. La pérdida del vínculo telepático con la Reina la hacía sentir vacía, desorientada.

El Recién Nacido, empapado con la sangre de su madre, de pronto se quedó quieto, después inclinó la cabeza, como si escuchara.

Lentamente, se volvió, y Ripley tuvo la primer oportunidad de ver de cerca el rostro de la criatura. Más allá de las profundas y enormes cuencas oculares, la mujer vio dos ojos, no demasiado diferentes a los suyos, brillando.

Miró fijamente. *Amy también tenía mis ojos*, pensó, sintiendo una risa histérica subía por su pecho.

Gediman también vio los ojos, brillando en la terrible profundidad de las cuencas del Recién Nacido, y gritó más fuerte, más histéricamente.

Como un muelle, el Recién Nacido se incorporó.

¡Ya es más grande! Notó Ripley.

De pie en dos largas, temblorosas piernas, el bebé de dos metros de altura dio sus primeros pasos, dirigiéndose hacia el científico.

Cuando llegó a su lado, su enorme y terrible apariencia hizo a Gediman quedarse muy quieto. Abrió la boca, y se quedó paralizado, sus ojos refulgían, conscientes del peligro que lo agobiaba más allá del terror. El Recién Nacido olfateó al hombre, y Ripley pudo ver la cara de éste temblando.

Entonces el Recién Nacido abrió su enorme mandíbula, más y más ampliamente. Como una serpiente que fuese a devorar a su presa; las poderosas mandíbulas parecía que fueran a dislocarse al abrirse frente al hombre atrapado. Ripley no pudo ver una lengua dentada en su interior, solo las enormes mandíbulas, y unos terriblemente largos y blancos dientes.

Con rapidez asombrosa, el Recién Nacido atacó, hundiendo sus enormes colmillos en la coronilla del cráneo de Gediman. El hombre recuperó entonces la voz, gritando más salvajemente que antes, mientras unos densos zurcos de sangre chorreaban su frente, sus ojos, sus orejas, su propia boca.

¡Oh Dios! Oh, no. ¡NO! Pensó Ripley, rogando que pudiera encontrar la conexión con el Recién Nacido y, de algún modo, detener lo que estaba por hacer. Pero la criatura la ignoró.

Con un enfermizo y crujiente sonido de huesos rotos, el Recién Nacido de hecho abrió el cráneo de Gediman con la misma facilidad con la que un humano abriría un huevo cocido. Su cerebro estaba expuesto, brillante, rosado, pulsante.

Ripley gimió de horror y apartó la vista. Podía oir el tejido suave al ser desgarrado, los húmedos sonidos de la masticación, de tragar, junto con los gemidos gorgoteantes del agonizante científico. Olió la esencia metálica de la sangre del hombre, finalmente muerto, que todavía estaba suspendido en su prisión de tendones resinosos. Las últimas gotas de sangre cayeron a la ciénaga que estaba más abajo.

Lo único que Ripley podía hacer era cerrar los ojos.

No vio al Recién Nacido volverse, mirarla significativamente, y después lamerse ávidamente sus sangrientos dientes con una larga, y serpenteante lengua...

Purvis estaba en agonía, en una agonía tan intensa, que apenas podía discernir qué era más doloroso. Su hombro ardía de dolor por el disparo recibido. Dolía tanto que apenas podía pensar. Pero el dolor en su abdomen-

Dios, el dolor en su abdomen era realmente horrible. Era como si algo estuviera caminando por ahí, moviéndose como una serpiente, como si estuviese buscando una salida. Se sintió enfermo, con náuseas, y en tan crudo dolor-

A pesar de su agonía, se las arregló para centrar su atención en la escena que tenía enfrente.

Wren, gritando como un loco, aferraba a Call tan firmemente que casi la había desmayado. La herida de su pecho brillaba y dejaba ver unos destellos intermitentes de los bizarros órganos internos que estaban expuestos.

Wren hundía el cañón de su arma firmemente en la mejilla de Call. Purvis sabía que la estaba lastimando. Call, quien había intentado tan intensamente salvarlos a todos. Especialmente a Larry Purvis.

Wren estaba gritando. —Ahora, esta ramera sintética se va a conectar nuevamente al *Auriga* y lo hará aterrizar de acuerdo con los procedimientos de emergencia normales.-

Call se obstinó en hablar, su voz sonaba entrecortada. —¡No, no lo hará!

Distephano confrontó a su oficial superior. —¡Usted está loco! ¿Todavía quiere llevar esas criaturas de vuelta a la Tierra?-

—¿Es que no has puesto atención el día de hoy?— Le espetó Johner, con un sarcástico reclamo.

Purvis sentía que algo se desenrollaba en su interior y gimió, con los dos brazos aferrados a su estómago.

Wren estaba perdiendo la cordura, era obvio. —Los Aliens serán capturados por las tropas de cuarentena de la base.— De pronto, desvió su arma, apuntando a los otros, apartándola del rostro de Call.

—Sí, los capturaran por un lapso de unos cinco segundos,— jadeó ella.

El doctor volvió a dirigir el arma a su rostro, apretando fuertemente el cañón contra su mejilla, lastimándola. —¡Cállate!— Gritó —¡He dicho que te calles!-

Justo entonces, Purvis sintió un espantoso estirón en el centro de su pecho, justo bajo su caja torácica. Bajó la vista hacia su propio torso. Una mancha de sangre emergió y manchó su camisa,

él se quedó mirando la mancha, sin comprender.

Todos los demás se quedaron de piedra, incluso Wren.

Entonces, Purvis comprendió. Era la cosa que tenía dentro. Era tiempo de que naciera. No había sido puesto en el congelador a tiempo, y ahora era demasiado tarde ya. Este monstruo lo desgarraría por dentro y lo *mataría*. Y este hijo de puta de Wren, este mal nacido científico era el responsable. Los tripulantes del *Betty* pudieron haberlo secuestrado, pudieron también haberlo entregado ahí, pero el proyecto entero de desarrollar a esas infernales criaturas dentro de huéspedes humanos vivos, era obra de *este* hombre.

La rabia de Purvis estalló en su interior, más fuerte incluso que la del Alien que lo estaba matando. Purvis miró a Wren.

Wren debió percatarse de lo que sentía Purvis en su rostro, porque desvió de nuevo el arma del rostro de Call, apuntándole ahora a Purvis. No es que a Purvis le importara. Era solo una pistola. Todo lo que podía hacer era matarlo y eso sería una bendición.

Purvis se forzó a ponerse en pie, trastabillando como un zombi. Se dirigió hacia Wren, que estaba petrificado por el horror. A Purvis le complació ver la extraordinaria expresión de terror en la cara de aquel pequeño bastardo. Purvis avanzó dando traspiés, luchando contra su agonía —literalmente, como un poseso.

Aterrado, Wren disparó.

La bala alcanzó a Purvis en el otro hombro, haciéndolo retroceder un paso, pero sin detenerlo. La criatura en su interior se movía tan frenéticamente ahora, liberándose de su huésped a mordidas con tanta urgencia, que Purvis no podía sentir otra cosa, ni siquiera las balas que lo golpeaban a quemarropa. Estaba vagamente consciente de la sangre que escurría por su abdomen, por sus hombros, por la espalda. Pero estaba demasiado concentrado para preocuparse por eso. Su universo entero se había reducido, y ahora solo quedaba Wren...

Wren disparó otra vez, y otra, y otra, acertando a Purvis en cada ocasión. El apretón del doctor hacia Call se aflojó, y en un rápido y certero movimiento, ella estrelló un codo en su pecho al mismo tiempo que aferraba el meñique de la mano del doctor y lo torcía tan fuertemente, que se escuchó el sonido de los huesos al romperse.

Wren gritó y la soltó, y mientras ella se alejaba de él, su siguiente tiro falló, golpeando una silla vacía.

Entonces Purvis se abalanzó sobre él, atestándole un puñetazo con toda la fuerza de su furia. La nariz de Wren se rompió con un sonido desagradable. La pistola se le escapó de las manos, y vagamente, Purvis se percató que Johner se abalanzaba sobre ella para alejarla del alcance de Wren.

Purvis de algún modo encontró la fuerza necesaria para golpear aquel odiado rostro una vez, y otra, y otra, hasta que la sangre brotaba libremente de la nariz, la boca, los labios partidos, los dientes rotos.

Después le golpeo un poco más.

Intentando escapar de aquel furioso ataque, Wren cayó, y se curvó sobre su estómago, intentando arrastrarse para escapar de la furia absoluta de Purvis. Purvis se montó a horcajadas

sobre su espalda, como un diabólico y obsceno amante, y aferró un mechón de cabellos de la cabeza de Wren, y la jaló hacia arriba.

—¡NO!— Gritó Wren. —¡No! ¡No! ¡NO!-

Purvis aprovechó que lo tenía por los cabellos y estrelló su cara contra el suelo una, dos, tres, cuatro veces hasta que Wren lloró, gimiendo, indefenso en sus manos.

Vriess de pronto gritó, —¡Call! ¡Johner! ¡Soldado! ¡Aquí!— Y les arrojó los rifles que había escondido bajo la consola de comando.

Al aferrar la cabeza de Wren por los cabellos y golpearla contra el suelo, Purvis sintió un tremendo dolor creciente en sus entrañas. Enterrándo ambas manos en el cabello de Wren, aferró al derrotado doctor mucho más fuertemente que como había hecho este con Call, atrayéndolo hacia su pecho.

El grito se inició en las profundas entrañas de Purvis, y él se preguntaba si era la criatura la que gritaba, el grito del nacimiento, mientras el sonido pugnaba subiendo por su cuerpo hasta salir por su garganta. Sintió a la cosa moviéndose, masticando, con pequeños y feroces dientes, comiéndolo desde el interior, atravesando sus órganos, hasta su diafragma, sus pulmones, rompiendo todas sus costillas.

El pecho se inflamó hacia fuera, la mancha en su pecho crecía, brotaba, en un chorro emergente de sangre, huesos y órganos. Con un titánico y final esfuerzo de venganza suprema, Purvis aferraba firmemente el cráneo de Wren sobre su sangrante pecho. Ahora, ambos estaban gritando.

Wren agitó los brazos, intentando zafarse de su captor, pero las últimas fuerzas de Purvis eran increíblemente resistentes.

Purvis sintío sus costillas partirse y separarse. Aferraba con furia la cabeza de Wren, sabiendo que casi había terminado. El final sería aquí. Pero a su manera. Por lo menos esto, terminaría a su manera.

Purvis sintió el nacimiento. Al destruirse sus pulmones, dejó de gritar, pero la voz de Wren era lo suficientemente fuerte para ambos. El embrión Alien emergió de él, golpeando fuertemente la nuca de Wren.

Con los últimos resquicios de conciencia, Purvis observó algo pequeño y parecido a una serpiente que emergía explotando la frente de Wren, una vez que atravesó su cerebro. Los gritos del científico se incrementaban en la escala acústica, resonando como el grito combinado de cada durmiente que había secuestrado, de cada soldado que había sido capturado por los Aliens. Para Purvis, los gritos de Wren eran el dulce himno de la venganza.

El nacimiento del Alien roció a todos los presentes con sangre y tejidos, y todos retrocedieron. La traslúcida criatura se contorsionaba en la cara de Wren, intentando liberarse de esa pequeña cavidad que era su cráneo. Gritaba desafiante a la tripulación armada, y el grito de Wren le hacía un eco espantoso.

Justo antes de desvanecerse por completo, Purvis observó que los tripulantes del *Betty* cargaban sus ármas. Deseó poder decirles, —gracias— cuando abrieron fuego.

Los cuatro supervivientes dispararon carga tras carga al hombre moribundo y al pequeño y

furioso Alien, haciendo que los cuerpos rebotaran como si bailasen, salpicando el interior del *Betty* con sangre, tanto humana, como Alien.

Entonces, finalmente, las siluetas de Wren y Purvis se desplomaron, y el Alien emergente había quedado tan completamente desintegrado, que no quedó nada de él.

Call caminó hacia los cuerpos, llorando abiertamente. Pateó el cadáver de Wren de una forma salvaje, queriendo dispararle unas cuantas veces más, pero resistiéndose a hacerlo. Como diría Johner, sería un jodido desperdicio de municiones.

Se arrodilló a un lado de Purvis, y tocó su rostro amablemente. —él... casi parece agradecido...— sollozó.

La gran mano de Johner se posó en su hombro. —Lo estaba, Annalee. Sabía que intentábamos hacerle un favor. Confiaba en que lo hiciéramos.-

Ella volvió la vista hacia el hombre de la cicatriz. Se había enternecido solo por un momento. Ella le palmeó suavemente la mano y asintió.

—Vamos,— dijo Distephano suavemente. —Debemos salir de aquí. Podremos embalsamar los cuerpos cuando estemos fuera del *Auriga*.-

Sí, pensó Call angustiada. *Si es que podemos salir del Auriga.*

14

Gediman pendía lentamente de su prisión, a un lado y al otro, a un lado y al otro. Se veía escalofriante, todavía goteando esporádicos fluidos en el fango que había bajo él. Su coronilla y cerebro faltantes lo hacían parecer inhumano por entre los regueros de sangre. Los ojos del doctor estaban totalmente abiertos, pero lo único que quizá estuviesen viendo sería la otra vida, si es que había una para bastardos como él. Después de todo, ya había muerto en el mismo infierno.

Mientras el Recién Nacido devoraba su tejido cerebral, sin mucha prisa, un pequeño embrión había brotado de su caja torácica —con la total indiferencia del Recién Nacido— y se dejó caer hacia la piscina de sangre mientras Gediman estaba en sus últimos momentos de conciencia.

Había sido una escena que Ripley sabía que no olvidaría jamás. Ni en esta encarnación, —luchó intensamente por contener una histérica carcajada — ni en la siguiente.

Ripley todavía se encontraba curvada en sí misma, intentando verse pequeña e irrelevante. Se arrodilló en silencio, perfectamente quieta, tan quieta como estaba el resto de los humanos en sus capullos, quienes, por suerte para ellos, se hallaban aún inconscientes. Ripley los envidió.

Ella no movió ni un solo músculo, temía parpadear, temía respirar. Permaneció inmóvil, esperando que el Recién Nacido fijara su atención en cualquier otra parte, ahora que estaba terminando con el cuerpo de Gediman.

La criatura miró en derredor del tanque, a los desconcertados Aliens, al cuerpo relajado de su madre, a Gediman que todavía pendía lentamente. Y entonces, la enorme cabeza se volvió lentamente y ofreció una suerte de sonrisa escalofriante —a Ripley.

Lentamente, el Recién Nacido se aproximó, con una agilidad de arácnido, trepando a lo largo del tanque, utilizando las fibras resinosas como asideros de manos y pies.

Ripley se esforzó para controlar su respiración, su miedo. Mientras más se acercaba el monstruo, le era posible ver más claramente sus facciones —lo que no era una ventaja.

La cara del ser estaba salpicada de sangre y de tejido cerebral de color rosa, algo de éste se incrustaba entre sus enormes dientes. Al respirar cerca del rostro de Ripley, la mujer pudo oler claramente la sangre fresca.

El monstruo estaba a un palmo de su cara. Ripley temblaba, luchando por contener su miedo, su instintiva urgencia de entrar en pánico y correr.

Una parte de ella no podía creer que todo hubiese llegado a esto. Toda su lucha. Todo su esfuerzo. ¿Tendría entonces que pasar por lo mismo en alguna otra encarnación? ¿Sería posible

que el malvado Dios que gobernaba sus diferentes vidas insistiera en que debía vivir la misma pesadilla una y otra vez? ¿Acaso no se había ganado una segunda oportunidad de reencarnar en otra forma de vida después de todo esto?

La boca del Recién Nacido se abrió, y de ella salió una larga, sinuosa lengua. Ripley se puso tensa, intentando no pensar en que arrancara su cabeza y se comiera su cerebro.

La lengua serpenteó, entonces, muy gentilmente, tocó el rostro de Ripley, limpiando algo de la resina líquida que le había caído ahí. La mujer parpadeó, esperando lo inevitable. La criatura lamió nuevamente, como un monstruoso gato, una y otra vez, limpiando su rostro, su cuello y sus hombros retirando algo de los desperdicios y trozos de tejido con que estaba salpicada. Tiernamente, el Recién Nacido la limpió. Se movía lentamente, con sumo cuidado para no lastimar la delicada piel, o tirar siquiera de uno de sus cabellos. Incluso sus enormes manos con afiladas uñas eran gentiles al tocarla, como si verificaran que no tuviese heridas, como asegurándose que estaba a salvo. Los gestos eran la reminiscencia de una fiel mascota, un perro que saluda a su amo al final del día, o un gato que quiere ser mimado.

Mientras el monstruo limpiaba su rostro, y tocaba su cuerpo, negándole la muerte que había imaginado, Ripley miró a los ojos, de un color oscuro similar al suyo propio, y pudo ver algo dentro de ellos.

Fue entonces cuando la conexión telepática se estableció, tocando su mente, murmurándole la fusión genética que no podía negar. Y entonces todo le llegó, justo en ese momento. Su anhelo por la humeante calidez del nido, la fuerza y seguridad de su propia especie. Hacía solo un momento ella había sufrido la soledad de su propia individualidad. Pero ahora se le daba la oportunidad, nuevamente, de unirse a ellos, de regocijarse con ellos. Estaba en el nido. Se podía reunir con los guerreros y servir como la Reina, el nutriente de la Nueva Generación. Eso era por lo que había vivido.

Porque esta concha que era humana, esta Ripley, era la madre de todos ellos. La primera matriz. El primer guerrero. Y ella había vivido lo suficiente para saberlo todo, para compartir la gloria con ellos. Ripley era el cimiento de la colmena. El nutriente del nido. El pilar de la Nueva Generación.

Esta era la respuesta a la pregunta que había estado haciendo. ¿Por qué? Este era el por qué.

Miró profundamente esos ojos castaños que podían ser los suyos, y levantó una mano, tocando el cráneo del Recién Nacido. Su mano se deslizó sobre la alargada cabeza del Alien, acariciándola como alguna vez lo hiciera con Amy, sintiéndola como alguna vez lo hiciera con Newt. Este era su hijo, igual que lo fueron ellas.

El Recién Nacido profirió un suave gemido meloso, y la miró, y Ripley sintió cómo la conexión telepática entre ellos se hacía más fuerte. Este era tan diferente a los otros, y sin embargo igual. Pero había algo más en este contacto, algo innegablemente humano. Era como conectarse con una parte de si misma, una escondida y malévola parte que estaba unida a su fuerte instinto de supervivencia, a toda su intensa determinación.

El organismo perfecto.

¿Perfecto para...-?

Entonces una voz llegó a ella de entre sus recuerdos, los recuerdos que los propios Aliens le habían transmitido inadvertidamente. Y escuchó la voz de Newt, igual que la había escuchado en la incubadora.

Mi mami siempre decía que no existen los monstruos — los monstruos verdaderos. Pero sí existen.

Ripley se estremeció, todavía bombardeada por la intensidad del contacto telepático con el Recién Nacido, por la terrible sensación Alienígena del ser que reclamaba su atención.

El Recién Nacido la miró directo a los ojos y abrió sus enormes mandíbulas para repetir las palabras de Newt. Sabía que vendrías.

El escuchar esa adorable frase en esta parodia de ser viviente la enfermó.

Entonces escuchó la voz, distorsionada y mecánica de Call.

— *¿Por qué sigues viviendo? ¿Cómo puedes soportarlo? ¿Cómo puedes... soportarte?*-

— *No tengo opción,*- había respondido, creyéndolo así.

Nunca había tenido verdaderamente una opción; ni siquiera cuando había despertado del sueño criogénico en el Nostromo en la parte equivocada del espacio.

Pero ahora tenía una opción. Por primera vez, tenía una verdadera opción.

Ella le había preguntado a Call —*¿Por qué te preocupa lo que les suceda a ellos?*- Refiriéndose a los humanos. Pero ahora Ripley se preguntaba ¿por qué le preocupaba a ella? ¿Qué habían hecho ellos para que se preocupara tanto por ellos?

Quizá Ripley era el nuevo modelo de imbécil...

Buscó la conexión con su propia especie, intentando saber quién y qué era ella para hacer la elección correcta. Buscó la fuerza y seguridad del nido, pero ésta no estaba ahí. Y en su lugar no había más que dolor, y una terrible pérdida. Se sentía hueca. Vacía. Igual que se había sentido desde su nacimiento.

Buscó más allá de la conexión telepática, y escuchó, muy dentro de ella, la voz de dos niñas, de dos niñas humanas, llamándola a través de los años, ¡Mami! ¡Mami!

Ripley miró en los ojos extrañamente humanos del Recién Nacido y retiró la mano. Con un gemido de pérdida irreparable, tomó su decisión.

Ya tenía sus respuestas. Estaban incrustadas en sus propios genes. A pesar de la adoración de los Aliens, a pesar de su poder y su fuerza, de la pureza de su propósito, sabía que tenía que revelarse. Salvar a la humanidad. Esa era la pureza de su propio propósito, que la hacía más fuerte por la fusión de sus genes con de los Aliens.

Ella era Ripley. Era quien había sido siempre, y lo único que sería. Ripley. Ella los destruiría. Los destruiría a la fuerza.

Tomando una profunda bocanada de aire para calmar sus nervios, Ripley se incorporó cuidadosamente. Mantenía su mente despejada, observando al Recién Nacido, transmitiéndole pensamientos agradables a este y a los confundido guerreros, que intentaban discernir qué hacer ahora que su Reina estaba muerta.

El Recién Nacido se apartó de ella cuando se puso de pie. Ripley se estiró, aferrando tiras de resina que colgaban de las paredes del tanque.

Mientras ascendía por las tiras más gruesas, usándolas como asidero de pies y manos,

mantenía contacto visual constante con el Recién Nacido, mientras la criatura mitad humana inclinaba su cabeza, intentando comprender las acciones de Ripley.

La mujer miró hacia abajo, a la piscina de sangre y deshechos. Se humedeció los labios y surgió otro recuerdo — *un tanque inmenso con plomo fundido*. De acuerdo... había caído en cosas peores que eso — pero no lo haría esta vez.

Envolviendo tiras de resina alrededor de sus muñecas, Ripley trepaba como un acróbata, impulsándose hacia arriba, encontrando asidero en uno y otro lugar, buscando el techo. Todo ese tiempo, el Recién Nacido la observó con curiosidad, mientras que Ripley intentaba mantener su mente en calma, y sus pensamientos neutrales.

Al llegar a la parte más alta del tanque, el Recién Nacido se movió de modo que podía ver más claramente a Ripley. Dos guerreros se aproximaron al Recién Nacido, moviéndose a través del líquido como cocodrilos, sus colas ondulando, como si ellos, también, tuvieran curiosidad.

Lentamente, para no agitar a los Aliens, Ripley trepó más y más alto, buscando algún resquicio de luz. Sudó profusamente al momento de encontrarlo, luchando siempre por permanecer tranquila. Comenzó a tararear una canción que recordó de pronto para mantener su mente, y la del Recién Nacido, ajenos a su traición.

—Tú... eres... mi estrella de la suerte...-

Finalmente, encontró lo que estaba buscando. Trepó más todavía, tocando el techo del tanque y encontró la manija que abría la escotilla del tanque. Al levantar la puerta que salía al corredor superior del Auriga, Ripley se volvió a encarar al Recién Nacido.

Dentro de su cabeza, pudo sentir la angustiada sorpresa de su traición en la mente de la criatura. El monstruo se estiró tanto como pudo, y alargó los brazos, amenazadoramente, gritando su decepción a la traidora

SÉPTIMA PARTE

El monstruo alcanzó la pared más cercana y comenzó a ir tras la mujer, pero Ripley ya estaba muy arriba. Saliendo por la puerta, Ripley la cerró de golpe, deslizando el seguro de la puerta, rogando por que pudiera retener al enfurecido monstruo.

Incluso a través de la puerta cerrada, Ripley podía escuchar los enfurecidos gritos de la criatura, mientras se ponía de pie y echaba a correr.

—¿Es que nunca vamos a poder salir de aquí?— preguntó Johner, y Call pudo discernir los límites del pánico en su voz.

—Lo haremos, hijo,— dijo Vriess tranquilamente, pero Call pudo escuchar lo mismo en la voz de Vriess. —Solamente mantén la calma.-

El planeta Tierra llenaba la pantalla completamente. Todavía era un mundo predominantemente azul con cúmulos de nubes en su superficie. Pero casi dos terceras partes de él estaban oscurecidas por una enorme estructura metálica, orbitando a su alrededor y que eran parte de las extensas operaciones espaciales en que operaban, estrechamente, muchas corporaciones y gobiernos.

La enorme estación espacial era como una concha que orbitaba, silenciosamente, un poco más rápido que el propio planeta. Call sabía cuánta gente vivía ahí —y podía acceder a las actualizaciones constantes en cualquier momento que quisiera— pero no le gustaba pensar en esas cifras. La totalidad de la gente que, de hecho, vivía en la Tierra estaba en quiebra o estaba desempleada. El trabajo más importante se llevaba ahora a cabo en las colonias del espacio. No sería difícil encontrar una zona del planeta que estuviese completamente deshabitada para estrellar ahí el Auriga. Johner no había mentido; la Tierra era una pocilga.

Ella hablaba con el *Betty* a través del puerto de su brazo, trabajando en la medición del tiempo de su eyección del Auriga. Ya había dirigido a la enorme nave para evitar las áreas pobladas, y golpear la superficie del planeta en la parte más remota de la meseta Australiana.

No demoraría demasiado la colisión. Pero ellos saldrían en cualquier momento y dejarían atrás todo esto.

Call suspiró. Todavía no podía aceptar el haber dejado atrás a Ripley. Miró los monitores incluso cuando el *Betty* le transmitía la información por el puerto de su brazo.

Tanto ella como Vriess monitoreaban un sinfín de información sobre la condición actual del *Betty*. El estabilizador en el puerto de carga estaba funcionando, indicando que las reparaciones

que ella y Vriess habían hecho antes de atracar funcionaban. Había un pequeño problema con la presión hidráulica de las compuertas, que podía ser ocasionado por alguna pequeña fuga. Aquello debió haber sucedido cuando le dispararon al embrión Alien de Purvis —ya fuese que una bala perforase algún conducto, o que la propia sangre del Alien causara un agujero en alguna parte. Con una nave de este tamaño, cualquier pérdida de presión podía afectar los sistemas de todo el vehículo. Bien, los ductos de aire habían sido sellados, así que eso no debería impedirles salir del *Auriga*-

—Call,— espetó Johner, con los nervios de punta, —¿ya está lista la nave para partir?— La Tierra se agrandaba más y más en las pantallas mientras la gravedad del planeta atraía al Auriga a un abrazo final.

—Está a punto,— dijo Call, todavía haciendo cálculos. Estaría lista muy pronto. Se encontró deseando que Hillard estuviera ahí. —Cerraré la compuerta del puerto de carga,— no se volvió hacia Vriess mientras le decía, —Jala las abrazaderas cuando se indique.— Ella era una con la nave, ella era el *Betty*. Se sentía extraño, pero se sentía bien.

Hubo una larga pausa de Vriess, demasiado larga, y Call se volvió a mirarle. Estaba rastreando su equipo, mirando nerviosamente por todas partes. —Bien...— murmuró. —Solo necesito...encontrar... eh,...el impulso vertical... y desbloquearlo...-

Distephano se inclinó hacia el ingeniero y le preguntó. —Chicos, estáis seguros que podéis pilotear esta cosa, ¿verdad?-

Ripley se apresuró por los corredores tan rápido como pudo, hallando su camino hacia el puerto del *Betty* casi por instinto. La voz de Call —la voz del *Auriga*— le repetía que evacuara urgentemente, que el impacto estaba a sólo unos minutos de distancia.

Frustrada, le gritó a los altavoces, —¡Demonios, voy tan rápido como puedo!-

Dobló en la última esquina, y vio las enormes puertas que conducían a la rampa de embarque al *Betty* y que comenzaban a cerrarse, mientras la voz de Call, le decía, —Las compuertas se están cerrando.-

—¡NOOOOOOOO!— Gritó, sacando fuerzas para incrementar su velocidad.

Las puertas se deslizaban delante de ella. Lanzándose a toda velocidad entre el espacio que se reducía cada vez más; pero llegó a tiempo al borde de la plataforma, justo a tiempo perdiendo casi un tacón de sus zapatos. Se dejó caer pesadamente, aspirando aire en grandes bocanadas.

Entonces Ripley escuchó el siseo magnético que indicaba que el primer electromagneto se estaba desacoplando del fuselaje de la pequeña nave.

—¡NO!— Gritó, como si alguien en la nave pudiera oírla.

Poniéndose en pie, Ripley corrió el tramo de la rampa hacia el *Betty*. Otro magneto se desprendió con un sonido estentóreo. Acelerando por la plataforma, Ripley avanzó más velozmente, y más todavía. Estaba a cinco metros...

Cuatro...

Tres...

Un repentino cauce de actividad atrajo de pronto la atención de Call a los monitores del *Betty*. Se inclinó hacia él para mirar-

—¡Mierda!— gritó, desconectándose y acercándose al asiento contiguo para ver por sobre el

hombro de Vriess. —¡Es Ripley! ¡Ahí viene! ¡Casi ha llegado!— Se inclinó sobre él, estirando la mano a los controles de las puertas del *Betty*.

—¡Maldicion Call!— espetó Vriess confundido. —¡Ya casi nos desacoplamos! No hay tiempo. ¡No podemos esperar!-

—¡No la vamos a dejar ahí!— Le gritó ella en respuesta, mientras estampaba la mano contra los mecanismos de control que abrían el puerto de carga.

Gritando por la furia de su abandono, el Recién Nacido pudo finalmente llegar a la pequeña puerta del tanque de desperdicios. La criatura presionó para abrirla y salir a la cubierta superior del Auriga. Al empujar y golpear la puerta se hizo unos pequeños cortes que, al golpear la superficie metálica, comenzaron a bullir y humear. La sangre ácida derritió rápidamente la superficie, haciendo un agujero lo suficientemente grande para que la criatura pudiera atravesar por ahí.

El Recién Nacido miró en derredor, mientras sus heridas se cerraban y comenzaban a cicatrizar. Vió a Ripley desaparecer por el corredor, corriendo a toda velocidad. Pero el Recién Nacido aún podría encontrarla, aún podía seguir el rastro de la mujer mediante su conexión telepática. Sintiendo una extraña humedad que resbalaba por sus mejillas, pero sin darle mucha importancia, el Recién Nacido hizo una mueca, mostrando sus dientes mitad humanos, mitad Alien, y se encaminó a seguir a su progenitora a través de los oscuros corredores de la enorme nave.

El último magneto todavía estaba acoplado cuando Ripley tomó mayor impulso hacia la nave. La plataforma de carga y las rampas, en todo caso, ya habían sido retiradas, y la nave se hallaba suspendida en el abismo del túnel de aterrizaje, esperando que su obstáculo final se soltara para poder hacer el descenso y salir.

Cuando Ripley se encontraba más preocupada pensando en la forma de entrar a la nave, las puertas del puerto de carga súbitamente se abrieron, invitadoras. Ripley llegó al borde de la plataforma y saltó, arrojándose de la plataforma como un clavadista que va por el oro. Voló por el aire tres metros, cinco, siete —entonces aterrizó estrepitosamente en el duro suelo del puerto de carga del Betty.

El aterrizaje le sacó el aire y jadeó, mientras esperaba que las puertas se cerraran a sus espaldas.

Ripley contó mentalmente, pero no ocurrió nada. Tuvo un súbito destello de déjà vu de esperar en algún lugar, en alguna ocasión, a que otro par de puertas se cerraran y la mantuvieran a salvo, pero el recuero era demasiado insustancial como para aflorar.

Al mirar atrás, hacia las enormes puertas cerradas del corredor del *Auriga*, por las que había pasado justo antes de que se cerraran, las enormes puertas súbitamente se estremecieron, como si una fuerza enorme estuviese golpeándolas.

Un golpe más.

Y otro.

Cerró los ojos, sin querer sentir el contacto, pero sabiendo que estaba ahí de cualquier modo. Porque *ellos* nunca la dejarían marchar, nunca la liberarían de *sus* reclamos. No en esta vida. Y

quizá nunca más.

Mirando en derredor del puerto de carga, reconoció algunas piezas de equipo que eran críticas para el funcionamiento de la nave. La sorprendió darse cuenta de cuán familiar le resultaba todo aquello, todas las cosas asociadas con la operación de una nave espacial. Había pasado tanto tiempo. Había sido en otra vida. En otro cuerpo. Dejó sus ensoñaciones para lidiar con el problema que tenía en ese momento. Ese lugar no estaba diseñado para estar expuesto al vacío. No podrían sobrevivir al descenso si las puertas no se cerraban. ¿Lo sabría la tripulación? ¿Podrían monitorear esta área? Miró en derredor, pero no pudo asegurar que hubiera cámaras de video en el puerto.

Forzándose a moverse, a reaccionar, se puso en pie. La nave temblaba en el embarcadero y Ripley casi perdió el equilibrio al dirigirse a los controles de las puertas del *Betty*. Usando las manijas y también toda su fuerza sobre humana, intentó forzarlas a cerrarse.

Súbitamente, con un chirrido, las puertas comenzaron a cerrarse lentamente. Había tan poco tiempo ... Confiando que éstas se cerrarían, se volvió hacia el acceso de viejas escaleras metálicas que llevaba a la cabina.

El chirrido de las escaleras ocultó el hecho de que los furiosos golpes del Recién Nacido se habían detenido de pronto.

—¡Ya está dentro!— dijo Vriess a Call cuando Ripley aterrizaba en el puerto de carga. —Está dentro, ahora larguémonos de aquí.— Manoteaba los controles que prepararían al *Betty* para iniciar el descenso a través del gran túnel del *Auriga*. Tan pronto como la nave alcanzó la mitad del trayecto, Vriess pudo abrir la compuerta exterior del *Auriga*.

El enorme complejo espacial ya se encontraba en la ionósfera. Estaban a punto de atravesarla. *Demasiado cerca*, pensó Vriess, realmente sintiendo la presión. Tan pronto como las puertas del puerto de carga terminaran de cerrarse, comenzarían a descender.

Vriess y Call observaban el monitor, viendo a Ripley ponerse en pie y apartarse los cabellos de la frente con una mano. La mujer forzó la anulación de los seguros en las puertas para que éstas se movieran, entonces se alejó de ahí mientras las puertas comenzaban a descender.

Aquello era todo lo que Vriess necesitaba ver. Cambió monitores de las cámaras de video, de vuelta hacia las imágenes importantes de lecturas que necesitaba para lograr su salida del descendente *Auriga*.

Vriess vio en la pantalla el plan de vuelo que había diseñado Call, y recorrió la pantalla con la vista. *Se ve bien*, pensó, y dirigió la nave para continuar su descenso.

Fue entonces que las pantallas se tornaron rojas, mostrando un mensaje que parpadeaba insistentemente, un mensaje que Vriess no quería ver en realidad. Rápidamente, intentó anularlo, pero el mensaje no cambiaba.

—Call,— Dijo Vriess suavemente, pero la preocupación en su voz era clara. —No puedo hacer que esas malditas puertas se cierren.-

—¿Qué dices?— Espetó Johner en el asiento trasero. —¡No podemos golpear la atmósfera con las puertas abiertas!-

—Ripley casi las cerró al utilizar la anulación manual,— les dijo Vriess, todavía leyendo las malas noticias de la pantalla, —pero se han detenido nuevamente a mitad del trayecto para

cerrarse. Y no puedo controlarlas desde aquí.-

—Déjame intentarlo,— dijo rápidamente Call, conectándose nuevamente con la nave. Murmurando, le rogó, —háblame, *Betty*.-

En el puerto de aterrizaje, el vapor ocasionado por el vacío se condensaba a través del túnel. Algo de ese vapor siguió a Ripley hacia el puerto de carga, esparciéndose por el equipo y carga como se esparce la niebla en los cementerios. Al prepararse la bahía de aterrizaje para autorizar la salida del *Betty*, las corrientes de aire cambiaron súbitamente, y el vapor se dispersó en una dirección distinta. Las cadenas que colgaban en el interior del puerto de carga, oscilaron repentinamente.

Y todo lo que quedaba en el puerto de carga era una figura solitaria.

Mientras el Recién Nacido libraba el angosto espacio que había entre él y la nave, vio que los magnetos se desacoplaban. Y vio a Ripley de pie dentro de la nave. Determinado a desahogar su venganza en el ser que le había traicionado, que había traicionado a la Reina, que había traicionado a la colmena entera, el Recién Nacido profirió un rugido de venganza. Esperando que el vapor condensado lo ocultara nuevamente, camuflándolo en una grisácea nube, el Recién Nacido se dirigió en cuatro patas hacia la nave.

La cara mortífera del Recién Nacido gruñó mientras la criatura se aproximaba velozmente hacia su nuevo hogar. Él no sabía qué lugar era ese, solo sabía que su madre —quien intentaba intensamente abandonar a su hijo huérfano— lo había dirigido hasta ahí.

Las otras cuatro personas a bordo del *Betty* se volvieron cuando el último pasajero llegó a la cabina.

—¡Ripley!— Llamó Call, volviéndose en su asiento. Por alguna razón, ella necesitaba *verla* para asegurarse que efectivamente estaba ahí.

—Hola— jadeó la mujer casi sin aliento.

Al pasar a Distephano, él le sonrió. —Cielos, pensé que habías muerto.-

Ella asintió distraídamente. —Sí, me lo dicen a menudo.-

—Me alegro que lo lograras,— añadió Distephano. —Diría que es bueno verte pero, ¡Dios!, ¡Mujer! ¡Te ves y hueles *terrible*!

Ripley se inclinó sobre el hombro de Vriess, registrando los monitores. —¿Por qué estamos todavía aquí?— En las lecturas, era obvio el poco tiempo que faltaba para el impacto.

Desde su asiento, Call miró a Vriess. Estaba sudando profusamente, distraído, claramente apabullado ante la tarea que tenía enfrente. Parloteó, —Estoy... eh... intentando encontrar... el... eh... la anulación manual ... ¿es esa?— apuntó dubitativamente hacia un interruptor.

Johner se inclinó como para ayudar cuando Ripley apartó al hombre de su asiento, y palmeó la mano de Vriess. —¡Oh, por el amor de Dios!— Murmuró disgustada, mientras se arrellanaba en la silla del copiloto, que estaba junto a la de Vriess.

La Silla de Elgyn, recordó Call con sorpresa.

Johner parecía furioso. —¿Qué sabes *tú* sobre volar estas...?-

Ripley cortó sus palabras con impaciencia. —¿Bromeas? ¡Esta mierda es aún más vieja que yo! Sus manos volaban sobre los controles, apretando botones, sin equivocarse, jalando palancas.

Ni siquiera los veía todos. —Solamente abre las jodidas compuertas exteriores del *Auriga*.— Le dijo a Vriess.

Vriess parecía feliz de relegar el control de la nave a Ripley, excepto que el monitor en su pantalla no cambiaba. —Aún tenemos una contingencia, ¡mira! ¡Las puertas!-

—Yo las cerré,— le dijo Ripley tranquilamente.

Johner se inclinó sobre su asiento, señalando hacia la pantalla de Vriess. —¡Es la maldita escotilla!-

Sus ojos se dirigieron hacia una pantalla que indicaba el mismo mensaje.

Las manos de Vriess se movían ahora eficientemente sobre el tablero de control. Este era un problema que él comprendía. —¡Este pedazo de chatarra! Hemos perdido presión en el sistema hidráulico. ¿Cómo pudo ocurrir eso?-

Johner ahora se inclinaba sobre el hombro de Vriess, leyendo el monitor. Se enderezó y se dirigió a la bahía de carga. —Quizá pueda forzarla.-

—Yo ya lo intenté,— le dijo Ripley. La expresión del rostro del hombre le decía que no podría hacer nada más.

Call se puso rápidamente de pie, desconectándose del puerto de comunicación. En ese momento, ya no era necesario que estuviese ahí. —Yo iré— anunció. Comenzó a avanzar, pero se detuvo de pronto, al darse cuenta que Ripley la miraba.

La intensidad de la mirada de la mujer parecía decir, *Deste luego que sé quién me permitió entrar*. La gratitud de Ripley estaba clara en su expresión. El robot asintió.

Ripley apenas esbozó una leve sonrisa, volviendo su atención al monitor que Vriess tenía enfrente.

Las lecturas de la pantalla decían que el *Betty* estaba bajando lentamente por el túnel. Call no tendría mucho tiempo para cerrar las puertas antes de que la exclusa exterior se abriera. Pero ella era la única que podría sobrevivir allá atrás una vez que lo hiciera. Rápidamente avanzó en el corredor que dividía los asientos, dirigiéndose a la puerta de salida de la cabina.

Al cerrarse tras ella las puertas de la cabina, Call echó un segundo vistazo al área. La escotilla del puerto de carga había permanecido abierta durante menos de un minuto, pero aquellas *cosas* se movían a una increíble velocidad. ¿Podría alguno de ellos haberse escabullido hasta ahí mientras todos estaban en la cabina?

El solo pensar en eso la hacía sentir escalofríos, hacía que los pequeños cabellos en la base de la nuca se erizaran. Las poleas y cadenas que pendían del techo oscilaban y tintineaban por el movimiento de la nave, incrementando su nerviosismo.

Cuidadosamente, se aproximó a los controles de anulación de emergencia. Aferrando la palanca, usó toda su fuerza para tirar de ella, esperando que eso forzara los engranajes a pesar de la falla hidráulica. El control de la puerta parpadeaba en rojo, y entonces cambió a verde, y con una lentitud desesperante, las puertas comenzaron a bajar, solamente para atascarse nuevamente a un metro del suelo.

—¿Call?— La voz de Vriess proveniente del inter comunicador la sorprendió tanto que pegó un brinco. —¿Call?-

Comenzó a responder, pero antes de emitir palabra alguna, una sombra fluctuó a su espalda. Ella se quedó paralizada al instante, con todos los sentidos en hiper alerta. La sombra se movió, fluctuó nuevamente. Sintiendo una presencia, Call se volvió lentamente, lista para encarar lo que fuera que había ahí.

—¿Call?— Llamaba Vriess por el inter comunicador. —¿Call?-

Ripley manejaba la nave al pasar por el primer grupo de puertos de descarga y descendiendo hacia la gigantesca exclusa del Auriga. Pero, incluso mientras controlaba al *Betty*, su atención era inexorablemente atraída hacia el monitor que indicaba que la escotilla del puerto de carga, estaba aún abierta.

Ahí no hay nada, pensó Call irritada, preguntándose si el daño causado por el disparo de Wren en su cuerpo estaba afectando sus reacciones sensoriales. Echó un vistazo al vacío puerto de carga y decidió que los constantes sonidos de las poleas y cadenas, eran los que daban la impresión de actividad dentro del área.

Necesito una palanca, se dijo a sí misma, forzándose a enfocarse en cerrar la puerta. Mirando en derredor del oscuro puerto, vio, por primera vez, las complicadas sombras que proyectaban el equipo y la maquinaria que había ahí. Súbitamente, todos parecían un escondite ideal.

¡Encuentra una palanca! Se ordenó a sí misma, intentando alegar sus terrores imaginarios, pues el terror verdadero no era menos atemorizante. Divisando una barra de hierro, se apresuró a alcanzarla, la recogió, calculando su peso y fuerza. *Esto servirá*.

Hubo un súbito crujido de equipo cuando la nave osciló ligeramente, y el sonido la hizo volver su atención alrededor del puerto. Las cadenas oscilaban más agitadamente, golpeándose unas con otras en la oscuridad.

¡Ocúpate de la puerta! Se recordó, volviéndose de nuevo hacia las puertas. Deslizando la barra de hierro entre la abrazadera manual, se inclinó sobre el otro extremo de la barra para forzar la puerta a desplazarse hasta el suelo.

Una súbita sensación de *compañía*, fue, de pronto, demasiado fuerte como para negarla. Hubo un sonido como de aliento siseante, y la sensación de la calidez de ese aliento que se dispersaba en el aire al exhalar, la sensación de algo que estaba muy cerca, algo peligroso-

Tensándose, se volvió, con cada uno de sus circuitos estirados al máximo, que era el mecanismo que usaba para acelerar su ritmo cardíaco.

Esta vez, estaba ahí, realmente ahí, justo detrás de ella, y era *enorme*. Y horrible. Desde las sombras más oscuras, se elevó la visión de la peor pesadilla que Call hubiera tenido jamás —y no era ajena a las pesadillas-

Lo que sea que fuera esta cosa, no se parecía a la variedad común de Alien. Este parecía una horrible mezcla entre la bestia típica y el Ángel de la Muerte. Su cara, con apariencia de cráneo humano, la miró, sus dientes —tan humanos— parecían sonreír. Era más alto que los otros Aliens, y el ligero matiz de humanidad que poseía lo hacía todavía más grotresco.

Ella nuca había visto algo como eso, ni en los libros de historia, ni en el *Auriga*. Estaba emparentado con los Aliens originales, sí, eso era reconocible, incluso en medio de su terror. Pero la diferencia —¿Sería este el último regalo de Wren...?

Los rasgos humanos de la criatura son inequívocos.

¡Oh, DIOS! ... ¡Los genes de Ripley....!

Tenía que salir de ahí. Tenía que alejarse de eso.

Y entonces la criatura avanzó hacia ella, buscando, buscando, con unos brazos imposiblemente largos.

Call sintió como si hubiera echado raíces en el suelo. No podía moverse. No podía pensar. Todo su cerebro era una total sobrecarga de terror, mientras veía cómo se acercaba la criatura.

Pero *su* mano se adelantó a Call, aferrándo, en cambio, una de las traviesas de la puerta atascada.

Entonces, para sorpresa de Call, la criatura cooperativamente tiró de ella hacia el suelo, cerrando la puerta aplicando la misma fuerza que usaría una persona para bajar el visillo de una ventana.

—Se ha encargado de la puerta,— dijo Johner a Ripley, cuando el mensaje de advertencia cambió a verde y se borró de la pantalla. Se deslizó a la silla que Call había dejado vacía y cambió el monitor de ahí a una vista exterior del *Betty*. —Y ya no tenemos tiempo, abre las puertas de la exclusa antes de que besemos el suelo con nuestros traseros.-

Ripley solamente le veía por el rabillo del ojo, mientras manipulaba los controles, adivinando —creía— que para Call había sido más fácil cerrar las puertas mediante los puertos de su brazo.

—Dirígete a toda potencia hacia la exclusa!— le pidió Vriess a Ripley —Todavía podemos lograrlo.— Miró a Ripley. —Pero la explosión nos tocará muy de cerca, y la nave se sacudirá mucho.-

Ella asintió, sorprendiéndose por evitar volverse a mirarlo, apartando su atención del monitor. Pero Call ya había cerrado las puertas. Ella estaba bien. Había cosas más importantes que hacer ahora. Manipuló los controles y, al mismo tiempo, se las arregló para ajustarse los cinturones de seguridad. Podía oír a Distephano y a Johner hacer lo mismo. Algo *tan familiar*, pensó cansadamente, jalando los pesados arneses que rodearían su cintura y hombros. Todo era tan extrañamente familiar.

La voz mecánica del *Auriga*, que sonaba igual a la de Call, de pronto anunció a través de los inter comunicadores del *Betty*, —Advertencia. Interrupción de procedimiento. La nave no está nivelada para un descenso vertical. Sistema de frenos desacoplado. Colisión inminente.-

—No me digas,— bufó Johner disgustado a espaldas de Ripley. Distephano estaba callado.

Ripley se recargó en su respaldo y se relajó, como si aquel fuera un crucero de placer.

—Ya casi...— dijo Vriess en voz baja.

Todo cuajó. Todo al unísono. La proporción de descenso del Auriga. La velocidad de eyección del *Betty*. Todo funcionaba.

—¡Ahora!— Dijo Ripley, y accionó el interruptor de poder máximo. El *Betty* se proyectó fuertemente y todos se sujetaron fuertemente a sus asientos.

Vriess no estaba muy preocupado por Call en ese momento; tenía cosas mucho más importantes en mente. Algunos de los sistemas del *Betty* no funcionaban a la perfección; puesto que no había podido hacer las reparaciones que había contemplado. A fin de salir del *Auriga*, la

nave tendría que responder rápidamente, usar poder verdadero. Él tenía sus dudas sobre si eso fuese factible. Especialmente sin Hillard para pilotear... Echó una mirada a Ripley, intentando discernir cómo había llegado ella a ocupar ese lugar, cómo es que sabía tanto sobre los controles del *Betty*, sobre sus debilidades, sus habilidades...

Ripley de prontó gritó —¡AHORA!— y accionó los controles.

Y Vriess observó el monitor, que mostraba.

—El exterior del inmenso *Auriga*, sus múltiples luces parpadeando contra la oscuridad del cielo nocturno Australiano, mientras la estación se proyectaba velozmente a tierra. Repentinamente, el *Betty*, que parecía un juguete en comparación con la inmensa figura del vehículo militar, salió disparada por la exclusa, casi estrellándose contra el fondo de la gran nave al ser eyectada. Vriess pensó que parecía más una pequeña pieza de basura, arrojada de una nave en aceleración.

—¡Ten cuidado!— Advirtió Johner.

—¡Lo tengo!— Le aseguró Ripley, maniobrando la pequeña nave para evadir que el colosal monstruo se impactara contra ellos.

El *Betty* zigzagueaba, acelerando para evitar los bordes del casco de la nave, hasta que finalmente quedó fuera de su alcance. Se proyectó en arco ascendente y se alejó, mientras el *Auriga* continuaba su avance mortal. Vriess verificó de nuevo, solo porque sabía que a Call le preocupaba. Pero esta parte del terreno era toda espacio abierto, sin ciudades, sin gente, solamente tierra estéril, desoladas millas desérticas. El cráter que el *Auriga* produjera sería seguramente la parte más interesante del paisaje en los años por venir.

Vriess y Ripley luchaban juntos para controlar la vertiginosa aceleración del *Betty*, extenuando las achacosas partes de la nave tanto como podían para salvarse.

Call no se había sentido así de asustada cuando escapó a la reprogramación. No podía pensar, no podía procesar, apenas si podía reaccionar.

El monstruo estaba entre ella y la puerta. Pero eso importaba poco, lo único que importaba realmente era escapar. A cualquier parte. De cualquier forma. Escapar.

El Recién Nacido avanzó un paso hacia ella pero al hacerlo, la nave se sacudió violentamente, y ambos perdieron el equilibrio, cayendo al suelo. Aquella fue la explosión de realidad que Call necesitaba. Inmediatamente, se sintió *motivada*.

Esquivando el brazo estirado de la criatura, Call avanzó a gatas tan rápido como pudo. La cosa estaba justo detrás de ella, casi pisándole los talones, como si jugase con ella antes de matarla.

La criatura siseó y Call sintió que sus garras casi tocaban su pierna. Volviéndose bruscamente a la derecha, logró apenas escurrirse en el espacio que había bajo el estabilizador. Cuando el enorme Alien se percató que su presa estaba a punto de evadirlo, gruñó en protesta y se adelantó, pero Call ya había desaparecido bajo la parte inferior de la gran máquina.

Haciéndose lo más pequeña posible, rodó sobre sí misma hasta llegar al muro opuesto. Girándose en el sitio, miró los tres costados abiertos, buscando a su perseguidor, casi esperando que la criatura reptase hasta llegar a ella.

¡Pero se había ido!

El guerrero Alien había seguido al Recién Nacido fuera del nido, solamente para estar cerca

del joven. Su Reina estaba muerta, y el guerrero estaba a la deriva. Él había creído que el Recién Nacido usaría a la Ripley para centrarles a todos, para darles un propósito, pero el Recién Nacido había sido incapaz de retener a la Ripley. ¿Por qué? El guerrero no comprendía. Ahora el Recién Nacido se había marchado, jurando matar a la Ripley, devorarla.

El guerrero había seguido al joven en su persecución pues necesitaba un propósito. Pero el propósito del Recién Nacido no era el mismo que el suyo y el guerrero se hallaba indeciso. El último de los jóvenes había emergido de su huésped y estaba creciendo. El nido había sido completado. Podría haber una nueva Reina entre alguno de los nuevos jóvenes que habían emergido, pero el guerrero no estaba seguro.

Sin una Reina que lo guiara, él no tenía objetivos, no tenía ambiciones, ni propósitos. Quizá sería mejor hibernar ahora.

La nave en la que viajaban estaba libre de presas, sin nada más a bordo que guerreros, huéspedes muertos, y el joven. Los corredores estaban extrañamente vacíos. Este no era ya un nido viable. No, sin huéspedes nuevos. Pero sin una Reina que los dirigiera, el guerrero temía que no pudiesen encontrar nuevos huéspedes.

Una voz habló desde el interior de la nave, y el guerrero levantó la cabeza, escuchando la voz.

— Colisión en seis segundos. Cinco... cuatro...-

El Recién Nacido ya no se hallaba a bordo. Sí, pensó el guerrero, enroscándose en posición fetal, haciéndose una masa compacta, este sería un buen momento para hibernar.

La voz de la nave dijo suavemente. —Allá vamos--

A bordo del *Betty*, Distephano pudo ver un área suficiente de la pantalla de Vriess para saber lo que estaba por ocurrir. Echó un vistazo a Ripley, quien parecía estar completamente a tono con la nave, de la que supuestamente no tenía conocimientos. Su boca era una línea compacta, y sus ojos se movían de un lado al otro, sin saltarse nada. *Cielos, eres una mujer extraña*. Pensó él comprensivamente. Sin embargo, admiraba su habilidad para manejar la nave y todo aquello por lo que había pasado. Tan acostumbrado como estaba al vuelo espacial, este sería un viaje verdaderamente difícil, y aún no había terminado.

La voz de Call anunció suavemente desde el Auriga, —Allá vamos— y todos observaron a la gigantesca nave impactarse como un meteorito, golpeando la superficie, y explotando en una gigantesca bola de fuego que iluminó el cielo nocturno en un área de muchas millas cuadradas.

El *Betty* estaba a salvo, observando desde una discreta distancia. No es que la nave estuviera realmente fuera de peligro, en absoluto.

—¡Wow!— Dijo Johner de parte de todos, cuando la gigantesca explosión llenó el cielo. Distephano sabía que el impacto sería registrado en los instrumentos sismográficos de todo el planeta. A ver si pueden imaginar qué lo causó. La creciente lluvia de fuego se incrementó, consumiendo todo lo que era el *Auriga*, toda su estructura. Que mala suerte que estuvieran tan cansados y preocupados como para festejar.

Se volvió hacia Ripley. Su expresión mostraba muchas cosas —alivio, satisfacción, tristeza, un agotamiento total combinado con la intensa concentración.

Así que Distephano la felicitó en silencio. *Los mataste, mujer. Una vez más, los mataste.*

Él se sentía muy bien. Tan pronto como estabilizaran la nave, estarían listos para aterrizar en la Tierra. El *Auriga* estaba destruido. Ellos estaban a *salvo*.

Entonces, se percató de algo.

—Sólo me quedaban tres semanas para salir,— dijo Distephano melancólicamente. —Me pregunto si creerán mi historia, o si me encerrarán por decir la verdad.-

—Vamos, hombre— le animó Johner. —Eres bienvenido a quedarte con nosotros. No estamos muy organizados, pero eres un tipo con imaginación. Te adaptarás perfectamente.-

Él y Johner rieron ligeramente, todavía demasiado cansados para expresar humor.

—¿Dónde está Call?— Preguntó Ripley ansiosamente. —Ya debería haber vuelto.-

—Tienes razón,— concordó Vriess. —Podríamos necesitarla. Tengo unas lecturas demasiado cuestionables en seis diferentes áreas. Si se conecta nuevamente, podría asistir a esta vieja chica lo suficiente para permitirnos aterrizar.— Activó el inter comunicador, y llamó impaciente, —¿Call, dónde demonios estás?— Al mismo tiempo, cambió la imagen que en la pantalla mostraba al humeante Auriga, por la del puerto de carga.

Con Ripley en medio, Distephano tuvo que inclinarse sobre su hombro lo suficiente para ver la pantalla, pero no pudo ver a Call en el monitor. Justo entonces, la nave se sacudió violentamente y Ripley volvía a luchar por controlarla.

Un panel de la nave comenzó a sacar chispas, luego una manguera contra incendios se rompió y el vapor siseó cerca de Johner.

—¡MIERDA!-·Gritó el hombre, desabrochando sus cinturones rápidamente, y luchando por contener la manguera zigzagueante.

—¡Esta cosa se hará pedazos!— Balbuceó Ripley por entre los dientes apretados.

Vriess estaba haciendo un rápido rastrea, y evidentemente no le gustó lo que encontró. —¡Tenemos presión inestable!-

Johner se volvió a mirar a Distephano. —Anda a por Call, ¿quieres? La necesitamos aquí, *ahora* mismo.-

Cuando el soldado se quitó los cinturones de seguridad y automáticamente tomó su rifle, escuchó a Johner murmurar con disgusto, —¿Qué le ocurre a esa chica?-

Buena pregunta, pensó Distephano, dirigiéndose a ayudarla.

Desde debajo del estabilizador, Call pudo oír el fuerte sonido que indicaba que habían salido del túnel del *Auriga*. En la cabina, Vriess y Ripley estarían totalmente preocupados por llevar a la nave tan lejos como fuese posible de la explosión del enorme laboratorio militar. Todavía podían correr un grave riesgo si no se alejaban de la trayectoria explosiva de la monumental nave.

Ella se preguntaba si Vriess —si cualquiera de ellos— había visto al Alien invasor en la cámara, si sabían a lo que ella se estaba enfrentando acá atrás.

Call yacía totalmente quieta bajo el estabilizador, preguntándose hacia dónde habría ido el Alien. ¿Estaría oculto en alguna parte, esperando que alguien llegara a rescatarla?

Un súbito rasgueo en la parte alta de la máquina la asustó, pero no profirió sonido alguno. *¡Esta sobre la máquina!* Se percató. Entonces, el ruido cesó y todo quedó en silencio. Call se quedó inmóvil, esperando. Preocupada.

En un súbito movimiento, la criatura se estampó contra el suelo, intentando escurrirse en el

pequeño espacio que había bajo el estabilizador. Su brazo y parte de su terrible cabeza intentaban entrar, mientras se empujaba hacia dentro en un desesperado intento de alcanzarla.

Aterrada, Call se apretujó contra la pared, deseando poder desaparecer entre el muro, pero no había otro sitio a dónde ir. La mano de afiladas garras, rasgó el grueso, duro y resistente suelo del puerto de carga, desgarrando tiras de metal entre sus dedos. El Alien rugía con rabia, estirándose, esforzándose, arrancando las partes del suelo para poder ampliar el espacio y entrar. Call se apretaba a la pared lo más posible, sin siquiera respirar.

Retorciéndose, agitando su cola, escarbando como un cangrejo, la criatura luchaba por alcanzarla, apretujándose para que la grotesca cara entrara en el restringido espacio; hasta que las largas garras llegaron muy cerca del rostro de Call. El Alien estaba enloquecido de rabia, pero su cabeza era demasiado grande, demasiado inflexible como para entrar en el pequeño espacio bajo la maquinaria. Sin embargo, luchaba contra las barreras físicas del espacio, convencido que, si lo intentaba con mayor ahínco, podría finalmente lograr su objetivo.

En la siguiente embestida, las garras rasguñaron ligeramente la nariz de Call.

15

El dedo medio del Alien llegó a tocar la cara de Call. Ella no podía ni respirar por el pánico, ni podía alejarse del alcance de la criatura, y no sabía cuánto más podría resistir. La cosa le estaba gruñendo, aterrándola con sonidos amenazantes. Y lo peor de todo es que podía olerlo, un fétido olor entre humano y animal.

¿Cuánto podría resistir? ¿Cuánto más podría evitar el contacto de la criatura? ¿Y cuánto tiempo pasaría antes que alguien en la cabina se diera cuenta de lo que ocurría?

Repentinamente, el único propósito de Call —la cercanía de la garra— se había convertido en algo secundario, al distinguir un par de botas que aparecieron en la puerta que conducía a la cabina. Parpadeó. Botas militares. ¡Distephano!

Desde el sitio en que había entrado al puerto de carga, la estructura del estabilizador no le permitiría distinguir al Alien. ¿Acaso sabría que estaba aquí? ¿Lo habría visto en el monitor? A decir verdad, no parecía que la jodida cosa quisiera ocultarse.

De pronto, el Alien se percató de la presencia de Distephano. Call lo adivinó porque las garras que querían alcanzarla se detuvieron, y el cuerpo entero de la bestia quedó inmóvil.

Distephano entró cuidadosamente en la habitación, buscando, sin asumir nada. La luz era escasa aquí. Espeluznante. La maquinaria ocupaba la mayor parte del perímetro y las cadenas que colgaban del techo, producían un ligero tintineo que causaba escalofríos. Pero en cualquier caso, ¿dónde estaba su robot favorito?

—¿Call?— Llamó suavemente. El extraño ambiente del puerto de carga parecía requerir silencio. Precaución. —¿Call, estás aquí?-

¿Y dónde más podría estar? Se preguntó a sí mismo. No era precisamente que la hubiera pasado sin verla.

Distephano avanzó, barriendo cuidadosamente el área, metódicamente, como un buen soldado.

Al avanzar Distephano, el Alien lentamente, silenciosamente, comenzó a apartar la mano de debajo del estabilizador.

Una parte de Call sintió un tremendo alivio, pero éste fue inmediatamente sustituido por su propia programación imperativa.

Iría a por Distephano. Era cien veces más veloz, y mil veces más mortífero.

Bajo los pies de Distephano, el *Betty* se sacudió fuertemente, y él pudo imaginar que Vriess y Ripley luchaban con los controles, intentando forzar manualmente a la nave, para seguir una trayectoria, porque Call no estaba ahí, porque no estaba conectada.

Finalmente, Distephano detuvo su avance. Sintió un escalofrío que le recorrió la espina y se preguntó —¿Podría haber una de esas *cosas* aquí? ¿Podría haber atrapado a Call? ¿Qué otra cosa podría impedir que volviese a la cabina? Observó el área con desconfianza. Había ahí cientos de sitios para esconderse. Sintió un terror casi animal ante el pensamiento, pero entonces se obligó a calmarse. Él era un soldado. Un miembro de la tripulación personalmente seleccionada por el General Pérez.

Tranquilamente, casi con indiferencia, Distephano preparó su rifle.

Avanzó un paso más, deteniéndose cerca de una gran pieza de maquinaria que dominaba el área. Con la misma indiferencia, Distephano levantó el arma, listo para cualquier posible sorpresa.

Si una de esas cosas, si una de ellas está aquí en este puerto... consideró por un momento. *Esas criaturas mataron a todos los hombres en mi nave. Si una de ellas está aquí, la haré volar hasta el infierno y de regreso. Tanto así les debo.*

Entonces echó un vistazo a la gran máquina que se había junto a él. Ese equipo prácticamente bloqueaba su vista del resto del puerto de carga. *¡Este debe ser el estabilizador!* Se percató. *Esto no es el Auriga— es solo una nave pequeña. Debe haber una tonelada de piezas importantes para nuestra supervivencia. ¡Y esas cosas tienen sangre ácida!*

Al concebir la idea, Distephano se detuvo. No podría dispararle. No ahí dentro. Pero podría...

Mientras Distephano calculaba todas sus opciones, cuidadosamente avanzó alrededor del estabilizador.

Call había llegado a la misma conclusión. Sangre ácida. Si Distephano le dispara a esa cosa-

Ella miró la visión de pesadilla que era la cara de la criatura. Estaba sonriendo nuevamente. La sonriente quijada del Alien goteaba una mucosa clara. Y entonces, antes que ella pudiera advertir a Distephano, atacó. Desesperada por hacer algo para ayudar, Call se apresuró a salir de su escondite.

La criatura estiró uno de sus increíblemente largos brazos, aferrando la cara de Distephano cuando éste se volvía para colocar su arma a un costado. Su grito fue un corto y gutural —¡NO!— mientras intentaba tirarse de espaldas. El rifle se le escapó de las manos, cayendo fuera de su alcance.

La enorme palma del Alien cubría la cara del soldado, pero no le impedía dejar de gritar de rabia, de sorpresa, de terror absoluto.

Cuando la enorme criatura se incorporó, aferrando a Distephano como un imán, Call pudo oír claramente el sonido del cráneo al romperse, así como sus agudos chillidos de dolor. La criatura mordió su cuero cabelludo, levantando la bóveda craneal como una almeja para devorar su cerebro y beber su sangre.

¡Eso fue deliberado! Pensó Call estupefacta. *¡Deliberado —y humano!*

El Alien se volvió hacia ella, los enormes colmillos expuestos lo hacían parecerse aún más a la

sonriente cara de la Muerte. Entonces, la criatura rió —una velada y espeluznante risa, mientras Call se quedaba petrificada, inmóvil.

Ripley estaba vagamente consciente que a sus espaldas, Johner intentaba reparar la manguera rota.

No puso mucha atención cuando Vriess se volvió a gritarle. —¡Pega un parche hasta el servomecanismo!

—Hey,— gritó Johner en respuesta, —se supone que ese es *tu* trabajo. ¡Yo solo lastimo gente!-

Ripley puso mucha más atención cuando Vriess activó el inter comunicador y gritó, —¡Call! ¡Vuelve aquí!— Sin obtener respuesta.

Aquello la estaba distrayendo. Call debía haber vuelto hacía mucho. Tenía que sentir las sacudidas que daba la nave, incluso desde el puerto de carga. La mujer sabía que era necesaria en la cabina. Y Distephano ya se había demorado mucho, también.

Entonces Ripley lo sintió. *El contacto. El toque telepático de su último hijo viviente.*

Se estremeció, y después se desabrochó el cinturón y se levantó de su asiento.

Tras ella, pudo oír que Vriess y Johner gritaban su nombre y que Vriess de nuevo intentaba maniobrar los controles de la nave.

Había una parte de Ripley que se daba cuenta que estaban dirigiéndose a tierra en una nave que estaba casi sin control, pero ella acalló esa parte. Eso no era importante en este momento.

En teoría, aquello era imposible, pero en ese momento en particular, el cerebro de Call no podía procesar. Ella se encontraba de pie a la sombra del Alien mutado, como un tembloroso testigo de su festín con el cerebro de Distephano, y no podía moverse, no podía pensar, no podía hacer cosa alguna para ponerse a salvo.

La enorme bestia pareció crecer ante sus ojos, pero todo lo que ella podía hacer era mirar aquella terrible cara, la materia cerebral que se atascaba entre sus dientes, y el olor metálico de la sangre en su aliento.

La criatura llegó a su lado antes que pudiera reaccionar, antes que pudiera moverse, aferrándola por los hombros y levantándola en el aire, hacia su cara. La enorme boca se abrió, los dientes se acercaron.

¿Podría hacerlo? Se preguntó horrorizada. *¿Podría devorar procesadores y micro chips?* Quizá no, pero si destruía esas unidades, acabaría con ella tan eficientemente como lo haría con un cerebro orgánico.

Call cerró los ojos, e intentó evocar una plegaria final.

Casi a modo de respuesta, se escuchó un fuerte golpe cuando la puerta de la cabina se abrió súbitamente, produciendo eco en el pequeño espacio del puerto de carga.

Call escuchó una voz que decía, —¡Hey!-

La criatura se quedó inmóvil, y luego se volvió, gruñendo con sorpresa.

Ripley estaba en el quicio de la puerta, entro y cerró la puerta. Estaba muy quieta, pero firme, con las piernas ligeramente separadas, la misma pose de auto confianza que Call recordaba. Pero los ojos del robot estaban muy atentos, y pudo ver el abatimiento en la expresión de la mujer. Había pasado por tantas cosas. Era obvio que estaba en el límite de su resistencia.

Los gruñidos del Alien se suavizaron al mirar a Ripley.

Tranquilamente, la mujer le dijo a la criatura, —No puedo permitir que hagas eso.-

La gran cola de la criatura se agitó con impaciencia, y súbitamente aferró a Call contra su pecho. La pequeña mujer se halló como una suerte de escudo entre Ripley y el monstruo. Call parpadeó, intentando recobrar su instinto de conservación. Esto era algo demasiado *humano* para una bestia.

Ripley permanecía firme, con los ojos clavados en Call.

Debe haber algo que puedas hacer para ayudarla, pensó Call atontada, incluso en el fuerte abrazo de la criatura. De reojo, pudo ver el arma abandonada de Distephano. ¿Podría Ripley llegar hasta ella?

Estamos a una distancia prudente del estabilizador, pensó Call, *pero todavía hay muchas mierdas importantes aquí...* ¿Qué pasaría si Ripley despedazaba a la Criatura, regándo su sangre por todas partes? La vibración de la nave le decía que estaban entrando en la atmósfera, aproximándose a tierra. ¿Podrían lograrlo sin sufrir un daño muy severo? En ese momento no lo sabía. No sabía nada.

La cola del Alien se agitaba violentamente, y la criatura siseó, enojada. Su aliento pasaba cerca de las orejas de Call.

Los ojos de Ripley registraron rápidamente el área, distinguieron un arma militar, y luego volvieron a posarse en Call.

Ella lo sabe, se percató el robot. *Por supuesto, ella ha volado naves anteriormente. Está recordando. Quizá incluso reconozca algo del equipo.*

Pero entonces, la mujer alta pareció dudar.

Aquello fue como una bofetada para Call. Estaban camino a la Tierra con este monstruo en el puerto de carga. ¿Qué importaba si todos morían con tal de que el Alien fuese destruído? Pero Call sabía, instintivamente, que a Ripley no le sería fácil disparar a través de Call para matar a la bestia.

Desesperada, Call se debatió entre los brazos de la criatura, necesitando convencer a Ripley, hacerla entender.

—¡Dispara!— Gritó frenética. —¡Vamos, dispara! ¡Ya estoy acostumbrada!— No le importaba si las balas la hacían pedazos, siempre que destruyeran a la pesadilla que la aferraba. Esta había sido, después de todo, su misión ¿cierto? Salvar a la humanidad de la bestia. El recordar eso le ayudaba.

Pero Ripley parecía angustiada, y para sorpresa de Call, no parecía tener intenciones de coger el arma de Distephano.

La nave se inclinó y el trío, encerrado en aquel bizarro escenario, luchaba por mantenerse en pie.

En la cabina, Vriess manipulaba frenéticamente los controles, luchando para evitar que el Betty se hiciera pedazos. Sus ojos intentaban abarcar todas las pantallas, intentaban llevar control de todo al mismo tiempo. No se atrevió siquiera a echar un vistazo al monitor, que mostraba a una

de esas *cosas* reteniéndo a Call como rehen. No se podía permitir siquiera pensar en eso.

A su lado, Johner trabajaba tan frenéticamente como él, aferrando los controles, intentando estabilizar manualmente la desbocada nave.

Pasaron del cielo nocturno a la luz del día, con la luz del sol penetrando por las ventanas de la cabina.

—Casi tocamos tierra...— advirtió Vriess a su copiloto.

—Lo sé,— respondió Johner.

—Diez minutos para el impacto,— anunció tranquilamente la voz de la computadora del *Betty*. Por primera vez, Vriess se percató que era la voz de Call.

Mientras el Recién Nacido siseaba y chillaba, aferrando fuertemente el cuerpo de Call contra el suyo, Ripley se percató que la única forma en que podía matarlo era como había mencionado la pequeña mujer, tomar el arma de Distephano y disparar repetidamente a la bestia, atravesando el cuerpo del robot. Pero Ripley era tan incapaz de hacerle eso a ella, como lo fue de abandonar a Newt. No, disparar a la bestia no era la respuesta.

¿Entonces cuál era?

Ripley miró fijamente a la criatura, y luchó contra su creciente necesidad de ella. Le dolía. Todo eso dolía. Estaba tan cansada, tan exhausta, que solo quería tumbarse y morir. Oh, Dios, ¿Por qué no podía solamente tumbarse y morir?

Quizá soy un robot en realidad, pensó locamente. *Un robot con una sola programación — seguir adelante, sin importar cómo. Dios, detesto esto.*

El Recién Nacido gritaba su furia, sus dientes muy cerca del cabello de Call —pero no atacó. ¿Habría descubierto que Call no era humana, que no tenía un cerebro orgánico, ni hemoglobina en su sangre? ¿Habría percibido el extraño olor del cuerpo del robot Call?

Ripley tuvo un súbito recuerdo de Bishop, partido en dos por la enfurecida Reina, y supo que el Recién Nacido podía fácilmente hacer lo mismo con Call. Ripley no había podido salvar a Bishop en aquel entonces, y —puesto que Call era la única de su especie en ese preciso momento — ella sería igualmente incapaz de salvar a Call.

Tenía que hacer algo —¿No era ese su destino, una y otra vez? Con un suspiro de desánimo, Ripley mostró las manos en un gesto de rendición. Se forzó a sí misma a buscar nuevamente la conexión telepática que luchaba por disolver.

Hay algo... tenue... guardado... pero hay algo... puedo sentirlo-

Era inhumano, repelente, pero familiar de algún modo. Era todo lo que Ripley había intentado evadir. Se forzó a hacer contacto visual con la criatura, a ver directamente a los ojos que eran de su mismo color.

El contacto era frío, pero ávido. Enfurecido, y sin embargo solitario y dolorosamente triste.

El nido estaba destruido. Los otros habían muerto. El Recién Nacido estaba verdaderamente solo ahora. La única conexión que tenía con alguno de su especie era la humana que se hallaba frente a él.

Ripley comprendió eso repentinamente, y se percató que era la única carta que le quedaba por jugar.

Bien, pequeño, pensó irónicamente, *yo soy la única madre que te queda.*

Mantuvo sus manos en alto, como suplicando, y llenó su mente con pensamientos reconfortantes, transmitiéndolo por la conexión que existía entre ellos. Mentalmente, vio la imagen de sí misma abrazando a Newt, pequeña, rubia, dulce Newt. Vio los brazos y piernas de la niña rodeando su cuerpo, feliz, totalmente segura de que Ripley vendría a por ella. Mantuvo esta imagen en su mente, mientras murmuraba, —ven aquí, sí... ven.-

Lentamente, el Recién Nacido se tranquilizó, dejó de agitar su cola y comenzó a aflojar la presión con que aferraba a Call.

Ripley veía que Call la observaba atentamente. Pudo ver claramente la confusión en el rostro de la pequeña mujer. Call no se movió. No podía moverse. Cuando el Recién Nacido finalmente la soltó, estaba tan sorprendida, que cayó al suelo. Ripley no podía permitirse mirar a Call, intentar responder los cuestionamientos que veía en sus ojos. Solamente podía mirar al Recién Nacido, reconfortándole, pidiéndole que dejara al robot y que viniera hasta ella.

Mientras la enorme criatura se acercaba a Ripley, ella vio, de reojo, que Call se alejaba silenciosamente, a gatas

Sí, pensó Ripley *¡Sí!* Casi se distrajo por una súbita memoria en que gritaba a Newt, *¡Corre! ¡Escóndete!* De haber podido, habría gritado lo mismo a Call, pero todavía estaba muy cerca al Recién Nacido.

Sin mirar a Call, Ripley le dijo suavemente, —Sal de aquí.— Entonces avanzó hacia el Recién Nacido.

—Vamos,— animó al monstruo, manteniendo los brazos abiertos.

Dos pasos, tres. El Recién Nacido ahora estaba inclinado sobre ella, casi a punto de tocarla, y Call se había alejado aún más. Ripley continuaba de pie, con los brazos abiertos, mostrando a la criatura la imagen más maternal posible. Recordó a la Reina Alien, intentando tocar a su pequeño hijo justo antes que éste le arrancara la cabeza.

¿Podría esta criatura entender un concepto como el confort? ¿La confianza?

Forzándose a mantener una imagen maternal en su mente, Ripley se mantuvo firme, ofreciendo un gesto de sumisión en su actitud, en su expresión. Contuvo el aliento cuando la criatura se acercó.

Entonces, el Recién Nacido hizo un suave sonido, como si estuviera sufriendo, como si tuviera necesidad. El sonido casi infantil dejó perpleja a Ripley, y la hizo mirar hacia arriba. La grotesca forma de calavera de su cara apenas parecía dar lugar a la emoción, pero ella pudo sentir la soledad de la criatura. Recordando sus propios gestos hacia el Recién Nacido en el nido, y la ternura que Ripley había mostrado hacia Call —el robot que había venido a matarla — se estiró, y lentamente, gentilmente, acarició la alargada cabeza del Recién Nacido.

Tras ella, todavía avanzando a gatas hacia la cabina, Call echó un vistazo atrás, horrorizada y fascinada por la interacción entre dos seres que eran mitad Alien el uno para el otro, y sin embargo, genéticamente unidos. Mientras Ripley acariciaba gentilmente la cabeza de la criatura,

su larga y serpenteante lengua lamió el sudor de su frente, limpiando el rostro de Ripley.

Durante esos momentos, los ojos de Ripley miraron más allá de la criatura, incluso mientras mantenía en su mente la imagen de una amorosa madre. Directamente detrás del Recién Nacido, Ripley pudo distinguir una ventanilla de tamaño moderado, que mostraba el cielo nocturno Australiano, tornándose en amanecer mientras la nave se alejaba del punto de colisión y se acercaba a tierra.

Ripley continuaba acariciando la cabeza del Recién Nacido, deslizando su mano tiernamente sobre los bordes oculares, hacia la mandíbula, hacia la barbilla. Los labios de la criatura se retrajeron automáticamente, en aquel rictus mortal que le era tan familiar. Sus dedos tocaron los múltiples dientes, con cuidado. Todavía mirando su rostro, el Recién Nacido abrió la boca, permitiendo a Ripley aquella curiosa auscultación de sus dientes mitad humanos, mitad Alien.

Lentamente, Ripley deslizó la palma sobre el borde de los dientes del monstruo, presionando firmemente, sin siquiera permitirse parpadear.

Cuando retiró la mano y la miró, su palma estaba llena de su espesa y roja sangre. Su sangre. Sangre humana. Principalmente.

Sus ojos se clavaron en el rostro del Recién Nacido, todavía en calma, su mente aún controlada. Con un súbito gesto, agitó el brazo, dirigiendo la palma llena de sangre directamente a la ventana.

La salpicadura de sangre golpeó directamente el centro de la ventana, dejando una mancha. Al principio no hubo reacción alguna, pero entonces, segundos después, la ventana comenzó a sisear donde la sangre había caído. Luego comenzó a humear. Comenzó a derretirse.

En su mente, a través del frágil vínculo, Ripley pudo sentir el cambio en la actitud del Recién Nacido. La sensación de una confianza infantil, la terrible soledad, se había esfumado. En su lugar había solo una sensación: *¡Traición!*

Inmediatamente, la criatura se enderezó, siseando, advirtiendo.

El Recién Nacido observó el gesto desafiante de Ripley con sorpresa. Lo único en que tenía interés en aquel preciso instante, era en la lenta y dolorosa muerte de este ser traidor que se hallaba de pie ante él. Aunque el lugar en que se hallaban temblaba y vibraba, aunque el Recién Nacido sospechara que estaban en grave peligro, aquello no importaba. El Recién Nacido no se distraería.

Llegó hasta su víctima y contemplo el regocijo que sentiría cuando sus dientes rompieran su débil cráneo. El Recién Nacido devoraría lentamente su cerebro, saboreándolo, y se preguntaba si podría absorber los recuerdos de Ripley al hacerlo. Sería maravilloso que la sangre de Ripley saciara esta ardiente y eterna avidez.

Pero entonces el contacto se inició, y el Recién Nacido sintió la rendición de Ripley, sintió su amor, sintió la soledad de la humana, y su actitud cambió.

¿Sería posible que la humana lo estuviera aceptando?

¿Sería posible que Ripley reconociera de una vez que su vínculo era más profundo? ¿Podría la humana saber cuánto necesitaba el Recién Nacido que lo reconfortaran? ¿Podría saber cuánto

necesitaba que confiaran en él?

El Recién Nacido permitió el contacto. Dejando fluir sus emociones, regocijándose ante el contacto maternal. Era definitivo, su madre lo aceptaba.

Ripley acarició su rostro, sus bordes oculares, bajando hasta su mandíbula. El Recién Nacido permitió aquella curiosa auscultación. Su necesidad de su madre era mayor que su rabia. No significaba nada. Significaba todo.

Súbitamente Ripley presionó su mano contra los dientes del Recién Nacido, para después agitar la mano y salpicar una ventana con su sangre.

El Recién Nacido lo supo entonces. ¡Traición!

Ripley se quedó petrificada, intentando disfrazar el miedo en su rostro.

El Recién Nacido abrió su enorme boca, y su suave y humana lengua —la misma lengua con que había limpiado tan tiernamente a Ripley, la lengua que hacía a esta criatura tan diferente a todas las demás que había procreado la Reina— se deslizó obscenamente al exterior. Ripley observó, con enfermiza angustia, que la lengua se endurecía, se ponía rígida, justo como la de sus congéneres. Mientras la lengua cambiaba de forma, unos pequeños y afilados dientes aparecieron en su punta, abriéndose y cerrándose como para probar sus nuevas habilidades.

Ripley gimió. El Recién Nacido se inclinó sobre ella, listo para proyectar su lengua rígida contra su cráneo. La mujer no podía permitirse siquiera cerrar los ojos al mirar, con hórrida fascinación, la metamorfosis de la criatura.

¡Oh, Dios ayúdame! Pensó Ripley, notando que aquella había sido la primera plegaria que hacía en esta vida.

Los pequeños dientes rechinaron, y una clara mucosa goteaba de ellos. La lengua se movió, se acercó a su cara-

La mujer temblaba incontrolablemente, pero no podía reaccionar, pues sabía que aquello provocaría el ataque de la criatura.

De una forma distante, más allá del hombro del Recién Nacido, Ripley pudo ver que Call gateaba por el suelo, llegando finalmente hasta donde yacía el arma de Distephano. Entonces levantó la vista-

Para ver la ventana que estaba justo detrás del Recién Nacido. En su centro, la sangre que había arrojado burbujeaba y derretía el material, llenando el aire con esa esencia singular de plástico quemado. Supuso que estaban en la estratosfera. Casi habían llegado a casa.

Ripley miraba fascinada la ventana, consciente que el mantener su vista fija en ella, la distraería de percibir los rechinantes dientes que se dirigían hacia su cara.

Entonces, en su mente, la imagen de sí misma abrazando a Newt cambió-

Había recuerdos. De caos inesperado. Los guerreros gritaban y morían. Y había fuego. Y ella misma, Ripley, se apostaba firmemente, cargando a su pequeña en brazos.

Causando muerte y destrucción en el nido.

El Recién Nacido se acercó, listo para el beso final —y se sorprendió enormemente por el cambio en el contacto mental. No había sumisión en Ripley ahora, ni miedo, ni remordimiento. ¡Solo desafío! El recuerdo de su destrucción del nido fue transmitido a través del vínculo

telepático, enfureciendo al Recién Nacido. Sintiéndose burlado.

El Recién Nacido rugió antes de atacar, entonces-

Hubo un fuerte sonido y un fuerte tirón que lo hizo trastabillar, como si el Recién Nacido fuese jalado por una fuerza invisible. El tirón se hizo más fuerte, hasta que el Recién Nacido fue jalado hacia atrás, hacia atrás, lejos de la traidora. ¡La criatura no comprendía! ¿Cómo podía ocurrir aquello?

El Recién Nacido gritó enfurecido, mientras Ripley se alejaba de su alcance. La bestia retrocedía más y más rápidamente, y entonces se estrelló contra algo duro, algo que lo retenía, que lo mantenía adherido. Rugiendo de furia, se estiró ferozmente para avanzar hacia Ripley con sus garras. El Recién Nacido no podía creer que estuviera atrapado, especialmente ahora que estaba tan cerca de la traidora.

Hubo una súbita explosión cuando la estructura de la ventana cedió al ácido que la derretía, y los pequeños objetos del lugar se precipitaron hacia el agujero que se había formado, atraídos por la succión del vacío exterior.

Ripley vio que Call reaccionaba inmediatamente, sosteniéndose de algunas de las cadenas y poleas que colgaban del techo, enredándose en ellas y asegurando su posición.

Docenas de pequeños objetos eran absorbidos por el agujero, donde la sangre ácida de Ripley continuaba derritiendo los bordes. El agujero se hizo más grande, y la fuerza de descompresión se incrementó enormemente. Incluso mientras el Recién Nacido era jalado hacia atrás, sus brazos se estiraban, intentando alcanzar a Ripley, hasta que llegó y cubrió el agujero de la ventana con su cuerpo, al mismo tiempo que Call intentaba alcanzar a Ripley para asegurarla con más poleas para evitar que saliera disparada.

El Recién Nacido golpeó la ventana fuertemente, y gritó con furia y dolor mientras su cuerpo era retenido por la fuerza de la rugiente atmósfera.

El repentino cese de la descompresión, hizo que Ripley cayera al suelo, lejos del alcance de Call. El robot tendió la mano y gritó, —¡VAMOS!— Mientras Ripley gateaba para llegar a ella.

El Recién Nacido luchaba por separarse de aquella terrible sensación, su tremenda fuerza le permitió, de hecho, alejarse un paso del agujero en la ventana, y el efecto de esa nueva descompresión jaló ahora a Ripley hacia él.

La feroz lucha de la criatura se incrementó mientras intentaba alcanzar a su progenitora. Pero toda su rabia era inútil contra el poder de la rugiente atmósfera. Ripley pudo sentir la creciente fatiga de la bestia, su confusión, y se percató que por primera vez en su corta existencia, el Recién Nacido estaba realmente asustado.

¿Temeroso de morir? Pensó Ripley. *¡Bueno, acostúmbrate a la idea!*

Ella comenzó a reír y se preguntó por qué hallaba graciosas las cosas más extrañas.

Entonces, finalmente, el Recién Nacido perdió en su ferviente lucha contra la fuerza de descompresión, y fue jalado nuevamente al, ahora más grande agujero, con un fuerte golpe. El impacto rompió la piel de la criatura, y Ripley pudo ver que su sangre ácida se precipitaba hacia

fuera.

El grito insectil del monstruo le hizo temblar hasta los huesos, y Ripley profirió un agudo lamento de dolor propio, mientras intentaba alcanzar a Call, como si el llegar hasta ella fuera la única forma en que podía aferrarse a su propia humanidad.

Era verdad; Call era *solo* un robot. Pero el propósito original del programa de todo robot era el de utilizar a los androides para los sitios que eran más peligrosos para los seres humanos. La única razón de su existencia era salvar las vidas de la gente real.

A través de los años, le llegó el susurro de un recuerdo...

Prefiero el término 'persona artificial.'

No puedo mentirles sobre sus posibilidades... pero tenéis mis condolencias.

Bishop y Ash— solo robots. Uno de ellos casi sacrificó su propia vida para salvarla a ella y a la niña. El otro, felizmente la habría matado por interferir con sus planes...

Ripley cerró los ojos ante los confusos recuerdos que se intercalaban en su mente, con tanta fuerza, que no podía pensar.

Al principio, el Recién nacido fue consciente del inexorable, terrible vacío, que lo jalaba lejos de Ripley, la traidora criatura que él estaba determinado a destruir. Pero entonces, golpeó la ventana y sintió el ardiente y congelante frió de la succión. La piel de su espalda y riñones comenzó a solidificarse, entonces, súbitamente explotó y fue succionada en una terrible explosión de tejidos y sangre. La criatura gritó agónicamente, —una inexplicable humedad goteaba de sus ojos— en agonía, mientras su sangre mitad ácida, sus órganos y entrañas volaban al espacio, congelándose casi inmediatamente, pero estando aún en dentro del cuerpo de la criatura.

En realidad estaba muerto, pero su cerebro no aceptaría eso. En una lucha desesperada de supervivencia, el Recién Nacido estampó su palma contra el cristal, luchando por zafarse de la succión. Pero el agujero ya se había agrandado por efecto de la sangre ácida de Ripley —la misma que corría por sus venas— que lo había consumido. Pero la lucha del Recién Nacido fue inútil, su brazo fue inmediatamente succionado, congelándose y rompiéndose hasta el hombro, al mismo tiempo.

El Recién Nacido tenía los ojos muy abiertos de terror y anegados por la extraña humedad, e indefenso, se volvió hacia Ripley. No podía hablar — y aunque pudiera, ya sabía que su madre no lo escucharía— solo podía gritar, pero seguramente aquel ser comprendería lo que quería. ¿Cómo podía la propia madre del Recién Nacido verlo morir y no ayudarle?

Así que, clavó su mirada en Ripley, y le imploró... le suplicó.

¡MÁTAME!¡MADRE, MÁTAME POR EL AMOR DE DIOS! ¡MÁTAME MADRE!

En la cabina, Vriess observó que se acercaban más y más a tierra y luchaba con los controles de la nave. La cuenta regresiva continuaba anunciándose con la voz de Call, recordándole en cada segundo, que ella todavía no estaba ahí, que Ripley no había vuelto, que él estaba solo en esta terrible lucha por controlar los sistemas de la vieja nave. Solo. Inadecuado. Tullido. No podía controlar al *Betty*, que ahora se precipitaba velozmente a tierra.

Súbitamente, Johner se arrojó a la silla que Ripley había dejado vacía, y envolvió con su

manazas, las propias manos de Vriess, añadiendo su propia fuerza a la del mecánico con un esfuerzo brutal. Juntos, pudieron accionar la palanca que estabilizaba la nave.

Cuando la terrible succión se detuvo al golpear la ventana el Recién Nacido, Ripley jadeó, exhausta. Podía oír a Call llamándole, pero apenas si podía pensar, o reaccionar, o intentar salvarse. Call intentaba alcanzarla con un brazo, mientras colgaba de las poleas. Lentamente, Ripley se forzó a sí misma a gatear hacia la pequeña mujer.

Los gritos del Recién Nacido se hicieron más fuertes, más agudos —subiendo en la escala hacia la histeria. La criatura manoteaba desesperadamente el aire, y su cara, sus ojos estaban anegados de llanto por el profundo dolor. Ripley intentó apartar la vista, pero le era imposible hacer oídos sordos sin sentir dolor por la destrucción de la criatura.

El Recién Nacido la miró directo a los ojos, gritando como un chiquillo, dolorosamente.

Ella sacudió la cabeza. Su último y terrible hijo. Necesitaba asegurarse. Necesitaba verlo.

Sintió que los dedos de Call se entrelazaban en los suyos, aferrándola lo más fuertemente posible, y entonces el robot la amarró con una suerte de correa, rodeando su cintura, su pecho, pero ella era incapaz de apartar los ojos de la gimiente y desesperada criatura que estaba genéticamente conectada a ella. Ripley sollozó, mientras el Recién Nacido intentaba alcanzarla con un brazo, con sus ojos suplicando que lo ayudara.

Todo terminará aquí, le dijo Ripley a la criatura. *Todo el dolor. Para siempre. No habrá más reencarnaciones.*

El Recién Nacido gemía atormentado. Sus lágrimas hicieron un agujero en el corazón de Ripley.

Bien, pensó ella, como si intentara aliviar el dolor de la criatura, *no tomará mucho, tranquilízate.*

Con un súbito tirón, el brazo extendido de la criatura fue succionado al interior del cuerpo de la criatura, los huesos, volaron a través del agujero hacia el vacío. El Recién Nacido suplicaba, agonizante. Entonces su abdomen explotó, y sus entrañas se proyectaron y se contrajeron, escapando por el agujero de la ventana.

Su penetrante grito lastimó el cerebro de Ripley, golpeándolo como una corriente eléctrica. Ella sollozaba, intentando taparse las orejas, intentando bloquear el agudo llanto que la torturaba. Gritó a la par del Recién Nacido y el sonido la apuñaló como cien cuchillos. Ripley podía sentir la cálida y espesa humedad de su propia sangre en las manos, chorreando por sus orejas. Se puso de rodillas, llorando a lágrima viva, mientras Call intentaba aferrarla, usando toda la fuerza que tenía el robot, como para salvar a Ripley de este último ataque.

Mientras las dos mujeres observaban con enfermizo terror, una de las piernas del Recién Nacido se retrajo al interior de su cuerpo, desapareciendo por su espalda y proyectándose al espacio.

Entonces, la otra pierna de la criatura se contrajo tan rápidamente, que Ripley temió que el ventanal no resistiría mucho más, pero simplemente no podía apartar los ojos del desmembrado Recién Nacido. La criatura volvió a mirarla cuando su otro brazo se fracturó en múltiples partes y

fue absorbido. La cabeza se hundió en su distorsionado cuerpo.

¡Oh Dios dime que estás muerto! ¡Tienes que estar muerto, por favor! Ripley suplicaba que aquello fuera verdad, pero los vívidos ojos de la criatura decían lo contrario. Sus pulmones ya habían desaparecido, y finalmente había cesado el terrible llanto y los gritos, pero su boca continuaba moviéndose, los dientes se abrían y cerraban. Ripley sabía que el Recién Nacido estaba aún conectada con ella.

Y que en silencio, suplicaba, *Ayúdame. Ayúdame.*

Entonces, súbitamente, con un tirón final, la piel de la criatura se partió, desvelando los restos de su cuerpo mutilado, y la piel se contrajo como una lona, hacia dentro para salir disparada al espacio. Ripley pudo ver los dedos de una mano todavía tanteando, intentando convencerla para ayudarle con un gesto de suplica que fue absolutamente *humano*.

Debo salir de aquí, pensó temiendo que perdería la cordura si no lo hacía. *Tengo que salir de aquí* —pero esos ojos, esos malditos ojos que eran idénticos a los suyos, que estaban aún *vivos*... Ripley se sentía atrapada por ellos.

Y entonces comprendió. El Recién Nacido no había sido obra de la Reina. Había sido su hijo. Un hijo creado por los codiciosos humanos, y él no era responsable de su existencia. La única responsable era ella. Ripley. Y su agonía fue infinita. Su dolor fue total. Y comprendió que ese dolor la seguiría hasta el final, en todas sus encarnaciones. Y lloró por su pequeño.

Aún cuando la nave daba tumbos y vibraba, la destrucción de la criatura, pedazo a pedazo, continuaba. Todo sucedía con mayor rapidez ahora, mientras los restos de piel se pelaban del cráneo de la criatura y se proyectaban al vacío. Ripley se asombró de percatarse que intentaba tapar los ojos de Call, como si quisiera evitar que una niña mirara una escena tan horrible. Pero ambas observaban, incapaces de apartar los ojos.

Ripley sintió que el débil vínculo telepático intentaba una última suplica para llamar su atención. Estremecida por el dolor de la criatura, Ripley le suplicó. *¡Perdóname! ¡Por el amor de Dios, hijo...PERDONAME!* Y sintió que una parte de sí misma moría también.

La cabeza del Recién Nacido se contrajo con un fuerte tirón, y finalmente, piadosamente, el cráneo fue succionado y desapareció en el espacio.

¡Dios santo! ¡Gracias! ¡Gracias a Dios ha dejado de sufrir! Pensó Ripley, con el único deseo de caer al suelo y llorar para toda la vida. Pero no había tiempo para eso. La descompresión volvió, succionando todo hacia los restos de la ventana. Súbitamente, las mujeres se hallaron de nuevo entre un túnel de viento, mientras el vacío luchaba por jalarlas para correr la misma suerte del Recién Nacido.

Las dos mujeres se aferraron una a la otra, luchando contra la terrible succión.

—¡No lo lograremos!— Gritó Johner, todavía batallando con los controles. El suelo estaba ya muy cerca. La descompresión en el puerto de carga los proyectaba como un avión de papel.

—¡Oh, sí que lo lograremos!— bufó Vriess, luchando por su parte.

La voz de Call mantenía una entonación asquerosamente calma, contando los segundos restantes para el impacto.

Mientras la nave temblaba, vibraba y se precipitaba a tierra, en el puerto de carga la

maquinaria se desplazaba lenta pero peligrosamente hacia la ventana. Ripley y Call se abrazaban fuertemente. Al mismo tiempo, Call continuaba atando correas alrededor de ambas para mayor seguridad. Ripley apenas se percataba de ello.

Dentro de ella, a pesar de su pena, a pesar del hecho de que probablemente iban a morir, Ripley se sorprendió por calma que sintió de pronto. Recordó el aterrizaje del Sulaco y el violento de descenso hacia Hadley's Hope. Recordó a Hicks, que dormía como si aquello fuera un crucero de placer, y aquello la hizo sonreír. Se aferró a Call, intentando poder compartir la imagen, comprartir su tranquilidad.

Nada importaba ahora. La Tierra estaba a salvo. Todos *ellos* estaban muertos. Todos. Y ella los había vencido, aunque fuese por un tiempo solamente.

—¡Ahora sí! ¡Llegó el momento!— Gritó Johner.

—He dicho que vamos a lograrlo,— protestó Vriess, mientras ambos estaban aferrados a los controles.

Sin advertencia, la nave dio una sacudida final, y luego se estabilizó. Ripley sintió la ráfaga de aire fresco soplar al interior del puerto, haciendo volar papeles, solo que ahora la ráfaga soplaba al interior, y no succionando todo al vacío.

Parpadeó al sentir el frío y fuerte viento, y miró hacia la ventana. El agujero derretido no mostraba evidencia alguna de su trágica víctima. Todo lo que se podía ver era un cielo azul, y algunas nubes dispersas.

Hubo una quietud sobrenatural, y Ripley sintió como si se disolviera. La muerte del Recién Nacido había consumido los restos de su flaqueante fuerza. Ya no quedaba nada. Estaba en el límite del colapso.

Pero Call la animó, —Lo lograste,— susurró. —Lo mataste.-

—¿Lo hice?— se preguntaba Ripley, más para sí misma.

—Sí. Lo hiciste. Es historia.-

—Bien.— Dijo Ripley sin mirarla. —Eso está muy bien.-

Call añadió. —Quizá ahora podamos tener sueños agradables ¿eh?-

Ripley intentó sonreír. —Estaremos bien.-

—Sí,— respondió Call, —¡Sí que lo estaremos!-

Ripley escuchó las voces provenientes de la cabina. Los gritos eran los jubilosos festejos de triunfo de Vriess, obviamente riendo, con un tremendo alivio, y llamando, —¿Call? ¿Ripley? ¿Estáis bien? Podemos veros pero...-

Ripley asintió y, cansadamente, posó su mejilla contra la cabeza de Call.

En la cabina, ambos hombres suspiraban aliviados y felices. Johner se levantó de su asiento, aferrando y volviendo la cabeza de Vriess, le dio un sonoro beso en la boca.

—¡Sí!— Festejó Johner. —¡Hemos domado a este cachorro! Aterricemos ahora.-

Vriess asintió rápidamente, sonriendo como un tonto.

Entonces se detuvo, miró en derredor de la cabina, y suspiró. Echando una nerviosa mirada a Johner, le preguntó en voz baja, —¿Y, cómo la aterrizamos?-

EPÍLOGO

Ripley se acercó a la ventana, para mirar al exterior. Nunca había visto un cielo tan azul, o por lo menos, no podía recordarlo. Era nuevo para ella, y disfrutó de esa visión, maravillada.

Sintió que Call se aproximaba en silencio, y la presencia del robot la hizo sentir tranquila y relajada, como no se había sentido hacía mucho.

Los recuerdos de Newt, Amy, Hicks y Bishop, y de todos los de aquellas vidas que la habían tocado, ya no dolían. Ahora la hacían sentir plácida humana. Ella había amado y había sido amada. Había luchado y protegido, y había muerto para salvar a los que amaba. Lo haría nuevamente de ser necesario. Y otra vez. Y otra. Ahora sentía que podría hacerlo.

Las etéreas imágenes que habían volado por su mente ya no eran caóticas. El frío confort del crio sueño. La creciente necesidad de proteger a sus pequeños. La fuerza y el compañerismo de su propia especie. El poder de su propia rabia. La fuerza y seguridad de los amigos. Las imágenes eran significativas, satisfactorias. Ella las reconoció en un nivel más allá de la conciencia. Eran parte de ella, parte de quién había sido. Y ahora eran parte de aquello en que se había transformado.

Sin embargo un dolor permanecía... El arrollador dolor de la pérdida —enfermiza e irreparable pérdida, intentó llenar su mente, su cuerpo entero. Pero ella luchó por combatirlo. Y pidiendo perdón una vez más, se quedó tranquila.

Se volvió para sonreír a la joven mujer. Call miraba el paisaje, atónita. —La Tierra— dijo como para convencerse a sí misma que estaba ahí.

Ripley asintió, y casi sonrió. —La Tierra.-

—Es mi primera vez,— dijo Call en voz baja. —Debe haber un millón de lugares en los que perderse allá afuera. Supongo...-

Se detuvo, como si hubiera un millar de cosas que necesitara decir, pero para las que no tenía palabras.

Eso hizo gracia a Ripley. Call era un robot. Ella tenía el léxico completo a su disposición, y no podía encontrar las palabras adecuadas.

—¿Qué?— le animó Ripley, queriendo saber.

—¿Qué supones que debemos hacer ahora? ¿Dónde iremos?— Call la miraba como si ella tuviera las respuestas.

Ripley solo pudo sacudir la cabeza, volviéndose nuevamente a mirar el planeta. —Yo... no lo

sé.— Meneó la cabeza. —En realidad no lo sé, Call. Yo también soy forastera.-

Las dos mujeres se quedaron en silencio, acompañándose, lado a lado, observando las distantes luces de la ciudad más próxima.

Había tiempo de sobra para decidir.

BIOGRAFIA DE LA AUTORA

Ann Carol Crispin nació en 1950 en Estados Unidos. Es una de esos autores que pueden vivir de lo que escriben gracias a las novelas-franquicia. Además de varias aventuras de la tripulación del Enterprise clásico, también ha escrito varios libros sobre la serie V, es autora de un buen puñado de novelas basadas en Star Wars, y fue la encargada, junto a Kathleen O'Malley, de la novelización de Alien: Resurección. Recientemente ha iniciado la trilogía de fantasía épica, The exiles of Boq'urain, ambientada en un universo propio, con la novelaStorms of destiny. Le seguirán Winds of vengeance y Flames of chaos.

Es la autora de los éxitos de ventas El hijo del ayer, Time for yesterday, y Los ojos de los observadores de la serie Star Trek. Su novela de Star Trek, Sarek, estuvo cinco semanas en la lista de libros de tapa dura más vendidos del New York Times.

El mayor reto para Crispin hasta la fecha ha sido su serie original Puente a las estrellas para Berkley/Ace. La serie incluye Puente a las estrellas, Silent dances, Shadow world, Serpent's gift, Silent songs, Voices of chaos, y Ancestor's world. Los libros se centran en una escuela de jóvenes diplomáticos, traductores y exploradores, humanos y alinígenas, localizada en un asteroide lejos de la Tierra.

Es vicepresidenta de la Asociación de Autores de Ciencia Ficción y Fantasía de America.

Además ha sido profesora y ha impartido un par de cursos sobre escritura, así como numerosos talleres en convenciones de Star Trek y de ciencia ficción, donde es invitada con frecuencia.